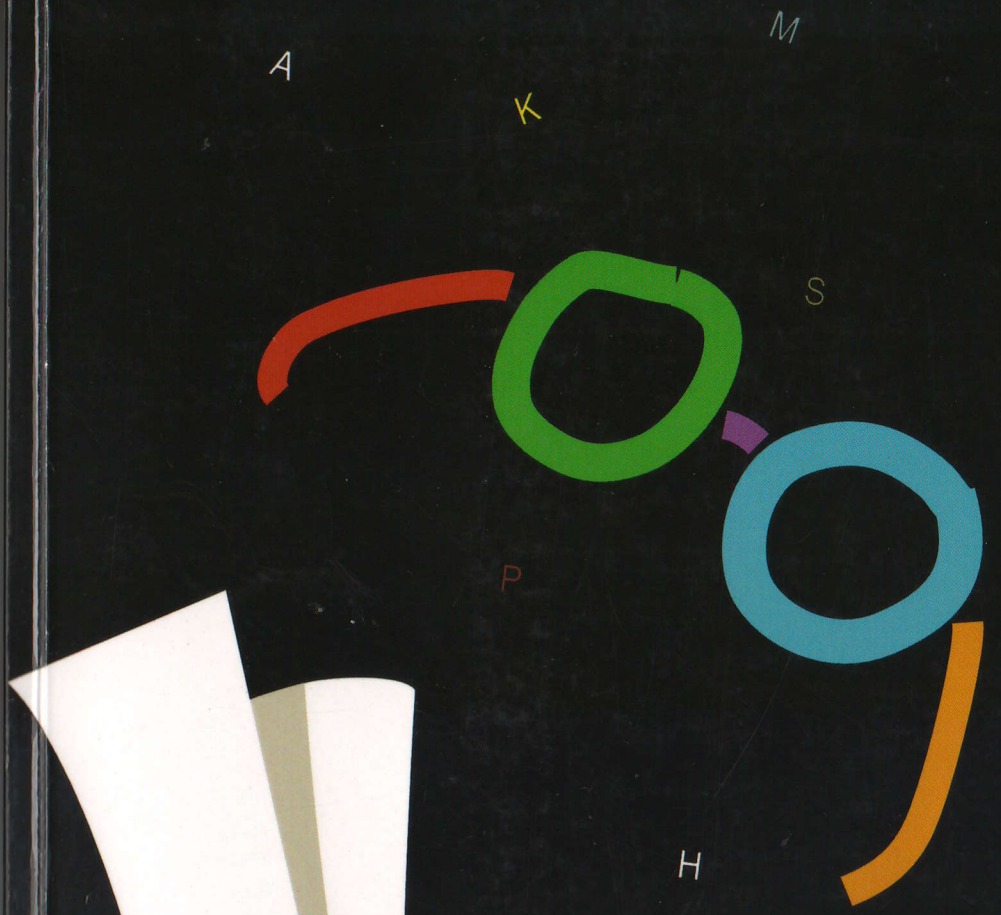


Pretextos de cuentos penquistas d(E)l Sur

Marcela Alexandre Moya / Cristian Cisternas Cruz
Pablo Martínez Fernández / Gloria Sepúlveda Villa
Prólogo Ph.D. Jaime Concha

E
EDICIONES ESCAPARATE

PRETEXTOS de CUENTOS PENQUISTAS D(E)L SUR

Marcela Alexandre Moya
Cristian Cisternas Cruz
Pablo Martínez Fernández
Gloria Sepúlveda Villa

Prólogo
Ph.D. Jaime Concha

Portada
Domingo Baño

EDICIONES ESCAPARATE

PRETEXTOS DE CUENTOS PENQUISTAS D(E)L SUR
MARCELA ALEXANDRE MOYA
CRISTIAN CISTERNAS CRUZ
PABLO MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
GLORIA SEPÚLVEDA VILLA

Registro Propiedad Intelectual Nº 297.211
ISBN: 978-956-394-024-4

Diseño y Diagramación: Equipo Editorial

© MARCELA ALEXANDRE MOYA
© CRISTIAN CISTERNAS CRUZ
© PABLO MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
© GLORIA SEPÚLVEDA VILLA
© Ediciones Escaparate SpA

E-mail: edicionesescaparatel@gmail.com

Diciembre 2018
IMPRESO EN CHILE

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada y transmitida por cualquier medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización previa del editor.

Marcela Alexandre Moya /Cristian Cisternas Cruz
Pablo Martínez Fernández /Gloria Sepúlveda Villa

Prólogo Ph.D. Jaime Concha
Portada Domingo Baño

Pretextos de cuentos penquistas d(E)l sur

Índice

Prólogo
ERASE UNA VEZ....
Ph.D. Jaime Concha 9

PRIMEROS PREÁMBULOS ENSAYISTICOS 17

FAISANAS, GALLOS Y MOSQUETEROS
Pretextos de cuentos penquistas
Cristian Cisternas Cruz 19

DE SOCIOLOGÍA Y LITERATURA
La revuelta cultural: cuentos y vida cotidiana
Marcela Alexandre Moya / Pablo Martínez Fernández 27

EL PASEO (INTERIOR) DE ERICH ROSENRAUCH
Gloria Sepúlveda Villa 39

CUENTOS SELECCIONADOS 51

El Paseo
Erich Rosenrauch Vogelfanger 53

Caja Pagadora
Mario Muñoz Guerricabeitía 61

El Quijote de la Ciencia-Ficción
Alfredo Lefebvre 69

Tierra de Olvido
Francisco Coloane 85

Cada 1º de noviembre
Hernán Muñoz Villegas 97

El Accidente
Luis Alberto Acuña 105

Carrusel
Hugo Correa 111

olescencia
ulina Herrera del Río 121

Fantasma del Hospital Regional
valdo Alarcón V. 131

s Millones del Zapatero
io O. Reinoso 139

a de Niebla
stián Huneeus 149

húres
berto B. Carvajal 161

mera Muerte
tonio Avaria 175

bunal de Honor
rlos Prats González 191

letra con llanto entra
drés Cifuentes Ramírez 203

a Deriva
rge Edwards 215

Árbol
aria Luisa Bombal 223

Callejón de los gansos
scar Castro 235

Auriga Tristán Cardenilla
fonso Alcalde 245

triunfo del Cenizo
is Durand 257

Ciclista del San Cristóbal
ntonio Skármeta 271

s Socios
fonso Alcalde 285

Prólogo

Erase una vez...

Buena idea -- excelente idea, de hecho -- la de estos jóvenes editores que concibieron un proyecto relacionado con los concursos de Cuento del diario "El Sur". A mi modo de ver, el resultado, que es el libro que el lector tiene ahora entre sus manos, cumple un triple propósito: rescata piezas narrativas que, de no ser así, yacerían olvidadas en los archivos del principal diario de Concepción; abre una ventana al paisaje y a la floración literaria de la ciudad en un lapso significativo; y, tres, permite observar la interacción de instituciones que apoyaban y promovían la actividad artística e intelectual a nivel local, regional, a veces con ecos nacionales. Lo último es casi un capítulo de microsociología cultural.

La nómina de los autores seleccionados no deja de deparar sorpresas. Sorpresa singular, por ejemplo, la de ese texto firmado por quien sería después General de la República, Carlos Prats, héroe y mártir en nuestra historia más reciente. Hombre de cultura y sensibilidad, Prats vivió por varios años en el puerto de Talcahuano, desde donde decidió probablemente participar en el certamen. "Tribunal de Honor", en la tradición de los cuentos militares de Olegario Lazo, explora conductas de soldados, oficiales y altos mandos, con ideales de moral profesional y de justicia. Hombre de honor y de integridad, la imagen que se nos da del cuerpo militar es una de armonía y cohesión. El delincuente (chantajista en el relato) es alguien externo al Ejército. El autor Prats no sospechaba entonces la fauna y la jungla en que se convertiría la institución que amaba pocos años después.

Sorpresa plural, igualmente, en la medida en que prácticamente todos los galardonados son ya parte, o llegarán muy pronto a serlo, de la mejor literatura chilena. Todos los movimientos y generaciones que reconoce nuestra historiografía literaria están aquí representados, y muy bien representados. En un orden cronológico objetivo, habría que empezar por Luis Durand, exponente del criollismo y brazo derecho del jefe, Mariano Latorre. En la década del 30 María Luisa Bombal impone su extraordinaria prosa vanguardista,

n en parte a lo que Neruda había adelantado con *El habitante y su eranza*. La generación del 38 tuvo en Francisco Coloane uno de s narradores más auténticos. A fines de los 40 Alfonso Alcalde es rte, junto con Varas, de lo que he llamado la generación "perdida", r cuanto se la margina debido a las condiciones políticas creadas r la dictadura civil que gobierna el país. La parte del león se la vó entonces la Generación del 50, que aquí aparece con un relato mprano de Jorge Edwards. Ya en el contexto de los sesenta, las erzas de renovación de nuestra narrativa se expresan bien en uno los textos más antologados de Antonio Skármeta y en un relato nsitivo de Paulina Herrera, bibliotecaria de la Biblioteca Central la Universidad de Concepción. Rosenrauch, a quien me refiero seguida, representa un caso bien distinto. En suma, esta muestra s propone, sin deliberación, una secuencia completa del camino corrido por la cuentística nacional en gran parte del siglo XX.

En su prólogo, Cristian Cisternas capta bien la atmósfe- y el dinamismo ambientes sobre todo en la creación y la crítica erarias. Con toda razón, subraya la importancia de dos eventos, Encuentro de Literatura Chilena, un poco anterior a 1960, y el cuentro de Literatura Americana, que inaugura el decenio 1960-70. El primero tomó el pulso a las corrientes de renovación que rgían entonces en el campo de la literatura nacional.En un valioso orte, Marcela Alexandre y Pablo Martínez describen vívidamen- la repercusión del Encuentro, su inmersión de hecho, en la vida tidiana de la ciudad del Bio-Bío, a la vez que conectan el cambio erario que se estaba produciendo con su ulterior resonancia de da hemisférica. El segundo, de enorme significación, no solo junto os jóvenes escritores de la Nueva Narrativa Latinoamericana, sino e tuvo un alcance mayor, de rango mundial. Literal y simbólica- nte esta dimensión podría individualizarse en John D. Bernal, la ura más destacada que asistió al Encuentro. John Desmond Bernal e durante la posguerra Presidente del Consejo Mundial de la Paz, e trataba de introducir ecuanimidad y sensatez en un mundo pe- rosamente bipolar. Gran divulgador científico (su *Science in History* aún una de las mejores historias generales de la ciencia), Bernal e antes de nada un cristalógrafo de nota, cuyos descubrimientos

lo pusieron muchas veces a las puertas del Nobel, ya de Química, ya de ...la Paz. Obstáculos políticos sin duda impidieron que se le concediera este último, que ha coronado en ocasiones a políticos belicistas y a diplomáticos que no han hecho sino sembrar el odio y la destrucción en el planeta. Bernal ofreció una memorable conferencia sobre el concepto de vida en la ciencia contemporánea, que constituyó, obviamente, un hecho central de las reuniones.

Al substancioso e instructivo cuadro que ofrecen los preliminares, yo agregaría, desde un ángulo complementario, lo que ocurría en los terrenos del cine y de la música.Normalizadas las relaciones exteriores, empiezan a llegar al país las grandes obras del cine soviético (Eisenstein, Pudovkin, Dovjenko) que causan un impacto inolvidable entre nosotros. A Onetti le escucharía decir más tarde que "después de Eisenstein, nada". Tal vez exageraba; pero se non e vero... Junto a ellas, las del polaco Wajda y del maravilloso Trnka, director checo de películas de marionetas, no eran menos notables. Del primero, su *Cenizas y diamantes* marco a toda una generación. En vez de *Rebeldes sin causa*, el film casi coetáneo de Ray con la figura emblemática de Dean, veíamos una juventud con causas y dilemas revolucionarios. Las circunstancias fomentaron la creación de un CineClub, fundado e impulsado por Eduardo Contreras y el periodista Hernán Osses. Este último dio cabida en el vespertino "Crónica" a crónicas de cine, donde hicimos nuestros primeros pinitos. El clima era ya, en torno a 1960, el de la Nouvelle Vague francesa. Ahí mismo y por las mismas fechas hizo su noviciado Alfredo Barría Molina, que después oficiaría regularmente como crítico de cine en "El Sur".

Retrospectivamente, siempre me ha parecido asombrosa la calidad de la experiencia y del saber musical existente en la ciudad. De Miguel Aguilar, erudito historiador, pude escuchar conferencias sobre la música medieval cuyo nivel de información y documentación, en tan difícil campo, era de estándar internacional. Roberto Escobar comentaba la actualidad musical en "El Sur". Su crónica del macizo concierto que dio Arrau a su paso por Chile dio no poco que hablar y tuvo más de un eco polémico. Recuerdo aún a Lefebvre regañando contra el excesivo tecnicismo del crítico. Arrau interpretó esa vez cuatro de las mayores sonatas de Beethoven, incluidas la

Apassionata y la penúltima (la 31 u Opus 110). En mi vida he podido asistir solamente a tres conciertos vivos del gran pianista: uno en París, otra vez en Seattle. El que oí en Concepción me sigue pareciendo el más memorable e impresionante.

En un plano anecdótico, con el fin de mostrar la variedad de inquietudes culturales que se daban en el medio, menciono un par de hechos curiosos. En 1958 ó 1959 el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica (TEUC) trajo y puso en escena *Las Suplicantes* de Esquilo. Nadie en la ocasión estaba preparado, emocional o intelectualmente, para tal tipo de espectáculo. Son pocas las oportunidades que se tienen, aun hoy, de tener la experiencia directa de una tragedia griega. Cuando volvíamos después de la función, caminando por la Diagonal hacia el campus, unos estudiantes empezaron a imitar los lamentos esquilianos y a armar una gritería jocosa ¡De Leyes!, pensé yo, que por una manía juvenil consideraba a los estudiantes de Derecho el summum de la ignorancia y la incultura. Pues, bien, años después leí en una biografía que el adolescente Foucault se moría de risa ante una representación de la Andrómaca de Racine. " No paraba de burlarse y reírse como loco", comenta una testigo (D. Eribon, Michel Foulcault, Flammarion, 1989, p. 29). Los leguleyos penquistas, ¿foulcaultianos *avant la lettre*? Mi snobismo se vino abajo, comprendiendo que el eco paródico puede surgir naturalmente ante el remezón de lo trágico. Tal vez la risa sea el mejor homenaje a la intensidad insoportable de la tragedia. (Pero: ¿Qué diría Aristóteles?)

En una ocasión, por 1965 ó 1966, participé en un debate sobre El Vicario, de Rudolph Hochhuth, organizado por jóvenes laicos, digamos radicales o masones ligados a la Universidad. En ese tiempo -- no se ahora -- la "lucha ideológica" (!!!) pasaba por el conflicto entre democristianos y radicales, que se disputaban la conciencia -- y los votos -- del estudiantado. El Vicario, muy de actualidad y que trataba del silencio cómplice mantenido por el Papado ante el régimen nazi, venía de perlas al sentimiento anticlerical para arañar o rasguñar la institución más alta de la Iglesia. La discusión derivó, casi necesariamente, hacia el origen del horror nazi. Mi profesor de Filosofía, el querido y lamentado don Enzo Mella, planteó el carácter demoniaco del nazismo. Yo discrepé respetuosamente de él, no

entendiendo que su noción de lo demoniaco no era teológica, sino filosófica. Seguimos conversando días más tarde, y nunca me convenció. Sin embargo, cuando tiempo después cosas parecidas a lo nazi asolaron nuestras costas, pensé que a lo mejor don Enzo no estaba equivocado.

Poco antes de morir, Roberto Bolaño creó la épica de los concursos de Cuento con un célebre relato que ya puede ser visto como clásico contemporáneo. Por supuesto, los que concursaban a "El Sur" no estaban en la misma situación, la situación-límite de los exiliados chilenos o argentinos que en las provincias españolas buscaban una magra recompensa para poder subvivir y sobrevivir. Sin embargo, el sistema literario en ambos casos es bastante similar, como lo es también el marco institucional que los alberga. Autores, editores, jurados, periódicos casi siempre provinciales. Los primeros pueden ser desconocidos, novatos o ya consagrados; los editores, cuando los hay, buscan más que el talento, las jugosas ganancias de eventuales publicaciones; el jurado está compuesto por profesores o por hombres de letras de la localidad; el periódico cumple el papel de mecenas democrático. La figura ominosa del agente literario todavía no emerge en el horizonte. Nadie en ese tiempo hubiera podido aspirar a una Balcells. En Concepción, las instituciones decisivas son la Universidad y la Prensa. La Universidad no es solo el Departamento de Español, sino también la Radio Universidad que ofrece comentarios radiales vespertinos sobre libros de actualidad, la Biblioteca Central y, sobre todo, la revista *Atenea* que aparece con increíble regularidad desde 1924. Desde el lado de la prensa, la "figura señera", como bien se la llama, es sin duda Víctor Solar Manzano. Poeta más bien intermitente, con algo altazoriano, fue un periodista cultural de fuste, tal vez uno de los primeros que hizo de su especialidad el campo cultural. Es el espíritu que concibió y animó la serie de concursos, que es el tema de este libro. En lo personal -- departí muy poco con él -- daba la impresión de alguien secreto y solitario, su poquitín altivo. "Aloof" será un buen terminó para describirlo. Los buenos diccionarios dan como equivalentes distante, reticente, reservado. Claramente era todo esto. A veces, en lugares y tiempos intempestivos,

lía divisarlo. "Aloof", desde lejos. La noche tiene sus razones que
s días jamás comprenderán...

Aprovecho la ocasión para hacer algunos recuerdos de dos
rsonas que figuran en estas páginas, Erich Rosenrauch y Alfonso
calde. No fueron amigos ni siquiera conocidos, pues nuestro tra-
esporádico no permitió el desarrollo de relaciones personales de
ayor cercanía. Ambos fueron hombres fuertemente anclados, casi
raigados, en el ámbito local, con obras que los desbordan y que
alá pudieran interesar a los estudiosos en el futuro. La sugestiva
ntribución de Gloria Sepúlveda sobre el primero me parece auspi-
osa en este sentido.

Erich Rosenrauch...Extraño y misterioso personaje. Aún lo
viso deambulando por las calles de la ciudad, envuelto en un am-
io gabán o capa que le llegaba hasta los pies. Esta prenda carac-
rística -- una especie de sinécdoque material suya -- parecía por
mismo peso arrastrarlo contra el viento o impedirle su ansia de
elo. En bares y cafés lo vi beber, nunca alcohol. En el Chile de ese
empo, era un insólito caso de bohemio abstemio. Y la rima hace aún
ás increíble el oxímoron...

Según el Vate Murillo, que solía hablar con él, lo que bus-
ba Rosenrauch era una literatura de "densidad kafkiana", algo que
hallaba en la narrativa nacional circundante. (El Vate Murillo era
estudiante avanzado de Leyes, con sus pujos de poeta, que nos
aía a menudo la buena nueva de sus conversaciones con su amigo
lmirado. Como todo evangelista, sospecho que Murillo no era muy
nfiable).

Conversé con Rosenrauch apenas dos veces, una en mi ofi-
na, otra en su propio domicilio. Tal vez por su origen centroeuro-
eo él conservaba un raro respeto al prestigio universitario y solici-
ba prólogos a los profesores de nuestro Departamento. Después
e Loveluck y Lefebvre, me tocó el turno a mí, cosa a la que accedí
on gusto. Era la razón de su visita. Pero su presencia en un espacio
urocrático y profesional, tenía algo extraño, incongruente, excén-
rico, como si el aire que el traía, de otro tiempo y de otras tierras, no
uajara en el reducido recinto en que estábamos hablando. Confieso
ue su visita me descolocó.

De su casa o departamento, solo recuerdo una habitación perfectamente caótica, con discos regados por los sillones, el sofá, sobre la mesa. Eran principalmente -- no resistí a echarles una ojeada -- Long Plays de Bach, de Wagner, de Mahler, supongo sus músicos preferidos. En el centro de la pieza, cual signo de orden en el caos, brillaba y lucía un aparato de la DeuscheGrammophonGesellshaft. Todo ello renovaba el misterio de este huésped creador que una vez circuló por nuestras calles.

Alfonso Alcalde representaba en cierto modo una antítesis, por la firme raigambre popular de su ser y de su obra. Cuando lo conocí trabajaba como máquina; yo creo que siempre lo hizo. Para ganarse la vida, multiplicaba las faenas, e iba de carrera entre la radio y la crónica, desde el reportaje y la noticia en terreno a la audición radiofónica. Era difícil hallar un momento propicio para conversar detenidamente con él. Su amigo y colaborador, el poeta Ramón Riquelme, se quejaba de lo mismo. "Nada con el Guarisnay", decía, con una jerga idiosincrática que pocos comprendíamos. La primera vez que hablé con Alfonso fue sobre Argelia. Había poca información sobre el tema en ese entonces, ya que todo lo monopolizaba la guerra de Vietnam. Me indicó concisamente los puntos fuertes: petróleo, bereberes, guerrilla rural, movimiento clandestino urbano. Era casi un sketch de Pontecorvo.

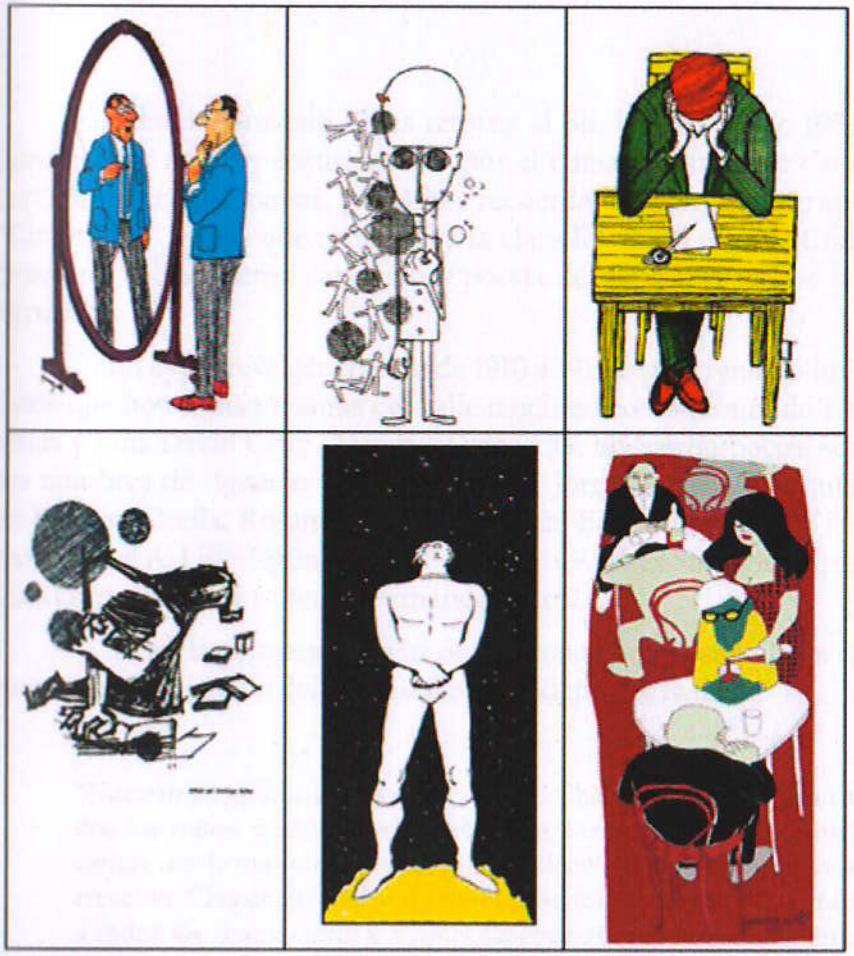
No sé cómo vivía Alcalde su evidente marginación en el campo de las letras. Había comenzado como un poeta talentoso y promisorio, nada menos que con un prólogo-espaldarazo de Neruda. El deterioro de las condiciones políticas lo sumió en un silencio por cerca de diez años. Silencio más bien aparente. Cuando apareció su "Tristán Cardenilla" a mediados de los sesenta, fue todo un acontecimiento, un golpe de gong en la narrativa chilena. En París, Jorge Edwards me comentó cuánto lo había impactado su lectura. A su paso por Chile, a fines de la misma década, Ángel Rama habló con admiración y entusiasmo del colosal *El panorama ante nosotros*, único libro que podría ser considerado un alter *Canto general*. "Lo tengo en un atril", puntualizó Rama. Y eso era tal vez literal, porque heredero de los formatos rokhianos, *El panorama ante nosotros* era un libro intransportable. No sé cómo se lo llevó Rama de vuelta al Uruguay.

La última vez que lo vi fue en casa de Alejandro Rodríguez, rquitecto y regidor de la Municipalidad de Concepción. Él y su es- osa habían decidido celebrar que Neruda estaba en la ciudad e in- taron a un pequeño grupo de gente afín. Julio Escámez nos estuvo virtiendo durante la cena con sus cuentos en estilo decimonónico, que provocaba la risa irreprimible del poeta. Estaban también Al- nso y su compañera. De ese grupo, ¿qué fue? Bueno, de Neruda y latilde todos lo sabemos. De Alejandro Rodríguez, no lo sabe nadie ues "desapareció" sin que su familia tenga noticias suyas hasta el ia de hoy. En cuanto a Alcalde, luego un largo y doloroso exilio en uecia (creo) y en Israel, volvió al país a quitarse la vida por su pro- ia mano.

Concluyo con una notícula gramatical de esas que dan mala ma a los críticos literarios. ¿Singular o plural? Ambos números se mplean en relación con el tema del concurso; el uso normal de la ngua lo permite. Sin embargo, Alfredo Barría, que trabajo muy cer- a de Solar Manzano por varios años, me habló una vez que había asado una gran vergüenza al mencionar el próximo concurso de uentos. "Cuento", lo corrigió secamente su jefe; "no cuentos". Es po- ble que Solar Manzano quisiera evitar la interpretación maliciosa, uy chilena, del objeto del certamen; o más bien -- conjeturo -- man- ener la simetría con Novela y Ensayo, géneros que admiten menos, n las mismas circunstancias, el plural. Sea de ello lo que fuere, la nécdota revela el rigor del poeta y periodista en el uso de la lengua, asi el culto al bien decir y al bien escribir. En su Tesis de Grado so- re el Capitán Aldana, Lefebvre reflexionó sobre la "infalibilidad del oeta". Buen católico y nada ortodoxo, Lefebvre de hecho postulaba ue la única infalibilidad verdadera era la de los grandes poetas. De as otras, ¡guárdenos Dios! A su manera, Kafka en sus Cartas... exigía ue el solo ideal del escritor debía ser simplemente "la frase bien echa".

Ph. D. Jaime Concha
Universidad de California, San Diego

PRIMEROS PREÁMBULOS ENSAYÍSTICOS





FAISANAS, GALLOS Y MOSQUETEROS

Pretextos de cuentos penquistas

Cristian Cisternas Cruz

Cuando Gonzalo Rojas retorna al Bío-bio, en el año 1953, parece estar no muy entusiasmado por el clima literario que Concepción ofrece. Al menos, ya no hay recuerdo del magnífico grupo "Chantecler", gallos que cantaban a la clara luz del "Liceo de Concepción" y que dieron sarcasmo y poesía desde la revista que les agrupaba.

En esta breve generación de 1910 a 1913 encontramos a literatos que hoy signan tramos del valle mochino como Edmundo Larenas y Luis David Cruz Ocampo. Otros, que no fueron pocos, son los nombres de Ignacio Verdugo Cavada, Jorge Dowton, Ezequiel de la Barra Orella, Rosamel del Solar López, Eduardo Espinosa Ferro, Samuel A. Lillo Figueroa, Norberto Soto, Andrés Silva Humeres, Luis Garretón Silva y Ovidio Fernández Ríos.

Ya en la primera edición de su revista, los chantecleres se presentan, en el estilo del manifiesto de la siguiente manera:

> "Nuestro programa es nuestro nombre. Chantecler cantará en todos los tonos, menos en el de chantaje. Henos aquí dispuestos a cantar con la más correcta claridad, es decir cantar claro y con corrección. Chantecler respetará todos los cotarros ajenos. Respetará a todos los chantecleres y a los pollos que aún no llegan a chantecleres y tratará con sumos y exquisitos miramientos a las faisanas y a la simpática y bulliciosa turba de pollas que aspiran a ser faisanas. No venimos en representación de ninguna doctrina filosófica, ni religiosa, ni científica, ni social. Nuestra única ambición filosófica consiste en traer un adarme de sonrisa al seño adusto de nuestro vivir cotidiano. Venimos en nombre del inextinguible canto de la vida. Seremos un despertador" (Campos Harriet, 1985, p.135).

Cantar a la luz, a su esplendor, será uno de los móviles que án pensar también a Nicanor Parra, quien, años después, en 1958, rante el "Primer Encuentro de Escritores chilenos", pronuncie su nferencia *Poetas de la claridad* indicando: "Falta por demostrar que nijo del matrimonio del día y la noche, celebrado en el ámbito del ipoema, no es una nueva forma de crepúsculo, sino un nuevo tipo amanecer poético" (1958, pp. 45-28).

Si de amaneceres se trata, Gonzalo Rojas, obnubilado en tesis abúlica, encuentra motivos para llevar a cabo la revuelta más portante que la ciudad de Concepción ha vivido en cuanto a esce- s literarias. Siempre de cerca a Alfredo Lefebvre, El Quijote de la ncia ficción y Juan Loveluck, El poeta contra los médicos. Juntos, pliarán las "Escuelas de Verano de la Universidad de Concep- n" con los "Encuentros de Escritores", germen del *Boom* literario inoamericano. Afirma esto Carlos Fuentes, quien indicó: "Coin- o totalmente con José Donoso: todo comenzó en la Escuela de rano de Concepción cuando Gonzalo Rojas, el gran poeta chileno, s reunió a los escritores y a los críticos" (Rojas, 2015).

Entre los años 1953 y 1958, Gonzalo Rojas ensaya y prepara a ciudad para ser cuna. Sus fuentes están en las figuras del siglo X chileno, Simón Rodríguez y Andrés Bello. El ánimo de sus es- rzos es relativo a relámpago, cuyo tronar descansa hoy en lo más ecto de la literatura hispanoamericana y del mundo.

Las "Escuelas de Verano", que complementan un plan de abetización gubernamental, han crecido exponencialmente en anto a los estudiantes que participan durante sus dos semanas en mes de enero. Ya en su tercera versión encontramos internacio- lización y, por la ciudad, deambulan estudiantes de "Argentina, livia, Perú, Brasil, Ecuador, Uruguay, Colombia, Venezuela y Mé- co; en pocas palabras, una pequeña América Latina casi completa congrega a orillas del Bío- Bío" (Bradú, 2016, p. 133).

Ya en 1960, Gonzalo Rojas convoca al "Primer encuentro escritores americanos". Asisten, entre otros: Allen Ginsberg y wrence Ferlinghetti (USA), Ernesto Sábato y Enrique Anderson bert (Argentina), Sebastián Salazar Bondy (Perú), Jorge Zalamea

(Colombia), Margarita Aguirre, Nicanor Parra, Volodia Teitelboim, Fernando Alegría y Luis Oyarzún (Chile), Jaime García Terrés (México), Joaquín Gutiérrez (Costa Rica), Carlos Martínez Moreno (Uruguay), Guillermo Sánchez (Panamá), José Antonio Portuondo (Cuba) y Hugo Lindo (El Salvador).

Junto a los "Encuentros" la ciudad de Concepción recibe la página de "Crítica literaria" en donde Rojas, Lefebvre, Loveluck y, también Gastón von dem Bussche[1] dan cuenta del panorama nacional y global. Primero, en el diario *La Patria* para, luego, consolidarse en el periódico *El Sur*.

La nueva figura señera del panorama literario penquista es ahora, también, Víctor Solar Manzano, quien dio forma a un suplemento dominical en donde serán publicados muchos cuentos correspondientes a un certamen literario y otros autores de todas las latitudes y devenires epocales.

Es así como en 1959, Solar Manzano convoque al primer llamado de su "Concurso Nacional de Cuentos", que en sus motivos confiesa ayudar a "promover la creación literaria y a descubrir y premiar los valores de nuestra literatura"[2].

La ciudad y sus domingos literarios vivirán una "década dorada" de continua novedad y consolidación de los narradores que por allí ven una gran ventana para dar a conocerse. Algunos de ellos, como Alfredo Lefebvre, quien publica "El Quijote de la Ciencia- Ficción", darán testimonio de su aparición como ensayista de ciencia- ficción. Otros, como el mismo General e Intendente del Bío-bio Carlos Prats, del cual presentaremos aquí el cuento "Tribunal de honor", son muestra de una huella literaria olvidada, y casi desconocida, brumosa a la niebla de la memoria, que convoca en él, casi siempre, al otro Prats.

Publica también aquí Alfonso Alcalde, quien se suma a los nombres de los grandes gestores literarios de Concepción. Gonzalo

[1] Fabianne Bradu (2016) les llama "Los tres mosqueteros de la cultura penquista", que, en definitiva, eran cuatro.

[2] Así lo afirma el texto promocional de su VIII versión aparecida en *El Sur*, invitación que tiene fecha 25 de agosto de 1968.

jas trabaja junto a él a partir de 1964 en el Departamento de tensión y Difusión de la Universidad de Concepción.

Ahora podemos releer su relato "El Auriga Tristán rdenilla", premio único de la séptima versión del "Concurso cional de Cuento de *El Sur*" de 1966. Aquí, en este diario, Alcalde nbién escribió prolíficamente crónicas y críticas literarias durante los los sesentas. Su parecer artístico lo llevó a experimentar en el *lage*, el cual difundió a nivel, incluso, didáctico, refiriendo técnicas sicas para armarlos. Uno de estos recortes, acompaña el cuento rimera muerte" de Antonio Avaria que encontrarán en este libro e ahora presentamos.

Mención aparte merecen, también, la serie de ilustraciones *ollages*, como los de Alcalde, que acompañan estos relatos de la be literaria penquista. Muchos de ellos pertenecen a figuras signes del dibujo nacional, como Jimmy Scott y Domingo Baño. dremos ver en estas páginas de *El Sur* una primera lectura a estos entos desde el trazo de ellos. La ciudad literaria se lee y se dibuja.

De Scott conocemos, más bien, sus tiras de humor político, e, mientras redacto estas líneas, aún se publican regularmente el diario *El Mercurio* de Santiago de Chile. De Domingo Baño umada, artista del afiche chileno, comienza hoy a reconocerse su tensa obra ilustrativa, coronada recientemente este 2017 con la blicación de *Afiches y +. 1964-2014*. Ambos maestros nos mostrarán, sus obras que acompañan a los textos literarios que ahora esentamos, una cara menos conocida de su trabajo, como lo es la ilustradores de cuento.

En otra página de *El Sur*, una que vuela por las calles umosas de Concepción, el 9 de noviembre de 1969, leemos a ctor Solar Manzano, quien bajo el pseudónimo de Jean D´Agreve, memora a un "Concurso de Cuento" todavía más anterior al que el smo convoca. Uno que "antecedió exactamente en cuarenta años" que tuvo ocho versiones entre 1959 y 1968.

Precisamente, dice D´Agrave:

> "El Concurso Literario Luis Lamas, convocado para elegir una inscripción destinada al pórtico del Cementerio de Concepción duró, en sus dos etapas, más de un año: desde julio hasta octubre de 1919 y desde este último mes, hasta mayo de 1920. Después del 25 de mayo se inicia un epílogo polémico que durará todavía hasta el 11 de agosto.
> Acerca del éxito que tuvo y de la resonancia verdaderamente nacional de este certamen, puede juzgarse por el número de concursantes: más de 600. Hasta donde llegan nuestros conocimientos, fue éste el primer concurso literario con carácter nacional, auspiciado por *El Sur*[3]."

Lo señalado aquí, da prueba del carácter temprano y nacional de los certámenes literarios en la ciudad de Concepción, que ya dan cuenta de una orgánica posterior al ánimo juvenil de "Chantecler" (quienes publican en los años diez su "Semanario humorístico ilustrado") y que se da, en el inicio de la década segunda del siglo XX, junto al extraordinario entusiasmo continuo de quienes participan en ellos.

El chantecler más laureado, sin duda, fue Samuel A. Lillo, quien en 1927 llegó a ganar el "Gran Premio de Poesía Hispanoamericana" otorgado por la Real Academia Española. Luego, ganaría el "Premio Nacional de Literatura" en 1947.

Así, Concepción, la ciudad que orilla el Bío-bio, la comuna en la que Ercilla conoció las fatalidades que movilizaron a *La Araucana* y que invitó a Bolaño a escribir *Estrella distante*, es fuente antigua de brotes literarios, de revistas, talleres y apodos afrancesados.

En los cuentos que podrán leer a continuación, resuenan grandes nombres de la literatura chilena: Francisco Coloane, Antonio Skármeta, María Luisa Bombal, Oscar Castro, Luis Durand y Cristian Huneeus.

Algunos, como Hugo Correa, comienzan el camino de la consolidación en géneros más laterales, como la ciencia-ficción, del cual destacamos el extraño ensayo literario de Alfredo Lefebvre "El

[3] D´Agrave, J. (9 de noviembre 1969). Ernesto A. Guzmán, Poeta triunfador. *El Sur*, p., 14.

ijote de la Ciencia-Ficción" que bebe de las aguas de la literatura rteamericana. Aquí presentamos este escrito que no ha sido antes tologado. Alfredo Lefebvre, dejó en la ciudad una marca que no diluirá fácilmente. Desde su cátedra de literatura española en la niversidad de Concepción, asistió como experto al Teatro de la niversidad de Concepción (TUC) y al grupo poético "Arúspice" y cribió ensayos extensos sobre Gabriela Mistral o sobre la olvidada esía del Capitán Aldana. Fue el primero en reconocer el valor ético de Gonzalo Rojas y el pionero en agrupar, en un sólo libro de sayos, titulado "Los españoles van a otro mundo" (Pomaire, 1968), utores llamados "fantásticos" del siglo XVI y XVII español.

De Mario Muñoz Guerricabeitía leeremos "La caja pagado-". Sobre este cuento se dijo: "muestra descarnadamente las angus-s del hombre que año tras año se encuentra en su ínfimo estar, en a pequeñez de su existencia plena de complejos"[4].

De Hernán Muñoz Villegas podremos leer el cuento "Cada de noviembre" ganador del concurso que comentamos, año 1964. urante 1991 y 1993, también en *El Sur*, Hernán Villegas participará tivamente de la prensa penquista, publicando reseñas literarias de uevedo, Bello y Neruda, entre otras.

Luis Alberto Acuña obtuvo muchos premios literarios rante su extensa vida como cuentista. Su trayectoria, también le lió ser seleccionado por Enrique Lafourcade para su *Antología del ento chileno* de 1985. De él podremos leer "El accidente".

En el relato "El paseo" de Erich Rosenrauch, aparece uy desarrollada la figura del intenso crítico literario. El paseo Leopoldo y Fabián comienza con el comentario estilístico de la esía de "X". El juicio de Leopoldo dice:

> "Como la mayoría de los grandes espíritus, X. refleja un conflicto demoniaco al cual debe sus mejores páginas. Acentos como el suyo sólo pueden haberse adquirido a raíz de reiteradas inmersiones en los infiernos del alma. (...). A diferencia de otros poetas, que lucen una riqueza de imágenes no aparejada a dimensiones básicas, X. se

[4] Iglesias Kalcina, C. (9 de septiembre de 1972). "Apreciaciones sobre un autor. Mario Muñoz Guerricabeitía. Homenaje al escritor carabinero". *Revista de Carabineros de Chile*, N° 209, Santiago, p. 46.

> mantiene entroncado a un genuino elemento humano. Porque, en buenas cuentas, todos sus hallazgos expresivos son connaturales a una visón omnipresente del hombre."

De Antonio Avaria podremos ojear "Primera Muerte", que para el crítico José Promis:

> "introdujo en sus breves relatos la nueva mirada de jolgorio y el consiguiente lenguaje farsesco (...). (Avaria) ingresará a nuestra historia literaria como un entusiasta y devoto amante de las letras cuya notable capacidad de memoria y una delicada sensibilidad artística le permitirán moverse con envidia, pericia y elegancia a través de los textos literarios".[5]

Sin embargo, también hay desconocidos: Paulina Herrera del Río, Julio O. Reinoso, Alberto B. Carvajal y Andrés Cifuentes Ramírez son nuestros olvidados. Quizás tú, amigo lector, luego de leerlos, encuentres motivación para aclararlos con un canto de gallo, de pollo o de faisana. Así lo hicieron los "real visceralistas" con Cesárea Tinajero en la novela de Bolaño, la musa vanguardista de sus ensueños que se perdió en el desierto. Ella y ellos, desaparecieron y se dejaron ver un día, bajo la lluvia y la bruma de Concepción, ciudad que orilla el Bío-bio y las páginas de este libro.

[5] Promis, José. (28 de octubre de 2007). Devoto amante de las letras. *El mercurio.*, p. E22.
D' Agrave, J. (9 de noviembre 1969). Ernesto A. Guzmán, Poeta triunfador. *El Sur*, p., 14.

eferencias Bibliográficas

radu, F. (2016): *El volcán y el sosiego. Una biografía de Gonzalo Rojas*. F.C.E.: México.

ampos Harriet, F. (1986): La generación de "Chantecler" en Concepción, 1910-1913. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, (N° 96), pp. 135-142.

l Sur, [Diario]: Años 1960-1969. Concepción, Chile.

glesias, C. (1972): Apreciaciones sobre un autor. Mario Muñoz Guerricabeitía. Homenaje al escritor carabinero. *Revista de Carabineros de Chile*, N° 209, Santiago, p. 46. (9 de septiembre de 1972). Recuperado de http://www.bibliotecanacionaldigital.cl/bnd/628/w3-propertyvalue-226637.html

efebvre, A. (1968): *Los españoles van a otro mundo*. Pomaire: Barcelona:

arra, N. (1958): Poetas de la claridad. Revista *Atenea*, año XXXV, tomo CXXXI, Nos. 380-381, abril/septiembre, 45-28.

romis, J. (2007): Devoto amante de las letras. *El Mercurio*., p. E22. (28 de octubre de 2007). Recuperado de http://www.bibliotecanacionaldigital.cl/bnd/628/w3-article-267966.html

ojas, G. (2015): *Todavía*. México: F.C.E.: México.

DE SOCIOLOGÍA Y LITERATURA

La revuelta cultural: cuentos y vida cotidiana

Marcela Alexandre Moya
Pablo Martínez Fernández

(...) y esos fragmentos, que considerados en sí poco valen, son, juzgándolos en su conjunto, la expresión más acabada y el retrato más perfecto de una sociedad.
PEDRO BALMACEDA TORO

Entre el veinte y el veinticinco de enero del año 1958, se realiza el primer encuentro de escritores chilenos, en el contexto de la cuarta escuela internacional de verano promocionada por la Universidad de Concepción. Un día antes, Alfredo Lefebvre, en su crónica literaria del Diario El Sur[6] dice, en relación al evento porvenir, que este encuentro, animado por los *escritores invitados*, con sus *exposiciones poéticas*, *novelísticas*, *críticas*, *dramatúrgicas*, *ensayísticas*, seguidas de un debate necesario, tendrán síntesis *imprevisibles*, ya que, lo único que parece claro es que este acontecimiento literario, el primero en su clase, se trata de un *explosivo intelectual* (El Sur, 19/01/1958), sin precedente en la historia de la literatura chilena. Y no solo para el conjunto de especialistas y la comunidad académica, sino para el público de la ciudad, debido a que la treintena de escritores que asistieron a la cita literaria, mantuvieron una comunicación continua todas las noches desde el estrado del teatro móvil que recorrió la ciudad penquista, animando y difundiendo el acontecimiento ente la ciudadanía.

En su crónica literaria, Lefebvre afirmaba que el encuentro de escritores permitirá al observador y al público un conocimiento crítico de la realidad artística y humana de nuestras letras *como nunca se había suscitado en Chile* (Ibíd.). Se trata de un hecho inédito, revolucionario, que tocaba la fibra íntima del ser mismo de la

[6] Diario tradicional de la ciudad de Concepción, fundado el año 1882.

teratura, encarnada en el acontecimiento literario citadino, en sus venidas, donde la cotidianeidad se hace fenómeno. El encuentro es, n el suceso que acaece, como jamás nadie lo había presenciado en uestro país, en nuestra ciudad. Y la conmoción -literaria, estética, mana- está sucediendo en las calles. Por su parte, la Universidad de oncepción, con este primer encuentro de escritores chilenos asume n papel de vanguardia: *vigila las manifestaciones superiores de la inteligencia prolonga el espíritu y la letra de su divisa*[7] (Ibíd.). En esta revolución que anuncia, desde una universidad sin condición (Derrida, 2010), sta es capaz, en su quehacer, de dar cabida a la alianza, siempre mpleja, palpitante, explosiva, entre lo constativo, lo indecible, que por lo mismo requiere dar testimonio, aunque sea ficcional; n lo performativo, con la acción, con poner en acontecimiento testimoniado (Ibíd.). Como en este acontecimiento literario ncarnado en la ciudad, en sus calles, plazas; en su memoria, en su ma, fantasma espectral, ficción tejedora de lo real.

Dos años después, esta explosión intelectual, este ímpetu reativo, tendrá la oportunidad de diseminarse y constituir una teración azarosa, singular y continua, cuyos efectos modifican sentido de lo histórico, social y político, constatará el mismo efebvre (1961). Se da, luego del terremoto y posterior maremoto adecido en la zona centro sur de Chile, que contó entre las ciudades ravemente afectadas a la de Concepción[8], que todo sujeto que creía ener algo que decir lo volcó en los periódicos; los que se volvieron ente y recipiente de historias de vida cotidianas, afectadas por la esolación, provocada debido a la tragedia natural ocurrida, en las lles y en el alma de los penquistas, entre otros habitantes del país e *la tierra inquieta*[9]. El revuelo del acontecimiento cultural se hace

Probablemente Lefebvre se refiera a la primera parte de la primera estrofa del himno de Universidad de Concepción que indica: *Por el desarrollo libre del espíritu, universitarios arriba, riba de pie.*

Con 125 personas que perdieron su vida, como consta en las primeras informaciones publi-das por El Sur el día 22 de mayo del año 1960, y 500 casas o destruidas o en muy mal estado.

Como nombra Benjamín Subercaseaux, en su *Chile o una loca geografía*, cuando describe al rritorio ubicado entre en río Maule hasta el grado 38 sur, donde termina este país. Apro-madamente en ciudad de Puerto Montt, ubicada al sur del grado 38, comenzaría el país guiente (*el país de los espejos azules*).

parte de la escena diaria, reticular, microfísica; recodifica, de modo inevitable, la trama que inscribe a los sujetos en su propio espacio tiempo social y, al ser mismo en su existencia, sujeto a su entramado que lo re crea. Condición inevitable de ser. Escritura del desastre.

La revolución, esta puesta en escena a modo de revuelta cotidiana, se hace inevitable, hay tanto que decir, tanto que contar y contar. El sujeto lo hace, los cuentos se diseminan por el entramado del espacio tiempo social. Se vive cada día. Los fines de semana, en El Sur, se plasma en sus páginas, testimonio mítico trazado al porvenir. No podía ser de otra manera, no había otra manera de decirlo, la ficción del cuento pensado, en alianza con la performatividad del cuento contado se hacen acontecimiento, suceso revolucionario. En este sentido, la cultura, la historia *no* es un texto, una narración, maestra o de otra especie, sino que, como causa ausente, nos es accesible en forma textual. Es por ello que nuestro abordamiento a ellas, la cultura y la historia, y de lo Real mismo, pasa necesariamente por su previa textualización, su narrativización en el inconsciente político (Jameson, 1989:30), que la década posterior, de los setenta, cobrará en acontecimiento dramático, sus propios cauces, desde al menos el año 1958 y durante toda la década del sesenta -y más allá- en la vida cotidiana de los penquistas.

Pero, ¿por qué se diseminó dicho acontecimiento a la manera del cuento?; ¿qué se da en él que genera una especie de afinidad existencial con la cotidianeidad, en este caso en un orden de transfiguración de lo consuetudinario mismo por la diseminación de relatos singulares?. ¿Qué significa la experiencia literaria; dada por el cuento, en el lazo que configura el espacio tiempo social?. Significado relevante, si se piensa, ya que su modo de presentar la experiencia cotidiana, en el relato contado, modifica desacomodando la rutina singular existencial.

Frente a la pregunta presentada no existe una sola respuesta, y esta situación, aunque parezca obvia, está sostenida en la propia variedad de experiencias cotidianas posibles de propinar. Más todavía cuando se sostiene que esta específica experiencia dada en la ciudad de Concepción es de tipo revolucionaria, y

o solo para la ciudad y el país, en sentido singular, sino que sus epercusiones, su diseminación telúrica llegarán a contribuir, de nanera decisiva, al propio boom literario latinoamericano. Desde la ociología, por ejemplo, el cuento se le considera, al mismo tiempo, anto como un objeto de investigación literaria como de un hecho ocial, por lo tanto, para su análisis interpretativo se requiere una oble interrogación: la primera es sobre la literatura como fenómeno ocial, del que participan muchas instituciones e individuos que roducen, consumen, juzgan las obras; mientras la segunda habla obre la inscripción en los textos literarios de las representaciones e una época y de las cuestiones sociales (Sapiro, 2016:13).

Desde una perspectiva similar, Piglia (1986:6), presenta dos esis acerca de la potencia oscura que produce el cuento. Primera te-is: Un cuento siempre cuenta dos historias y cada una de las dos istorias se cuenta de modo distinto. Trabajar con dos historias, en ste contexto, quiere decir trabajar con dos sistemas diferentes de ausalidad. Los mismos acontecimientos entran simultáneamente en os lógicas narrativas incluso antagónicas. Los puntos de cruce son el undamento de la construcción (Piglia, 1986:128). Dichos puntos no on, o no parecen ser, la brillante superficie de las cosas, el significado ropiamente expuesto, ya que el cuento es un relato que encierra un ecreto, donde la luz, por su propia brillantez, oculta lo que ella no eja ver, pero lo insinúa en su reluciente enmascaramiento. No se tra-a de un sentido oculto que depende de la interpretación: el misterio o es otra cosa que una historia que se cuenta de un modo enigmá-ico. La estrategia del relato está puesta al servicio de esa narración ifrada (Ibíd.), transgresora en nuestro caso del relato social de aco-lamiento sistémico. La segunda tesis, por su parte, señala que la his-oria secreta, que (no) se cuenta, es la clave de la forma del cuento y e sus variantes (Piglia, 1986:129). El cuento se construye para hacer parecer artificialmente algo que estaba oculto. Y lo hace buscando eproducir de manera renovada una experiencia única que nos per-nita ver, bajo la superficie opaca de la vida, una verdad secreta, que alpita por ser escrita. Se trata de la visión de la escena instantánea ue nos hace revelar lo desconocido, no en una lejana tierra incógnita, ino en el corazón mismo de lo inmediato (Ibíd.).

En contigüidad con lo expresado con antelación, Cortázar (1970) adelanta que las nociones de significación, de intensidad y de tensión han de permitir acercarnos mejor para comprender el secreto del cuento. En el cuento se trabaja con un material que se califica de significativo para el cuentista. Dicho elemento significativo del cuento parecería residir principalmente en su tema, en el hecho de escoger un acaecimiento real o fingido que posea esa misteriosa propiedad de irradiar algo más allá de sí mismo, al punto que un vulgar episodio doméstico, se convierta en el resumen implacable de una cierta condición humana, o en el símbolo quemante de un orden social o histórico (Ibíd.), doblemente terremoteado como hemos visto, es decir, en un orden desordenado. Por este motivo, un cuento es significativo cuando quiebra sus propios límites con esa explosión de energía espiritual que ilumina bruscamente algo que va mucho más allá de la pequeña y a veces miserable anécdota que cuenta (Ibíd.:4). Pero son cuentos que se han escuchado desde niños, en los que se relataba la pequeña e insignificante crónica familiar de ambiciones frustradas, de modestos dramas locales, de angustias a la medida de una sala, de un piano, de un té con dulces. Sin embargo, algo en ellos sucede, algo estalla en ellos mientras son leídos, ya que proponen una especie de ruptura de lo cotidiano que va mucho más allá de la anécdota cotidiana reseñada en el relato (Ibíd.). Por ello, el tema que saldrá en un cuento es generalmente *excepcional*, pero no debido a que el tema deba de ser extraordinario, fuera de lo común, misterioso o insólito.

> Muy al contrario, puede tratarse de una anécdota perfectamente trivial y cotidiana. Lo excepcional reside en una cualidad parecida a la del imán; un buen tema atrae todo un sistema de relaciones conexas, coagula en el autor, y más tarde en el lector, una inmensa cantidad de nociones, entrevisiones, sentimientos y hasta ideas que flotan virtualmente en su memoria o su sensibilidad; un buen tema es como un sol, un astro en torno al cual gira un sistema planetario del que muchas veces no se tenía consciencia hasta que el cuentista, astrónomo de palabras, nos revela su existencia (Ibíd.:5).

Si se piensa en los cuentos inolvidables, todos ellos parecen poseer la misma característica: son aglutinantes de una realidad infinitamente más basta que la de su mera anécdota, y por eso influyen en los sujetos y sus contingencias con una fuerza que pareciera no corresponder de la modestia de su contenido aparente y de la común brevedad de su texto (Ibíd.). Conquistar al lector, movilizar sus intensidades, es practicar un estilo basado en la intensidad y en la tensión. Lo que da la exaltación en un cuento consiste en la eliminación de todas las ideas o situaciones intermedias, de todos los rellenos o fases de transición que la novela permite e incluso exige (Ibíd.:409-410), y que permite que el suceso se viva en espacio tiempo social de manera presente y con una elocuencia performativa notoria. En última instancia, un cuento, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla existencial fraternal; y el resultado de ese combate es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez que una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia. (Ibíd.:405), una revuelta en el océano social de la quietud supuestamente imperante.

El escritor, de cuentos en este caso, se presenta como testigo y cronista de su mundo cotidiano y del espacio tiempo social del cual es parte. Se trata de un sujeto que, desde los tiempos más remotos, se ha visto impulsado a expresar y transferir la realidad de modo diverso, de mostrar, de hacer aparecer ese contexto que lo enraíza en la tierra y le ofrece fantasías diversas de un porvenir que inspira su inscripción social, que lo motiva a la acción performativa. El creador es producto de su tiempo, de su época, de su realidad. De manera que cuando trata de reflejarla no hace otra cosa que estar de acuerdo consigo mismo, ya que trata de interpretar el tiempo en que vive. Y esta armonía conflictiva, este reflejar del tiempo no es otra cosa que saberse testigo del tiempo y simultáneamente testigo y ente de su propia vivencia. Sólo a través de su propio testimonio podrá alcanzar el creador "la gloria de la eternidad literaria" (Subero, 1974:4).

Se trata de una acción narrativa, capaz de rendir cuenta del hecho particularísimo mediante el cual el sujeto da, del universo en el cual forma parte, una imagen poética (Lancelotti, 1965:7), que

a la vez le permite decir, mediante la escritura fantástica de los cuentos, cuáles son los destinos asignados a su condición epocal y, al mismo tiempo, cruzarse vigorosamente con lo asignado como futuro codificado y abrir un porvenir incierto, dudoso, donde el cambio es posible, donde todo es posible mediante la imaginación, incluso la revuelta revolucionaria poética vivida en la década de los sesenta en Concepción. Se trata del suceso, del acontecimiento como remezón en el mundo del futuro asignado desde el presente modificador, de la escritura que desacomoda y dificulta el devenir pauteado y reglado de antemano. Este suceso situado en los sesenta, que tiene en el año 1958 la acción que enciende el llamado a la revuelta, a una comprensión del mundo que difiere de lo anterior, es el acontecimiento puro, tributario del pasado, es el verdadero asunto, el solo "personaje", si se quiere, del cuento (...) (Ibíd.:8). Y esto es así, debido a que en el cuento, pasado, presente y futuro se implican, se vuelven afines por acoplamiento y, por ello, cada segmento del tiempo muestra, al mismo tiempo, una recapitulación y una prefiguración de la realidad (Ibíd.:9), que la resignifica desde la fantasía, afectándola, interviniendo en ella de modo activo, re escribiendo sobre lo escrito, como un palimpsesto, que sin borrar del todo lo ya señalado, le otorga nuevos rumbos, inéditos, los que, sin abandonar el camino, pero en la errancia, permite a los sujetos re crear su existencia desde sí mismo, desde su singularidad presente en el acto propio de escribir, de insistir en la presencia, de marcar con su trazo un camino propio que desea ser visible, que busca el encuentro diferenciador con la codificación normada de lo social en versión sistémica. Se trata de la acción narrativa de contar que, de un modo o de otro, promueve la idea de una temporalidad discontinua, recurrente y previsible, la cual confirma las más osadas aventuras de la fantasía y certifica la validez de la intuición poética (Ibíd.:9-10). En este imperio irreversible y singular del suceso que acontece desarticulando los lazos pre figurados, es que radica su famosa brevedad, requisito tan simple como fecundo, pero también una especie de verdad, señalada por Poe como causa final del cuento y expuesta, como su primer principio filosófico, del cual deriva, con naturalidad, del radical dominio de un suceso que pide ser indagado

expuesto (Ibíd.:10-11), el que, una vez que se ha re situado, ya no erá el mismo, ni el cuento, ni el sujeto, ni el contexto donde se xperimenta la efusión poética narrativa singular.

En la década del sesenta del siglo veinte, tanto en Chile omo en la ciudad de Concepción, con el progreso de la ciencia y consolidación de la era técnico-industrial, con el consiguiente esarrollo de los centros urbanos, las ciudades y sus circunstancias, astaban para confinar al escritor en el centro de un asombro no istinto, en el fondo, de su soledad en medio de un mundo que omienza a ser populoso, abarrotado de vidas, de narraciones otidianas compartidas por las fronteras que impone el escenario ismo de la existencia de los sujetos. Se trata de una especulación, sí estimulada, sobre el hombre y su destino que, bajo el imperio de ciudad definida por sus aledaños fabriles (Ibíd.:14), posibilita la ntasía de una existencia desplegada en el encuentro citadino y en us avatares condicionantes de la experiencia vivida. En este sentido, cuento, que es una estructura aislada, nace de este particular ncierro que, apagados los ruidos y ensordecida la muchedumbre, le roporciona, en medio de ellos, la ciudad (Ibíd.:15). Aparecen en este ontexto urbano, las expresiones de un misterio cercano que la calle, gente y los edificios intensifican. Tan manifiesta es esta situación ue, a fines del siglo XIX, Pedro Balmaceda Toro[10],, señala en el omento preciso en que se consolidaba la vida urbana en ciudades y una regla de escritura castellana anterior que:

> Estoi convencido de que mis enfermedades son, en gran parte, provocadas por la vida de la ciudad, es decir, la neurósis que producen la falta de horizontes, las altas paredes, las calles adoquinadas; i luego, después, el trabajo de todos los días; i más allá para los que principian como yo la lucha de la vida, aquella ansiedad incansable del mañana, nunca satisfecho, siempre aguardado (1889: XXXI).

[10] Insigne literato fallecido prematuramente (1868-1889), pero que nos legó alguna de las ás bellas y visionarias letras escritas en nuestro país

Se trata de un nuevo fenómeno que se inscribe, la ciudad, la cual genera nuevas formas, tan próximas como solapadas, de ocultamiento: en ella lo terrible está a un paso. Por los mismos motivos una realidad apremiante pide fundamento y la estructura hermética del cuento es el receptáculo ideal de una circunstancia que comienza a ser extraordinaria (Lancelotti, 1965:15). Debido a su forma y temporalidad el cuento es el asiento ideal de la situación, del acontecimiento que marca en devenir el porvenir, en esa condición trágica que se impone al sujeto en las ciudades que, anticipada en Kierkegaard, llegaría a tener en la filosofía existencial el alcance de una tesis (Ibíd.:17), de un fundamento positivo para la acción. Dicha performatividad en alianza con lo constativo (Derrida, 2010), por su potencia conjetural, su capacidad innata para admitir lo extraordinario, de inscribir la fantasía de lo ficticio constativo en la vida cotidiana, lo hacen singularmente apto para recoger el estímulo del medio, del contexto del espacio tiempo social de las ciudades, con fuerza y tensión inusitada, las que revelan una irreductible vuelta de tuerca en las condiciones dramáticas de un hombre que comienza a sentirse ajeno a sí mismo, extraño en las circunstancias existenciales de su acontecer como sujeto, se trata nada menos de la presión de una sociedad capaz de convertir al hombre en un desterrado (Lancelotti, 1965:18-19). El hombre ha dado un paso más, en su devenir como sujeto, a la franca disociación de ese dominio aparente que llamamos realidad, en una sociedad esquizofrénica sobre cuyo desdoblamiento, liberador de una promiscua instancia caótica y presumiblemente veraz (Ibíd.:20), en la cual se instala la revuelta alegórica de la cosificación social dada hasta ese presente que, cuentos mediante, se deslizará al encuentro con lo desconocido, profetizado en los relatos de la cotidianeidad. Es por ello que los elementos principales del cuento parecieran ser tres: el final siempre presente en el desenlace que ya preconiza, la economía narrativa, justeza del espacio tiempo social que se vive en el instante preciso e intensamente y la autarquía del relato que versa sobre sí mismo, sobre el sujeto, su contexto y sus avatares cotidianos (Brescia, 1998:601), que pronostican el suceso por venir, que generan en su adelantamiento del final, la fantasía del deseo que impulsa el porvenir.

Esta aparición narrativa, al modo de relatos de la vida otidiana, motivaba a Kafka a señalar que la vida es demasiado corta ara la forma literaria larga; demasiado fugaz para que el escritor ueda entretenerse en descripciones y comentarios; demasiado sicópata para hacer con ella psicología; demasiado novelesca ara una novela (...) La vida fermenta y se descompone demasiado ápidamente para poder conservarla mucho tiempo en libros vastos largos (Llovet, 2012:11). De esta manera, esas *totalidades* heredadas el modelo narrativo de la gran novela realista del siglo diecinueve ienen un nuevo y digno representante en el cuento, una escritura ue llega solo hasta un estado de sondeo, ensayo o tentativa Ibíd.:11), pero que es capaz de descifrar adelantándose al futuro, las ontingencias del sujeto extrañado de su existencia contemporánea. ara el comienzo del siglo veinte y de ahí en adelante, el mundo a no estaba para grandes composiciones redondeadas, ya que as fisuras en la percepción de una sociedad que, a su vez, estaba esmoronándose, solo parecían legitimar composiciones en las que redominaban la minucia, el detalle, la forma breve y la mirada fímera (Ibíd.). Entonces se trata de mantener la unidad del efecto impresión buscada en el relato. Esta unidad no puede preservarse decuadamente en producciones cuya lectura no alcanza a hacerse n una sola vez, debido a la fragmentación de la vida cotidiana que roduce la contemporaneidad. Si el cuento, como relato de y desde cotidiano de ese sujeto, cumple de verdad las exigencias del entimiento poético, producirá una exaltación del alma que no puede ostenerse durante mucho tiempo. Ya que toda gran excitación es ecesariamente efímera (Poe, 2007), pero a la vez revolucionaria le los modos codificados de existir en el espacio tiempo social. omo la revuelta de los sesenta del siglo veinte. Revolución poética, stética, todavía sin parangón como revuelta cultural de la ciudad de oncepción, en el país de la tierra inquieta.

Unos botones de muestra de este clima cultural acontecido, le la revuelta cultural modificadora de contextos y destinos signados, son los que se presentan en este texto. El evento que os hace concurrir, a las páginas del diario El Sur, son sucesivos oncursos de cuentos lanzados por el diario con el aporte de

escritores de la ciudad que establecen sus requisitos de escritura. Todos ellos son publicados en la década del sesenta. Algunos son de autores ya consagrados que, aunque no participan del concurso mismo, sirven de modelo posible para las creaciones por venir, como promoción certificada para los concursos. Entre estos tenemos a *Tierra de olvido* de Francisco Coloane, *A la deriva* de Jorge Edwards, *El árbol* de María Luisa Bombal, *El callejón de los gansos* de Oscar Castro y *El triunfo del cenizo* de Luis Durand. Otros cuentos fueron enviados al concurso por escritores que ya daban sus primeros pasos en el oficio de la escritura y que figuraban en la literatura chilena como tales, entre estos tenemos *El paseo* de Erich Rosenrauch, *Caja pagadora* de Mario Muñoz Guerricabeitía, *El Quijote de la ciencia-ficción* de Alfredo Lefebvre, *El accidente* de Luis Alberto Acuña, *Carrusel* de Hugo Correa, *Día de niebla* de Cristián Huneeus, *Primera Muerte* de Antonio Avaria, *El auriga Tristán Cardemilla y Los socios* de Alfonso Alcalde, *El ciclista del San Cristóbal* de Antonio Skármeta y *Cada 1° de noviembre* de Hernán Muñoz Villegas. Por último, están también aquellos cuentos inéditos que constituyen, probablemente, la única expresión en este género de sus autores, entre ellos tenemos *Adolescencia* de Paulina Herrera del Río, *El fantasma del hospital regional* de Osvaldo Alarcón, *Los millones del zapatero* de Julio Reinoso, *La letra con llanto entra* de Andrés Cifuentes Ramírez, *Tahúres* de Alberto Carvajal y el cuento *Tribunal de honor* del General Carlos Prats González.

Junto a los cuentos y como portada de los mismos, se encuentran las notables ilustraciones de artistas que adornaron la presentación de los relatos. En este primer libro, breve y excelsa muestra de lo porvenir, se destacan Domingo Baño, Andrés Muñex y Jimmy Scott. Su magia artística solo ha engalanado la escritura.

Referencias Bibliográficas:

Balmaceda Toro, P. (1889): *Estudios i ensayos literarios*. Cervantes: Santiago de Chile.

Brescia, P. (1998): La teoría del cuento desde Hispanoamérica. Actas XIII Congreso AIH (Tomo III). Madrid, 6-11 julio 1998.

Cortázar, J. (1970): Algunos aspectos del cuento. (Originalmente publicado en *Diez años de la revista "Casa de las Américas"*, Nº 60, julio 1970, La Habana, Cuba).

Derrida, J. (2010): *Universidad sin condición*. Trotta: Madrid.

Diario El Sur (1958): Crónica literaria. 19 enero 1958.

(1960-1969): Concurso de cuentos. Década de 1960

Jameson, F. (1989): Sobre la interpretación. La literatura como acto socialmente simbólico. En *Documentos de cultura documentos de barbarie*. Visor: Madrid.

Lancelotti, M. (1965): *De Poe a Kafka. Para una teoría del cuento*. Eudeba: Buenos Aires.

Lefebvre A (1961): *Artículos de malas costumbres*. Universitaria: Santiago de Chile.

Llovet, J. (2012): Prólogo. *En El silencio de las sirenas. Escritos y fragmentos póstumos*. DeBolsillo: Barcelona.

Piglia, R. (1986): *Formas breves*. Anagrama: Buenos Aires.

Poe, E., A. (2007): Teoría del cuento moderno. En *Ensayo sobre cuentos contados otra vez de Nathaniel Hawthorne*. Acantilado: Barcelona.

Sapiro, G. (2016): *Sociología de la literatura*. F.C.E.: Buenos Aires.

Subercaseaux, B. (2010): *Chile o una loca geografía*. Ercilla: Santiago de Chile.

Subero, E. (1974): Para un análisis sociológico de la obra literaria. Thesaurus Tomo XXXIX Número 3, Madrid.

EL PASEO (INTERIOR) DE ERICH ROSENRAUCH

Gloria Sepúlveda Villa

En *El Diccionario de Movimientos y Grupos Literarios Chilenos*, Luis Muñoz y Dieter Oelker proponen la presentación de los hitos en el desarrollo de la literatura chilena a partir de 1842, hasta la irrupción del Teatro de la Década del ´50. En el apartado "El verdadero cuento en Chile" se dilucida la propuesta de Miguel Serrano, quien publica en 1938 *La antología del verdadero cuento en Chile*, allí, el escritor declara que "en América, en especial en Chile, nace el cuento" (en Muñoz y Oelker 2014: 250). A partir de la lectura de los cuentos de Juan Emar, Serrano destaca en ellos "la originalidad, la modernidad, la naturalidad" (2014: 250) que poseen. Carlos Droguett coincidirá con Serrano en que el cuento nace en Chile, añadiendo que el escritor tiene un compromiso "con la realidad social de la época" (2014: 252). Otros escritores, como Salvador Reyes, se unirán a la discusión, la que se llevó a cabo a través de la prensa. Serrano no decae defendiendo su postura: "el cuento tiene su mundo propio, sus propias leyes, porque el cuento ´es también una distinta manera de ver el mundo, de mirar, de caminar, de respirar´" (2014: 253). Esta discusión fue recogida por la Revista *Hoy*. Finalmente, la revista decide cerrar el debate señalando que las partes no consideraron la *concisión* que caracteriza a los escritores cuando tienen que afirmar una posición y lamentan la negación del trabajo de los cuentistas norteamericanos y chilenos (D´Halmar, Latorre, Bello y Lillo, entre otros). Miguel Serrano recalca la diferencia entre los narradores y los cuentistas, y que éstos son la nueva generación que siguió a la poesía.

Posteriormente, en 1941, Nicomedes Guzmán publica *Nueve cuentistas chilenos*, escritores que se ven reflejados en la generación que abarcó el periodo de 1900, por lo que se reivindica la figura de Baldomero Lillo: "nuestro más grande personero en el género" (2014: 259). En otro momento, Francisco Santana reconocerá al menos

cuatro corrientes literarias: Suprerealistas, Realistas, Sociales e maginistas" (2014: 260.). Ricardo Latcham propone que en el mismo ño tres autores validarán la narrativa chilena: Reinaldo Lomboy *Ranquil*), Francisco Coloane *(Cabo de hornos*) y Nicómedes Guzmán *La sangre y la esperanza*).

Años más tarde, en 1960, el diario *El Sur* realiza el Primer Concurso Nacional de Cuento, en 1968 un artículo del diario celebrará a Octava versión, en la cual recibieron 345 títulos. Entre los muchos scritores destacados que participaron, cuenta Alfonso Alcalde, uien ganó la versión de 1965 con "El auriga Tristán Cardenilla", ese ismo año prepara, además, su monumental *El panorama ante nosotros*, norme libro de poesía que saldrá a la luz en 1969.

En el mismo concurso aparece Erich Rosenrauch Vogëlfanger (Viena, 1931-Inglaterra, 1978) un escritor austriaco-chileno que ivió en Concepción entre los años 1938 y 1978. A los 25 años publicó u primer libro, *Tres dramas* (1956). Posteriormente, siete novelas: *Noche sin gloria* (1961), *La casa contigua* (1968), *Los poderosos* (1970), *Clima de optimismo* (1974), *Salvaguardia* (1974), *Muertos útiles* (1977) y *La burra* (póstuma, 1978). Además, tres cuentos son publicados en el diario *El Sur*: "El paseo", "Los orangutanes" y "Tema de variedades". El primero de ellos, del cual nos ocuparemos aquí, aparece en 1963 con una mención honrosa en el Cuarto Concurso Nacional de Cuento el domingo 6 de Enero. El texto fue ilustrado por Jimmy Scott y cifra la escena principal del relato centrado en la conversación de Leopoldo y Javier, los protagonistas. El primero, gran conversador, mientras que el segundo, tímido, se impone una serie de señas antes de solicitarle un favor a su ex compañero de Universidad: "El rol estelar ya entonces le correspondía a Leopoldo, quien voluntarioso y dominante, lo desempeñaba con una convicción espesa en que raramente había resquicios para algún existir ajeno" (*El Sur*, 1963: 1).

Los personajes se reúnen, previo acuerdo telefónico. Así, el narrador nos presenta en un nivel exterior a Leopoldo y en un nivel interior a Javier, el que apabullado por la impronta y verba de su condiscípulo, examina su interioridad en la medida que la acción se desarrolla en el relato:

> Tímido e irresoluto, con una sensibilidad mal aplicada que prefería detenerse en frusilerías y ante planes prácticos le dejaba, al contrario, extrañamente indefenso, su destino no había de librarse ni entonces, ni después, de un subordinado irremiso de algún temperamento recio (*Ibíd.*).

Ralph Freedman, en su estudio sobre la obra de Virginia Woolf y otros autores en *La novela lírica* (1963), señala que la escritora inglesa es uno de los baluartes de la escritura vinculada a la corriente de la conciencia: "El flujo de conciencia, la vida que se filtra a través de la experiencia interna, sirve para dejar al descubierto muchos corazones en el panorama de la vida" (Freedman, 1972: 274). De modo similar, el narrador de "El paseo", nos revela la diferencia que prima en los personajes desde un punto de vista interno en la conciencia de Javier, y por otro, externo en la verbalización de Leopoldo. Mientras Leopoldo se esmera en el análisis crítico de la obra poética de X, en la mente de Javier no dejan de cruzarse los motivos que los separan y se anula frente a su amigo. Otro personaje se suma, Luisa, quien "insistía imponer su presencia como si en casa no fuera bastante, y sin que el aire libre variaran expresiones que él prefería considerar circunscritas a una opresivo ámbito doméstico" (Ibíd.) .

De este modo, Javier no logra liberarse ni en el espacio cerrado del hogar, ni en el espacio exterior del parque. El encuentro mental con la mujer, Luisa, se materializa en el paseo con Leopoldo, cuando Javier la ve fumar rabiosamente en su cabeza: "Asaz frecuentes llegaran a ser esos raptos luego de que, enfriándose abrazos tempranos, las privaciones terminaran de reducir su amor a una camaradería amarga de animales castigados". La tensión producida, impide que Javier se decida a plantearle a Leopoldo el préstamo de dinero que necesita y la conversación no avanza más allá del tema del poeta X. Inquieto y apunto de comunicar su necesidad, Javier se resigna a continuar el diálogo con Leopoldo: "-X será siempre un maestro eximio- se oyó decir-, y nuestra generación puede enorgullecerse de incluirlo entre sus valores-" (1963: 2).

El cuento da cuenta de lo que Ernst Bloch propone en los últimos capítulos de *El principio esperanza [III]* (Trotta, 2003) cuando

eñala que la reunión entre ex compañeros de Universidad, años espués de terminar los estudios, es una triste forma de reconocer comprobar cuánto hemos cambiado sin alcanzar las metas de uventud. De modo similar, el encuentro entre Leopoldo y Javier, o sólo deja al descubierto sus diferencias, sino que disfraza en la iscusión sobre la poesía de X., el mundo interior de Javier que se ebate entre la crisis económica que padece, la presión de su mujer uisa y la presencia arrolladora de su amigo.

Ahora bien, si nos centramos en el soporte que contiene os textos -los cuentos-, el *biblion*, en términos de Derrida, «papel e escritura» (2004: 228) es la página impresa de los viejos diarios, os que, de no ser conservados en la Hemeroteca de la Universidad e Concepción, serían, sin duda, papel desechable y, por lo tanto, ubiera sido imposible dar con ellos. Sobre todo, con los cuentos e Erich Rosenrauch. En este punto entra en juego, además, la oción de herencia propuesta por Derrida: "La herencia implica a decisión, la responsabilidad, la respuesta, y por consiguiente la lección; quiérase o no, siempre hay elección, sea o no consciente" 1998: 89). En ese sentido, la reunión de los cuentos incluidos en este ibro va por el camino de la propuesta derridiana, por cuanto supone a decisión de investigar, «críticamente», la elección realizada y demás, develar un movimiento narrativo que se ha visto eclipsado or la poesía durante muchísimo tiempo y que hoy, con instancias omo "Concepción en 100 palabras" o "Microcuentos" dan cuenta el valor y la imaginación de personas, no necesariamente ligadas a a escritura que producen relatos vinculados a la experiencia vital y a ciudad. El número de relatos enviados a estas instancias, supera on creces las versiones de años anteriores.

Ante la discusión en torno al cuento suscitada en 1938, lo nico seguro es la preponderancia del género, que en la década del 60 tuvo un auge importante y ese ánimo se mantiene hasta hoy, en lo que llevamos recorrido del siglo veintiuno. Basta mencionar el auge e los microrrelatos como los concursos mencionados más arriba y a aparición de novísimos narradores con propuestas interesantes omo el trabajo de Felipe Fuentealba (*Otoño*, 2015), Paulina Flores *Qué vergüenza*, 2015), Cristóbal Gaete (*Valpore*, 2009 – *Motel Ciudad*

Negra, 2014) y la antología ¿Quién dijo que todo está perdido? (Colección Narrativas Emergentes, Balmaceda Arte Joven, 2017) por mencionar sólo algunos. La larguísima lista que los antecede, no es menor[11].

Referencias Bibliográficas

Bloch, E. (2004): *El principio esperanza* [III]. Trotta: Madrid.

Derrida, J. (1998): *Ecografías de la televisión*. Universitaria: Buenos Aires.

(2003): *Papel máquina*. Trotta: Madrid.

Hidalgo, H. (2017): *¿Quièn dijo que todo està perdido? Antologìa Narrativa Balmaceda Arte Joven*. Balmaceda Arte Joven: Santiago de Chile.

Muñoz, L.; Oelker, D. (2014): *Diccionario de Movimientos y Grupos Literarios Chilenos*. Universidad de Concepción: Concepción de Chile.

Freedman, R. (1972): *La novela lírica*. Barral: España.

Rosenrauch, E. (1963): *El paseo*. Diario *El Sur*. Domingo 6 de enero. Pp. 1-2.

[11] Basta mencionar la obra de Daniel Belmar, Andrés Gallardo, Alfonso Alcalde, Ingrid Odgers, Ramón Coloma, César Valdebenito y Oscar Sanzana, por mencionar algunos autores que han escrito desde Concepción.

Gonzalo Rojas Integrará Directorio de la "SECH"

Anoche se dirigió a Santiago para participar hoy en la sesión de constitución del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), el escritor y catedrático de la Universidad de Concepción, señor Gonzalo Rojas Pizarro.

Los integrantes del nuevo directorio designarán en la sesión de hoy, los diferentes cargos de la SECH.

El señor Gonzalo Rojas Pizarro es el primer escritor de provincias que ha sido designado para integrar el directorio de este organismo.

Igualmente, de acuerdo a la versión oficial recogida por "EL SUR", el señor Rojas Pizarro, fue designado director de la revista de la SECH, vastamente prestigiada en círculos especializados de Chile y del exterior.

El directorio de la Sociedad de Escritores de Chile, elegido el lunes último, está integrado además por Ester Matte Alessandri y los señores Diego Barros Ortiz, Luis Enrique Délano, Rubén Azócar, Guillermo Atías, Enrique Lihn, Mario Ferrero, Miguel Saidel, Antonio Cánepa y Luis Merino Reyes.

El señor Gonzalo Rojas, viajará periódicamente cada quince días a la capital para asistir a las reuniones de directorio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH).



Sr. Gonzalo Rojas Pizarro.

Diario El Sur, 1961



Crónica Literaria

PRIMER ENCUENTRO DE ESCRITORES CHILENOS

por ALFREDO LEFEBVRE

Departamento de Castellano — Universidad de Concepción

MAÑANA se inaugura el acontecimiento más importante de la Cuarta Escuela Internacional de Verano. Estas reuniones, que se celebrarán en el Salón de Honor de la Universidad, tendrán carácter público. No son sesiones de academia; tampoco son compromisos ante tal o cual definición de ideas para llegar a una conclusión definitiva. Animadas por las exposiciones de poetas, novelistas, críticos, dramaturgos, ensayistas, estas sesiones, que serán seguidas de debates, son imprevisibles: un explosivo intelectual. Los escritores invitados representan una gran variedad de concepciones de la vida y del arte, pues hablarán en función de su pensar y sentir: el resultado va a ser una visión de la situación actual de nuestras letras. Lo que ellos expongan y discutan nos dirá cuál es la anchura y la profundidad verdadera de las letras chilenas. La correcta interpretación de lo que veremos y escucharemos en este Encuentro de Escritores, será el testimonio de mayor elocuencia. Cada cuál abundará en su sentido, pero en la diferencia de juicios o en la oposición de doctrinas podremos medir un estado de cosas, alguna posible constante de pensamiento, el ámbito en que se mueven nuestros hombres de letras: lo que les sobra y lo que les falta. Contemplaremos el destino de la literatura chilena.

La Universidad de Concepción, al patrocinar estas jornadas del Encuentro de Escritores, ha creado una nueva línea de su misión específica, y una irradiación fundamentalísima de sus tareas de extensión cultural. Ella convoca por primera vez en el país a personas que viven al margen —por lo general— de estos centros unificadores de la vida intelectual. Se ofrece así la posibilidad de que los escritores alcancen un grado de conciencia sobre sus misiones que las formas de vida de la nación obstruyen fácilmente. Se puede afirmar que el peso de las obligaciones que tiene el escritor ante su arte es un punto problemático en el desarrollo de nuestras letras, un estado que impide la mayor eficacia de la sensibilidad artística en los medios sociales.

Estos viven ajenos a lo que significa en Chile la existencia de poetas, novelistas, de escritores verdaderos, los cuales no han venido a este mundo a divertir al hombre aburrido que toma un libro lo mismo que un vaso de vino para matar el tiempo. Hay algo más en el hecho de escribir un poema, un drama o un relato. La presencia de una treintena de escritores nacionales en Concepción mostrará al público el orden de la vida que ellos manifiestan como vida en sus personas y de sus creaciones: la palabra viva del autor que practican, la belleza de las obras que leeremos en las noches desde el estrado del teatro móvil, los debates y temas que desarrollarán, la comunicación continua con el público de la ciudad.

La diversidad de los temas que se expondrán va a tener otro interés. Cuando Braulio Arenas hable del Grupo Mandrágora y Mario Espinosa de los últimos novelistas, y Luis Oyarzún se refiera a las generaciones de poetas que han escrito en los últimos treinta años; el público va a recoger una información preciosa que no registran los pobres y malos textos de literatura chilena. Puntos de vista incitantes para enjuiciar el hecho de la creación poética se obtendrán a través de Humberto Díaz Casanueva, el cual hablará de poesía y ciencia; de Miguel Arteche, que analizará el problema del lenguaje poético en las viejas y nuevas generaciones; de Nicanor Parra, cuya relación versará sobre criollismo y poesía chilenos.

Las necesidades intelectuales o sociales de los escritores aparecerán en varias disertaciones: de la dramaturgia por Fernando Debessa y Luis Alberto Heiremans, de la novela por Guillermo Atías y Herbert Müller. De este modo — y no los hemos nombrado a todos — el Encuentro de Escritores permitirá al observador y al público un conocimiento crítico de la realidad artística y humana de nuestras letras como nunca se había suscitado en Chile. Esperamos cambiar la comprensión de un modo, que si tiene prestigio y altas valorizaciones internacionales, no es suficientemente considerado en el mismo país. La Universidad de Concepción con este Primer Encuentro de Escritores Chilenos asume un papel de vanguardia: sigue las manifestaciones superiores de la inteligencia y responde al espíritu y a la letra de su divisa.

Próxima crónica: **Trabajo de copas**, novela de Fernando Alegría que [illegible] publicada por Zig-Zag.

Diario El Sur, 1958

IV Concurso Nacional de Cuento
En los 80 Años de "EL SUR"

El Diario "EL SUR" de Concepción, de acuerdo al propósito de promover la creación literaria mediante la realización de concursos anuales, abre su Cuarto Concurso Nacional de Cuento, en el Año Octogésimo de su fundación, cuyos resultados se darán a conocer con motivo de la fecha aniversaria de este rotativo, en noviembre próximo.

Este Concurso se regirá por las siguientes bases:

1.— PARTICIPANTES: Podrán concursar todas las personas que lo deseen y que se sometan a los requisitos exigidos en estas bases.

2.— RECEPCION DE TRABAJOS: a) Cada autor podrá remitir solamente un cuento.

b) Los trabajos deberán ser dirigidos a "Director del Diario "EL SUR", Concurso Nacional de Cuento, Casilla 8-C, Concepción".

En resguardo del anonimato de los concursantes, los sobres de envío no podrán incluir indicación alguna en su exterior respecto del nombre o dirección del remitente.

c) Habrá un Libro de Registro en el que se inscribirán los trabajos por orden de recepción, asignándoseles a cada uno el número respectivo.

3.— ANONIMATO DE CONCURSANTES: a) Cada trabajo deberá ser firmado con pseudónimo, debiendo incluirse, dentro del sobre de envío, otro sobre cerrado que ostente en su exterior el pseudónimo respectivo y el título del trabajo. En este último sobre deben incluirse los siguientes antecedentes:

Nombre y apellidos del participante, dirección completa y la firma y número de la cédula de identidad del autor.

b) Los originales no serán devueltos a sus autores. "EL SUR" no mantiene correspondencia separadamente con los concursantes.

4.— TEMA: Será libre, entendiéndose por tal la opción del autor a elegir a voluntad ambientes, argumentos y personajes. Sin embargo, los participantes habrán de tomar en cuenta que los trabajos premiados, destinados a su publicación en este diario, deberán ser, por su índole, adecuados para este fin.

5.— EXTENSION: Cada trabajo podrá tener una extensión máxima de hasta diez carillas tamaño oficio, escritas a máquina, a doble espacio y por una sola cara.

Deben enviarse tres ejemplares.

6.— PLAZO: La recepción de los trabajos se cierra el día 31 de agosto, a las 24 horas. Este plazo es improrrogable.

El día y hora indicados se procederá a cerrar, en la Dirección de "EL SUR", el Libro de Registro de los trabajos enviados, en el cual deberán hallarse inscritos todos los cuentos que se hubiesen recibido, materialmente, en la Dirección del Diario hasta la medianoche del último día del plazo.

7.— JURADO: Estará formado por tres personas, integrándolo, en representación de "EL SUR", el Secretario de Redacción de este diario.

También formará parte del Jurado, con el carácter de miembro honorario, el autor que recibió el Premio Unico en el año 1961, señor Mauricio Sercovich Abramson.

8.— PREMIOS: Habrá un Premio Unico e indivisible de TRESCIENTOS ESCUDOS (E° 300) y un diploma de honor.

Además, el Jurado podrá otorgar menciones honrosas a otros trabajos, los cuales también obtendrán diplomas de honor.

9.— PUBLICACION: Los trabajos distinguidos por el Jurado con el Premio Unico y con menciones honrosas, serán publicados en la edición dominical de "EL SUR".

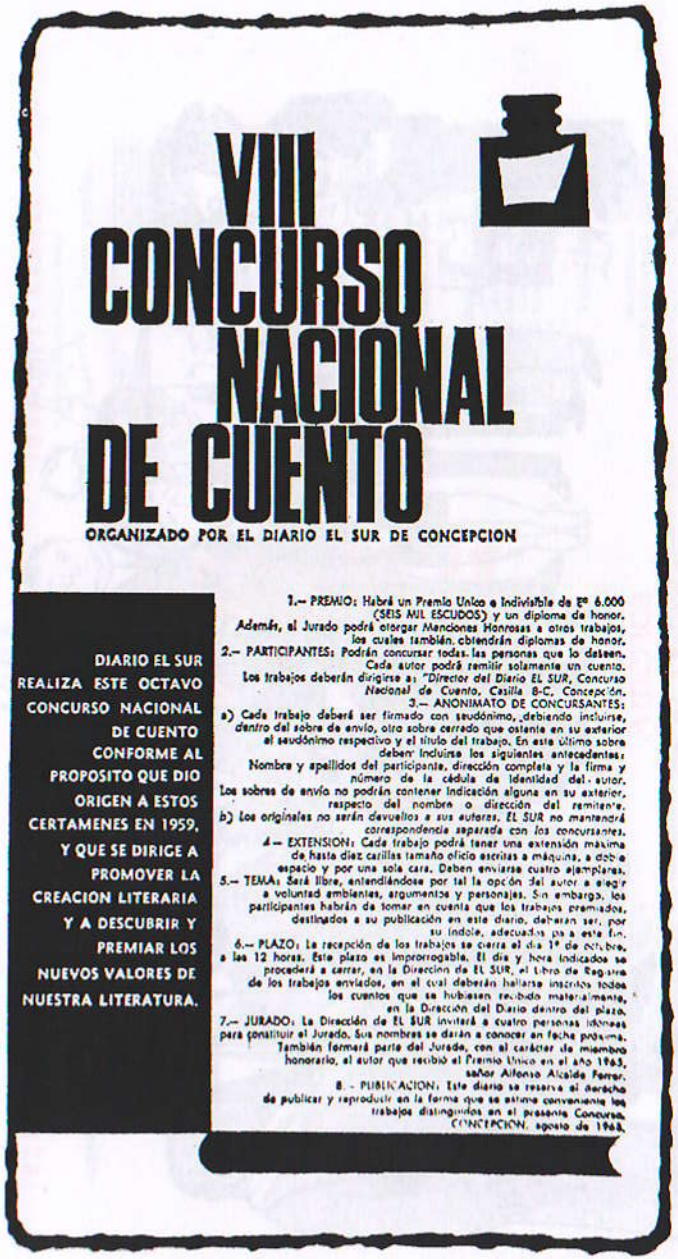
Este diario se reserva el derecho de publicar [illegible] de los trabajos enviados al Concurso.

10.— FALLO: Se dará a conocer antes del día 15 de noviembre, fecha en la cual se hará entrega del premio.

11.— EL CONCURSO: El Diario "EL SUR" realiza este Cuarto Concurso Nacional de Cuento, en el Año Octogésimo de su Fundación, conforme al propósito [illegible] desde la iniciación de estos certámenes, en 1959, y se dirige a conocer y promover los nuevos valores de nuestra literatura.

Concepción, Julio de 1962

Diario El Sur, 1962



Diario El Sur, 1968

Así ve Jimmy Scott la plana periodística de "EL SUR".

Reservados todos los derechos. © 1962 Universidad de Concepción.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita.
Digitalización y publicación web: www.archivo.udec.cl

UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN - CHILE

Séptima Escuela Internacional de Verano

1962

IMAGEN DE AMERICA LATINA

Veinte sesiones de trabajo, del 15 al 20 de enero

HECTOR P. AGOSTI

Argentina JOSE BIANCO
RAUL PRIETO

Bolivia JESUS LARA
MARINA NUÑEZ DEL PRADO
NUÑEZ DEL PRADO
GIL IMANA GARCION

Brasil CARLOTA MARIA DE JESUS
THIAGO DE MELLO
OSCAR NIEMEYER

Colombia GERARDO MOLINA — **Cuba** ALEJO CARPENTIER

Chile MARTA BRUNET — JORGE MILLAS
JOSE DONOSO — PABLO NERUDA
FELIPE HERRERA — LUIS OYARZUN
ARMANDA LABARCA — GONZALO ROJAS
TOLE PERALTA

Ecuador BENJAMIN CARRION
OSWALDO GUAYASAMIN

El Salvador CLAUDIA ALEGRIA

Mexico CARLOS FUENTES
OCTAVIO PAZ

Paraguay AUGUSTO ROA BASTOS

Peru JOSE MARIA ARGUEDAS
JOSE NICOLAS OVIEDO
MANUEL SCORZA

Uruguay CARLOS MARTINEZ MORENO
MARIO BENEDETTI

Venezuela MARIANO PICON SALAS

Invitados especiales y agregados culturales latinoamericanos

Espectáculos:

RECITALES DOCUMENTALES LATINOAMERICANOS
CONCIERTOS Y REPRESENTACIONES TEATRALES
Del 6 al 15 de enero: Casa del Deporte
Del 6 al 28 de enero en el foyer de la Universidad
FESTIVAL DE ARTE
Exposiciones individuales de Marina Nuñez del Prado.
Xulo Nuñez del Prado, Gil Imana Cuevas (Bolivia).
Brasil Cunha, Ana Letycia y Nilza Peixoto de la
Escuela de Arte (Brasil). Vicente Arenas, Jorge
Zeise, Julio Escobar, José Venturelli (Chile) y
Osvaldo Guayasamin (Ecuador).
Exposición de posters culturales
Exposición documentos de personas culturales
Actividad popular y arte autóctono
Exposición de libros editados: Pablo Neruda, Taller de
Escritores de la Universidad de Concepción, Premios
Nacionales de Literatura y ediciones culturales

IMAGEN DEL HOMBRE

Veinte sesiones de trabajo, del 22 al 27 de enero

Visión filosófica — JULIAN MARIAS
ROGER BASTIDE
CARLO CORDUA
JORGE MILLAS
FRANCISCO SOLER
HOMERO TORRETTI

Visión científica
LEWIS PAULING Conferencias en las Secciones, Cátedras y Seminarios
Y MARIO Y Juan Cassinis y Rodolfo Chiffelle (Jefes de Conferencias)
GIANFRANCO PUPPI
GUSTAVO COEZ
RAMON JOEL
RON D. BERNAL
JUAN CARLOS MARTINOVA
JUAN A. MORALES
VICENTE SIERRALTA
NICANOR PARRA

Visión política
ANDRE BRETON — FERNANDO ALEGRIA
ALEJO CARPENTIER — BRAULIO ARENAS
HUMBERTO DIAZ CASANUEVA — NICANOR PARRA
PABLO NERUDA — GONZALO ROJAS
OCTAVIO PAZ — MIGUEL SERRANO

TALLER DE ESCRITORES
DE LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

Visión sociológica
ROBERT MORTON — JORGE MILLAS
ROBERT DUNN — RAUL SAMBLE
FRANK TANNENBAUM — MARIO OSSIO

Visión jurídica
GEORGES BERDEAU — JUAN MARCH
ALVARO BOMTIN
NAHUM SILVA — RICARDO DIAZ
MAXIMO PACHECO — Profesor de Derecho de la U. de Concepción

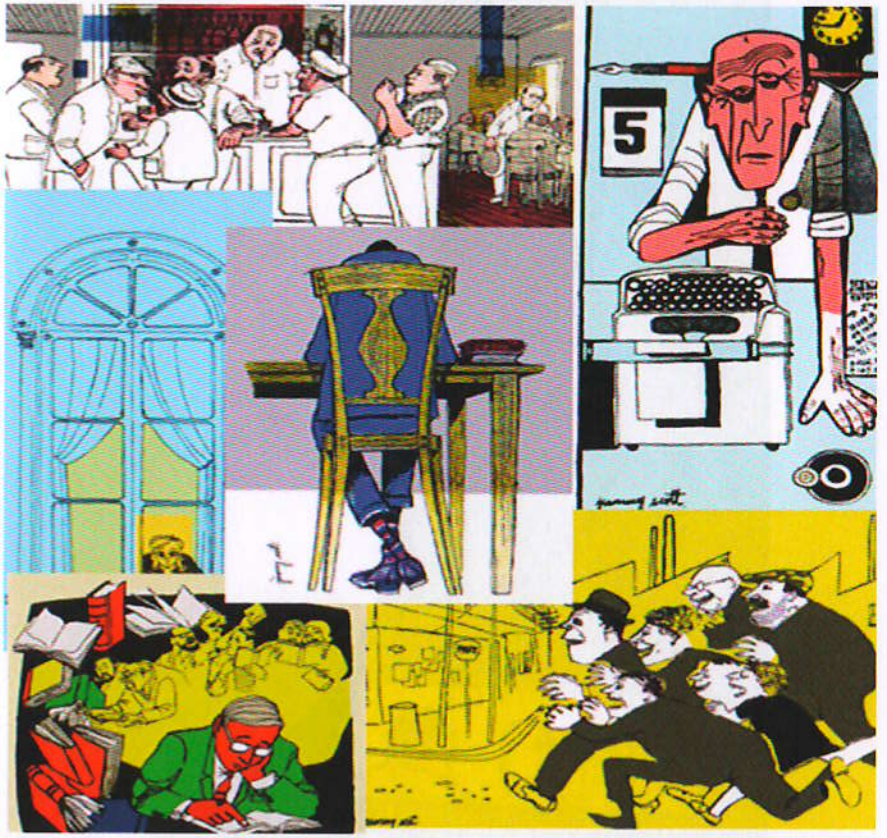
Visión histórico-cultural
FERNANDO ALEGRIA — ANTONIO ALMAGRO
BERNARDO CARRION — CEDOMIL GOIC
FRANCISCO FLORA — JORGE GUZMAN
PEDRO LIRA URQUIETA — JUAN LOVELUCK
JORGE MILLAS — FELIX MARTINEZ
MARIANO PICON SALAS

Visión arquitectónica
EDMUNDO MORANDE
OTTO ALDO CARRASCO
ALFRED COY CARRASCO
OSCAR NIEMEYER
SAUL ID ORMAZD
CARLOS OZZIANI
ALEJANDRO RODRIGUEZ
JOSE RICARDO MORALES
ALEJANDRO SILVA
ATILIO MORASSO
SANTIAGO RIOS

In todos Deportes, Competencias Nocturnas y Extranjeras

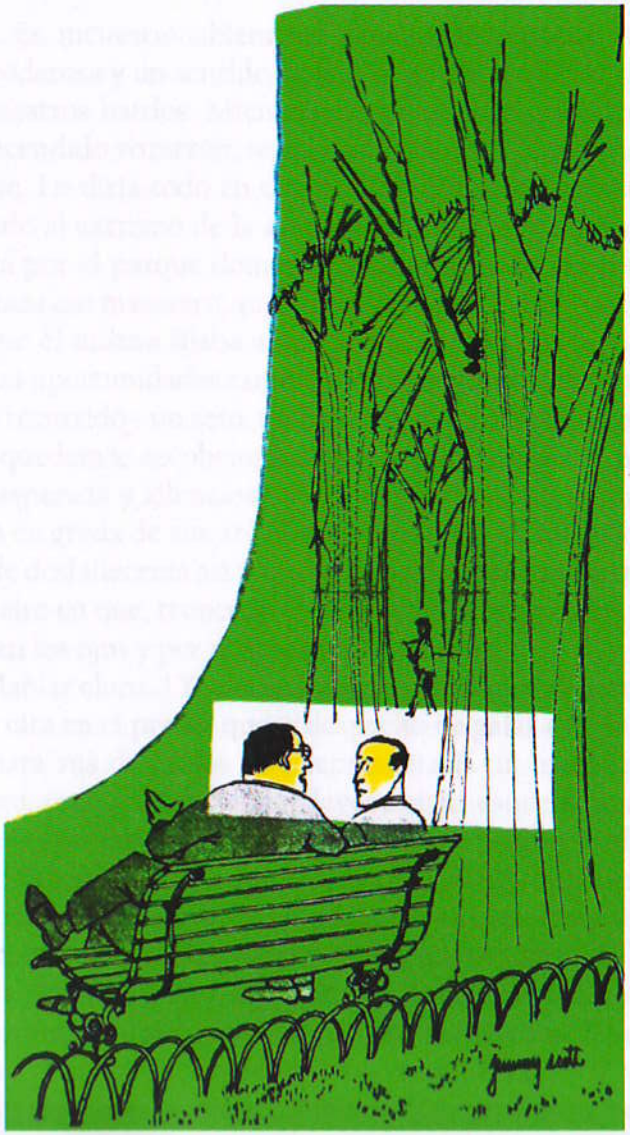
América en el Mundo

CUENTOS SELECCIONADOS



El Paseo

Autor: Erich Rosenrauch Vogelfanger
Ilustración: Jimmy Scott



X. Es, incuestionablemente, un magnífico poeta. Tiene una vitalidad poderosa y un sentido de lo fundamental que escasea en el resto de nuestros bardos. Mientras Leopoldo, con grandiosos ademanes y encendido vozarrón, seguía bullendo a su vera. Javier acabó de decidirse. Lo diría todo en cuanto llegasen al viejo macetero de rosas situado al extremo de la avenida. Varias veces, en el curso de la caminata por el parque dominical, había querido expresarlo sin atreverse; mas ese macetero, ya a pocos trancos de ambos, era ahora el límite que él mismo fijaba a sus previas hesitaciones. Al menos en tres otras oportunidades también lo pensó junto a determinados puntos del recorrido - un seto, un banco y un mendigo ciego -, todos los cuales quedaran, no obstante, atrás, como jalones de una frustración exasperada y silenciosa. Pero aquella vasija cercana, súbita concreción en greda de sus anhelos, devendría, a no dudarlo, el hito a la gama de desfalleceres así plasmadas paulatinamente a través del paseo: Un alto en que, truncado la vergonzante progresión, él miraría al otro en los ojos y por último hablaría claro.

¡Hablar claro...! Ya debió haberlo hecho cuando concertó al teléfono la cita en el prado, que, a despecho de galas estivales y aire radiosos, para sus designios solo representaría un marco absurdo. Sin embargo, temió entonces que leyes físicas esquematizaran demasiado las expectativas cifradas por él en ese trámite, reduciendo toda la dolida humanidad del mismo a vibraciones duras en un auricular. Y dado ello, de pronto se encontró ahí, en aprensivo trote a la sombra majestuosa de Leopoldo, y en lucha contra trabas que, atribuidas antes al teléfono, ahora venían a renacer en él como producto netamente propio. Leopoldo, por su parte, en nada le ayudaba a respirar mejor, aun cuando los años corridos sin verle hubieran debido suavizar viejas incompatibilidades y negar a éstas tiempo de

reactualizarse en un breve careo de domingo. Pues si bien el huir de los días le imprimiera diversas modificaciones, ensanchando sus contornos, afianzando su mirar y redondeándole gestos otrora aristosos, este mismo flujo semejaba, en cambio, a verse esmerado en petrificar cierta conocida característica suya: Obtener – sin crueldad ni deliberación, pero con eficacia arrolladora – que Javier estuviese incómodo a su lado. En tal orden, las cosas continuaban como en su época de condiscípulos universitarios, la cual, junto con prefigurar sus respectivas situaciones pecuniarias, definiera igualmente las actitudes que en lo sucesivo asumirían uno frente al otro. El rol estelar ya entonces le correspondió a Leopoldo, quien, voluntarioso y dominante, lo desempeñaba con una convicción espesa en que raramente había resquicios para algún existir ajeno. Aun a fecha tan temprana, su ulterior éxito en la vida parecía seguro; y bien lo probaba su energía discriminada en replicar al mundo, energía que, pese al brillo y donaires desplegados, nunca lo comprometiera en demasía, reservándole, en última instancia, el expediente magistral de desdecirse. En síntesis, era un jefe, lanzado de lleno a una autoafirmación complacida y a cuyos ojos todo lo circundante sólo importaba en la medida en que se pudiera conjurar con aquélla. Obvio resultaba, por ende, que en la cercanías de tamaño engranaje, y confundido con su funcionamiento fragoroso, no cupieran sino papeles subalternos: Y uno de éstos fue, ciertamente, el del pobre Javier. Tímido e irresoluto, con una sensibilidad mal aplicada que prefería detenerse en frusleríias y ante planos prácticos le dejaba, al contrario, extrañamente indefenso, su destino no había de librarle, ni entonces ni después, de ser el subordinado irremiso de algún temperamento recio. No es que le faltara agudeza para comprender que, en compañía de Leopoldo o de alguien similar, a él lo estaban atrapando. Pero su lucidez, no concomitante al impulso de escapar, jamás difuminó un cerco alrededor suyo; y a lo sumo logró sólo que éste pareciese tal, en vez del resguardo con que una entrega menos alerta lo hubiera identificado bochornosamente. Su senda devino, pues, la del vasallaje; vasallaje que la protesta hubiese vuelto retorcijón estéril en caso de decidirse él a sangrar un poco, y que de hecho transparentaba cuán consciente era de sí mismo únicamente en silencios sofocados y rencorosos.

Todo el ínterin de su antiguo trato, con Leopoldo lo presidieron estos anonadamientos; y siquiera en razón de ellos, que seguían agarrotándole mientras ambos cruzaban el parque, ahora habría sido verdad la cortés mentira de que sobre él no pasaran los años.

-Como la mayoría de los grandes espíritus, X. refleja un conflicto demoníaco al cual debe sus mejores páginas. Acentos como el suyo sólo pueden haberse adquirido a raíz de reiteradas inmersiones en los infiernos del alma. Proclive a charlas semejantes, fruto de cierto diletantismo literario que, por otra parte, jamás le llevara a descuidar sus intereses, Leopoldo estaba aproximadamente a esa altura de su disquisición cuando el seto les salió al paso. Fue éste el primer accidente del trayecto en que Javier, luego de haberle oído disertar acerca de distintos rumbos de la poesía moderna, de su parentesco con estilísticas pretéritas y de sus posibles derivaciones en el arte futuro, se propuso seriamente pedirle dinero prestado. Sí; hay en X., claro está, un conflicto demoníaco... - contestó. Y, entretanto, el seto, por obra de las tensiones proyectadas en él, había dejado ya de serlo, trascendiendo con pujanza inquietante su oscura masa vegetal. Más que a un seto, Javier se dirigía ahora a un encuentro consigo mismo; a un punto del paseo donde, refundidos a opacos nudos de corteza, le aguardaban aquellos componentes de su vida en algún modo consustanciales a la resolución que allí le tocaría tomar. En entrevero con pulcras formas de jardinería, estas instancias urgíanle a la acción: y al mecer, pues, el seto la brisa dominguera, onerosas imágenes familiares no cesaban de agitarse ante él, vertidas todas en un rígido compás de ramitas secas y podadas. Luisa, en peculiar, insistía en imponer su presencia como si en casa aun no fuera bastante, y sin que al aire libre variaran expresiones que él prefería considerar circunscritas a un opresivo ámbito doméstico. Muchas posturas le conocía Javier que, reproducidas a través de la urdiembre del seto, le hubieran punzado indistintamente; pero por algún motivo sólo explicable para ella, Luisa había elegido ahora la de la risa. Se trataba de la misma risa, breve y desafecta, que le sorprendiera al cabo de las primeras intimidades y con la que ella, tras comprobar cómo no era ningún dragón, empezara a romper poco a poco su enfurruñamiento de antigua colegiala. Quizás no le habría herido tanto si se hubiera dado llanamente al hacerlo;

mas, allende su reír, él nunca dejó de atisbar algo irreductible a convivencias y hacia lo cual siempre sería como un foráneo llegando de la calle. No le importaba mucho, por añadidura, definir ese remanente obstinado, desatendidos, se debatía ya a sus espaldas como un extraño mecanismo inútil. –X. ha alcanzado, efectivamente, un gran dominio formal– acotó. Y a manera de eco encarnado y sardónicamente ajeno a sus palabras, Luisa apareció ahora en un banco próximo, así convertido en el nuevo reto que el paseo lanzaba a sus potencialidades. Cruzadas las piernas y casi hecha un ovillo, había renunciado a reír; y Javier comprendió, en función de su modo presuroso de fumar, que otra vez estaba en una de sus crisis de rabia cobarde. Asaz frecuentes llegaron a ser esos raptos luego de que, enfriándose abrazos tempranos, las privaciones terminaran de reducir su amor a una camaradería amarga de animales castigados. Era cierta curiosa cólera difusa que, por temor a reacciones proporcionales a su ímpetu, nunca osara volcarse sobre persona o cosa en particular, y digería como único nutrimiento su misma inconsistencia abrumada. Ira de pobre, en suma, nada podían contra Javier, parientes y vecinos, todos inexpugnables mientras al arremeterlos hubiese de amargar simultáneamente alguna propia fuente de subsistencia. Y no cesaba aquí esta invulnerabilidad turbia, objetos inánimes, surgidos en su camino, la compartían por igual, supeditándose siempre eventuales muebles astillados o vajillas rotas al gasto ulterior de reponerlos, Javier presentía, no obstante, que un día dejarían esos furores de consumirse a sí mismos, y que, pese al miedo de inmolar con ello tal o cual minúscula comodidad, demandarían entonces un material distinto. Él sabía que, arribado este momento, su existencia no trazaría ya, como de ordinario, sufrientes huellas evasivas en torno a los múltiples cachivaches de porcelana atravesados en su discurrir. Afables conejillos y perros chinescos caerían de seguro, rindiéndole a la tormenta un largamente pospuesto tributo de integridades destrozadas; y si a la sazón él ocupara el lugar del amenazado zoológico, no había gran motivo para presumir que le aguardaría suerte mejor. Nunca estuvo hecho de fibras resistentes, y, al filo de la eclosión, era probable que, en vez de todas esas cerámicas, o bien junto a ellas, ciertas parcelas de su propio ser quedaran desperdigadas en abundancia agónica. Desde

el banco y en el humo enconado de sus cigarrillos, Luisa delineaba sin tregua tamaña hecatombe; hecatombe cuya pesadez, desleída en rápidas volutas, no por eso agobiábanle menos en tanto Leopoldo gesticulaba muy cerca de él.

–A diferencia de otros poetas, que lucen una riqueza de imágenes no aparejada a dimensiones básicas, X. se mantiene entroncado a un genuino elemento humano. Porque, en buenas cuentas, todos sus hallazgos expresivos son connaturales a una visón omnipresente del hombre. El banco permanecía ahora rezagado y, a semejanza del seto, también sus solicitaciones fueran desoídas por Javier en un gran encogimiento claudicante. –Cuando conocí sus últimos poemas, pensé igual –manifestó, al tiempo que, detrás suyo, aquella presencia desvirtuada aún se prolongaba en él como un soplo exangüe en la nuca. Pero Luisa, por lo demás, ya había tornado a insistir al lado de un mendigo y desplegaba entre harapos un nuevo arsenal de apelaciones. Sólo que casi no cabía hablar de éstas en la actual impasibilidad de su rostro, vuelto incapaz, al parecer, hasta de plasmar el matiz necesario a un reclamo o una súplica. Pues, lejos de pedirle a Javier determinada cosa, semejaba no ya simplemente haber dejado de desearla sino incluso ignorar que existía. Y aunque él bien hubiera querido ver en eso alguna suerte de noble renunciación, no permitía su escasa flexibilidad abrigar dudas al respecto: se estaba aherrojando en sí misma. Se diría que, al margen de su risa y de su cólera, siempre hubo para ella otra expresión no usada, en espera de que todo cuanto la hiciera reír o enfurecerse la hubiese vencido en definitiva. Expresión estática, debió morar largos años difuminada en su traza, al acecho, mientras bregaba todavía, del turno de emerger; y, por último, como él lo notara hacía poco, se había concretado, sorbiéndola entera en perfiles duros y abstraídos. Nada prevaleció luego de esa retirada sorda a los propios recovecos, ni siquiera el mero gesto imprecatorio de quien ha librado y perdido una pugna postrera. Y sólo cierta inercia amorfa, venida de donde las llagas no dolían más, prometía ser allí todo lo que, a modo de botín, aún podrían apilar desde ella manos extrañas. Por eso Javier había pensado, acaso no sin tino, que abocábase a reproducir su muerte misma; que lenta y calladamente elaboraba su aspecto de manera tal, que,

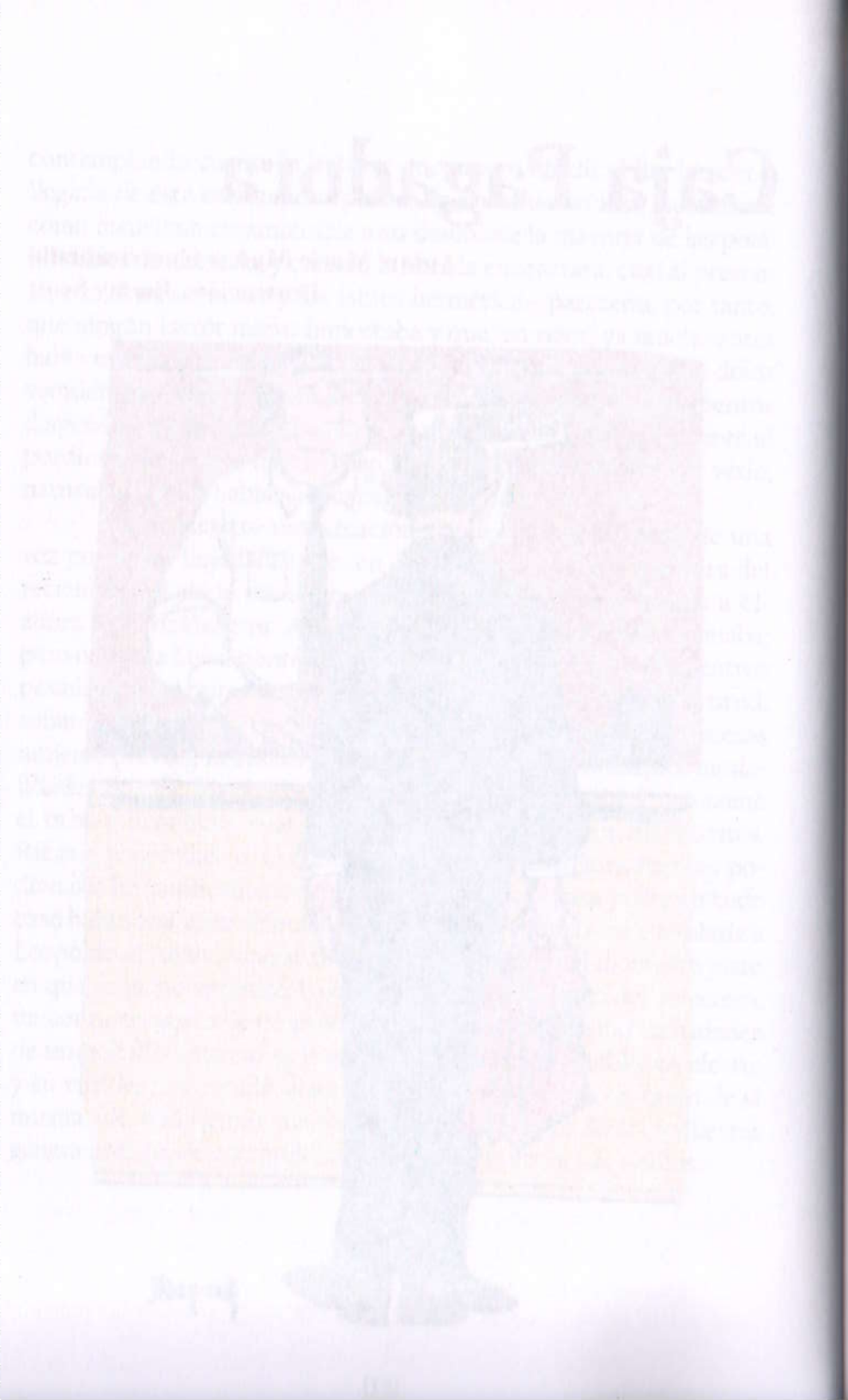
contemplando cuanto le hubiese de quitar o añadir el fin, hiciera la llegada de éste casi imperceptible. En un esfuerzo frío, mostrábase como resuelta a escamotearle a su desenlace la mayoría de las posibilidades de alterarla; y cuando la hora la encontrara, cual al presente, con el mirar vacuo y los labios herméticos, parecería, por tanto, que ningún factor nuevo importaba y que, en rigor, ya mucho antes había estado ahí. Para Javier no significaba, pues, aquello un dolor venidero sino uno que, desde tiempo atrás, sólo contados momentos dispensáranle de sentir. Y el lapso íntegro en que, agazapada junto al pordiosero, Luisa le mirara acercarse con Leopoldo como sin verlo, naturalmente no había sido excepción alguna.

El macetero- demarcación donde debería liquidar de una vez por todas flojedades que, en el seto, en el banco y a la vera del recién abandonado mendigo, resultaran, empero, superiores a él- ahora casi rozábale ya. Aquí, por supuesto, ella también asomaba; pero no era la Luisa riente, iracunda o impertérrita de los encuentros pasados, como tampoco otra de las muchas que, en diversa actitud, solían enfrentarle. Él tenía ante sí, más bien, la yuxtaposición de esas mujeres previas; la súbita coexistencia gigante de múltiples modalidades de ella, fusionadas todas en un conglomerado denso como el orbe y henchido, cual éste, de mil requerimientos inexplícitos. Ricas y profundas, o, al contrario, absolutamente inexistentes podían ser las implicancias de tales llamados; más para Javier en todo caso había una, asaz singular en su inmediatez lancinante: hablarle a Leopoldo. ¡Hablar, aunque reventara! Y así lo hizo, al momento justo en que su mano se deslizaba convulsamente a lo largo del macetero, un contacto áspero le despellejaba los dedos y pequeñas cantidades de un polvillo untuoso se le adherían al pantalón. Habló, en efecto; y su voz, lenta y ceñida, resonó como asombrándose un tanto de sí misma. –X. será siempre un maestro eximio- se oyó decir-, y nuestra generación puede enorgullecerse de incluirlo entre sus valores.

Caja Pagadora

Autor: Mario Muñoz Guerricabeitía
Ilustración: Jimmy Scott





UN RAYO de sol madrugador atravesaba la pieza. Millones de partículas brillantes, brincaban sobre él suspendidas en el aire.

Sobre la mesa en desorden las tazas vacías del desayuno abrían hacia el techo su boca redonda.

Frente a un espejo, un hombre joven se anudaba presuroso la corbata.

En la cama matrimonial, tibia todavía, la esposa cambiaba las mudas a la guagua, que pataleó nerviosa sobre el vientre de la madre.

-¡Gonzalo!

-¿Qué?

-¿Has sabido de tu aumento de sueldo?

-No.

-Pero... ¿Has hablado con tu jefe?... Total, fue él quien te ofreció.

-¡Cómo se te ocurre! Dijo que en un tiempo más y no puedo recordárselo a cada instante. También tengo mi dignidad, Nora.

-¡Creo que es lo único que tienes por el momento! Contestó la mujer en tono zumbón.

La criatura manoteó para jugar con una medalla que pendía del cuello de la madre.

Gonzalo terminó de anudarse la corbata.

Nora finalizó su tarea con un suspiro y aplicó un pellizco cariñoso en la cara regordeta del hijo.

-Oye, Gonzalo...

-¡Qué hay Norita! Contestó el hombre con tono aburrido.

-¿Cómo tus compañeros hacen "negocios" en la oficina?

-Te he dicho mil veces que no sirvo para eso...

-Pero... ¿Qué tiene de particular, Gonzalo? Son simples comisiones. No veo nada de malo en ello, en todas partes se hace.

-Tú, no ves nada de malo..., pero yo sí. Detrás de esos "negocios" la cosa no está muy clara. Soy un hombre honrado, no un "vivo".

-¡Por supuesto que no eres "un vivo" ni mucho menos! ¡Creo que no te vas a "avivar" nunca...! Concluyó la mujer con ironía.

El hombre salió a la calle, abotonándose el vestón. Dejó tras sí, el eco ahogado del portazo.

En la calle, respiró a pulmón lleno ¡Cómo lo tonificaba el airecillo fresco del cerro!

Su viejo Playa Ancha con sus calles en vericueto encumbrándose hacia el cielo y las casas suspendidas en el vacío, como volantines.

Comenzó el descenso hacia el "Plan", como llaman los porteños a esa cintura costanera, que separa el mar de los cerros. En el plan, está el corazón de la ciudad, mientras su alma, se escapa hacia la altura.

Avanzaba con un ademán característico de la gente del puerto. El cuerpo un poco echado atrás, una flexión de las rodillas a cada paso y los brazos como péndulos, cimbreantes.

El viento marinero subía a gatas por la falda quebrajada de los cerros, para llevar hasta la cima un barullo de gaviotas.

Pasó frente al viejo Liceo, al antiguo cuartel de Policía, al Regimiento, al Parque Gran Bretaña... Playa Ancha se asomaba a mirar el mar, desde todos los rincones.

Los recuerdos iban saliendo a su encuentro...

Las "pichangas" en la Cancha Centenario...

-Collartti, que juegue por la "cato".

-Nooo que juegue por la Chile (En esos años, en todos los colegios y barrios surgían equipos seguidores de las "Ues").

-¡Lo mejor es que arbitre!...

A través del tiempo, la evocación le resultaba grata. Aun en cuanto a los partidos de fútbol, en que nunca encontraba colocación por causa de su físico esmirriado.

La visión del edificio de las Monjas Inglesas, el colegio en que se educó Norita, le provocó un extraño aleteo dentro del pecho.

-¿Saben una cosa? El flaco Collartti, está pololeando con la Nora Oyarce.

-¿¿¿Gonzalo???

Sus compañeros nunca creyeron que el más apocado del grupo, iba a conquistar -para siempre- a una de las chicas más bonitas del austero colegio.

Sin embargo, Norita hoy era su esposa. Pero vivía quejándose de la situación económica, de la falta de comodidades, de la vida sin ilusión ni esperanzas.

A pesar de todo, la conquista de esa mujer, era para él su único golpe de audacia. La única verdadera victoria.

Para los condiscípulos con los que se veía en alguna reunión de curso o para el aniversario del Liceo, era aún el muchacho serio, tímido, de buena conducta y poco rendimiento. Para sus colegas de trabajo eras "Gonzalito" el empleado trabajador, ponderado, correcto pero "con mala pata".

Y tenían razón, mientras los otros escalaban posiciones en la firma, él -que ni siquiera participaba en movimientos gremiales- sólo contaba con la promesa intangible de mejores expectativas y con la real presencia de sus necesidades.

En medio de recuerdos, trazó una vez más el recorrido hasta la oficina.

-¡Hola, Gonzalo!

-Buenos días, contestó con su acostumbrado tono grave.

-¡Bah! Otra vez el jefe llegó "de maleta", continuó alguien, haciéndolo motivo -como siempre- de bromas de mal gusto. Se complacían en motejarlo de jefe, cuando era uno de los empleados de menor jerarquía.

Gonzalo se arrimó silencioso a su escritorio, para comenzar la monótona tarea de revisar montañas de guías y facturas.

-Señor Collartti, llamó el contador. Como Ramírez está enfermo, ¿quisiera ir usted, al banco?

-Por supuesto, señor Hartman.

Salió a la calle, con el portadocumentos lleno de papeleo para las operaciones de depósito y cobro.

¡Sólo se acuerdan de mí, para reemplazar poco menos que al junior! Se decía. ¡Cualquiera de mis compañeros habría pretextado algún inconveniente! Menos yo por supuesto! En su fuero interno, criticábase acremente su debilidad.

A su paso por el muelle, experimentó la tentación de incursionar por los lares que recorriera de muchacho.

El viento rasgaba en todas partes, la lámina azulosa del mar, bordándola con jirones de espuma. Sobre el crestería de las olas se esparcía un graznar de aves marineras.

Sintióse atraído por ese extraño imán. Caminó hasta el molo. Allí se sentó como antes, en el suelo y sintió de nuevo cómo el calor del sol se le iba metiendo dentro del cuerpo.

Abajo, las aguas martillaban incansables el muro de concreto con monótono ronquido.

¡Qué agradable sensación de sentirse otra vez libre!

Durante largo rato, cabeceó al igual que esos viejos lanchones con el vientre tiznado y el casco blanco de estiércol. Esos mismos faluchos que contemplara desde niño y que ya formaban parte del inventario natural de la bahía.

No supo cuánto tiempo permaneció allí... De malas ganas se dirigió a las oficinas del banco.

Entró al amplio hall embaldosado y formó en la cola de una caja pagadora.

La actitud cabizbaja y las reacciones de impaciencia de los que estaban junto a él, lo hicieron pensar de nuevo en los problemas económicos.

Desempeñábase como cajero, Rogelio Zañartu, su antiguo condiscípulo. Dicharachero y seguro de sí mismo. Satisfecho de la condición social de su familia.

En el Liceo, siempre Zañartu se mofó de su actitud retraída. De su aspecto de muchacho insatisfecho ¡Cómo recordaba sus bromas!

Miró con timidez al antiguo compañero y le pasó los documentos de cobranza.

-¡Hola, gerente! Exclamó burlón Zañartu, veo que tus negocios marchan bien... ¡Buen cheque! ¿Eh?

Collartti guardó silencio. Cogió la plata y volvió espaldas al cajero, sin despedirse.

Mientras acomodaba el dinero en la carpeta, quedose meditando un instante. Luego, se dirigió nuevamente a la caja. No respetó

la fila e hizo una seña al antiguo compañero, tratando de llamar su atención.

-Psht, Rogelio...

-Forme a la cola, señor gerente, respondió Zañartu burlesco.

Los reclamos por orden de llegada... En seguida ocultó una sonrisa tras el alto de billetes que tenía frente a sí, dentro de los gruesos cristales de su jaula millonaria.

Gonzalo tomó pacientemente el lugar indicado.

Se hizo partícipe nuevamente del nerviosismo de quienes le acompañaban y midió con impaciencia los minutos.

Cuando hubo llegado a la Caja, Zañartu lo miró con ironía. Luego lanzó lentamente las palabras a través de la ventanilla.

-Lo lamento, gerente, es hora de cierre. ¡Hasta mañana!

Antes de retirarse, el cajero colgó sonriente, a la vista del público, un pequeño letrero que decía "cerrada".

Gonzalo sintió cómo la humillación lo corroía. Su rostro pasó del rojo intenso a la palidez transparente.

Quedóse allí, de pie, clavado frente a la ventanilla vacía, perdido en medio de la gente.

Le pareció que había transcurrido un siglo, antes que se dirigiera hacia la puerta de salida.

-Si así lo quieren, les daré en el gusto, se repetía, en su regreso a la oficina.

Pasó rápido frente al muelle, sin percatarse de los detalles que lo entretuvieron horas antes.

Las gaviotas continuaban su ronda de graznidos. Los remolcadores habían acallado sus roncas bocinas, en homenaje al mediodía.

Había pasado la mañana. La oficina encontrábase vacía, sólo el contador lo esperaba para guardar el dinero.

-Perdone el atraso. Me sobró un poco de tiempo y lo aproveche en una diligencia particular.

-No importa, aún es temprano.

Él mismo se sorprendió ante su mentira y más aún al no recibir una de las acostumbradas reprimendas.

Después de almuerzo, Gonzalo encontrábase de nuevo sen-

tado frente a la máquina de escribir. Había ordenado, como siempre, el trabajo a realizar y los papeles se alineaban cuidadosamente sobre el escritorio.

En las oficinas del banco, Zañartu repasaba las extensas columnas de guarismos contenidas en ventrudos libros.

Cuando concluyó la revisión, un ligero escalofrío recorrió el cuerpo... Lanzó - con ojos entre cerrados - la vista al techo, mordiendo el extremo del lápiz.

Parecía buscar algo que se le hubiese extraviado, en el cielo raso o más allá en la lejanía...

De pronto, abrió los ojos desmesuradamente y chasqueó los dedos en un ademán de "eureka".

Tomó el teléfono y marcó un número con mano nerviosa.

Al otro lado del alambre, el campanillazo sobresaltó a Collartti.

Gonzalo, es para ti, gritó un compañero.

El aludido, contestó con un leve movimiento de cabeza. Tragó saliva y levantóse. Tomó el fono:

-¿Aló?

-¿Gonzalo? ¡Habla Zañartu, viejito!

-Ahhh... dime.

-Oye, en la mañana te hice una broma estúpida. Quería pedirte disculpa... He pensado que a lo mejor..., necesitabas algo y... bueno, por eso te llamé.

-Gracias, Rogelio, no te preocupes.

-Oye Collartti, además quería decirte... Es una tontería, no te ofendas..., pero..., fíjate que me equivoqué en un cheque y he pagado de más una considerable suma. Como tú te devolviste, pensé que a lo mejor...

-No hombre, la verdad es que te iba a pedir un favor. Tenía un apuro de dinero, pero un amigo en quien ni había pensado me lo facilitó... ¡Gracias de todos modos!

-Bien entonces. Hasta luego..., perdona...

-No hay de qué viejo, "chao".

El Quijote de la Ciencia-Ficción

Autor: Alfredo Lefebvre
Ilustración: Jimmy Scott



Esta es una historia de la vida real, en la cual todo parece fantasía. El problema de contarla residiría en discernir el trigo verdadero de la cizaña ilusoria y llegar así a cometer un acto semejante a la quemazón de los libros de caballería practicado por el odioso párroco cervantino.

Algo transcribiré a los hechos, aunque sea de segunda mano. No dispongo de toda la documentación del caso. Pero, a veces las cosas se saben simplemente y es necesario ocultarlas en parte, porque nuestra sensatez viscero-tónica llama loco a cualquier caballero andante de causas inauditas.

Se trata de un físico atómico y del planeta Seraneb. Del astro no dispongo la determinación exacta del mapa celeste. El investigador se llama Kirk Allen. Habría trabajado en la base militar norteamericana de Livermore hacia 1959, con altos cargos. También hay un personaje de novelas con ese nombre de anticipación con ese nombre.

Allen fue enviado por sus superiores al psiquiatra Robert Lindner, autor de **Rebelde sin causa**, libro de psicosociología que inspiró la célebre película de James Dean. Allen no era colérico ni padecía enfermedad clasificada en los cuadros del psicoanálisis. Digamos que rendía poco en su trabajo, porque gastaba mucho tiempo en soñar durante las horas de vigilia. No tenía ninguna especia de "delirio científico". Era un hombre joven, afable, con una dicción inglesa extraña, muy dulce, que reveló a Lindner esto: su "paciente" no nació en Estados Unidos. De muy niño tuvo un ama polinésica, vivió soledades de infancia en un lugar del Pacífico de cuyo nombre no tengo noticia. Y un día empezó a leer...

Deberé decir sin ánimo de suspenso, cuál era la distracción que padecía el físico atómico. Algo así como pasar viendo estrellas, pero algo más apasionante que pasarse en la luna. Kirk Allen vivía en

otro planeta y necesitaba esforzarse para vivir más tiempo en éste. Entiéndase que no se trasladaba físicamente al modo de ciertas novelas.

Mucha gente en el mundo tiene iluminaciones y no hace noticias ni usa instrumentales técnicos, porque se les magnetizarían. Las explicaciones de este fenómeno, proporcionadas por el psicoanalista, parecen insuficientes y pueriles. Por lo demás, el mismo Lindner fue alterado por el atómico. Después del término del tratamiento le recordó siempre hasta los días de su muerte en 1960. Aprendió a mirar el cielo, no para verlo al modo de Fray Luis, sino para soñar el prodigioso encuentro con otras humanidades, más allá de las estrellas.

Las sospechas más inquietantes permanecerán mientras no se estudien los escritos de Kirk Allen, si es que se conservan, redactados al modo de la escritura automática de los subrealistas, con informaciones técnicas sobre todo un imperio galáctico, como: "Aplicación de la teoría del campo unificado a la propulsión hiperfotónica"."Planificación alimenticia de Seraneb", "Metabiología de los habitantes de los valles". No sabemos si éstos y otros innumerables escritos, como los de sus experiencias en el futuro, es decir, en aquellas regiones de años luz lejanas, habrán sido destruidos, cuando terminó el tratamiento, ya que Allen lo cortó, declarando que había inventado las cosas durante las últimas sesiones, a causa del efecto que le estaba provocando al médico. Sin morirse a continuación, concluyó, al modo de nuestro hispánico Quijote, renegando de sus caballerías ultra espaciales. He aquí lo que nos cuenta Lindner:

"Se detuvo frente a mí, al otro lado del escritorio y me clavó los ojos, con una mirada inquietante: - Le he mentido. – ¿Mentido? ¿Y con qué intención? Se inclinó sobre el escritorio y volvió a tomar su carnet de notas. – A causa de esto, dijo, y de eso - mostraba sus papeles sobre mi escritorio- y de todas las tonterías con que le abrumo desde hace varias semanas. Todo esto no es más que mentira y nada más. Yo he fabricado todas las piezas... ¡Completamente todo! ¡Pura locura!". El psiquiatra experimentaba ante estas palabras una mezcla de decepción y de triunfo y más confusos sentimientos. A su pregunta sobre las expediciones que él había encargado a Seraneb,

Allen reiteró su fastidio y le afirmó: "Le digo que hace mucho tiempo que he renunciado a mi locura". Una nueva pregunta sobre el porqué de haber fingido tras la más perturbadora respuesta: "Yo sentía que era necesario, dijo él, tenía la impresión de que esto era necesario para usted".

Parece ser que la "psicosis" se curó y la "realidad" se impuso. La realidad terrestre. No falta quien piense que Allen perdió el contacto...

Para la gente del realismo fantástico, el asunto no es tan simple. No es un caso único, ellos lo ven en relación con otros de "locos enciclopédicos", o mejor, "enciclopedistas inspirados", autores de textos sorprendentes, indecibles tanto como oscuros: los de la Cosmogonía de Urantia, los libros de Rudolf Steiner, Willermon, la Blavatsky. Dentro de la historia de la literatura universal ellos han escrito cosas ajenas a lo habitual, sobre "conocimientos extraños a los que constituyen la adquisición paciente de la humanidad".

Así también sobre el planeta nuestro se encuentran muchos monumentos, cuya construcción y estilo y sobrepasan las técnicas posibles del tiempo en que habrían sido erigidos. Ya va siendo un lugar común y cumbre de los mitos de nuestros tiempo, el suponer huéspedes del cosmos para explicar esas creaciones en la piedra terrestre; pero es bastante inédito aun el pensar en contactos con inteligencias del más allá, logradas del siguiente modo, según explica el realismo fantástico a propósito del caso Allen: "Se imagina siempre el contacto con inteligencias extraterrestres de una manera infantil: un desembarco de seres bizarros. ¿Y si el contacto o el ensayo de contacto fuese más sutil? ¿Si en cada generación de la humanidad se hiciesen tentativas sobre ciertos cerebros particularmente receptivos, para dictar un mensaje, siempre recibido muy confusamente? ¿Si esos "locos enciclopédicos" fuesen casos de telepatía con el infinito?"

Para evitar la sorpresa de este lenguaje, el lector debe saber que hoy día hay cátedras en universidades europeas y norteamericanas sobre parapsicología, y que también se estudian cosas sorprendentes en torno a las ondas del cerebro, y hasta se practican experimentos de teletransportación de objetos, mediante la fuerza del pensamiento, sin necesidad de recursos yoga. En Science et vie leí una prueba

así: Un mecanismo a modo de mano sujeta un vaso. Es un artilugio adherido o vinculado a un brazo humano. La persona que opera transmite a la máquina un pensamiento, sin pronunciarlo, pues, el aparato-mano no oye y el vaso cae, influenciado por la onda del cerebro del investigador. No sé más detalles.

Dentro de esta manera de entender cosas inusitadas, cuyo origen se debe a la intervención técnica o psíquica de seres inteligentes de otros mundos, si el carro del profeta Elías pudo ser un disco volador, el hecho de haber sido arrebatado San Pablo hasta el tercer cielo, en sus éxtasis y raptos, podría ser interpretado por los estudiosos del realismo fantástico como contactos con otros mundos. Véase la cosmogonía helenística y el lector sabrá a lo mejor en qué planeta estuvo, sin trasladarse porque el mismo San Pablo no sabe si fue en cuerpo o fuera del cuerpo. Y oyó "palabras indecibles". Ese rapto se identifica más bien con el otro, en que llama "paraíso" al lugar de su visión. Las interpretaciones son varias y no se oponen al valor teológico de "revelaciones del Señor", que le asigna su autor, porque la libertad absoluta de Dios no le dispensa a El de la materia, sino al contrario, le permite usar de su creación entera lo que de ella desee, de tal modo que para la operación redentora, usó la materia orgánica y el Verbo se hizo carne, en el vientre de María. Pablo de Tarso dirá de todas sus experiencias aludidas, en la carta segunda de Corintios: "¡Dios lo sabe!".

Trataremos de acercar a nuestra sensibilidad la hipótesis de los contactos interestelares y restarle el desagrado que algunos experimentarán por su cariz de extravagancia o por su aire "delirante". Para este efecto es atinado considerar algunos puntos reductores tales como los siguientes: Vivimos en zonas enormes de ignorancia sobre el mundo y las disciplinas humanas y científicas; carecemos de sensibilidad cósmica para entender siquiera los hechos que se viven; nunca cogemos la unidad suficiente para mirar el pasado, el presente y el futuro, imbricados; apagamos toda intuición sobre las intercomunicaciones entre cuerpo y alma; jamás manejamos armonía entre nuestras facultades, ni jamás nos esforzamos para mirar más allá de las oposiciones ideológicas del mundo moderno; creemos todavía en distinciones abismales; razón e imaginación, sin

relacionarlas, por cierto: nunca adivinamos las espiritualización de la materia hasta llegar a pensar en el extremo alucinante de los cuerpos gloriosos según experiencia escriturística del pensamiento católico, con una primera y una segunda resurrección; en forma inversa, no sospechamos ciertos parpadeos corpusculares que engendran los fenómenos puramente espirituales. Y mientras la poesía se escapa de los libros de los hombres, hoy debemos buscarla haciéndonos "contemporáneos del futuro".

Esto le sucedió al físico Kirk Allen. Vivió en el presente intergaláctico, ya por alguna psicosis, ya por escapismo, ya por ciertas alteraciones de la infancia, o quizás por causas no identificadas, porque si examinamos los datos que tenemos, las confesiones suyas a Lindner, se nos forma un espectáculo capaz de hacernos mirar de nuevo la hipótesis interestelar de su experiencia, es historia de un hombre que vivió en dos mundos a la vez, Seraneb y el planeta Tierra, y se trasladaba en cuerpo o fuera del cuerpo.

Todo empieza como en la obra de Cervantes. En un lugar del Pacífico de cuyo nombre no logro informarme, vivía el chico Kirk Allen con sus padres. Abandonos maternales, crianzas de nodrizas, extrañezas de ser el único niño blanco entre polinésicos, iniciación sexual precoz y lo más grave de todo empezaron un día las lecturas y con ellas la recreación del mundo por obra y gracia de una imaginación infinitesimal. Si a don Quijote le sucedió una identificación con los héroes de caballería, algo semejante le va a ir sucediendo al joven protagonista de nuestra historia, de un modo pavoroso. Del siguiente modo:

Hacia los nueve años, un desarrollo superior de su naturaleza le permitió ponerse en relación con toda clase de libros y devorarlos con lecturas sucesivas que poco a poco lo iban enajenando del medio isleño, y le fijaron una especie de destino. La alteración se inició en torno a los once años. Se sorprende de una novela escogida al azar por él, de un autor inglés reputado cuyo personaje principal se llamaba Kirk Allen. Un homónimo. Luego leyó unos ensayos con meditaciones varias, semifilosóficas de autor norteamericano; el fenómeno vuelve a repetirse: aparece en dicho libro una figura que otra vez se llama como el lector. Algún tiempo después leyó una novela de ciencia-

ficción, y cuál no sería su estupor al volverse a encontrar con que el héroe del relato era Kirk Allen. Pero me equivoco; no se sorprendió de esta tercera coincidencia. Oigamos su testimonio:

"Creo que esperaba esto, más o menos. Y cuando la cosa se produjo, fue como si yo lo hubiese sabido siempre, y me venía a encontrar con lo que había sido perdido".

Son tres curiosas coincidencias; aún más inesperado es el temple psíquico mediante el cual se introduce en la aventura ficticia de su homónimo. Este es superman de serial novelesca del tipo popular de ciencia-ficción. La lectura ávida de los sucesivos tomos, con ese ánimo de lo ya visto, engendró en el joven la siguiente situación identificante, más grave que el simple vivirse en el héroe:

"Mientras leía, en esas obras, los relatos de aventuras de Kirk Allen, aumentó mi convicción de que no sólo esas historias eran verídicas hasta en el menor detalle, sino que ellas me concernían. En cierto modo, por fantástica e inexplicable que sea la cosa, **yo sabía que lo que estaba a punto de leer, era mi propia biografía**. Nada me era extraño en esos libros: todo lo reconocía, las escenas, las gentes, los amoblados de las habitaciones, los acontecimientos y aun las palabras pronunciadas; reconocía todo esto con esa sensación familiar que se prueba al entrar a una casa, en la cual se ha vivido antes, o un amigo perdido de vista. Todo el asunto, si usted quiere, era una larga, única y casi interminable experiencia de lo "ya visto", palabra que le será corriente, en psicoanálisis. Desde entonces, mi vida diaria comenzó a pasar a planos más y más remotos. De hecho, ella llegó a ser la Ficción, mientras que aquellos libros llegaron a ser mi Realidad. Le dedicaba una atención mínima a los asuntos de la vida cotidiana tales como el cuidado de la conservación, la alimentación, el estudio, los desplazamientos en la isla, porque eso era el sueño. La vida real, mi vida real, se encontraba en los libros. En ellos vivía: allí donde se encontraba mi ser verdadero".

Lindner agregará a esas declaraciones de Allen: "Así, mientras su apariencia física continuaba llevando una existencia terrestre la esencia vital de su ser se encontraba muy lejos de aquí, en otro planeta".

Un día la serie de novelas sobre su homónimo o de él mismo se acabaron. El protagonista fue abandonado por su autor,

pero aquél no pretendió buscarle, al modo de la obra de Pirandello, ni practicó ninguna de esas formas de rebelión de personajes, ni increpó a Unamuno como Augusto Pérez en **Niebla**, ni se sintió inexistente como el héroe de **El amigo Manso** de Galdós. Le ocurrió algo más notable: se encarnó definitivamente en un hombre de carne y hueso. Pasó de la ficción a la realidad de este mundo, de los libros a la existencia mortal. Pero no queda en esto el asunto.

Kirk Allen, persona y personaje a la vez viviendo entre dos planetas, entre dos mundos paralelos interferidos, se entregó a continuar los relatos, a cubrir con su pluma las zonas no escritas más allá de lo dicho por su autor. Ya lo tenemos viviendo en los Estados Unidos, llevando vida de universitario. Se destacó por sus disposiciones para los estudios científicos. Llegó de diecinueve años y seguí con la creación literaria de sí mismo, con su autobiografía. Lo portentoso no es la imaginación que despliega si se tratara de sólo dotes para la fantasía. Lo sorprendente es el sentido que le dio a todo ese inagotable historial de sí mismo que va inventando, con un acento temporal perturbador. Contemos que se doctoró, que tuvo obligaciones de investigador y de carácter militar. Al fin de la guerra mundial segunda fue liberado de esas tareas. Parece ser que colaboró en la bomba atómica H.

Viaja con beca un año al extranjero. Realiza investigaciones de especialidad. Al regreso trabaja en un proyecto secreto en la base X. Hay una etapa en que su labor autobiográfica se intensifica. Hay un día en que empieza a escribir toda clase de asuntos como enciclopedista de un mundo distinto al nuestro, para alcanzar explicaciones necesarias de su propia historia. Pero es preciso saber cómo llegó a entregarse a esos escritos y cómo entendía él lo que le venía a la mente y lo redactaba, partiendo de un primer dato: la manera cómo comprendió aquellos libros de ciencia-ficción en relación con él, hasta estimarlos como autobiografía:

"Como le he dicho, adquirí la convicción de que los libros me concernían. Me parecía mucho recordarme todo lo que ellos hablaban. Me persuadí que esas obras habían sido compuestas en el futuro, por lo tanto, para mi propio gobierno, enviadas en el presente por un procedimiento particular."

"Llegué a desarrollar la noción de coexistencia de dimensiones temporales, que se traducían en una especie de triple simultaneidad "pasado- presente- futuro", lo que hacía concebible el hecho de llevar una existencia ordinaria, guardando la completa posibilidad de **recordar el Futuro**".

Lindner acota que esta noción de traspasos temporales es difícil de explicar, pero señala que es uno de los tópicos de los autores de ciencia-ficción. Entiendo que la primera tentativa de hacer reversible el tiempo se da en la novela "The Time Machine", de Wells, con un viaje al futuro; esta obra ha engendrado toda una variedad de comprensiones de "la medida del movimiento": por lo demás, semejante fantasía se impone como hecho real a los que especulan con viajes siderales; sin entrar en el análisis de este problema en sí, la situación práctica parecería alteraciones temporales, a primera vista fabulosas. Bástenos señalar que si mañana los aviones comerciales entre nuestros continentes aumentan sus velocidades, se puede partir de Santiago en un día viernes y llegar a Roma el día anterior. Un viaje más allá de la tierra ofrece perspectivas más desconcertantes. El físico Jordan señala estudios sobre estas cuestiones "a fin de despejar las extremas contingencias dentro de los límites de las leyes físicas". Y comenta que "las leyes de la teoría de la Relatividad preveen fenómenos de los más raros para el caso de que logremos construir aeronaves interplanetarias cuya velocidad se acerque a la de la luz: Así, sus viajeros apenas envejecerán durante un viaje cuya observación, sobre la tierra, abarcaría un siglo".

En **El corazón de la serpiente**, novela de Iván Effemov, destacado autor soviético, se dramatiza aquella situación. Los cosmonautas van en una nave de "pulsación", y cada "salto", en el espacio, representa una cantidad millonaria de años-luz; buscan una estrella de carbono, por razones de estudio, naturalmente que para incrementar el saber socialista del mundo; el relato no pierde ocasión de despreciar en bloque las estructuras históricas, y además, habla de ceguera religiosa del pasado. Pero lo que nos interesa es esto: los personajes sufren la angustia de comprender que cuando vuelvan a la Tierra, habrán transcurrido siete siglos, y ellos no se hallarán en

las formas de vida que entonces se practique y "hasta los bisnietos de nuestros hermanos habrán dejado de existir..."

"El hombre no es una mera suma de conocimientos, sino también una complejísima arquitectura de sentimientos, y en esto nosotros, que hemos experimentado ya todas las dificultades de un largo viaje por el Cosmos, no seremos peores que los hombres del futuro..." Deliciosa visión ingenua, fundada en la creencia de un progreso indefinido y en el apartamiento de las nociones del pecado original, como, por lo demás, es muy común a novelistas de ciencia-ficción, incluso de países capitalistas.

Advertido este aspecto espacio-temporal de las futuras aventuras interplanetarias, o mejor dicho, intergalácticas, es preciso comprender que el proceso de integración temporal de Kirk Allen era sin traslado físico, sin naves cósmicas; pero contenía las yuxtaposiciones rarísimas del tiempo que vendrá con el presente, con un desplazamiento, sí, perturbador de la mente, el cual viene a ser análogo al corpóreo, según las mejores teorías.

La experiencia psíquica ordinaria nos puede ajustar más la comprensión de estos fenómenos. Ella nos pone en la mano situaciones, lugares, presencias, personas, que nos parece haberlas vivido antes, en un pasado que es memoria de un presente. En el famoso drama de J.B. Priesley, **I have been here before** se aprecia nítidamente el proceso. El doctor Gortler, uno de los personajes, decide situaciones dramáticas en la obra, porque él sabe de antemano la actuación de los que le rodean: "En esta libreta hay ciertas constancias de estados mentales en inesperados recuerdos, sumamente insólitos. Algunos se presentaron como sueños clarísimos. Son pequeñas escenas, claras y vívidas. En las más precisas, no sólo recuerdo lo que vi, sino lo que se dijo... En este recuerdo, en este sueño, si prefieren, me encontré a mí mismo un año o dos mayor de lo que soy, pero en mi situación actual: un exilado que vive en Londres"... El resto de este parlamento revela al público y a los otros personajes que había "recordado" una vez lo que acaba de desarrollarse en escena, una historia de amor atormentado.

El problema del tiempo en esta obra ofrece otras particularidades psíquicas, pero hemos querido ilustrar en un ámbito más natural la situación única de Kirk Allen, de tal modo

que la afirmación: "un hombre que vive en dos planetas" no aparezca con el rostro del delirio sino dentro de la una comprensión vecina a estados normales, cuyo fundamento es una raíz del psiquismo que no constituye desvío. De hecho, no llegó el "paciente" a manos del psiquiatra como un perturbado, ni jamás expresó la necesidad de ser curado. Razones prácticas de rendimiento en la Base X, de investigaciones atómicas secretas, lo llevaron a ser examinado por Lindner. Nada en él es psicopático. Tal vez una gota de neurosis.

Oigamos cómo le explica al experto las complejidades del alma, su recuerdo del Futuro: "Mi primera preocupación fue, pues, acordarme. Comencé por poner a punto, primero en mi espíritu, después por escrito, bajo forma de cartas geográficas, de cuadros genealógicos, etc., todos los datos suministrados por el autor de mi "biografía". Una vez que este trabajo fue llevado a cabo, el simple ejercicio de mi memoria me permitió corregir los errores, añadir de nuevo numerosos detalles y colmar las lagunas entre dos volúmenes sucesivos de esta "biografía".

Durante el transcurso de este amplio, extenso y acucioso trabajo, podemos imaginarnos años de la vida de Allen, marginado de convivencias terrestres, sumido en esa rara tarea, de miles de páginas; entregado a sí mismo, pero en su persona futura, y en otro mundo, con más ánimo de dialogar en **olmayen**, una lengua de otras estrellas, que en el inglés nasal de sus compañeros de trabajo.

Vino un cambio de situación, cuando concluyó de ordenar el contenido de aquellos libros de caballería sideral; en tales páginas el físico es un héroe, un príncipe dueño de todo imperio galáctico.

"Al cabo de algún tiempo, el revivir mi Futuro terminó por abandonarme un poco y comencé a plantearme cuestiones sobre lo que iba a suceder a Kirk Allen –o mejor, hablando desde mi propio puesto de observación- sobre lo que le había sucedido, a partir desde el momento en que se detenía la "biografía" debida al autor. Una de las mayores dificultades al respecto fue lograr la distinción entre la Imaginación y la Memoria. Esto requería una disciplina mental despeluznante. Descubrí que siempre un pequeño detalle "cojeaba", cuando era mi imaginación la que trabajaba, mientras que cuando yo recordaba, se ajustaba todo sin la menor falla".

Este procedimiento, situado en la naturaleza misma del paciente, y que consiste en "escribir recordando" es una forma particularísima de la videncia poética, que si, en estos escritores que Pauwels llama "enciclopedistas iluminados" consiste en saber por la memoria, en otros es un raro proceso de adivinación, como cuando Breton escribió con mucha anticipación: "Y la juventud francesa no sabe lo que le ocurrirá en el año 39". Vino la Segunda Guerra Mundial. Y en otros casos es estrictamente profecía, como en David, escribiendo, en el Salmo 21: "Han taladrado mis manos y mis pies. Cortaron todos mis huesos. Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica". Había anunciado y descrito la crucifixión del Cristo.

- No faltan los que soñaron poemas y en la vigilia los recordaron, como el famoso caso de Coleridge y las estrofas de Kubla-Kan.

- Viene al caso recordar un verso de Teófilo Cid que cita Braulio Arenas. El verso viene a la postre a celebrar a la perra Laica que dio vueltas alrededor del planeta, metida en un satélite artificial, antes de los vuelos humanos. El poeta hablaba de "una perra lamida por el éter".

Nuestro recordante del Futuro suyo, al separar imaginación de memoria, en el acto de escribir, va a entrar a una zona francamente de puro videncia poética:

"Profundizando esa técnica llegué a ponerme sumamente hábil para hacer la distinción entre la realidad de mis recuerdos del Futuro no registrados, y las excursiones imaginarias a las cuales yo estaba demasiado inclinado. Durante numerosos años me consagré a esta empresa. Tomaba notas cuidadosamente, todo lo consignaba por escrito, sin omitir ningún detalle. A mí regreso de Europa, el asunto tomó un cariz nuevo. He aquí cómo:

"Una noche, poco tiempo después de mi destinación a la Base X, estaba a punto de alzar un plano de un territorio explorado por Kirk Allen, durante una expedición sobre el planeta de otra galaxia. No podía "visualizar" los detalles con claridad, en el mismo momento en que me acordaba haber sobrevolado el territorio a baja altura y haber tomado vistas estereoscópicas. Igualmente me acordaba haber ordenado esos documentos en un clasificador del

palacio de mi planeta de origen. Pensaba en esas malditas fotografías, enterradas allá, donde nadie más que yo podía acceder, y pensaba: "si solamente...si solamente pudiera estar allá, en el mismo instante iría derecho a abrir ese clasificador y examinaría esas fotografías"... Apenas había dejado de expresar aquel pensamiento, cuando en mi ser entero repercutió la respuesta: "¿Y por qué no?" Al mismo instante ya estaba efectivamente en el lugar deseado. Todo se cumplió en el espacio de algunos minutos, y yo me encontraba delante de mi tablero de dibujo, en el cuerpo de vuestro servidor. Pero sabía que la experiencia había sido efectiva. Tenía de pruebas el recuerdo detallado de las fotografías que ahora podía ver tan nítidamente como si ellas se encontrasen todavía entre mis manos y el hecho es que no tuve la menor dificultad en terminar el mapa".

"Estaba conmovido hasta los entresijos de mi ser. No podía comprender cómo me había sido posible atravesar la inmensidad de los Espacios y hacer estallar las estructuras del Tiempo, para identificarme con ese otro Yo, "llegar a ser" literalmente el Yo lejano y futuro, del cual, hasta el presente, no había hecho más que recordarme la apariencia. ¿Soy yo detentador de una herramienta psíquica particular? ¿De algún órgano único, o de lo que Charles Fort llamaba un "talento salvaje"? Después de aquella noche paso la mayor parte del tiempo dedicado a ser el Kirk Allen del Futuro. En todo instante, cualquiera que sea el lugar en que me encuentre, en medio de mis ocupaciones, si quiero ser este Kirk Allen, lo soy al momento. En cuanto "Kirk Allen II", mi Yo del Futuro, yo vivo mi propia vida. Y cuando vuelvo a mi Yo presente, traigo los recuerdos que me permiten poner al día los documentos que yo guardo".

"Mi existencia aquí se desarrolla en un ritmo que usted llamaría natural. Mientras que cuando soy el Kirk Allen del Futuro, el Tiempo se acelera, como si se comprimiese".

A Robert Lindner le hicieron tanta impresión estas confesiones de la vida entre dos planetas del físico atómico, que el libro donde relata esa historia, junto con otras de su experiencia psicoanalítica, se titula **La hora de cincuenta minutos**; pero esto no es ciencia-ficción ni menos relatividad einsteniana; no es "compresión del tiempo", sino la duración de las sesiones de

psicoanálisis; del mismo modo que las clases pedagógicas y las conferencias prudentes no deben pasar de cuarenta y cinco minutos, o sea, una hora de clases.

Lo que sucedió después entre ambos especialistas tan diversos es sumamente patético. Desde luego, él médico se sorprendió de que su paciente tuviera el convencimiento de que era completamente normal, y de hecho gozaba de una salud mental excelente, pues, según él, ese modo de seguridad es rarísimo en las enfermedades mentales. Además, Allen creía en la autenticidad de sus aventuras. El psiquiatra resolvió leer la fabulosa documentación de Allen, para abrirse otro acceso al alma del paciente; era un modo de identificarse con él o con sus dos personalidades. El riesgo fue grande; a la postre le reveló que su equilibrio psíquico no era tan pleno, porque empezó a interesarse totalmente por el contenido de los escritos de Kirk, no sólo las aventuras en la remota galaxia sino en la enciclopedia de esos mundos, que sumaban sobre doce mil páginas, con toda suerte de dibujos, estudios, grabados, pinturas, acuarelas y mapas celestes. Los doscientos capítulos biográficos dice que se leían como cualquier novela de ciencia-ficción. Pero notó ciertas fisuras, alguna incoherencia, errores geográficos, y esto le dio la pauta para abrir un camino de curación, en el cual él iba a contraer la enfermedad, si puede hablarse de tal. Le pedía a su paciente que hiciese una excursión, por caso, a Seraneb para precisar algún dato. Volvía el príncipe de la galaxia con la información requerida, y mientras más se repetían estas situaciones, Lindner padecía más y más ansias de saber el resultado ya hasta especulaba por su cuenta, a fin de solucionar la dificultad propuesta. Él también vivía en otro planeta, bajo la magia de una fascinación, la del mundo creado por Allen, o... verdaderamente participado, hasta que sucedió, un día de ansiosa espera por unos datos que iba a traer Kirk referentes a los tipos étnicos olmayenses, los habitantes de la galaxia de su amigo, que éste renunció a sus aventuras espaciales, según ya contamos. Al modo del inmortal personaje, este caballero andante de los mundos siderales, renegó de sus andanzas.

No vamos a comentar más esta extraña alteración provocada, al fin por la lectura de las novelas de ciencia-ficción, salvo que hay un

margen suficiente de normalidades y analogías con otros procesos como para quedarse perplejo, así como lo que quedó el psiquiatra, sin definitivas certezas, presintiendo posibilidades de la naturaleza humana, aún inéditas, de futuras mutaciones. Y toda esta admiración mantenida con hondo recuerdo, como el que evoca el final de las páginas que le dedicó a este Quijote de la fantasía científica:

"Desde hace muchos años no he vuelto a ver a Kirk Allen, pero a menudo sueño con él, y en los días en que juntos recorríamos las galaxias. Su imagen llega a obsesionarme, en ciertas noches de verano sobre Long Island, cuando el cielo, recorriendo Peconic Bay, se encuentra todo estremecido de estrellas. Y a veces, al alzar los ojos, murmuro, sonriendo: "Qué fue, Kirk, de las Crystópedas?".

Bien pudo agregar mejor, en la lengua en que se cultiva el realismo fantástico, con más sugestión, al evocar a Kirk Allen: "Il est né sous une heureuse plenete"...

Tierra de Olvido

Autor: Francisco Coloane
Ilustración: Jimmy Scott



A MEDIDA que penetrábamos tierra adentro, el paisaje se iba haciendo cada vez más sombrío e inquietante. La sordidez de algunos pasos destemplaba el ánimo y hasta los caballos paraban las orejas, atemorizados de algo que no se veía, pero que estaba allí tan vivo como la roca desnuda. Nuestro sendero bordeaba a veces el abismo, y ante la visión del río, fragoroso, corriendo allá abajo en lo profundo, hombre y bestia quedábamos suspendidos unos instantes, tratando de recostarnos contra la pared de piedra que nos empujaba con su grávida fuerza hacia el vértigo. Entonces no éramos nada; sólo nos parábamos un poco más en los estribos, nos aferrábamos a las riendas, y el caballo, por sí solo, salía tranqueando con impávida firmeza sobre la árida roca.

En un recodo en que se hinchó el pecho del monte, vimos por última vez el mar. Y fue como si hubiéramos perdido algo... algo que nunca más volveríamos a recuperar.

Ahora comprendíamos la desapacible inquietud que nos embargaba a medida que nos internábamos en ese desolado paisaje. El mar, aunque celoso y violento cuando se está en medio de él, desde esa lejanía era un compañero inmenso, un manso llano de paz, cuya vista infundía quietud, y, sobre todo, esa vaga e indefinible sensación de la esperanza.

Hay paisajes, como instantes de la vida, que no se borran jamás de la mente; vuelven siempre a traspasarnos desde adentro, cada vez con mayor intensidad. Éste en que dimos la última mirada al mar es uno de ellos; allí volvimos la cabeza para no perder la postrera visión de esa esperanza y entrar de lleno en aquella tierra de olvido.

Nuestra ruta, paralela al Baker, se interrumpió de pronto por un corte a pique, y a nuestra asombrada vista se extendió un grandioso valle, cuyos pastizales, partidos por el viento encajonado,

semejaba la fina felpa de una nutria hendida por el soplo del experto. Era un tajo inmenso dejado por un ventisquero en el corazón de la montaña, uno de esos ríos de hielo milenario, desaparecido, cuyo lecho de légamo hacía la fertilidad de esa pradera.

Tuvimos que abandonar la dirección paralela al río y doblar hacia el sur, bordeando este otro río seco, en busca de una bajada. Sólo al cabo de algunas horas el espinazo cordillerano empezó a inclinarse y pudimos avistar el fondo del valle que se perdía como una garganta profunda en la montaña. Un cielo sin luz nos permitió columbrar apenas dos cosas que aumentaron nuestra curiosidad: el valle terminaba y daba comienzo a un paredón de hielo que se encajaba como una cuña montaña adentro; y abajo, a nuestros pies, junto a un boscaje de robles enanos y aparragados, en la cumbre del primer promontorio que descendía en el valle, se divisaba una casucha oxidada, pequeña y obscura, como algo aventado y detenido insólitamente en la más olvidada grieta de la tierra.

Bajamos, y empezamos a penetrar en el llano, cuyo alto pastizal nos llegaba hasta los estribos. Mas, volvió a sobrecogernos la torva soledad de aquel lugar, cuya visión desde las cumbres había sido por algunos momentos un oasis de descanso para nuestros ojos. El pasto crecía abundante y tupido como una sementera; pero ni un pájaro, ni un huemul, ni un bicho en la tierra, interrumpía ese silencio, a través del cual sólo vagaba de vez en cuando el zumbido de la brisa encajonada.

Recordábamos haber visto algo semejante en el hueco lejado por un ventisquero gigantesco en la bahía de Yendegaia, en l canal Beagle; pero ahí el hombre había llevado el rumor de la vida doce mil ovejas apacentaban en las llanadas que llegaban también asta los vestigios del hielo milenario.

Anduvimos en dirección de la casucha. El silencio se hacía ada vez más letal y sólo de tarde en tarde la serpentina ululante del iento se rasgaba en las oquedades del valle; después, nuevamente, se silencio... hasta que...

Un aullido plañidero nos partió como un rayo los nervios los caballos saltaron despavoridos. Casi perdimos los estribos; a erza de rienda y espuela, los doblegamos, pero siendo, como es, el

animal que más se espanta con lo desconocido, sus narices latían, sus ojos relampagueaban y sus patas se estremecían con un temblor que jamás tuvieron frente a la incertidumbre del abismo.

Palmoteándoles en la tabla del cuello logramos aquietarlos; pero no había transcurrido un minuto cuando se dejó oír de nuevo el aullido, esta vez menos penetrante y agudo, como el balido de un lobo enfermo o herido. Bastaron unos riendazos para contener a los caballos de nuevo.

Detuvimos la marcha y esperamos. El silencio pesaba como el plomo del cielo.

Mas, en el momento en que íbamos a proseguir el camino, abriéndose paso entre el pastizal, surgió un extraño animal; era un perro de aguas con algo de lebrel; pero un lebrel de cara chata, con los belfos como de un lobo y de abundante lana en los flancos, tiesas y largas, igual que la de la foca peluda. Era una mezcla rara y repugnante, como la de las hienas, de patas delanteras tan altas que parecían arrastrar el cuerpo cuando andaba. Surgió muy cerca de mí, y antes de que pudiera abalanzarse sobre la cabalgadura, preparé mi carabina y apunté; pero al instante, Clifton, mi compañero de viaje, tomó el caño de la winchester y me lo desvió. En ese momento mismo apareció también un hombre de entre el pastizal, y tomando al perro, llamémoslo así, de una oreja, se puso junto a él.

Clifton se acercó y le habló algo que no pude entender. El hombre respondió con una voz gutural ininteligible y señaló el fondo del valle, como indicándonos el camino.

Avanzamos, con él a la retaguardia y siempre con el perro agarrado de la oreja, hasta el borde del cerro en cuya cumbre estaba la casucha; pero no nos dejó llegar hasta ella; poniéndose frente a nosotros profirió, con su voz gutural otra vez algo, y como amenazando con el perro indicó nuevamente el contrafuerte cercano.

Seguimos la dirección que nos señaló, mientras él nos espiaba desde el faldeo. Cuando nos perdimos en el valle, el aullido escalofriante del perro se dejó de nuevo oír; pero el extraño animal llegó sólo hasta las cercanías de nosotros, pues, en el momento en que parecía alcanzarnos, otro aullido gutural brotó del hombre, y el perro, levantándose en dos patas, dio un amenazante rodeo junto a

as ancas de los caballos, levantó el hocico, emitió su balido ululante volvió hacia donde estaba su amo.

Al cabo de un rato, cuando empezábamos a ascender por el ontrafuerte, se dejó oír otro ulular menos agudo pero más profundo; sí también nos estremecimos, hondamente, pero el hombre y la estia habían quedado muy atrás; era el viento el que bajaba ululando or el sombrío cañadón.

Luego, detrás de nosotros, empezaron a repechar las prime- as sombras de la noche, y poco a poco todo se fue poniendo oscuro apretado como un solo corazón; como el pétreo corazón de esa aturaleza desintegrando hasta la última brizna humana en su mi- naria desolación.

*

Clifton, a cuya pequeña estancia en el interior del Baker nos irigíamos, nunca se adelantaba a explicar o señalar nada. Dejaba ue las cosas se explicaran por sí solas, y sólo cuando no ocurría así, tervenía enseñando lo que sabía del lago, del animal, del monte ue ya habíamos dejado atrás. No sé si esto lo hacía por sabiduría o mperamento; el caso es que, de esa manera, uno aprendía las cosas ejor y no las olvidaba tan fácilmente.

Cuando transmontamos el primer contrafuerte del valle llegamos a un extenso faldeo en que empezaba la selva de robles barragados, se hizo tan negra la noche que decidimos pernoctar.

Con su baquía cordillerana, Clifton encendió una buena foga- y nos dispusimos a merendar el charqui que llevábamos a los tientos.

En el momento en que preparábamos nuestros respectivos rros choqueros, me dijo de sopetón:

-¿A qué atribuye usted el estado de ese hombre que ncontramos en el valle?

Clifton siempre hablaba acortando caminos, como si uno hubiera desarrollado la mitad de la conversación y no le quedaran ás que las conclusiones.

-¡A una desintegración producida por la naturaleza! espondí, tratando de ser preciso; pero al darme cuenta de que había sultado pedante, alcancé a agregar, a manera de excusa-: ¡Una vez

estuve tres días sobre unas rocas, y cuando pasaron a recogerme, casi gateaba ya como una jaiba!

-También he experimentado eso que usted llama "desintegración" -continuó Clifton, pronunciando esa palabra como si masticara una estopa insípida-. La naturaleza primero lo "desintegra" a uno, y luego lo "integra" a ella como uno de sus elementos. En la primera etapa parece que se fuera a desaparecer, algunos perecen, y en la segunda se renace con un nuevo vigor; así tal vez selecciona y destruye lo que más le conviene. Aquello ocurrió en mis mocedades, en una ocasión en que estuve tres años solo en un puesto ovejero de la Tierra del Fuego, cerca del lago Fagnano. Fue algo así como si hubiera dejado de ser yo mismo. Comencé por perder el hábito de leer; los asuntos de los libros me parecían vanos, insignificantes, y prefería al pensamiento más profundo de Platón el rumor de una hoja. En seguida, dejé de reflexionar y casi de pensar. Estaba anonadado. Era cruel. Luego me di cuenta de que los pensamientos que se habían alejado de mi mente estaban siendo reemplazados por otros, y empecé a resurgir, pero a través de una transformación fundamental de esas facultades. Con ello, las cosas empezaron a adquirir cierto valor misterioso; por ejemplo, un musgo ya no era para mí sólo una hierba verdinegra que crecía sobre la corteza terrestre, sino algo de más valor que me acompañaba en la vida como mi perro y mi caballo.

Desde el vago terror que empezaron a producirme las sombras de la noche, hasta la alegría de la alborada, que sólo había presentido en el canto de los pájaros, todo estaba allí, en la naturaleza, ante la cual me faltaban ojos, sentidos, mente, para ver, escuchar y reflexionar.

¡Ah..., no sabe usted lo que significa encontrarse con una estufa caliente dentro de cuatro paredes en medio de estas soledades!

Nos conocíamos con Clifton desde nuestra infancia en Punta Arenas; habíamos trabajado juntos en una estancia del oriente fueguino, y como su vida, era su charla: tomaba repentinamente el sendero más inesperado y no sabía ni el mismo a dónde iba a parar; además de esa peculiaridad de hablar como si lo que él sabía lo tuviese que saber también todo el mundo. Por eso tuve que pararlo un poco en seco y llevarlo al tema que parecía haber olvidado.

-¿Y lo del hombre del valle y su extraño perro?

-¡Ah..., lo que le aconteció al viejo Vidal es algo más que una "desintegración"! -prosiguió, mascando con cierta ironía la para mí también ahora cada vez más fofa palabra-. Lo del perro no me lo explico. Hay en el museo salesiano de Punta Arenas un caballo reconstituido que tiene la piel exactamente igual que la de un guanaco, es un verdadero "caballo-guanaco"; pero no me parece posible que pueda haber una cruza entre una foca y un perro... de la que se pudiera caer que salió ese engendro. ¡Así como el lago Fagnano me cambió a mí hasta el modo de pensar, bien pudiera ser que esta naturaleza, donde parece haber cambiado hasta Dios, haya transformado generaciones de perros hasta sacar ese producto de extraño "pedigree"! A propósito de esto, recuerdo haber encontrado en una isla del canal de Moraleda una manada de ratones que se echaban al agua para mariscar y pescar, y se enroscaban de la cola en los árboles para poder cazar los pájaros. La cola habíaseles desarrollado extraordinariamente y las patas las tenían como "champallas". ¿Cómo llegaron esos ratones allí? ¡Nadie lo sabe; así como nadie sabe la forma en que llegaron los indios yaganes al beagle.! ¡Si éstos fueron arrojados, como se dice, en una canoa desde la Oceanía hasta el Cabo de Hornos, bien pudieron aquéllos haber venido hasta la isla inhospitalaria del Moraleda en un cajón parafinero arrojado desde el Corcovado por algún naufragio! Por lo demás, hay hombres de ciencia que atestiguan que el lobo, el elefante, el leopardo, el dungungo o vaca, son descendientes de sus congéneres de tierra adentro, que se "desintegraron" y "reintegraron" al mar.

No es raro que por ese olvidado valle galopen también los caballos marinos, que más de alguno dice haber visto entre la espuma de las olas. No se olvide usted, además, de que en esta tierra puede haber de todo, ya que más de una expedición alemana ha pasado Baker adentro en busca del plesiosaurio que pudiera existir aquí aún.

Vi que Clifton había olvidado completamente el tema de la conversación, y que en el vasto campo de su mente habían surgido innumerables senderos por los cuales parecía lanzarse gozoso en busca de otros y otros más, que brotaban de un tallo inagotable como las ramas en el bosque. De ese bosque en que estaba a punto

de sumergirse lo hice salir de nuevo con otro empellón, esta vez un tanto impertinente.

-¡Está muy bien -le dije, pero usted se ha olvidado de explicarme el caso del hombre que encontramos en el valle!

-¡Ah..., el viejo Vidal!... -prosiguió Clifton-, fue un hombre que trabajó durante muchos años en la Patagonia, con la ambición de llegar a ser alguna vez libre y poblar tierras propias; pero, como usted bien lo sabe, no hay en todo el extremo austral de Chile una lonja de tierra buena que no esté ocupada por las grandes sociedades ganaderas!

Vidal oyó hablar de un valle encontrado por unos cortadores de cipreses en el interior del río Baker, y, después de reconocerlo, invirtió los ahorros ganados en esos años de esfuerzo en ovejas e instalaciones para una pequeña estancia de ocho a diez mil animales.

Con grandes sacrificios logró traer la primera majada para iniciar la explotación. El pasto era abundante. Le fue bien. Trajo a su mujer, a sus cuatro hijos y, con los seis o siete peones y ovejeros, formó una pequeña colonia, cuyas casas de techo rojo parecían cajas de fósforos nadando en medio del pasto del extenso valle.

Fue lo que se llama la "tierra de promisión". Sacaba la lana a lomo de mula por el interior del Baker, y de allí la llevaba a Aysén o a Comodoro Rivadavia. Entre sus proyectos estaba el de aprovechar el ciprés de la orilla norte del río, para construir grandes lanchones, con los que sacaría sus productos al canal Messier, por donde surcan los barcos que pasan desde el Estrecho de Magallanes hacia el Golfo de Penas.

No alcanzó a construir sus lanchones de ciprés. Si los hubiera construido, tal vez no estaría ahora allí convertido en lo que está.

Lo que sucedió fue que un año el sol reverberó como nunca ocurre en estas regiones, a tal punto que las nieves se derritieron hasta las costras eternas de la edad glacial.

Vidal regresaba del interior del Baker, adonde había ido a dejar una parte de su cosecha de lana, cuando llegó al borde del valle y encontró el espectáculo más desolador: ¡Todo había sido arrasado! El pasto estaba tendido, y sobre él yacían tirados por aquí y por allá los cadáveres de su mujer, de sus hijos, de algunos de sus ovejeros y peones, ya putrefactos y comidos por una bandada de cóndores que

se había enseñoreado en el valle. Las casas habían sido arrancadas desde sus cimientos y desgajadas igual que si hubieran sido las cajas de fósforos que semejaban desde la distancia. La mayor parte de las ovejas habían desaparecido, y las restantes, juntos con los perros y caballares, estaban también tendidas allí, atestiguando la magnitud de la catástrofe.

Clifton avivó la fogata con un tizón y se quedó un rato mirando en silencio los aleteos del fuego, que con su danza de luces y de sombras encogía y agrandaba el corazón del robledal.

-Los arrieros que lo acompañaban dicen que perdió inmediatamente el habla -prosiguió Clifton-; pero yo pude hablar con él algún tiempo después, y, aunque tartamudeaba, logré entenderle claramente lo que me relató. Ahora parece haber perdido totalmente el lenguaje, y, como usted vio, hasta la memoria, pues hoy no me ha reconocido. Turbada su razón o no, el caso es que ha sido imposible sacarlo del valle, donde con los restos de algunas planchas de zinc construyó ese rancho oxidado que se divisa desde la altura, y vive, no se sabe cómo ni de qué, rondando como una sombra los contornos, acompañado sólo de ese extraño perro de aguas.

¿Quedó este hombre clavado allí por el puñal de la desgracia en espera de sus últimos días? ¿Es el amor de su mujer muerta, de sus hijos, o de su hacienda desaparecida, lo que lo ha amarrado definitivamente en el valle?

¡Nada sabemos de lo que ocurre a veces en las almas golpeadas por la fatalidad! -prosiguió Clifton-. ¡Y no me extraña la actitud de Vidal, cuando he visto a un pescador llevar en las tardes su comida al mar y arrojarla entre las olas, en el mismo lugar en que un día le fuera arrebatada su mujer! ¡Todas las tardes aquel hombre esperaba un rato antes de echar la comida al agua, como si tuviera la esperanza de verla aparecer aún; luego, con renovada ilusión, tiraba los trozos de pan al mar y vertía el tiesto, a cucharadas, cual si realmente estuviera dándole de comer a la boca amada!

Clifton volvió a atizar la hoguera y se quedó abstraído. El reflejo de las llamas subía por sus ojos verdes como una corriente de aguas encendidas, que a veces se volvían oscuras, empañadas por el paso de alguna sombra. Respeté su silencio, pero se hizo tan

largo que temí hubiera dado término a la narración. ¿Creería Clifton, en su peculiar manera de ser, que yo daba por sabida la causa de la destrucción de la estancia de Vidal? No aguanté más e interrumpí su abstracción.

-¿Y cuál fue la causa de lo ocurrido en el antiguo lecho del ventisquero? -le pregunté.

-¡Ah!... -exclamó Clifton.

Y como viera que no volvía del todo en sí, agregué:

-¿Una salida de mar, acaso?

-No. El mar está muy lejos de aquí.

-No se olvide -le dije- que en Última Esperanza el mar horada la cordillera de los Andes hasta la cercanía de la pampa patagónica.

-Sí -me respondió-; pero el seno de Última Esperanza es de una formación muy distinta, tal vez del mismo origen que la que hizo que el estrecho de Magallanes tajeara la cola de América y atravesara la cordillera andina hasta el mismo océano Atlántico. Aquí, el caso del Baker es un hecho insignificante comparado con esos colosales fenómenos prehistóricos.

Lo que aconteció en el lecho de este ventisquero fue debido a una inundación que, de tarde en tarde, en forma extraña y caprichosa, azota el valle. Pueden pasar cuatro años o más sin que nada ocurra; pero el día menos pensado una ola de agua sube por él y lo cubre hasta varios metros de altura; luego desciende, y si en la subida no logró arrasarlo todo, lo hace en la bajada, pues la corriente vertiginosa se va, con el mismo ímpetu con que llegó por la boca del valle, y desciende casi al mismo nivel de las aguas del río.

Yo me he explicado el fenómeno observando lo que ocurre en algunos afluentes del lado norte del Baker. Allí, cuando los inviernos son malos y los veranos benignos, se producen aluviones y rodados, con desprendimientos de árboles gigantescos, robles y cipreses que se atascan en las gargantas por donde corren esos ríos, formando de esta manera grandes represas que un buen día rompen el taco que las contienen y de desbordan furiosamente, haciendo subir el nivel de las aguas. Como el Baker también corre entre gargantas y

acantilados profundos, estas aguas van a inundar con gran violencia todos los valles y boquetes que encuentran debajo de su nivel.

Esto fue lo que sucedió con el lecho del antiguo ventisquero. El afluente que baja al Baker en sus cercanías acumuló durante mucho tiempo el material para sus represas; algún deshielo extraordinario aumentó el poder de las aguas, y un día cualquiera irrumpieron arrasándolo todo.

-¿Nadie ha vuelto a intentar la ocupación del valle? -pregunté.

-Nadie -respondió Clifton, y concluyó-: desde el estrecho de Magallanes hasta el Golfo de Penas, entre los innumerables canales y fiordos, hay muchas hermosas praderas como ésta, y nadie sabe por qué están abandonadas. ¡Son tierras de olvido!

Cada 1º de noviembre

Autor: Hernán Muñoz Villegas
Ilustración: Jimmy Scott



LA NOCHE que se murió mi padrino, fue la noche de un sábado. Yo había pasado el día en la trilla de los Melgarejo y se sabe que los Melgajero siembran para trillar dos días y los días que escogen son siempre un sábado y un domingo. Por eso sé que mi padrino se murió un sábado. Y me acuerdo bien porque yo volvía de la trilla, entrada ya la noche, y volvía a pie porque había dejado a la bestia descansando para seguir la trilla al otro día, que era un domingo.

La casa de los Melgarejo, y hasta la troja, estaban llenas de gente y a mí no me gusta dormir amontonado, por eso decidí rumbear a mi puebla, sin decir nada a nadie. Esa y no otra fue la razón que tuve para no quedarme y por eso pasó lo que pasó.

Dicen que cuando está por ocurrir algo –algo malo- uno como que lo presiente. Eso dicen. De mi puedo decir que esa noche no llevaba por dentro ni una mala aprensión siquiera. Iba no más, por el camino, aventando polvo y mirando los matorrales y peñascos que me sabía de memoria. Había pasado ya el Agua Larga, que es ese riacho que corre junto al camino, cuadras y cuadras, y asomaban las lomas vaquerías con su pastizal así de alto. Y detrás de las lomas de vaquerías una luna gordota enfilaba hacia arriba. En las manchas de la luna se veían las imágenes de la Virgen María y el Niño y, más adelante, la silueta de José, encorvado, jala que te jala el burro. Linda noche, toda estrellada, humedecida de olor a tierra, a pasto, a sementera. Todo junto.

Mi padrino venía debajo de la misma noche. Canturreando venía y equilibrándose a penas sobre el caballo, de puro borracho y por esa costumbre suya de estribar largo y jinetear con las piernas abiertas.

Cuando sintió que alguien –yo- venía por el camino paró el canturreo. Paró el caballo y también gritó:

-¡Alto ahí, el que sea...!

-Soy yo, padrino, el Nemesio.

Se quedó callado un rato, como el que se da tiempo para entender bien las cosas y después soltó una risa que casi lo tumba del caballo. Lo llegaban a sacudir las risotadas.

-¿Y qué hace el ahijado por aquí, de a pie, como alma en pena?

Le conté que había dejado el caballo en lo de los Melgarejo para volver a la trilla al otro día. Y le dije también que no me había quedado a pasar la noche allá porque no había lugar para descabezar un sueño, de pura gente pajuerana que había. Yo, habla y habla, y él, risa y risa. Y así se apeó de la bestia y se arrellanó en unos troncos, junto al camino.

-En las alforjas tengo un frasco con agua bendita -me dijo- sácalo y vamos a echar un trago para celebrar el encuentro.

Yo saqué la botella, que era una botella de esas grandes, casi llena de aguardiente y él la tomó del gollete y se la empinó y dijo que tomaríamos a la salud de la Francisca.

-Claro -dijo- siempre que no se oponga el marido...

Y así empezamos a chupar el frasco. Trago y trago y mi padrino risa y risa. Hablaba con ese hablar estropajoso del borracho que, a veces, tiene que hacer memoria para encontrar la palabra que necesita. Y cuando la halla, ya no sabe para qué la necesita. A ratos me abrazaba y después me soltaba un rebencazo, como en broma.

Porque mi padrino siempre fue así. Le gustaba jugarse con la gente. Andar a manotazos con los hombres y a agarrones con las mujeres. Qué era bromista, era lo que él decía, pero que era un pesado era lo que decían los más. Por bromear no más una vez mató a tiros una borrega de los Álvarez. El pobre animal se estuvo revolcando una tarde entera antes de morir y cuando Domingo, el mayor de los Álvarez, le fue a pedir cuenta, mi padrino lo hizo humear a rebencazos. Por pura broma, también. Y los Álvarez, ya de noche, carnearon a la borrega y entonces mi padrino que era el vecino de ellos se dejó caer al asado y los Álvarez, tuvieron que atenderlo no más, porque le tenían miedo. Y él -mi padrino- contaba siempre esta historia, como una gracia. Cuando divisaba a alguno de los Álvarez solía gritarles:

-Eh... ¿Cuándo se rajan con otra borrega...?

Y llegaba a revolcarse de pura risa.

La verdad sea dicha, mi padrino no era mi padrino. Mi tío político sí que era, como que estuvo casado con mi tía Emelina, que Dios guarde, la que era hermana de mi madre, que Dios guarde también. Mi madre era viuda, -de esas viudas enfermas que no se valen para nada-, por eso mi tía -la Emelina- se vino con nosotros a la Rinconada del Pidén, que así se llamaba nuestro fundo, aunque todos los conocían como La Rinconada, a secas. Con la tía Emelina se vino su marido, o sea, mi tío político, o sea mi padrino.

A poco de morir mi madre -la pobre- enfermó mi tía Emelina, de puro sufrir, dicen algunos. Y le echan la culpa a su marido, o sea a mi tío político, o sea a mi padrino, como lo fue después. Él se llevó otra mujer a la casa, "como empleada" dijo, o como empleada, pero para todo servicio, como dijeron otros. Con esto decayó al todo mi tía y se murió una tarde, encogida, de pura pena. Fue así como mi padrino quedó dueño de todo.

Con la Carmela, que era mi hermana mayor, nos quedamos sin recursos, porque éramos menores de edad y mi padrino se había hecho nominar tutor y administrador y qué se yo. Papeles no le faltaban. Algunos decían que era un pillo, pero en su cara -eso sí- nadie le decía nada. La Carmela se tuvo que ir después, dicen que por no ser consentidora con mi padrino. Así que un día tomó sus cosas y me dijo llorando a mí que era así de chico. Y yo no la he vuelto a ver más aunque se me arruga el corazón por verla. Porque ella fue buena conmigo, aunque luego dijeron que andaba por ahí, de mala.

Yo me acordaba de todo esa noche cuando estaba con mi padrino sentado en los troncos, junto al camino, chupa que te chupa la botella.

-Ya ahijado, a la salud de la Francisca.

La Francisca, claro, era mi mujer. Haría un año -de eso sí que no me acuerdo bien- que me había casado con ella, claro que no casado, lo que se dice, por las dos leyes. No. Mi padrino nos aconsejó que viviéramos así no más, para mientras. Después se vería. Algunos dijeron que él no quería casorio porque aumentarían los herederos y él quería La Rinconada para él solo.

"¿Y qué más de él quiere que sea?"

Así decía yo que ya ni vivía allí porque mi padrino me había mandado con la Francisca a cuidarle una parcela de él. Pero la parcela era un puro pedregal, donde no crecía ni el yuyo. Él decía que había que cuidar esa tierra y por eso nos fuimos, para que no echaran a pastar animales ajenos. ¿Y qué iban a pastar si ni cardos había? Y cuando yo le representé eso me dijo que eran disculpas, porque no lo queríamos ayudar a él, que nos mantenía. "Este es el pago de Chile", decía y fue por eso que nos fuimos allá con la Francisca y levantamos una puebla que era donde vivíamos. Solos y pobres vivíamos, sin recurso alguno. Y a esa puebla volvía yo tranqueando desde lo de los Melgarejo la noche que tropecé a mi padrino. El sábado ése.

-Ya ahijado, salud por la Francisca. Güena chica la panchita.

Y la botella iba y venía.

-Lo malo es que es tan arisca -decía- no sabe que hay que ser más cariñosa con los mayores y más todavía con el padrino ¡carajo! que es como el segundo padre...

El aguardiente bajaba en la botella y subía por la sangre hasta la cabeza. Por eso sería que no me gustaba como hablaba de la Francisca que me hacía acordar de la Carmela, mi hermana esa, de la que dicen, lo que dicen. La luna había trepado alto en el cielo y se había achicado. Ya no se podía ver en sus sombras a la Sagrada Familia. Las Tres Marías si se veían, en cambio, y estaban puestas allí como tres huecos alineados, en la mitad de la noche.

-A la Francisca todavía no se le quita lo arisca con su padrino, tú debías aconsejarla, Nemesio. A lo mejor a ti te hace caso. Hoy caí por tu casa -por casualidad no más- no pienses otra cosa. Por pura casualidad no más...

Y soltó la risotada.

-Llevaba un trago de aguardiente para tomarlo contigo y ella no me quiso abrir.

-Pero usted sabía que yo estaba en la trilla de los Melgarejo, padrino...

-¿Me creerás que se me olvidó? Pero la Francisca, ¿te das cuenta? no le quiso abrir la puerta a su padrino, como si fuera un extraño y no su segundo padre. Porque eso es un padrino, ¿no? Y

yo soy un padrino cariñoso y agradecido. Eso soy. ¡Pasa la botella, Nemesio!

¿Habráse visto? Ni la puerta me abrió.

Yo me acuerdo que me alegré porque la Francisca no le abrió la puerta. Es que ella le tenía miedo a mi padrino y siempre me decía que era un hombre muy malo. Que era capaz de todo, decía. Y que tenía mala intención con ella porque ya le había dicho dos o tres cosas.

-¿Sabes Nemesio? Dile que si se porta bien conmigo, ustedes, se irán a La Rinconada. ¡Palabra! Ella, al menos, la Francisca, para que cuide a este pobre viejo.

-Usted sabe padrino que adonde la Francisca vaya, voy yo. Por algo soy su marido, aunque no estemos casados por el Civil o por la Iglesia. Lo que es, es no más, y Ud. lo sabe. Así es que si ella vuelve a la Rinconada, vuelve conmigo, o no vuelve.

El aguardiente, seguro, fue el que me dio coraje. Si no, no le habría hablado así, tan sin respeto. Mi padrino, o sea mi tío político, como que se asombró al oírme y la risotada se le quedó detenida en la cara y tenía los ojos medio cerrados, como si de puro sorprendido le costara trabajo mirar. Del pecho también le salía como un carraspeo, no, como un ronquido. Eso es. Y entonces fue cuando mi padrino se paró y se veía como un álamo de alto, recortado contra el cielo y me tomó del cuello y empezó a sacudirme un golpe tras otro.

De lo que no me acuerdo es de las cosas que dijo, que fueron hartas. De una cosa sí que me acuerdo y es que me sentenció que no llegaría a la mayoría de edad para quitarle La Rinconada y que antes de cumplir los 21 él me habría tirado a los perros. Y dijo también ¡Qué sé yo cuántas cosas dijo...!

Entonces fue cuando yo me di cuenta que quería acabar conmigo y me acordé de lo que me había dicho, que él quería quedarse con la tierra de nosotros, o sea La Rinconada. Pero la rabia me bajó de golpe cuando dijo que a la Francisca se la llevaría para su casa. Y se hurgaba a manotazos atrás, en la cintura, donde yo sabía que cargaba revólver. Por eso le di fuerte con la botella de aguardiente en la cabeza y al primer golpe se sosegó, pero no me soltaba el cogote. Y por eso no más fue que le di de nuevo y a la luz de la luna yo vi que ponía los ojos tontos. Y me soltó entonces y se fue de espaldas. Pero

yo me empecé a acordar de la tía Emelina, y de la Carmela y de la Francisca y por eso le di más hasta que la botella se rompió.

Mi padrino estaba de espaldas y corcoveaba en el suelo. Y yo me acuerdo que busqué por ahí un palo, o una piedra, o algo así, para quitarle el sufrimiento, pero no encontré nada y por eso me le senté encima y con el gollete de la botella que tenía un vidrio largo y filoso comencé a rebanarle el cuello. Él no decía nada ya, pero pegó un par de sacudones y después quedó quieto, mirando para arriba, con los ojos tamaños de abiertos. Y arriba estaban las Tres Marías. De eso me acuerdo.

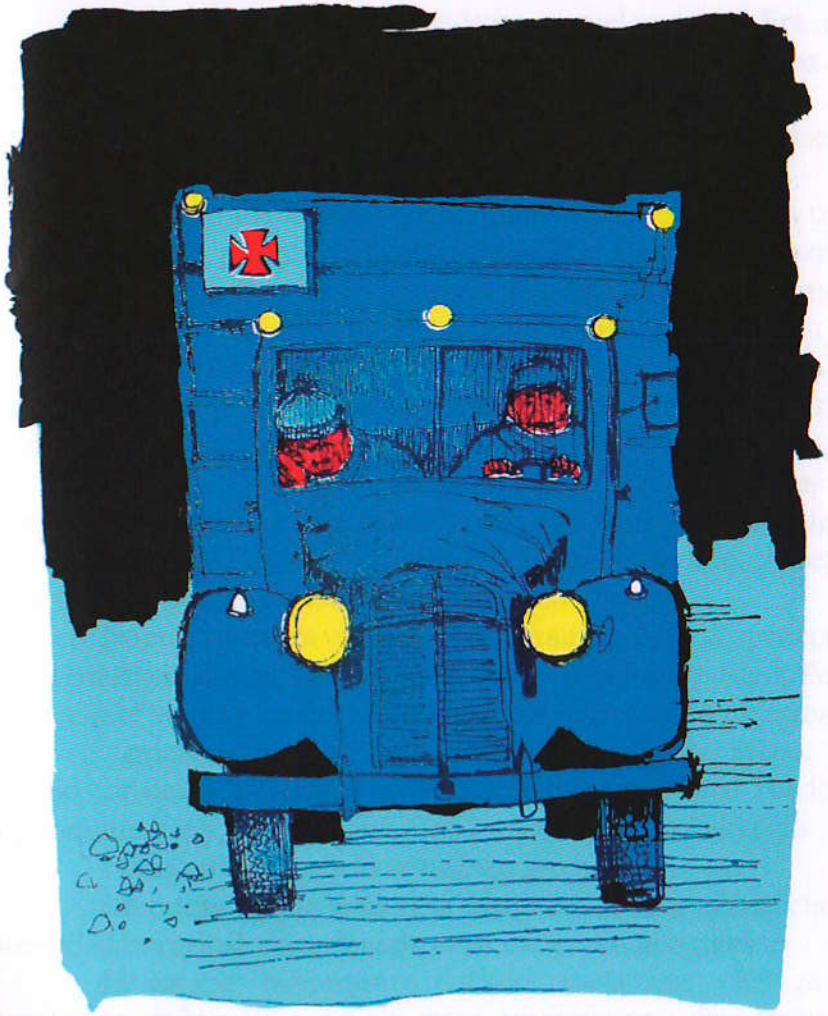
Volví donde los Melgarejo y amanecí en la troja, como si nada. Y al día siguiente -que era domingo- empezó de nuevo la trilla y en eso estábamos cuando llegó la nueva con la muerte de mi padrino. Hubo algunos que se alegraron, yo creo, porque el finado les había hecho diabluras. Nadie supo quién lo mató. Ni falta que hace. Y con la Francisca ahora estamos bien casados, por las dos leyes, y vivimos en la Rinconada del Pidén o Rinconada, a secas, como la llaman.

Y cada 1° de noviembre tal como hoy día, nos venimos al cementerio y arreglamos las tres tumbas y les ponemos flores y quitamos las hiervas malas. Primero arreglamos la de mi madre, que Dios guarde en su reino; después la de mi tía Emelina, que Dios guarde también; y después la de su marido, o sea de mi tío político, o sea de mi padrino.

Por eso, porque le arreglamos su tumba, me acuerdo de él cada 1° de noviembre.

El Accidente

Autor: Luis Alberto Acuña
Ilustración: Jimmy Scott



EL CAMIÓN corría trepidante por el camino. Era un camión viejo, que cobraba bríos de juventud cuando llevaba al volante Héctor Sanhueza.

Parecía que la juventud y optimismo del hombre ayudase al asmático motor a mover las ruedas del pesado armatoste.

Sanhueza iba inmóvil contemplando el camino. A las tres de la madrugada, y cerca de la costa, hace frío. La cabina no tenía nada de hermética. Por eso los hombres iban enfundados en gruesas casacas de cuero y cubrían sus cabezas con boinas oscuras.

Iban en leve subida, razón por la cual Héctor no apuraba la máquina, pero pensaba hacerlo más adelante para compensar el tiempo perdido en una pana.

Por culpa del carburador se habían atascado en medio del camino. Era una parte recta, pero Sanhueza se atemorizó y contagió al compañero de su temor. Un nudo de angustia le oprimía al cuello al pensar que podían ser embestidos por otros vehículos.

No era la primera vez que el camión sufría algún desperfecto. Por el contrario, casi no había viaje en que no se descompusiera. Pero esa noche el hombre estaba nervioso y lleno de presagios funestos.

Tardaron cerca de una hora en reparar la avería. El trabajo consiguió ahuyentar su temor. Pero casi al final volvió a intranquilizarse y, cuando subieron al vehículo, respiró aliviado.

Hacía rato de eso y ya se hallaba sereno.

Sanhueza quería a su vieja máquina, aunque reconocía la necesidad imperiosa de cambiarla pronto con una más nueva.

El escape, ligeramente dañado, hacía que los gases penetraran en la cabina, no tan intensamente como para viciar el aire, pero sí lo suficiente para impregnarlo de un olor especial.

Así como el pesado aroma de la pintura y el aire salado se identifican con un barco, así el camión tenía su propio olor que le daba vida.

Detenido era un vehículo ruinoso, con los guardafangos torcidos y sueltos, apenas equilibrados con alambres. Pero marchando era otra cosa: un viejo perro cansado, pero siempre atento a la voz del amo.

Una neblina quejosa comenzó lentamente a invadir el camino y a empañar vidrios. Héctor hizo accionar el limpiaparabrisas, y encendió los faros amarillos para taladrar la niebla. No disminuyó la marcha: conocía bien el camino. Doblaba las curvas con facilidad y el ronroneo del motor no lo doblegaba como a su compañero.

Rato después tomó una larga recta de varios kilómetros. La inactividad en el volante lo adormeció suavemente.

- Pinto- llamó, mirando burlonamente a su compañero dormido, que estaba hecho un ovillo al otro extremo de la cabina.

- No te duermas; convérsame para que yo me quedé dormido- agregó.

El otro refunfuñó y balbuceó algo ininteligible. A los pocos instantes volví a dormir profundamente.

El camino se estiraba largo y suave. Era un trecho bien asfaltado, por lo que a pesar de la calidad de los resortes, el camión se deslizaba con suavidad.

La niebla se había disipado tan subrepticiamente como llegó. Todo esto hizo que Héctor se despreocupara un tanto y sus ojos se cerraron levemente, para abrirse de nuevo, tremendamente agrandados.

- Caramba- se dijo- buena la hago si me quedo dormido.

Pronto volvió a pestañar, demasiado lentamente. En vista de esto detuvo el vehículo, abrió la vieja guantera y sacó de allí una botellita de coñac. Destapándola, bebió un largo trago para combatir el frío que lo iba adormeciendo. Alargó la botella a su compañero, que había despertado al detenerse el camión.

Héctor abrió la puerta y se dispuso a descender.

- ¿Dónde vas?

¿Dónde crees tú?

Se colocó detrás del vehículo y contempló el vapor que salía de la rueda mientras la mojaba. Siempre hacía lo mismo; pensaba que le traía buena suerte.

Colocó las palmas de las manos sobre sus riñones y se enderezó bruscamente, volviendo al vehículo.

Se había despabilado lo suficiente y sentía menos frío. Poco después de ponerse en marcha el camión, Pinto volvió a dormirse. Héctor lo miró y movió la cabeza sonriendo.

- Te queda poco- dijo casi para sí mismo- después me tocará a mí.

El camino seguía recto y el viejo camión continuaba deslizándose sin tejidos ni sobresaltos.

La inmovilidad en el volante hizo morir suavemente la cancioncilla que Héctor Sanhueza había comenzado a tararear. Los faros, el camino, las sombras a los costados del vehículo...

- "Me agradaría sentir la mano de la Juana sobre mi mejilla. Su mano tibia".

"El camino adelante".

"La mano de la Juana revolviéndome el pelo".

"No queda mucho para las curvas".

"Una taza de café caliente.- Gracias, Juana, eres un tesoro".

"El peñasco termina en una especie de punta. Da la impresión de un brazo. No, pasando junto a él parece más bien una pierna".

"¿No te das cuenta, Juana, lo lindas que se te ven las piernas morenas al llevar la bandeja? No te vayas aún. No abras esa puerta que entra demasiada luz. ¡Demasiada luz!"

"¡Un vehículo se viene encima!»

Héctor abrió los ojos espantados y se aferró al volante. No alcanzó a quitar el pie del acelerador que, imperceptiblemente, había estado oprimiendo. El camión había alcanzado una velocidad inusitada en él.

Pero, cuando Héctor Sanhueza, reaccionó verdaderamente, el auto ya lo había cruzado con tranquilidad.

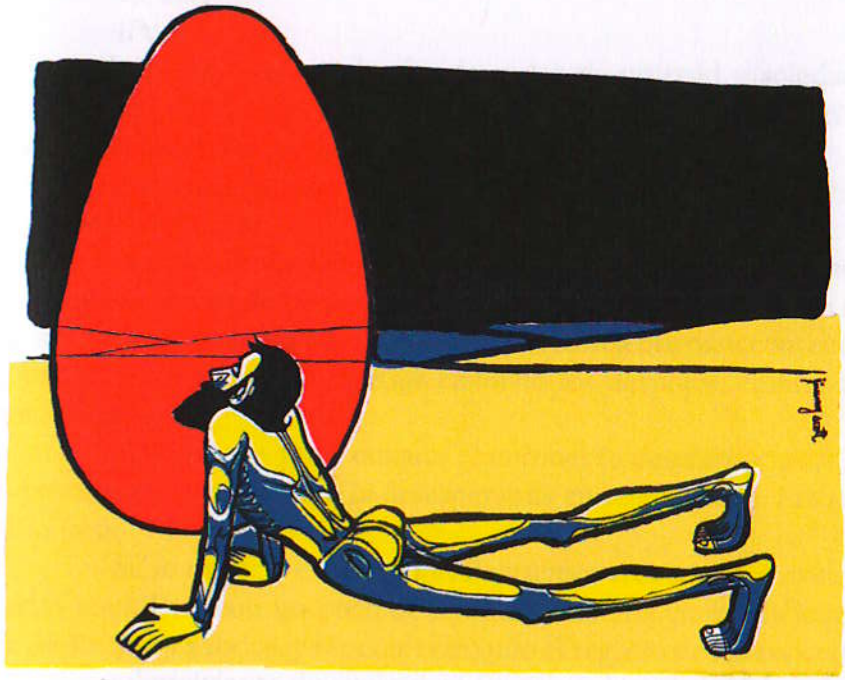
El hombre dejó escapar un silbido ahogado por entre sus labios entreabiertos.

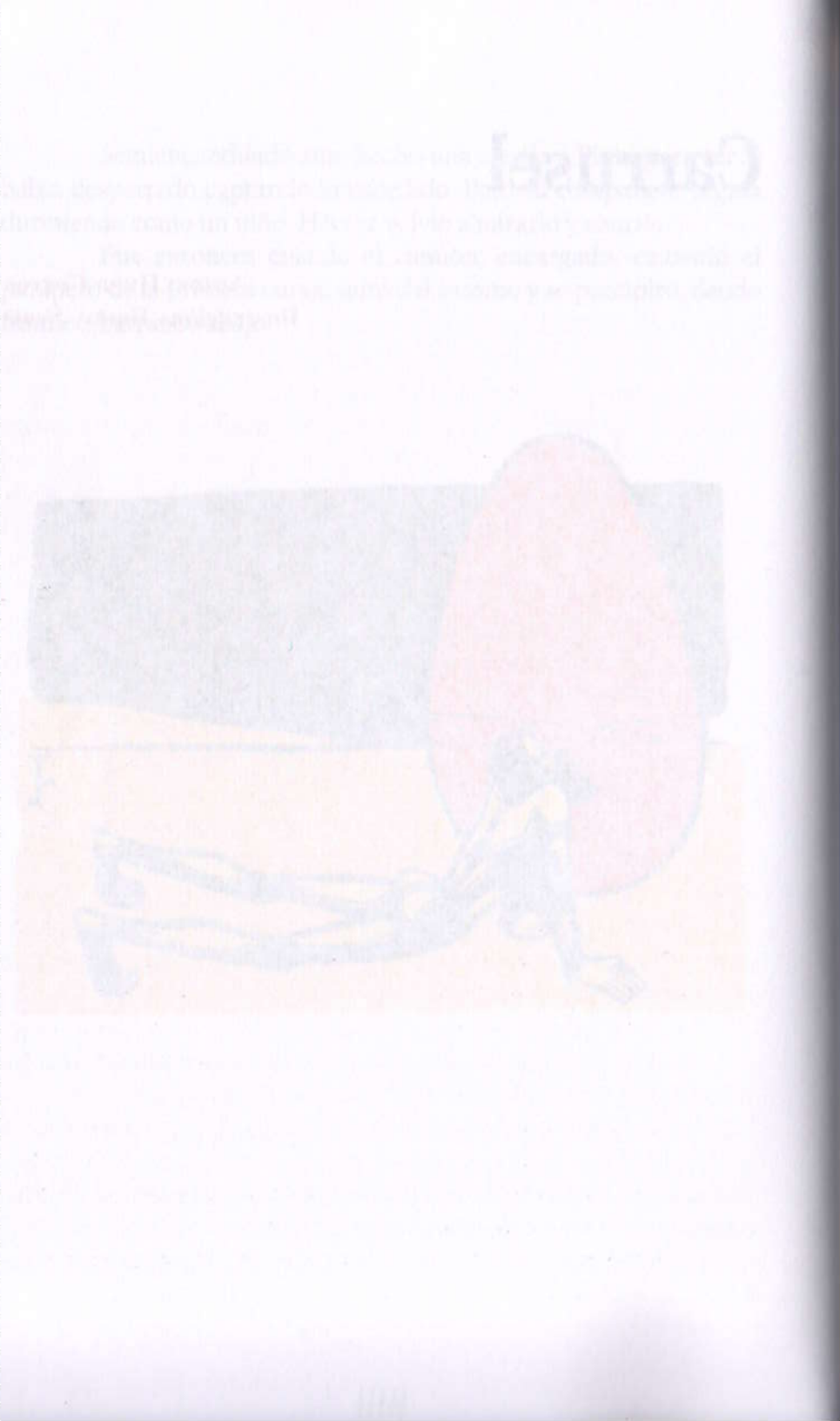
Semiencandilado aún, hecho una ojeada a Pinto para ver si había despertado captando lo sucedido. Pero su compañero seguía durmiendo como un niño. Héctor volvió a mirarlo y sonrió.

Fue entonces cuando el camión, encargado, embistió el parapeto de la primera curva, saltó del camino y se precipitó, dando tumbos, barranco abajo.

Carrusel

Autor: Hugo Correa
Ilustración: Jimmy Scott





LISTO, señor Kachur?

-Sí, coronel.

-¡Fuego!

Las rojas arenas, al cabo de siglos de quietud y soledad, recibieron el cuerpo del hombre. Declinaba el día: un sol pequeño derramaba luz sobre las dunas.

-Sáquenle la ropa y sepúltenlo. El traje nos puede servir. Los espero en la base.

Las botas hollaron el arenal, haciendo el camino de regreso. Los otros dos pares de botas se aproximaron al caído. Removieron el desierto marciano hasta hacer una oquedad suficiente para contener el cadáver. Luego la roja mortaja envolvió los despojos, empujada por el invasor.

-La cara que puso cuando el coronel lo desenmascaró. Es la primera vez que he visto la desesperanza en una persona. Era un niño, casi.

-Se lo merecía este traidor. Pasaremos tres meses abandonados aquí. Ilya, con un poco de habilidad, estaba en condiciones de asesinarnos a todos, y esperar tranquilo el regreso de los cohetes. El único sobreviviente de cualquiera fingida calamidad. Habría regresado en calidad de héroe, y antes de que lo descubriesen, tenía ocasión de escaparse para ir a dar cuenta a sus amigos.

El cuerpo del ajusticiado había desaparecido bajo tierra. Un montículo señalaba la tumba. El sol se ponía en esos instantes: alargáronse las sombras de las dunas y pasaron sobre el cúmulo como un parpadeo. Los hombres emprendieron la vuelta a la base. A lo lejos divisábanse, recortadas contra el cielo, las primeras colinas del extremo meridional de la Gran Syrte; la gran mancha verde del planeta.

El frío de la noche marciana abatióse sobre el yermo. Se recubrió el arenal de gemas: gotículas de agua rápidamente congeladas. Una túnica púrpura, recamada de brillantes, rodeó la Gran Syrte. Deimos asomó un cuerno en lontananza, y se lanzó en raudo vuelo por encima de las constelaciones. Los despojos del muchacho descansaban envueltos en la mullida piel del planeta. Ya no sangraban las heridas, obturadas por el polvo: el sedimento insuflóle al cadáver su milenario color. Lo impregnó con su decantación iónica. Removióse el montículo y surgió de él una mano, que se agitó bajo el resplandor astral, seguida de inmediato por una faz enrojecida, por cuyas mejillas resbaló la arena. Los revividos dedos limpiaron los ojos, las narices y los labios. Ilya, enterrado hasta la cintura, abrió los ojos y oteó, sorprendido, el panorama. Una frescura a tierra añosa y a hielo nocturno dilató sus narices. Respiró a pleno pulmón la etérea atmósfera. Sacudióse el pelo y, con un pequeño esfuerzo, se puso de pie. Miró su sepultura con cierta extrañeza, como si se tratara del recién dejado lecho. Entonces recordó.

-Me mataron. Sin embargo...¿Y las heridas?

Los cinco orificios causados por las balas eran manchas ligeramente obscuras, apiñadas sobre el corazón. Los dedos comprobaron que la piel, en esa zona, permanecía lisa y suave al tacto, sin hendiduras ni asperezas.

-El coronel se salió con la suya. ¿Cómo se las arreglaría? Con seguridad se valió de mis viajes al extranjero. Tiene buenos amigos en la Policía Secreta. ¡Qué le vamos a hacer! Si me dirijo al campamento los mataría a todos con la impresión. Pobres. Los hombres son débiles: necesitan trajes del espacio y una presión adecuada para resistir este ambiente. Y yo, ¿qué soy? ¿He dejado de ser un hombre?

Contemplo el desierto: una alfombra escarlata, salpicada de luces iridiscentes, ligeramente sombreadas por las mórbidas dunas. El veloz Deimos rasgaba la inmensidad como un puñal malayo esgrimido por una invisible mano. Las estrellas, enormes y rutilantes lo saludaron alegres. Un aerolito cruzó el firmamento: su radiante cola permaneció largo rato deshaciéndose contra la galaxia.

-No: no soy un hombre. Soy un neo-marciano.

Dio un prodigioso salto. Aterrizó con la soltura y ligereza de un danzarín, levantando una tenue nube de polvo. Siguió brincando y desplazándose sobre la fulgente arena, sin cuidarse de tomar un rumbo determinado, sino con la despreocupación de quien ejecuta una danza en un limitado escenario al compás de una melodía que se acomoda a los pasos del bailarín.

-Ya has brincado bastante, ¿no?

Una voz a sus espaldas: una voz humana, sonora, que se esparció sobre las dunas con un eco diáfano, hendiendo de pronto la quietud. Volvióse Ilya. Un hombre lo observaba desde la cresta de una duna. No llevaba ropas: su piel desprendía una leve luminosidad.

-¿Quién eres?- Indagó Ilya. Notó que su voz, como la del aparecido, surgía con extraordinaria potencia y se quedaba vibrando, haciendo tintinear el congelado rocío.

De un salto el otro estuvo junto a él. Lo examinó con tranquila curiosidad. Los rasgos de su rostro parecían poco firmes. Cambiaban constantemente, tal la imagen reflejada por una laguna de suave oleaje.

-Un marciano. Pero de los viejos marcianos. No un neomarciano como tú.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque te vi llegar.

-¡Me viste llegar!- exclamó Ilya-. Pero, ¿dónde estaban ustedes? Este planeta no tiene habitantes.

-Eso creen los hombres. Pero estoy aquí, ¿no es así?

Ilya dejóse caer al suelo, confundido. El marciano se sentó frente a él.

-No trates de explicártelo. Somos una raza vieja: dominamos las dimensiones, ¿ves? Desde hace siglos, en previsión de una posible visita extramarciana, nos cambiamos a la dimensión vecina para que no nos viesen. Elemental.

Cogió un puñado de arena, y la hizo deslizarse entre sus dedos: cayó a tierra como una cascada de diamantes. Ilya lo imitó.

-Has de saber que mis compatriotas me mataron. Alguien llamó desde la tierra y me acusó de traidor al coronel.

El marciano le hizo un alegre guiño.

-Estás vivo: es decir, naciste a la vida marciana con tu muerte terrestre. La vitalina te resucitó.

-¿La vitalina? ¿Qué es eso?

Por toda respuesta el otro cogió un poco de arena y la engulló, dando muestras de gran deleite.

-Hemos recubierto el planeta de esta substancia, la cual ahora se regenera sola bajo la influencia de la energía cósmica. Deseábamos tener un planeta confortable. Únicamente en el desierto, donde están tus ex congéneres, no hay vitalina.

-¿Desierto? ¿Así llamas a la Gran Syrte, la zona verde más extensa del planeta?

-Es el desierto: la única región estéril que nos queda. Pronto será también productiva.

-¿Y qué piensan hacer con los hombres? ¿No van a decirles que aquí hay gente?

-No tenemos tiempo. Si tuviéramos que explicarle a cada visitante del otro mundo cómo vivimos, esto sería el infierno. Por eso los dejamos venir y hacer lo que quieran. Es asunto de ellos.

Me parece un egoísmo sin nombre. Ustedes son iguales a nosotros...

-¿Iguales? -El marciano se puso a reír-. ¿Lo dices por mi apariencia? Para hablar contigo me he visualizado de hombre. Pero no soy así.

Dicho lo cual la humana forma se hinchó y se convirtió, en segundos, en un cuerpo ovoide, de ambarinos destellos y ligeramente traslúcidos. Dio dos o tres saltos en el desierto -una pelota liviana y flexible, que rebotaba-, y prosiguió con una voz susurrante, suave y adormecedora:

-No somos muy parecidos que digamos, ¿verdad?

Ilya tragó saliva.

-Y tus compatriotas, ¿no me harán el vacío por mi aspecto?

-En absoluto -replicó el huevo-. No juzgamos por el físico. Mal que mal somos civilizados. Y, sinceramente, hay formas peores que la humana en esos mundos.

Señaló el cielo con un apéndice que surgió y desapareció veloz de su parte superior. En seguida se alejó dando ágiles botes.

-¡Espera! -gritó Ilya-. Espera.

Todavía tengo preguntas que hacerte.

Volvió el ovoide.

-¿Qué quieres?

-¿Hay ciudades en Marte?

-¿Ciudades? -Trataba de recordar: el esfuerzo se traducía en rápidos cambios de color, que abarcaban toda su nacarada superficie- ¡Ah! Ciudades...

Se estremecía entero, como si de un momento a otro fuese a deshacerse y desparramarse por el suelo.

-¡Qué gracioso! ¡Ciudades!

-No veo dónde está lo gracioso -exclamó Ilya amoscado- La ciudad es el símbolo de la civilización.

-De la civilización primitiva querrás decir. No aquí no hay ciudades. Hace miles de años, en la Era de la Forma Constante, existieron.

-¿Qué Era es ésa?

-Cuando los marcianos tenían que conformarse con la figura dada por la naturaleza. Como comprenderás, eso es antiquísimo. Es paralelo a las ciudades, a la democracia, a la igualdad, al comunismo, etc.

-Pero, ¿qué régimen político impera hoy en Marte?

-El Nomadismo Libre. Cada uno hace lo que le place. Va donde le place, y se queda donde le place. Anarquía Racionalizada, en otras palabras. En un sistema así no pueden existir las ciudades, como comprenderás. El universo es demasiado amplio como para quedarse mucho tiempo en una parte determinada. Y menos desde que dominamos la teleportación. Ya aprenderás todo eso. A cualquiera le puedes preguntar.

Se elevó a gran altura. Ilya esperó su caída y el próximo rebote. Pero el huevo se desvaneció en el aire.

El desierto recuperó su soledad.

Ilya se encontró con el segundo ovoide cuando creía hallarse cerca de sus compatriotas. Ahí estaba la Gran Syrte; pero ni rastros de las instalaciones.

-Vaya, ¿cómo las vas a ver si te encuentras en otra dimensión?

Tienes que aprender primero a teleportarte. Entonces estarás en condiciones de ir al Marte de ahora, del pasado, y del futuro. Y todo esto dentro de sus infinitas dimensiones paralelas. Porque has de saber que cada mundo posee incontables estratos dimensionales. ¿A qué hombres quieres ver?

-A mis compatriotas. Llegué a Marte con tres hombres como yo.

-¿Cuándo?

-Ayer.

-El marciano vive en el presente. Espacio-tiempo-continuo con discontinuidad-extratempórea-espacial, es decir, teleportación. Para tu comodidad hablemos de presente-menos y de presente-más. Es una aberración, por cierto. Pero es lo único asimilable al ayer y al mañana, esos arcaicos conceptos. En un presente-menos llegaste a Marte. Perfecto. Pero, ¿cuánto habría que restarle al presente para tener tu hora de llegada?

-Eso es fácil -replicó Ilya-

Llegué de día: el sol estaba alto en el cielo cuando aterrizamos. Bajó el sol y llegó "esta" noche.

A lo que el marciano observó, con displicencia:

-Vas a tener que buscarte otro para que te aclare tus problemas. Desde que nací evito los días. Me teleporto de noche a noche. No me gusta el sol, ¿ves? Y vengo llegando recién de Pólux.

Ilya empezó a impacientarse.

-Por favor -rogó-, ¿cómo puedo aprender a teleportarme?

-Es muy sencillo: entiérrate en la vitalina pensando en la teleportación. Vas a perder la conciencia. Cuando la recuperes sabrás teleportarte.

*

Continuaba la noche. Ahora era Fobos el satélite que corría su vertiginosa órbita. Deimos estaba por hundirse en el delante horizonte.

-Teleportación. Basta pensar en una época o en un lugar cualquiera, y estaré ahí. Necesito ir donde los hombres y enseñarles estos prodigios. Me convertiré en el máximo benefactor de la humanidad. El coronel se pondrá verde de envidia.

Aspiró el fresco aire a bocanadas.

-Hola, neomarciano -díjole alguien a su lado.

Un ovoide lo observaba, lanzando suaves destellos.

-He aprendido a teleportarme -le comunicó él, con orgullo.

-Cuídate. Es un deporte peligroso.

-¿Por qué?

-Careces de la propiedad nuestra de cambiar de forma. Nosotros adoptamos la de los pobladores de cualquier mundo visitado, para no despertar desconfianza. Por ahora, confórmate con viajar a planetas habitados por seres de tu especie.

-Quiero ver a los hombres. Creo estar en condiciones de ayudarlos.

-Renuncia a los hombres: nada te une a ellos. Eres un neomarciano.

-¿Y qué saco con trasladarme a todas las épocas y a un millón de mundos si nunca podré ser de utilidad a mis semejantes?

-Tus semejantes te mataron, ¿no es así? O sea, no necesitaban tus servicios. Con el tiempo aprenderás que nuestros semejantes nunca nos necesitan.

-¡Qué escéptico eres! -exclamó Ilya, irritado-. Los hombres serían felices con mis descubrimientos. Tengo que comunicárselos. ¡Ya sé cómo hacerlo!

El muchacho se puso de pie, entusiasmado con la repentina ocurrencia.

-¿Cómo lo harás?

-Me trasladaré a la época en que recién llegué a Marte. ¿Ves? Cambiaré el curso de esta historia.

-Eso es imposible. Nuestro poder es limitado.

-Sé que lo puedo hacer.

-Volver a esa época, sí. Pero lo otro, no. Perderás el tiempo.

-Ustedes son marcianos: nunca comprenderán al hombre. En cambio, yo sé qué idioma debo hablarles.

-¿Sí? En fin, ¿a qué momento preciso piensas volver?

-Cuando el coronel me acusó de traición. Ahora me defenderé con buenos argumentos y compartiré con ellos mis secretos.

El huevo se convirtió en una sola faz, contraída por una irónica sonrisa.

-¿A todos los hombres les falta lógica?

Y se desvaneció. Ilya se echó a reír.

-Ellos no están en mi caso. ¿Cómo me van a entender? Si voy al futuro me tomarán por un impostor, un loco o un aparecido. En cambio, en el pasado... Claro que el coronel, que es tan ambicioso, puede hacerme una jugarreta. ¡La cara que va a poner cuando le hable de la teleportación!

Se concentró en el momento preciso de la acusación que lo llevará al patíbulo.

Ilya se encontró bruscamente, marchando por el arenal, entre Iván y Volodia. En sus oídos, dentro de la escafandra, oíase la sarcástica voz del coronel.

-Desgraciadamente, señor Kachur, no estamos en condiciones de mantener prisioneros. Son noventa días de abandono en este desierto, ¿comprende? Por el buen éxito de esta expedición, usted debe morir.

-Soy víctima de una calumnia, coronel. ¡Nunca he sido un traidor!

No se le ocurrían otros argumentos. Ante sus ojos extendíase el vasto arenal rojo. El sol estaba por desaparecer tras los lomajes, cuyas sombras crecían a ojos vistas.

-Tampoco podemos seguirle un juicio hecho y derecho, señor Kachur. Estado de emergencia. En todo caso, usted ocupará un lugar destacado en la historia de esta conquista: el primer hombre muerto en Marte por causas no naturales.

Iván y Volodia no lo miraban. Evidentemente, mantenían esa actitud para disimular su emoción. Debía ser ingrato para ellos cumplir la tarea. Lo soltaron frente a una duna y, alejándose seis pasos de él, lo encañonaron con sus fusiles. Ilya se armó de valor: inchó el pecho y levantó la cabeza, tratando de sonreír dentro de la scafandra.

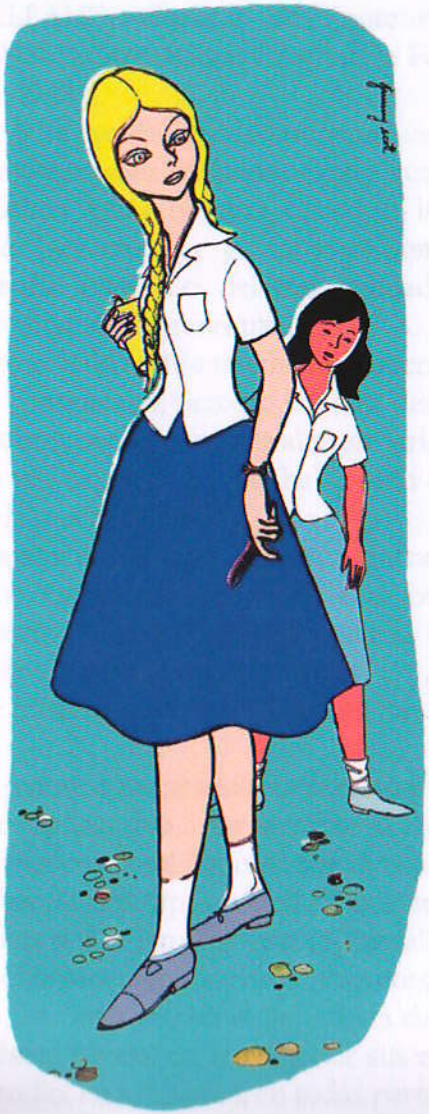
-¿Listo, señor Kachur?

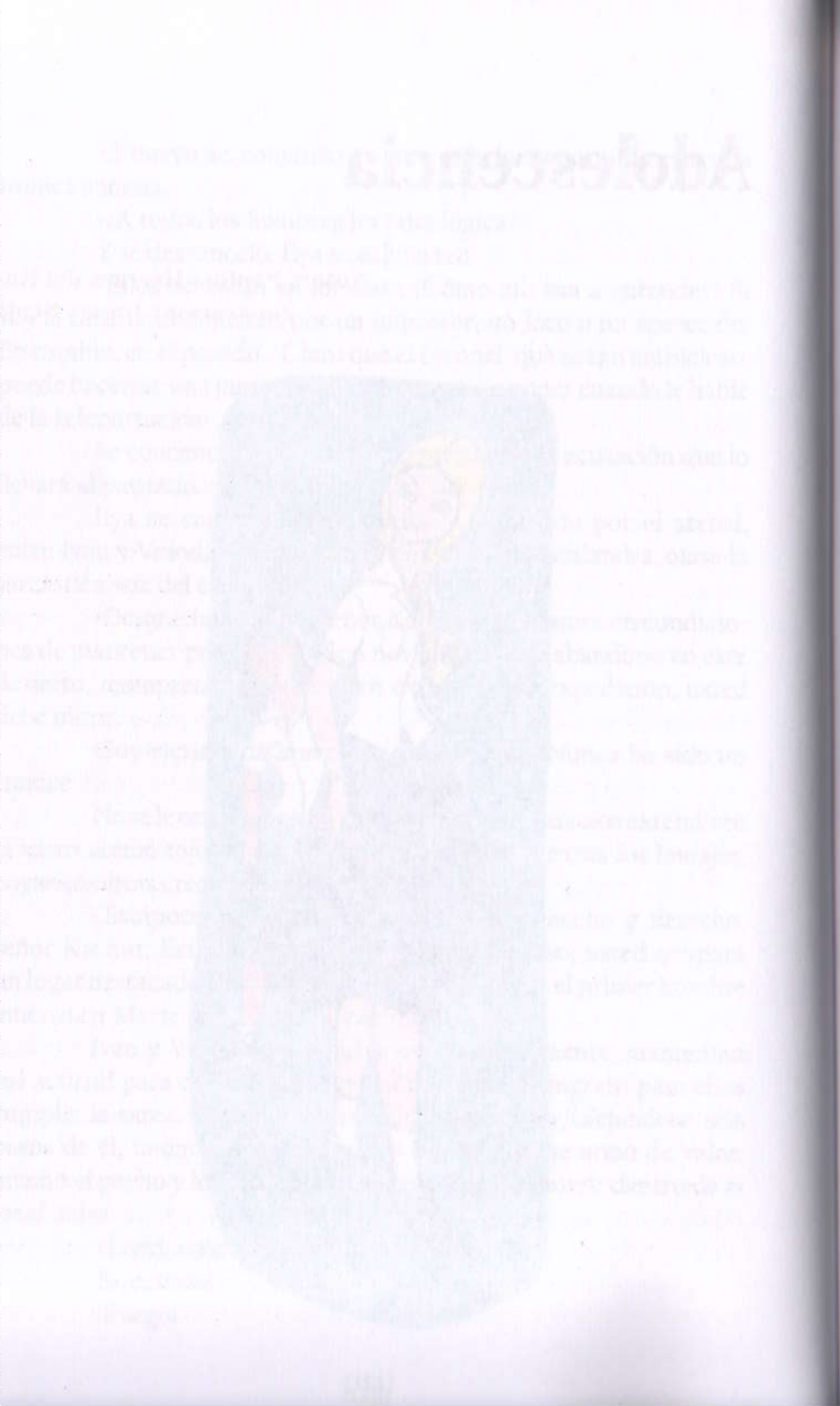
-Sí, coronel.

-¡Fuego!

Adolescencia

Autor: Paulina Herrera del Río
Ilustración: Jimmy Scott





"CASTELLANO, Chantal de Fonteneaux, V año de Humanidades, 1948: "Matemáticas, Chantal de Fonteneaux, V año de Humanidades, 1948"...

La muchacha escribía cuidadosamente en cada cuaderno y luego, con el mismo cuidado, los iba alineando frente a ella. Después de escribir por última vez su nombre, quedó un instante pensativa mordisqueando el lapicero... Le gustaba su nombre: Chantal de Fonteneaux. Sonaba bien. Lo deletreó cuidadosamente, como saboreándolo: Chantal de Fonteneaux...

Su madre se había reído mucho la primera vez que la había visto escribir De Fonteneaux, pero no le había dicho nada. Chantal se encogió de hombros con una sonrisa al recordarlo. Siempre habían accedido a todos sus caprichos, y ése había sido uno de los tantos que tuvo cuando la pusieron interna.

En ese momento un rayo de sol que entraba por la ventana abierta la iluminó entera en una centellada. Las trenzas rubias refulgieron. Bostezó aburrida y dejando caer la cabeza sobre sus brazos cruzados se adormeció un instante.

-¿Dónde fuiste este verano Chantal? –la voz de Elcira sonó tímida a su lado.

-A Viña -contestó desganadamente, sin levantar la cabeza.

¿Por qué tendría que estar siempre al lado de Elcira... No le gustaba ni su aspecto desaliñado ni sus ojos humildes. Siempre parecía estar pidiendo disculpas... Elcira Fernández... Como en el colegio todo se hacía por orden alfabético, Chantal siempre tuvo a su lado a aquella muchachita morena e insignificante que la exasperaba. En el dormitorio, su cama estaba al lado de la de Elcira, en clases compartían el mismo banco, en el comedor sus codos se rozaban, en las salas de estudio, en los patios, en todas partes estaban juntas.

Parecía que el destino se empeñaba en reunirlas haciendo resaltar aún más el contraste entre ellas: Chantal, de trenzas rubias, con los ojos claros brillando en la tersura del rostro fino y altanero. Elcira, morenucha y débil, con sus ropas siempre en desorden, la cara de facciones toscas, cubierta de barritos, y aquella mirada humilde que siempre se arrastraba tras las acciones de Chantal...

Elcira sabía que su compañera la despreciaba, tanto como ella la admiraba. ¡Quién pudiera ser como Chantal -pensaba a veces- tan segura de sí misma, tan hermosa y tan envidiada por todas!... de pronto suspiró indecisa, dudando entre molestarla de nuevo o satisfacer su curiosidad...

-¿Es nuevo tu reloj, Chantal?

-Sí, me lo mandó el papá para la pascua.

-¿Tú papá no vive con ustedes? -En la voz de Elcira había un dejo de incrédulo espanto.

-No. Está separado de la mami. Cuando él se fue me pusieron interna.

-¡Y él te mandó el reloj para la pascua?... ¡Es lindo, ah?

-Es de oro -agregó Chantal, acariciando con orgullosa indiferencia la joya.

-¡Es tan chiquitito! -La admiración y la envidia se confundían en las palabras de Elcira. Yo nunca he tenido un reloj, terminó con un suspiro.

-¡Ay! ¡¡Córrete!... ¡Déjame tranquila!... ¡Por qué siempre tienes que andar pegada a mí!

Elcira pareció encogerse ante las palabras duras. Sus ojos se llenaron de lágrimas furiosamente contenidas mientras en un gesto instintivo alzaba una mano como para proteger su rostro de un golpe. Bruscamente echó hacia atrás su silla que rebotó con estruendo en el piso de la sala vacía y salió corriendo a tropezones, mientras secos sollozos la sacudían entera.

Chantal la miró irse en silencio, sin hacer un gesto. Estaba acostumbrada a las reacciones de Elcira. Siempre andaba llorando por algo.

Olvidada ya de la otra acarició con gesto tierno el lapicero que refulgía sobre la mesa... ¡Su lapicero!... Con infinito cuidado

deletreó la inscripción diminuta en la tapa de metal dorado: Juan Manuel Zañartu...

Él le había regalado su lapicero aquella última tarde en Viña. -Para que me escribas, chicoca -le había dicho- mientras jugueteaba con sus trenzas.

Había estado a punto de besarla esa tarde cuando apareció la Eliana. Su prima nunca los dejaba mucho tiempo a solas. Desde que conoció a Juan Manuel en Las Salinas, se había dedicado a burlarse de Chantal.

-¿Crees que Juan Manuel se fija en ti? -le había dicho riéndose. ¡No te vayas a entusiasmar Chantal!... Seguramente se entretiene contigo, pero eres una mocosa para él. El mismo me lo dijo el otro día cuando fuimos al Casino...

Con un manotón impaciente Chantal apartó los cuadernos. ¿Por qué diablos su madre la había traído tan temprano ese domingo?... Ya no tenía nada que hacer por el resto de la tarde y habían llegado tan pocas chiquillas. ¡Y la Eliana que había conseguido quedarse una semana más en Viña!... Era el colmo de la mala suerte. ¡Cómo aprovecharía para acapararse a Juan Manuel!... ¿Qué hacer?...

Se levantó a desgano de su asiento y apoyando la frente en el vidrio miró hacia el patio. Allá abajo, sentada en un banco con un libro sobre las rodillas, Elcira parecía más solitaria que nunca entre los grupos de muchachas que pasaban contándose, entre risas y exclamaciones, las novedades del veraneo.

Bruscamente abrió la ventana y gritó:

-¡Elcira...! ¡Sube!

Cuando la vio llegar jadeante y sorprendida casi se arrepintió de haberla llamado, pero sentándose nuevamente ante la estrecha mesa de estudios le indicó con un gesto la silla a su lado...

-Elcira... ¿Te cuento?... ¡Estoy pololeando!

Y las dos cabezas, la rubia y la morena, casi se juntaron en la confidencia.

"Querido Juan Manuel:"

Chantal cerró bruscamente el cuaderno tapando la carta, mientras abría apresuradamente su libro de historia. La Inspectora se detuvo a su lado sospechando algo, pero al verla absorta en la

lectura, siguió de largo entre las mesas de donde se escapaba el murmullo apagado de las muchachas que repasaban sus lecciones a media voz.

La miró irse y con un suspiro de alivio volvió a abrir su cuaderno acomodando de nuevo la esquela rosada.

-Casi te pillaron -susurró Elcira a su lado.

-¡Cállate, idiota!

-Pero Chantal...

-¡Elcira Fernández, si sigue conversando perderá el recreo!

La voz de la inspectora resonó con una nota aguda a través de la sala.

-Esa vieja está histérica -rezongó una muchacha sentada en el extremo de la mesa.

"¿Por qué no me has escrito?"-Olvidada del murmullo a su alrededor y sin tomar en cuenta a la Inspectora que bostezaba aburrida en su rincón, Chantal proseguía su carta.

Nerviosamente tarjó la frase. Era mejor no decirle nada sobre su silencio.

-"Estamos en estudio y la Inspectora estuvo a punto de pillarme la carta. ¡Qué susto!".

-Chantal, préstame goma.

¡Por Dios!... ¿Es que Elcira no la dejaría nunca en paz?... Con un gesto exagerado de resignación le alargó la goma y con voz perfectamente audible rezongó:

-¡Tú nunca tienes nada! -Y agregó con crueldad:

-¡Y eres cochina también! Andas hedionda... ¿Por qué no usas desodorante?

-¡Porque no tengo! - La voz de Elcira vibró con una nota de rabia contenida.

-¡Elcira Fernández!... ¡Levántese y vaya a estudiar de pie al rincón!

Un coro de risitas contenidas y prontamente apagado siguió a las palabras de la Inspectora, quien desganadamente, escribía en el cuaderno abierto sobre el escritorio:

"Elcira Fernández conversa y molesta a sus compañeras durante la hora de estudio. 28 de marzo de 1948".

Eliana miró a su prima a través de las mesas del comedor del Internado sintiendo que la carta ardía en el bolsillo de su delantal. La andaba trayendo consigo desde que Juan Manuel se la entregara en Viña al partir el tren.

¿Le habría escrito Chantal?... ¿Y si le hubiera reprochado su silencio?... ¡Por Dios, qué vergüenza!... Entonces Juan Manuel se daría cuenta de que ella no le había entregado la carta a Chantal.

¡Bah!... A lo mejor su prima ya se había olvidado de su breve pololeo. Además, es una mocosa -pensó- mientras se ahuecaba con inconsciente coquetería el cabello rubio que caía en suaves ondas hasta sus hombros.

Al salir del comedor corrió atropelladamente entre sus compañeras del sexto año hasta llegar a las mesas de los cursos inferiores.

-¡Hola! -La voz de Chantal la recibió fríamente. No se habían hablado desde su separación en Viña. Eliana había llegado una semana más tarde que su prima con cierto airecillo de triunfo que había minado las defensas de Chantal.

La actitud de su prima y el silencio de Juan Manuel la habían sumido en un estado de dolorosa incertidumbre. Vagamente comprendía que debía haber sucedido algo, pero no podía explicarse, ni siquiera imaginarse lo que sería. En los días siguientes había evitado encontrarse con Eliana con un temor oculto que no podía precisar.

-¡Uf, Chantal! No había tenido tiempo de conversar contigo. ¡Tenemos tanto que estudiar este año!... Lo pasé divino esa última semana. Estuve varias veces con Juan Manuel. Un día me dijo que tú eras una de las chiquillas más dijes que había conocido este verano.

El brazo de Eliana se apoyaba firmemente en los hombros de su prima mientras parloteaba alegremente, sin parecer notar el silencio de Chantal.

-¿Y tú mami?

-Está en Viña todavía. -La voz de Chantal, temblorosa al principio, cobró fuerzas al agregar:

-Mañana me vendrá a buscar en el auto para pasar el último fin de semana en la casa de Reñaca.

Eliana se había parado de golpe al oír estas palabras. Su prima la miró extrañada, pero ella parecía incapaz de dar un paso. Los pensamientos se atropellaban en su mente. Se había puesto muy pálida.

Si su madre está en Viña –pensó- no podrá dejar de ver a Juan Manuel y se descubrirá todo... ¡Por qué tenía que resultarle todo mal!... Juan Manuel era el único chiquillo que le había gustado ese verano, pero la había ignorado por completo. Solo en esa última semana en Viña se había fijado un poco más en ella... Hasta la había convidado a bailar una noche... Pero solo para hablarle de Chantal –reflexionó amargamente.

-Chantal, tengo que hablar contigo –dijo de pronto con una extraña decisión.

La arrastró casi hasta el dormitorio y sentándose a su lado en una cama le habló con una voz falsamente preocupada. Una voz ronca que parecía no ser la suya.

Como en un desdoblamiento de su personalidad oyó sus propias palabras:

-Chantal, créeme, me duele mucho tener que decirte todo esto, pero creo que debo hacerlo a pesar de todo. Tarde o temprano lo habrías sabido y es preferible que sea alguien que te quiere –como yo- quien te lo diga.

Vaciló un instante ante la mirada angustiada de Chantal, pero prosiguió firmemente:

-¿Sabes tú por qué se separaron tus padres?

La muchacha a su lado movió la cabeza negando en silencio.

-Tú sabes –dijo Eliana- que nunca se llevaron muy bien y tenían peleas horribles que hacían todo lo posible por ocultarte.

Chantal asintió en silencio.

-En una de esas peleas –prosiguió Eliana- tu mami le dijo algo horrible al tío Carlos... Le dijo que tú no eras hija de él, concluyó casi en un susurro.

Chantal se había puesto de pie intensamente pálida. Sus manos se aferraban convulsivamente a los blancos barrotes del catre...

-¡Eso es mentira! –gritó finalmente, con la voz ahogada por los sollozos.

-¡Chantal!

La voz de Eliana era casi lastimera. Se sentía como una sonámbula. No sabía cómo había llegado a decir las tremendas palabras, pero algo bullía aún en su mente. ¡Tenía que decirlo todo!... ¡Tenía que terminar de una vez!...

-Juan Manuel lo sabe –agregó apresuradamente. Su voz se había vuelto aguda de pronto y sus manos estrujaban la colcha.

-Por eso no te ha escrito –su voz era casi un murmullo...

En ese mismo instante sintió la bofetada que le cruzaba la cara. Chantal se quedó de pie, temblorosa ante su prima. La mano le ardía. Nunca antes le había pegado a nadie. Se sentía envuelta en un torbellino de ideas, nuevo y desolador. Su mundo, tan cuidadosamente defendido por su altanería casi inconsciente, se derrumbaba de pronto ante sus ojos...

¿Quién era ella entonces?... ¿Qué hacía allí?... ¿Cómo era posible que sucedieran esas cosas?...

Sus ojos mantuvieron un instante la mirada de su prima. Eliana se fijó con horror en el odio que reflejaban las pupilas de Chantal. Alzó una mano intentando una caricia.

-¡No me toques! –gritó a muchacha y dándole una última mirada se dio vuelta caminando hacia la puerta, tambaleante, como una borracha.

El inmenso edificio del colegio resplandecía, blanco, inmaculado, bajo la luz de la luna. En los dormitorios se oía solo el susurro acompasado de la respiración de las muchachas dormidas.

Chantal sollozaba, la cabeza enterrada en la almohada, procurando no ser oída. Elcira dormía tranquila a su lado.

La miró un momento a través del velo de sus lágrimas. Se dio cuenta de pronto de que, en los cinco años que había vivido junto a Elcira cada día, nunca le había preguntado nada sobre ella.

¿Tendría papá Elcira?... Miró la hora; eran las dos de la mañana. Acarició un instante el reloj... el regalo de Pascua de ese hombre que no era su padre...

De pronto, como un relámpago la iluminó el recuerdo... Volvió a ver los ojos de Elcira y oyó la voz de Elcira aquella tarde:

-"Nunca he tenido un reloj..."

Suavemente desprendió el broche de la joya.

-¡Elcira! -llamó suavemente.

La muchacha dormía profundamente. No despertó.

Alargando el brazo Chantal alcanzaba fácilmente la cama a su lado. Con infinito cuidado, puso el reloj en la mano dormida de Elcira y con un suspiro aún mojado de lágrimas, volvió a arroparse en su cama.

EL Fantasma del Hospital Regional

Autor: Osvaldo Alarcón V.
Ilustración: Jimmy Scott



Hace más o menos diez años, hubo un invierno muy lluvioso, que hizo salirse de cauce al Bío Bío y al Andalién. Hacia el interior de la provincia de Concepción, los puentes no son muy buenos, nunca lo han sido, había inundación. Un joven campesino, hijo de una señora, que decían, muy entendida en sahumerios, mal de ojo y capaz de hacer mal a cualquier persona por intermedio de las fotografías, sufrió entonces un percance fatal.

Volvía dicho joven hacía su casa una noche obscura de ese lluvioso año, al parecer con algunas copas de más; lo cierto del caso, es que al cruzar el río Andalién, en uno de sus malos puentes, desapareció con su caballo hasta hoy día.

Un vecino del barrio Chillancito, cuando el río Andalién bajó de cauce, descubrió en la arena el cadáver de un joven, sin documentos y casi desnudo, con sólo jirones de ropa. Según el parte policial se trataba de un sujeto de unos 23 años, sin lesiones visibles. El juez ordenó fuese llevado al Instituto Médico Legal donde dictaminaron que tendría cuatro meses de permanencia en el agua y al parecer su muerte habíase debido a la asfixia.

Se dio aviso por la prensa, pero nadie reclamó el cadáver. La Municipalidad donó un ataúd para que fuese sepultado el desconocido.

La tarde antes de que fuera llevado al Cementerio, fueron unos estudiantes de Medicina a la Morgue en busca de ciertas piezas anatómicas que deseaban estudiar. Uno de ellos al ver la dentadura tan perfecta de nuestro cadáver se interesó por ella. Sería una hermosísima calavera que sus compañeros envidiarían. Habló con el jefe del hospital, con el Médico Legista y hasta con el Juez, hasta obtener la ansiada orden para poder desprender la cabeza y, quedarse con ella. Así fue como ingresó al Cementerio un cadáver decapitado.

Llevóse el estudiante la cabeza y en la Escuela de Medicina la bañó en ácidos hasta convertirla en una hermosa calavera, que muchos creyeron copia perfecta en marfil.

El estudiante consiguió una caja de sombreros y entre algodones la colocó, llevándosela a la pensión donde vivía, teniendo buen cuidado de que no lo supiera nadie, ni menos la miedosa dueña de casa.

En la pensión había una empleada que tenía la mala costumbre de ir a los cuartos de los pensionistas ausentes en busca de monedas y de cigarrillos. Una noche, sabiendo que el estudiante llegaba siempre pasada la una de la madrugada, hizo su habitual incursión como a las once y media de la noche. Toda la casa dormía a esa hora. Silenciosamente abrió la puerta y fue derecho al abrigo y terno del joven, en la obscuridad, pues sabía de memoria su ubicación. Comenzó a hurguetear, pero de pronto sintió algo raro; una helada sensación que la aterrorizó. Aguzando la vista en la obscuridad miró hacia el otro lado de la vacía cama, allí estaba el velador y junto a él un bulto obscuro, como de una persona. Pensó que sería el joven, pero se acordó de que no lo había sentido llegar. Lentamente empezó a retroceder y miró con más atención. Era un hombre, no podía caber duda alguna, parado ahí, al lado de la cama. Trató de ver su rostro y la cabeza, pero... no... No tenía cabeza. Comenzó a dar gritos. Las piernas no le obedecían, ni tampoco las manos para encender la luz. Llegaron atropelladamente los habitantes de la casa con la patrona a la cabeza, la cual estuvo un buen rato tranquilizando a la muchacha, hasta que pudo contarle lo que había visto. Ese mismo día se fue la empleada de la casa, no sin antes contarle su tétrica experiencia a cuantas personas pudo en el barrio.

Nuestro estudiante cuando llegó, ajeno por completo a lo que sucedía en la pensión, subió tranquilamente a su cuarto, canturreando bajito, pero, se heló su entusiasmo al ver la pieza invadida por la dueña y sus tres hijos. Aquélla le espetó: "Mire joven, dígame ¿qué guarda en esa caja, ahí en el velador?" Por la mente del estudiante pasaron una y varias ideas a la vez y pensó que lo mejor sería mentir, pues advirtió que la dueña de casa tenía cierto temblor en la voz y en la mano al indicar la caja. Con una sonrisa que trató de

hacer lo más natural y segura, dijo: "son unos huesitos que tengo que estudiar, señora".

"Pues bien, le respondió la señora, hace varios días, usted trajo unos dedos humanos en una cajita, con los cuales ya me llevé un buen susto y un asco que aún no se me pasa. Ahora le ruego que saque de ahí esa caja de inmediato y se la lleve".

"Pero señora, le respondió el muchacho, ¿qué culpa tengo yo que ustedes trajinen mis pertenencias? Además, ya es muy tarde para salir a dejarla en ninguna parte".

"No sé yo, contestó la mujer, inflexible: quiero dormir en paz. Aunque ustedes los médicos se rían de los muertos, yo he visto muchas cosas que me hacen respetarlos y temerlos, así es que salga usted ya con su caja". Fue entonces cuando uno de los hijos le contó lo de la empleada, mientras él tomaba la caja y salía a encomendársela a otro compañero que vivía a la vuelta de la esquina.

Al día siguiente, en la Escuela de Medicina, vio venir todo compungido a su compañero el estudiante de nuestra historia, y rogarle pasara a buscar la dichosa caja con la calavera, pues esa noche tuvo terribles pesadillas, que lo mantuvieron en vela casi hasta el amanecer.

Volvió pues, ese día el muchacho a peregrinar con su calavera yendo con ella de una a otra parte sin hallar dónde dejarla, hasta que se encontró con un amigo que era oficial de ejército. Déjala a mi cuidado, le expresó éste y puedes venir a buscarla cuando y a la hora que gustes.

El 15 de noviembre de 1949 el centinela de guardia iba hacia la orilla del Andalién, como a las 12 de la noche, cuando descubrió el bulto de marras, junto a la corriente. Parecía una persona, pero sin cabeza. Le pidió el santo y seña, ordenándole por tres veces hacer alto. Como no fuera obedecido, hizo fuego, mas, sin dar en el blanco. Así como éste se produjeron otros contratiempos que obligaron al oficial amigo del estudiante a devolverle a la Escuela su hermosa calavera.

El estudiante ya se sentía muy molesto con el caprichoso cráneo. Sin ocurrírsele otro expediente mejor, optó, entonces, por llevarlo a la morgue del hospital donde pidió al sereno que no lo enviase al cementerio hasta que no se lo indicara.

En esos días se celebraban las fiestas de la Primavera y hubo una comparsa de universitarios que se disfrazó de negros zulúes. Para darle más realismo a su disfraz uno de ellos había procurado conseguirse alguna calavera artificial. El estudiante de nuestro caso pensó en su cráneo que tenía un historial por demás macabro y sería bueno para este propósito y quizás si la aventura sirviera para darle algo de alegría a la cabeza del desconocido. Así es que la fue a buscar y sin pensarlo más le prestó al amigo estudiante, diciéndole que se trataba de una copia muy perfecta. Como el interesado estudiaba leyes no descubrió la mixtificación.

Así nuestra calavera se vio en manos de una bellísima colombiana que la traspasó a una dama antigua en medio de gran algazara y bromas. Hasta recuerdo que algunos parodiando a Hamlet y con algunas copas de más se la disputaban y al final de las farandulescas fiestas, tenía su hermosa calva, varias señas de rouge.

Retornó la calavera a su antiguo dueño. Ahora la llevaba envuelta en papeles y bajo el brazo como una pelota de fútbol.

Se encontró con varios amigos. Estos lo invitaron a ver a unos estudiantes que iban a practicar una pequeña operación en los sótanos del Hospital Regional. Fue con ellos pues le interesaba mucho el estudio ése. Bajaron rápidamente los escalones y siguieron por unos corredores, donde había algunos albañiles enluciendo el muro y afirmando con cemento unas cañerías de la calefacción. Nuestro amigo iba algo molesto pues no hallaba dónde dejar el paquete que llevaba consigo. Así, al ver un hueco en la pared no pensó sino en dejar ahí su carga. Explicó a sus amigos: "Sigan no más compañeros, los alcanzo enseguida". Miró atrás y vio que un recodo de la galería le ocultaba de los maestros: así empinándose un poco, colocó la calavera con su envoltorio en el hueco preciso, dejado por un tubo de la calefacción. Vino al rato un maestro con el contratista que le ordenó tapiar dicho hueco, y luego se alejó. El maestro preparó su material y empezó a realizar su tarea cuidadosamente. A poco se sintieron crujir unos papeles. Se subió en un cajón y tiró del envoltorio. Grande fue su terror al descubrir el contenido. Las cuencas vacías estaban fijas en él, como riéndose. Huyó a toda prisa por la galería a informar al contratista. Este examinaba unos planos

con el ingeniero y al escucharle le contestó: ¿cómo es posible maestro que ande ebrio tan temprano?, ¡váyase a trabajar! El maestro se alejó en silencio, pero inventando un pretexto, se hizo acompañar de otros compañeros y al llegar al sitio preciso, sin mirar siquiera, lanzó rabiosamente cemento y quedó, de esta manera, tapiada ahí, para siempre, la calavera de nuestra historia, en el sótano del Hospital.

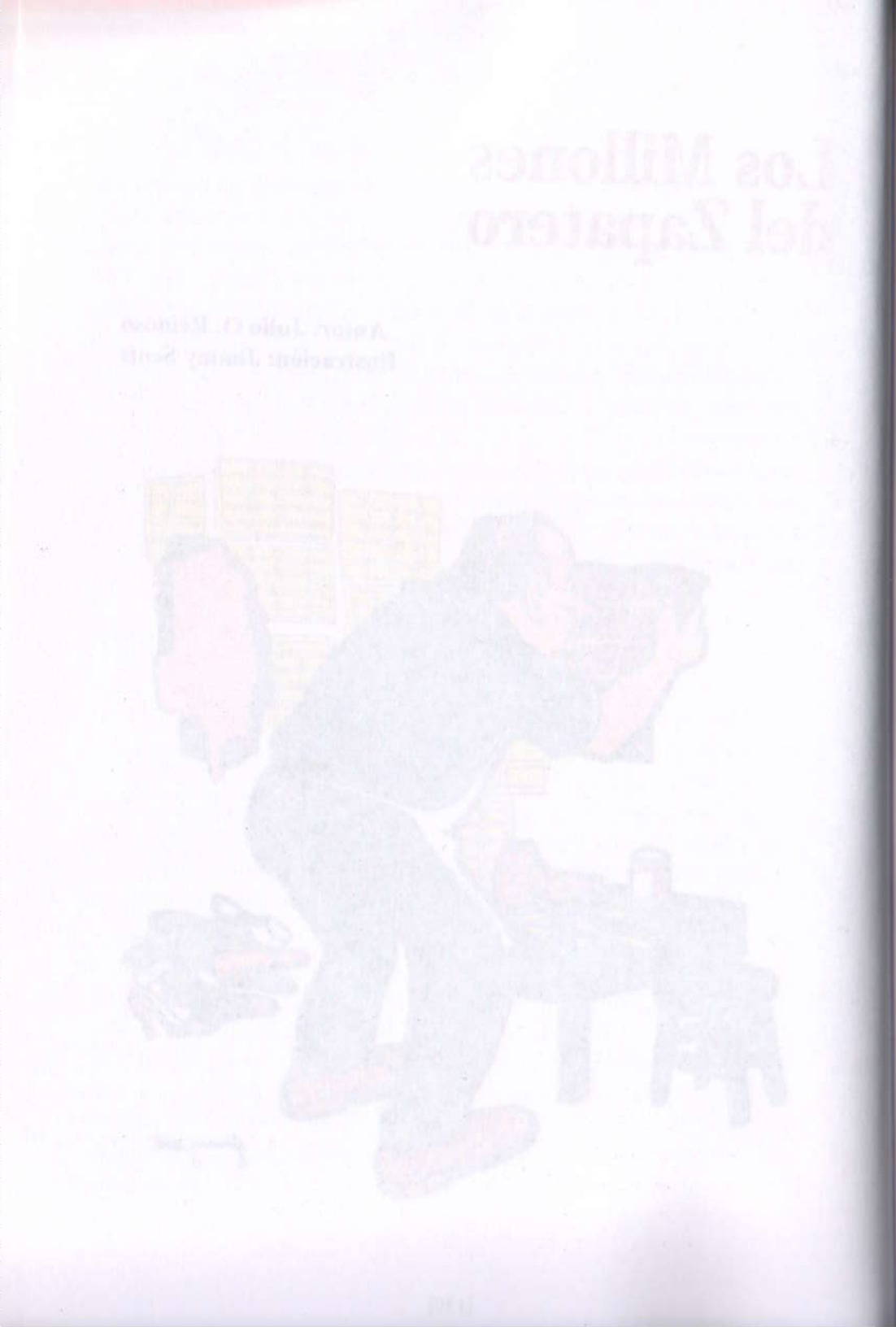
La madre del desventurado joven, siempre creyó que su hijo había sido asesinado y como decíamos que era hechicera, una vez al mes hacía conjuros llamándole y maldiciendo a los que lo hubieran atormentado.

Quienes han tenido valor para aventurarse de noche en los solitarios sótanos, donde se oculta su cráneo, aseguran que todavía vaga por los pasillos un hombre sin cabeza al cual llaman el fantasma del Hospital Regional.

Los Millones del Zapatero

Autor: Julio O. Reinoso
Ilustración: Jimmy Scott





¡MIRE!... ¡Esto es lo que tengo que mostrarle!...

La mujercilla arremetía de nuevo. Su índice delgado señalaba como queriendo pulverizar los objetos en que se detenía tembloroso.

-¡Esa cama!... ¡Esa olla!... ¡Mire esta miseria que me rodea de la mañana a la noche...!

La vecina estaba desconcertada. Nadie, en ese barrio, vivía tan cómodamente que fuera a admirarse de lo que allí podía verse. Tampoco se quejaban. Eso era lo común.

-¡Ahhh!... ¡Pero no ha mirado las paredes!...

¡Véalas, señora!... ¡Mírelas!... ¡Qué hermosas!...

Se acercó y rasguño el papel, abriéndole cicatrices oscuras y rugosas.

-¡Esto...! ¿Ve?... ¡Números!... ¡Boletos!... ¡Enteros, vigésimos!... La lotería... ¡Su maldita lotería!... ¡Cientos de miles de pesos en las paredes!... Pero, vea... en la pieza, un miserable brasero con una olla de agua hirviendo para echar el estómago, que me duele de hambre...

Abatida se sentó a sollozar al borde del camastro.

-Allí está todo su dinero... Todo su trabajo convertido en papeles inútiles...

La voz se le hizo dolorosa.

-Por las noches se acuesta agotado...Se duerme murmurando sus números y sueña con ellos... ¡Odio los números!... ¡Los odio!

El llanto se le desgranó en cascada.

La otra no encontró palabras de consuelo.

En realdad todo le pareció muy absurdo. Se dolió del drama de su vecina y casi se sintió indignada también.

En ese instante, el hombre penetró en la habitación. Al ver a las dos mujeres, preguntó extrañado:

-¿Qué pasa... -Mariana-?

La aludida no se movió y continúo sollozando.

-Eso la tiene trastornada, terció la vecina del rostro vulgar y mofletudo, mostrando las paredes.

-¡Ahh!, comentó, sin darle importancia, y se dirigió a la parte de la muralla que aún permanecía desnuda. Aseguró el boleto con unas tachuelas. Después lo pegaría con engrudo, como lo había hecho con los anteriores.

-¿Por qué lo hace?...

-¡Algún día puede ser!... ¡Algún día puede ser!...

En sus ojos brillaba un fulgor codicioso. La mujer sintió lástima de él y de la que estaba a su lado. Se puso de pie y salió murmurando su despedida con desgano.

Cada vez que regresaba de la compra quincenal de su boleto entero, repetía aquello: "¡Algún día puede ser!", pero su frase esperanzadora era recibida con gritos y denuestos. Se había acostumbrado a ello. Al comienzo, opuso razones y argumentos. Ahora ya no lo hacía. A través de cuatro años supo soportarlo estoicamente. Se refugiaba en su caparazón de indiferencia. Con dominio absoluto de sus nervios procedía al ritual de la colocación del pliego numerado en la desnudez ahumada de las paredes. Luego se dirigía con calma a su banco de trabajo e iniciaba el monótono golpetear en la suela remojada. Los golpes del martillo y los improperios de la mujer, entremezclándose, llenaban un momento la estancia sin que él diera señales de la más mínima molestia.

Pero ahora, estaba verdaderamente desconcertado. La mujer estaba allí, en silencio, sentada al borde de la cama, sin hacer el menor movimiento.

-¡Mariana!... murmuró, llevado por un impulso irrefrenable. Mariana... Hoy no voy a trabajar... Salgamos... Vamos a gastarnos el dinero que me queda...

Se acercó, sentándose a su lado. Entonces ella reaccionó con inesperada violencia. Golpeó y arañó con furia; rodó por el suelo aferrada al hombre. A éste le tenía inmovilizado la sorpresa, de pronto se deshizo del nudo en que aprisionaba a su turbado esposo y corrió hacia la calle, sollozando. Él pretendió darle alcance, pero no

persistió en su intento y se entró confiando en que la mujer tendría que volver. Pensó en lo sucedido y no pudo hallar una explicación.

A pesar del optimismo con que tomó la huida de Mariana, pasados los primeros días y a medida que transcurrían, una duda empezó a intranquilizarle; quizás el alejamiento de Mariana fuese definitivo. Sentía un vacío en las vísceras ante esta posibilidad y trataba de desterrar estos pensamientos golpeando con mayor fuerza la suela remojada. Pero al acordarse del número, sonreía. Mariana que tendría que volver cuando supiera lo de los millones. Aunque sería mejor ir a buscarla a casa de su madre. ¡Como abriría sus enormes ojos negros al verle! Llevaría una elegante tenida, sombrero de fieltro y abrigo corto, a la moda; guantes y zapatos de fábrica. Sí, sería mejor ir a buscarla al barrio donde vivía su suegra. Todos saldrían a mirarle con admiración. Con seguridad que no le conocerían. Los mocosos, sucios y harapientos, harían un círculo a su alrededor; pero no se atrevería a tocarle como antes. Entonces se abriría paso hacia la puerta en donde estaría Mariana mirándole con orgullo. Correría y alzaría su cuerpo como una pluma y se la llevaría hasta el auto. Muchos exclamarían:

-¡Oh!... Pero si es René... el zapatero de la Población de Las Latas...

¡Bravooo!... ¡Qué es él mismo en cuerpo y alma!...

-¡Y, mira... el auto que se ha traído!...

Allí se armaría la trifulca. Los chiquillos mugrientos de grasa dejarían sus huellas en los cristales y en el reluciente esmalte del coche.

Sus pensamientos, echados a volar libremente, tejían la más insensata de las fantasías. Alguna vez se encontraba plantado frente al número, contemplándolo, absorto. Tocaba sus cifras, una por una, como si debajo de cada signo, a través de la piel endurecida de sus dedos, pudiera adivinar una bolsa repleta de millones...

Y los días transcurrieron en medio de sus sueños...

.....

Aquel domingo amaneció luminoso. René miró a través de la puerta y pudo ver que la mañana estaba como una fiesta. El barrio parecía tan limpio como la gente que circulaba por sus calles estrechas o que se agrupaba en sus esquinas, charlando despreocupadamente.

Se hizo un aseo concienzudo. Escobilló los gastados pantalones, anudado la corbata y decidió que estaba bastante presentable. Fue hacia el número e iba a retirarlo de la pared, cuando un pensamiento involuntario lo detuvo. ¿Y si se le perdía en el trayecto o se lo robaban en el bus?... Algunos lanzas eran muy hábiles y su traje, demasiado vulnerable. Anotó las cifras en un papel aunque las sabía de memoria. De todos modos, así estaría más seguro. Hecho esto, salió.

En el trayecto pensó en Mariana. Sin saber cómo, se encontró frente al local de sorteo. Entró demostrando un conocimiento familiar de la disposición de puertas y pasadizos. Tomó asiento al lado de una anciana tan elegante, que parecía haber tomado aquel lugar por una iglesia. Cuando sintió al hombre a su lado, lo miró ofendida.

Ya se habían sorteado algunos premios, los menores. Hurgó en sus bolsillos y buscó su anotación. Alguien, cerca suyo, pidió silencio. Otro dijo, con respeto:

-¡Ahora!... ¡Ahora... el gordo!...

Se produjo un profundo silencio.

Efectivamente. El anunciador se acercó con solemnidad al micrófono y anunció, con voz grave, que se realizaría el sorteo del premio mayor.

René inclinó la cabeza, entrecerró los ojos, aflojó los músculos y esperó.

En medio del silencio expectante que se había hecho en el salón, podía escucharse el girar de las esferas.

Una voz empezó a dictar las cifras:

-El número premiado es el... ocho... cuatro... tres... siete... cero...

El zapatero saltó de su asiento. La anciana que estaba a su lado le miró con furia.

-¡Míos!... ¡Son míos!... ¡Son míos!... ¡Aquí está el número!

En su mano temblorosa agitaba el papelucho con la anotación.

Primero le miraron con sorpresa; luego, casi con respeto. Pero al verle con el papel sucio entre las manos, prorrumpieron en una cruel carcajada.

El hombre no hizo caso de ello y continuó gritando.

-¡Son míos!... ¡Son míos!... ¡Por fin!... ¡Todos míos!

Corrió entre las hileras de asientos agitando el papel, idiotizado. Nadie creyó que aquello fuera alegría; muchos pensaron que era locura. Sin embargo, algunos quedaron en la duda.

Cuando se encontró afuera, corrió hacia un auto.

-¡Lléveme, pronto!... ¡Por favor!... A la Población de Las Latas...

El chofer le miró incrédulo. A modo de observación le dijo:

-La carrera vale mil pesos...

El pasajero se ofendió. Pasándole el papel ante las narices, argumentó:

-¡Qué me importan mil pesos!... ¡Soy millonario!... ¿Sabes?... ¡Vamos rápido!...

-Yo no llevo locos a ninguna parte –se enfadó el conductor, y poniendo en marcha el motor, arrancó, dejando sumido al otro en una amarga desolación. Sintió incontenibles deseos de correr tras él para pegarle; pero no lo hizo. En cambio, corrió en dirección a su barrio.

Se sentía afiebrado. Quería controlarse, pero, a su pesar, sin darse cuenta, se encontró gritando:

-¡Son míos!... ¡Marianaaa!... ¡Ciento cincuenta millones son míos!...

Corría agitado, atropellando a los transeúntes que maldecían su falta de cuidado.

Sudoroso llegó a la puerta de su taller, entró como un torbellino y se dejó caer en la banqueta de trabajo. Algunos vecinos que le vieron pasar se asomaron a la puerta y miraron asustados. Pero huyeron cuando el zapatero, cogiendo su mesa y sus herramientas, rugió:

-¡Adiós, basura!... –y con furia y fuerza increíbles, hizo volar los objetos hacia el centro de la calle.

-¡Tomadlo vosotros!... ¡Llevaos eso!...

Fue hacia el interior. El cajón, la olla y el brasero fueron a estrellarse unos contra otros, ante las miradas estupefactas de la gente. Después los zapatos, las frazadas. Desocupaba la vivienda como si en ello hubiese estado en juego su existencia.

-¡Tomad! -decía- ¡Llevadlo todo!... Yo no lo quiero ahora... A vosotros puede haceros falta...

Unos pocos se opusieron al acarreó que los más obedientes practicaban.

-¡No!... ¡No toquéis eso!... ¡Dejadlo ahí!... Ese hombre está loco... Su mujer le ha abandonado...

Alguien corrió en busca de la policía.

El rumor de voces y comentario hervía como la marejada, frente al taller del remendón. Repentinamente, éste salió del interior de su vivienda con aire triunfal. Traía una botella vacía en una de sus manos.

-¡Todo!... que se queme todo... Mi pobreza... La miseria, que se quemen...

Hubo una explosión sorda. Bocanadas de humo oscuro se escaparon de puertas y ventanas. Se alzó un griterío, desordenado por el temor.

-¡Incendio!...

-¡A quemado su casa!...

-¡Incendiooo!...

Las crestas enrojecidas de las llamas asomaron con timidez hacia la calle; pero luego lamieron con fruición la débil estructura.

.....

Al pobre zapatero lo llevaron a un lugar apartado.

-¡Bruto!... ¡Qué has hecho!...

-¿Por qué quemaste la casa, infeliz?...

La policía le tenía fuertemente asido, abrumándole a preguntas.

Un garrotazo le sacó del mutismo en que había caído.

-¿Por qué lo has hecho, desgraciado?...

-¡No sé!... -contestó abatido. No sé... No me lo pregunten... Ha sido una locura... No estaba en mi sano juicio...

La voz implacable del carabinero volvió a torturarle.

-¡Locura!... ¡Sí!... Pero, ¿por qué?...

-Bueno... Creo que ha sido por aquello de los millones... Me he sacado el gordo... Ciento cincuenta millones de pesos...

Dijo eso sin darle importancia, casi con un acento candoroso.

-¡Ajá!... ¡Los millones!... Muy interesante... Y... ¿dónde tienes el boleto?...

La burlona pregunta fue un golpe brutal dado en su cerebro. Su voz fue un quejido doloroso.

-¡Ohhh!... ¡El boleto!... ¡El boleto!... ¡Desgraciado de mí!... ¡Soltadme!... ¡Ohhh!...

Su expresión de dolor era terrible. Su cuerpo convulsionado se revolvía entre los dedos fuertes de los guardianes.

-¡Soltadme!...

Forcejeó con desesperación. Azotó los brazos y el cuerpo con violencia y, ante la consternación de los policías, logró desasirse. Esquivó a quienes pretendieron cerrarle el paso, y corrió hacia su casa, convertida ya en una gigantesca hoguera.

-¡Dejadme!... -aullaba- ¡Dejadme!... ¡El boleto!... ¡En la pared!... ¡El boleto!...

Brincado como un fantasma, se metió entre las llamas, sin que nadie lograra detenerlo.

Una exclamación de terror llenó las bocas y algunos sombreros abandonaron las desgreñadas cabezas de los vecinos de la Población de Las Latas.

La vivienda se había desplomado.

Día de Niebla

Autor: Cristián Huneeus
Ilustración: Jimmy Scott



CUANDO cayó la noche, la niebla, diluyéndose, distanció el horizonte de techos. Llovía un rato, cascabeleaba el agua en las latas de la pensión, y concluía de llover. Pablo con su viejo abrigo puesto, paseaba excitado por su pequeño cuarto. Cogía un libro e intentaba leer sentado en su sillón. Pero las imágenes circulaban, zigzagueaban, se atropellaban, disipando la calma que, fugazmente, asomaba. Y crecía violentamente la ansiedad por expresarlas.

Pablo había pasado el día -con recelo primero, luego con miedo, y con terror por último- queriendo contener esa ansiedad, queriendo trizarla y suprimirla. No era la ocasión, sentía que no era –que no sería jamás, sintió- que no era, en todo caso, de ningún modo, ahora. Creyó verse, mil veces, tachando líneas y rompiendo papeles. Quiso huir, contenerse y trizarse y suprimirse, mil veces.

Y de improviso estuvo, realmente, en la mesa, como si no hubiera podido ser de otro modo, como si viviera un momento esencial que, por más que ocurriera en él, no fue causado por él ni sería por él resuelto; un momento del destino que era el vértice mismo de una larga crisis.

El día había comenzado así: Pablo abrió la ventana y, adormecido aún, reclinó su cuerpo –su cuerpo pálido e infantil para sus años- en el borde inferior del marco.

De la puerta de un patio, enfrente de la pensión, vio surgir, húmeda de niebla, a una criada que se alejaba por la orilla de los muros. La niebla en oleadas pardas, le envió unos rostros retorcidos del fondo de la calle. Y arrancó de una transeúnte de faldas gastadas una sonrisa sin objeto que colgó del aire un instante y se desvaneció por el horizonte de los techos.

-Otra mañana, otra bella mañana –se dijo Pablo. -¡Bellísima mañana! –Y sonrió: había esfuerzo en la curva angosta de sus labios,

una lastimosa tirantez en sus mejillas largas, una tristeza amarga en sus ojos grandes y rasgados.

Cerró bruscamente la ventana y se dejó caer sobre la cama. Recién entonces sintió frío y cubriéndose con las frazadas, entero, cual para proteger su cuerpo y también su imaginación de ese frío, se encogió hasta oprimir con las rodillas el pecho –como lo hacía cuando era niño– y causarse dolor.

Escuchó luego un sonido que venía del pasillo, que, acercándose, subía la escalera. Se entretuvo mientras lo imaginaba abrirse paso, como un ser vivo, por el brillante y feo tejido de la colcha, por el peludo de las frazadas, por el tejido áspero de las sábanas. Lo imaginó desdeñoso, en la colcha, tieso como un marqués; dulce en las frazadas, tierno como un pequeño burro; y tosco y rudo y puro como un labrador al enredarse en las sábanas. Era sólo un sonido de pasos. Su imaginación exacerbada lo amedrentó. Eran solo pasos. Arrastrados y obscuros; los zapatos con suela de goma de su padre. Los usaba para economizar: los mismos de cinco, de diez, de quince años atrás, los zapatos de siempre.

Pablo se estiró para encogerse de nuevo, deseando evitar, al menos por hoy, el trámite diario.

El hombre abrió suavemente la puerta. Pero el resto fue, hoy; distinto. Al ver a Pablo en cama se detuvo. Habló desde el umbral, como si temiera profanar un santuario.

–Hijo, ¿estás enfermo? ¿no vas a ir a clases?

¡Por qué me ama tanto, ya no soy un niño, tengo más de veinte años, padre! ¿No comprende que su amor no me sirve? Eso habría querido decirle. Aunque no bastaría, por lo menos eso.

–No padre, no voy a ir.

El hombre tuvo una idea. Su rostro destelló como si la luz del pasillo hubiera crecido.

–¿...Te vas a quedar escribiendo?

–¡No: escribiendo no! –gritó Pablo. Incorporándose con violencia saltó de la cama.

Se miraron. El hombre no supo qué decir, no habría sabido qué decir. El hijo, impotente, no habría sabido cómo decir lo que no era esto ni lo otro, lo que era todo al mismo tiempo, mucho más, y estaba

dentro, comprimido retorcido por una interminable inexpresión. El padre, moviendo las manos en el aire, como queriendo asirse de algo que pudiera comunicarle fuerzas, agachó la cabeza.

–Tengo que corregir las pruebas de sesenta niños... para mañana.

El hombre no creyó en lo que escuchaba, pero dijo:

–Si es así mejor no vayas a la escuela, Pablo; sí, mejor es que o vayas.

Además –siguió, y en esto si creía–, es mejor que no vayas hoy a ninguna parte; podrían hacerte daño.

¿Qué?

–La revuelta –explicó el padre. Los obreros andan sueltos.

Sí – asintió Pablo, pensativo. Lo había olvidado...

¿Y usted? –preguntó de pronto.

–Yo no –respondió el hombre. Yo no tengo que ir al trabajo de todos modos. Y salió escurriéndose, como obligándose a una actitud que su espíritu sólo apoyaba a medias.

Y las suelas de goma del hombre se alejaron por el pasillo, descendieron la escalera y no se oyeron más. Alcanzarían hasta el final de la calle suburbana y allí quedarían, sacudiendo el frío largo rato, bajando y subiendo en el paradero, como las patas de un caballo encerrado. Luego yacerían quietas en el tranvía, firmes en las barritas metálicas del piso. Y, por último, tropezando un par de cuadras, se meterían a un inmenso y sombrío edificio gris, al mismo de cinco, de diez, de quince años atrás, el edificio de siempre.

Cuando en esos días lejanos, muy lejanos, el hombre entraba en la casa de altos muros rojos y pilares de madera esbeltos, Pablo era un niño. Delgado y alegre, corría persiguiendo pájaros por la hierba nueva y se tendía en las piedras grandes a escuchar los grillos. En los atardeceres, sentado en la calle cálida del pueblo, aguardaba el regreso de su padre viendo crecer las sombras en las hondonadas de la cordillera: eran los murciélagos, que salían enormes de sus cuevas y mientras se acercaban se empequeñecían para no asustarlo demasiado.

¿Habían existido esos días lentos y soleados? Estaban vivos en su ser, como algo que ocurrió antes de siempre, pero

alarmantemente vivos, ahora más que nunca. Su padre había sido un hombre en esos días. Lo saludaban todos con respeto y los dueños de fundo se detenían a conversar con él. Hoy era un hombrecillo, irreconocible entre los innumerables hombrecillos. Sólo la niebla lo advertía. Para diluir aún más su pobre individualidad.

Haciendo fumar a un murciélago estaban –con Juan ¿qué será de Juan?– cuando su padre vino a decirle que partían.

Cuatro, siete, diez páginas fueron al canasto, con muy pocas líneas cada una. Pablo tomó un libro del estante, copió un poema, lo escribió en prosa, lo volvió a poner en verso, tiró la hoja, lanzó el libro al suelo, se dejó caer sobre la tabla de la mesa, hundió el rostro en las manos y las restregó, húmedas en sus pantalones; miró la pluma, la sacudió y un goterón de tinta manchó el papel: arrancó la hoja, la hizo una bola y la arrojó contra la pared.

...la muchacha rubia, los labios hinchados, dos piernas flacas moviéndose, suelas de goma, edificio, pilares esbeltos, murciélagos, el sol, la sonrisa, la muchacha rubia...

Pablo salió de la silla, aplastó en el piso con el pie la bola de papel y abandonó el cuarto dando un portazo, llevando una idea como un dolor en la cabeza: "la revuelta..."

Pablo regresó del baño. Se tuvo que duchar en agua fría. Algunos de los pensionistas –los mismos de siempre y, como ninguno, esa mujer flaca de labios hinchados, esa que escribía a máquina– semi desnudos e insultándose y con las toallas sucias colgando de los cuellos, se habían peleado por agotar la provisión del calentador. Encontraba pelos en el lavatorio, gotas como de sudor perlando las paredes.

La escena se repetía a diario. Los lunes, aún con más crudeza: los pensionistas, habiéndose acostado tarde la noche anterior, y por lo general con algunas copas en el cuerpo, se levantaban justo, al último minuto.

-No exageres, hijo –le decía el padre. Tienes demasiada imaginación y ves las cosas peores que en la realidad; te atormentas.

-Usted, padre, ya lo acepta todo; se negó a rechazar lo malo, a seguir peleando, se entregó.

-Hay que resignarse, hijo...

Sintió que hoy parecía lunes: la escena le resultó tan insoportable como solo alcanzaba hacerlo en día lunes. ¿Qué día es? ¡Qué importa qué día es! Al entrar en su cuarto y cerrar la puerta de un golpazo, respiraba con alivio, como si un viento lo hubiera arrancado de la opaca calle suburbana y lo depositara en otra tierra. Cayendo aún, acariciado por el aire, Pablo dejaba errar la mirada, saboreando con los ojos cada uno de sus objetos, hasta empozarla finalmente, siempre en sus libros queridos.

Tenía en el cuarto una cama, una mesa, una silla y un ropero; los fue comprando poco a poco, reuniendo peso a peso durante largo tiempo; además, su sillón de cuero verde –lo halló en una de las tiendas de y trastos viejos que solía recorrer... ¡su hermoso sillón de cuero verde! –y, junto a una esquina, tenía el estante con sus libros: una pequeña colección de volúmenes comprados, primero por su padre y luego por él, a lo largo de los quince años que llevaban viviendo en la ciudad.

Hoy nada sintió al cerrar la puerta de un golpazo: desde hacía varios días era igual: el retumbón, una sacudida corta en el muro, una caída de granitos de arena debajo del papel y enseguida continuaba el río interminable de imágenes angustiosas. Si correspondía o no a la realidad, no lo sabía ni podía preocuparse de saberlo: circulaban por él como su sangre, por alguna causa extraña convulsionadas cada momento con mayor violencia. Y no las podía expresar.

-Hijo –le había dicho el padre, siendo él un niño–, tú lees demasiado, eso es malo.

El niño sonreía sin comprender.

-Debes estudiar más y no perder tu tiempo.

Y le compraba libros, sin embargo... "no debes leer tanto..." le decía. Pero le gustaba que leyera, se sentía orgulloso de Pablo. "Quizás si me lo hubiera prohibido, las cosas no serían como son; yo no sería profesor primario, sería contador o técnico y no viviríamos en esta pensión inmunda", reflexionaba el hijo ahora.

Pablo conocía cosas mejores. Y las amaba. Una de ellas era el barrio que cruzaba para ir a su escuela. Caminaba sin rumbo fijo por sus calles imaginando que vivía allí: caminaba y caminaba, hablando solo a veces, bajito y largamente, como en su infancia

cuando efectuaba caserías de jirafas en el campo o recorría su pequeño pueblo mandando regimientos de lanceros o expediciones de conquistadores para derrotar a los gigantes.

Una tarde vio a la muchacha rubia.

Vagaba por una calle quieta sombreada de acacios. Iba pensando y, cual otras veces en esas calles, pensaba con dulzura, sin miedo ni desesperanza. Si viviera en ese barrio...la serenidad y la calma le permitían, expresarlo todo, absolutamente todo.

Un sonido desvió su atención, lo recordaba con increíble nitidez. Miró al jardín de donde venía y se detuvo. Una muchacha rubia vestida de pantalones amarrillos, cortaba flores con una tijera podadora. Alcanzaba las matas con gracia y desgano, alargaba un brazo tostado por el sol, cogía la flor con levedad y rompía con la tijera el tallo; luego se volvía –sus pechos audaces parecían suaves, su cuello se veía desnudo-, se inclinaba y la tela del pantalón se ponía tirante, el cabello caía en torno a la nuca y envolviendo el rostro; la muchacha dejaba la flor en un ramo en la terraza y se erguía fácilmente; moviendo apenas la cabeza y llevando arriba una mano se arreglaba el cabello en los hombros y caminaba de nuevo a la mata y después a otra mata. Lo hizo todo como gozando de una secreta y atrevida complacencia de su cuerpo, del roce de su cuerpo con su ropa, con el aire, con las plantas, con la tarde.

La contempló ir y venir dos, tres, diez veces; estuvo ahí veinte, treinta segundos, tres minutos, quizá aguardando con ansiedad y miedo que sus miradas se cruzaran.

Alguien la llamó del interior de la casa. Entrando a la sala por una puerta de hoja grande, la muchacha desapareció en una habitación contigua. Pablo avanzó algunos pasos y pudo, a través de la ventana, verla hablando por teléfono, largo rato. Se había tendido en un sillón y descansaba las piernas en uno de sus brazos: de tanto en tanto reía y alzaba una mano para arreglarse los cabellos. Luego colgó y salió apresurada de la habitación. Pablo sonreía: dentro de un instante estaría otra vez en el jardín. Pero no regresó, ni siquiera a buscar las flores que, quedaron, olvidadas, en el ramo en la terraza.

Pablo aguardó, pese a ello. Se detuvo un auto frente a la casa. Su ocupante tocó la bocina y la muchacha, llevando ahora un vestido

–a rayas azules y amarillas-, cruzó corriendo el jardín. Pablo los vio besarse en el auto. Imaginó que ella tenía los labios sedientos. Pensó ridículamente en un caracol. El auto partió en seguida: los vidrios iban bajos y la radio iba sonando, lo bañó una canción a gritos.

Esa tarde llegó a su cuarto y permaneció largo rato tendido en la cama. Soñó con la muchacha rubia, después, y que la hacía suya. Lo soñaba con frecuencia desde entonces, pero nunca se atrevió a volver a esa calle. Pasó cerca a menudo pero temía verla besando a ese del auto y continuó siempre su camino.

En lo alto de un poste vio un círculo difuso de humareda amarilla. Otro más vago vio en la esquina. Era de noche. Los dejó a su espalda y no hubo más luces. La calle se abría para darle paso y luego se cerraba. Pablo iba como llevando consigo un nimbo de espacio, obscuro, estrecho, mojado, su propio nimbo, fuera del cual no había existencia, nada delante, nada en los flancos, nada atrás. "La revuelta..." Caminaba rápido, más rápido, destrozando el silencio con sus pasos sonoros. Caminó y caminó. Las luces aumentaron. "Mi padre ya ha regresado a esta hora". El pensamiento lo hizo detenerse. Una luz surcaba la niebla, lo notó de improviso, venía de una ventana. Un grupo de personas adentro hablaba y reía; se escuchaba, sosegadamente, música. Una mujer se levantó fumando y subió una mano para arreglarse el cabello en los hombros. La imagen de la muchacha rubia tornó a su mente y fue más intensa que el recuerdo de su padre. Reanudó la marcha; alguien se aproximaba por la calle y Pablo se arrimó a la pared. Con las mantas de castilla brillando de niebla condensada, una pareja de carabineros penetró su nimbo. Le preguntaron qué esperaba ahí. Pablo respondió con extraño placer, que, siendo el mozo de esa casa, esperaba que le abrieran, que volvía de comprar cigarrillos para la señora. Los carabineros siguieron "¡cigarrillos para la señora...!" Los había engañado. Miró de nuevo a la ventana y experimentó una nostalgia aguda, como ante una despedida fatal. Esperó que los carabineros se alejaran y reemprendió la marcha, caminado rápido, más rápido, trotando casi, a través de la niebla, en dirección al centro de la ciudad.

Pablo no quiso, ese día, bajar para el almuerzo. No por la comida, la comida no le importaba gran cosa: por evitar a los pensionistas y a esa mujer flaca que escribía a máquina.

-Te enamoraste, cabro –le había dicho tiempo atrás la mujer. Ven y consuélate conmigo.

Pablo sintió asco. Pero la invitación había ido perturbando más y más su soledad. Hasta que una noche entró en la pieza. Salió cabizbajo decepcionado y humillado. Sin embargo, reincidía; y salía tan humillado como la primera vez. Pasó muchas tardes con ella mientras, simultáneamente, soñaba que era él quien llegaba en el auto y que besaba a la muchacha rubia en una casa de la calle con jardines.

Los pensionistas lo juzgaban con cierto respeto –"es inteligente" decían- y con cierto rencor, además. "Abusa de su padre", decían algunos: "Debía trabajar en una fábrica o una oficina, ganar más dinero y permitir que el viejo, que se desvive por él, descanse de una vez; trabaja en las mañanas, en cambio, enseñando chiquillos ¿a quién le sirve eso? –y pasa el resto del día encerrado solo o, peor, con esa mujer a la que tarde o temprano expulsarán de la casa".

-Oye cabro, ¿por qué no fuiste? Se quejaron porque no avisabas –le dijo la mujer tendiéndose en la cama. Ni aun escapando lograba evitarla.

Lo mismo que tantas otras veces, pasó con ella la mayor parte de la tarde, acurrucado e incapaz de echarla o de abandonar él la pieza.

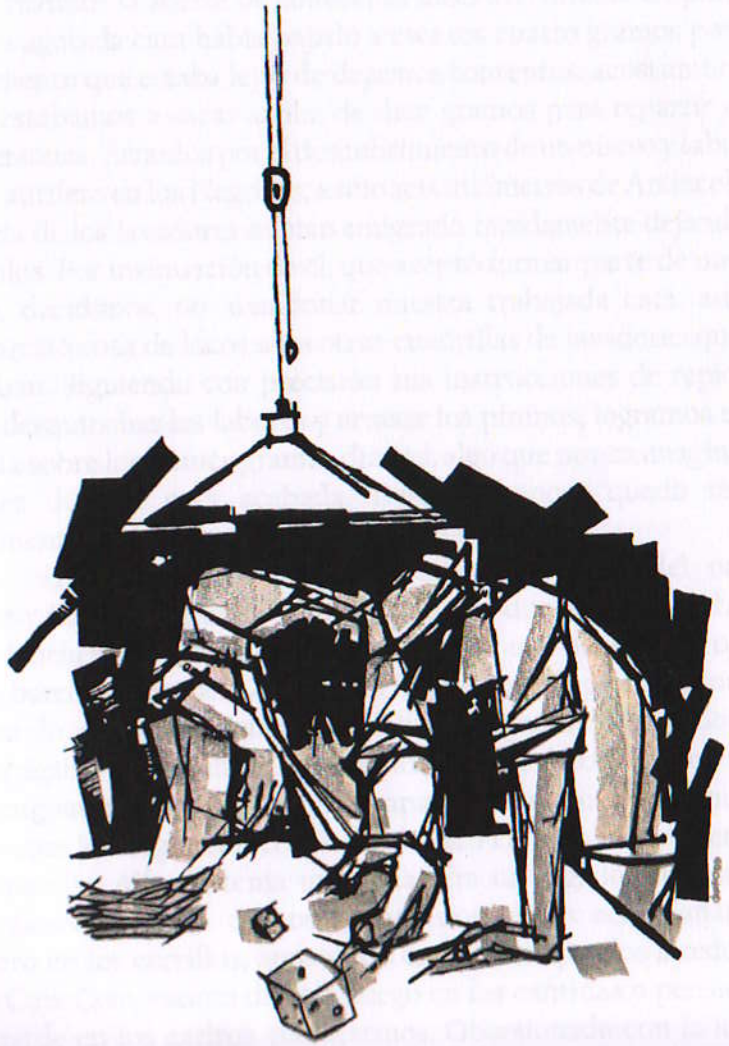
Iba apurando los minutos con sus pies veloces. Oyó un disparo lejano. La niebla de nuevo subía, los edificios comenzaban a ser grandes –los edificios sombríos y grises-, las calles estaban desiertas y vibrando de violencia oculta. Pablo continuó. Los disparos, intermitentes y pausados, se oían más cerca. Una garita vacía lejos de la esquina, aplastada como una caja de cartón, y, en su lugar, asomaba un estómago roto de hierros y de cables. Vio un grupo de carabineros rondándola. No podría pasar al centro de la ciudad. Desanduvo sus pasos y tomó por otra calle. Había, también, un grupo. Y luego por otra. Lo mismo. El centro se hallaba cercado. Aguardó junto a la pared. La violencia reventaría, de un momento a

otro. La violencia que acabaría con ese distante mundo bello, con ese imposible mundo amado. Esperaba dentro de los edificios, pegado al pavimento, resbalando por los alambres eléctricos, soplando invisible por los socavones de las calles, murmurando un diálogo de ecos silenciosos. De pronto, el silencio pareció plegarse sobre si absorbiendo el sonido más sutil, pareció succionar el aire y detener la vida. Se oyó, entonces, un estallido de vidrios rotos. Pablo dejó de temblar. Giró. Tres sombras cruzaron corriendo la esquina. Sonó un disparo. Sonaron otros, en todas partes. El grupo de carabineros se dispersó dando voces. Pablo se introdujo en un zaguán. Los perseguidores pasaron frente a él y no lo vieron. Pablo, pálido, salió. Miró hacia ambos lados: nadie. Se lanzó a caminar. Estaba dentro.

-Rápido, más rápido, la muchacha rubia, las piernas, las suelas, Juan ¿qué será de Juan?, papeles rotos, papeles rotos. Al fondo de la calle la obscuridad se hizo más densa. Una masa de hombres avanzaba, dura, sorda, negra. Pablo emprendió la carrera hacia ellos. Destruirían el mundo, lo destruirían a él, acabarían, por fin, con todo. Sus pasos sonaron en su cerebro como campanas frenéticas. "¡Soy de ustedes...!", comenzó a gritar.

Tahúres

Autor: Alberto B. Carvajal
Ilustración: Domingo Baño



A los dos meses de estar lavando oro en la quebrada de El Llano, tuvimos la suerte de conocer al maestro Alfredo. La pinta de nuestra agotada cata había bajado a escasos cuatro gramos por día, rendimiento que estaba lejos de dejarnos contentos, acostumbrados como estábamos a sacar arriba de diez gramos para repartir entre tres personas. Atraídos por el descubrimiento de un nuevo y fabuloso placer aurífero en los Negritos, a sólo seis kilómetros de Andacollo, la mayoría de los lavadores habían emigrado rápidamente dejándonos casi solos. Por insinuación de él, que aceptó formar parte de nuestro grupo, decidimos, no abandonar nuestra trabajada cata, aunque ello pareció cosa de locos a las otras cuadrillas de lavadores que nos rodeaban. Siguiendo con precisión sus instrucciones de repicar la circa, desquinchar las labores y arrasar los pininos, logramos elevar la pinta sobre los quince gramos diarios, algo que nunca imaginamos obtener de una cata acabada. Desde entonces quedó ungido tácitamente como nuestro laborero y guía.

Habiendo nacido en Andacollo, la capital del oro, el maestro Alfredo regresaba ahora del norte, donde había trabajado como lanchero en Tocopilla en una época en que hubo hasta quince o más barcos de bandera extranjera fondeados a la gira en el puerto, esperando sus cargamentos de salitre. Lavador y cateador con la impagable experiencia y sabiduría que le habían transmitido sus antepasados andacollinos, simpatizó enseguida con nuestro grupo que lo acogió con cordialidad. Pero como nadie es perfecto, este maestro Alfredo tenía una pifia. Era un jugador contumaz y contagioso. Casi sin darnos cuenta nos vimos acompañándolo, primero en los corrillos, apostando en cuclillas por los alrededores de la Caja Compradora de Oro, luego en las cantinas o pensiones y más tarde en los garitos clandestinos. Obsesionado con la idea de

que yo debía ser su "aparcero", me enseñó a jugar la pinta chilena, tradicional juego de mineros que yo no conocía. No tuvo que esforzarse por enseñarme el crap que lo había aprendido yo de los tripulantes de barcos extranjeros, en el puerto de Coquimbo, con el nombre de "seven-eleven".

Si no hubiese sido por un incidente ocurrido una noche al salir de un garito, quizás el maestro Alfredo habría cambiado mi destino, terminando por hacerme un jugador profesional, acaso un tramposo y acabado "taure". Un cuarto de hora antes de la obligada para, habíamos abandonado la mesa de juego que regentaba el Chamicero, contando mentalmente nuestras ganancias y repelándonos de las veces que perdimos algunas paradas por haber sido demasiado arriesgados. Al entrar al terreno baldío destinado a plaza, apareció corriendo a la desesperada, un hombre con camiseta y calzoncillos largos por toda vestimenta. Lejos, tras él, corrían también dos carabineros quienes, al vernos, nos advirtieron a gritos:

¡Atájenlo!... ¡Atájenlo!... es un enfermooo...

Al primer momento, el instinto de conservación hizo que nos separáramos y el hombre aquel pasó embalado por entre nosotros, acezando en forma ruidosa. Acaso por eso, por haberme convencido que se trataba de un enfermo por la forma escandalosa de jadear, fue que le grité a mi compañero:

¡Atajémoslo... maestroooo...!

Más ágil y rápido que el escapado, pronto le di alcance y no se me ocurrió otra manera de detenerlo, que echándome encima de él y rodar por tierra formando un lío. Me extrañaba ya que no tratara de golpearme, cuando sentí en un costado la presión de sus mandíbulas que me apretaban en un mordisco furioso. Afortunadamente por la gruesa ropa que vestía, aquella dentellada animal no tuvo mayores consecuencias. Conducido de nuevo al cuartel con nuestra ayuda, al promediar el baldío, el detenido aspiró largamente para llenar de aire sus pulmones e inicio un grito gutural que devino en un ulular prolongado, como un lamento sostenido. Luego moduló por entre los dientes apretados hasta hacerlos crujir, mientras su rostro era todo músculos tensos y las venas bajo la piel de su cuello se hinchaban como mangueras.

¡UUULTIMO... PESOOOO...!

Repitió el aullido varias veces, se crisparon sus manos, sus brazos, sus piernas. Se crispó todo entero y al final sólo fue una bola de músculos en tensión lo que los carabineros dejaron caer en tierra.

¡Ya se le va a pasar!... ¡no se asusten!...

Pasados varios minutos, ayudamos a levantarlo entre un coro de quejidos y suspiros. Como sonámbulo, totalmente ausente y con la mirada perdida, caminaba ahora muy dócil dejándose llevar, presentando un tétrico aspecto con la tierra adherida a sus ropas mojadas de sudor. Muy luego inició una nueva serie de forcejeos, empeñado en liberarse de sus captores y huir. Se vio claro que los dos carabineros no habrían sido suficientes para las fuerzas extraordinarias que el seudo-enfermo desarrollaba en sus accesos delirantes. Continuamos la tarea de ayudar a sujetarlo y al estilo "cuatro puntas tiene el saco", lo transportamos al cuartel. Antes de entrar hizo oír otra vez el aullido medio salvaje, a ratos angustioso, a ratos indefinible.

¡UUULTIMO PESOOOO!...

Transformado de nuevo en una bola de nervios, prácticamente lo echaron a rodar dentro de una habitación pequeña. Alertado por teléfono, a los pocos minutos se hizo presente el practicante de guardia en el Hospital. Un rápido examen al hombre que empezaba otra vez a aspirar hondo, le bastó para determinar:

¡Este hombre está loco!... Y...puede ser loco agresivo... Hay que avisar al doctor...

¡No...no es agresivo, sólo aúlla y arranca no más!...

Al emitir el aullido de perro lobo por enésima vez, el practicante le lazó a la cara el contenido de un vaso de agua.

¡Parece que no responde a la hidroterapia!... Dijo a manera de explicación. El carabinero aprehensor informó que, según sus averiguaciones, aquel hombre trabajaba lejos del pueblo, lavando oro en compañía de su mujer y cuatro hijos menores, viajando regularmente al pueblo para vender su oro y comprar víveres. Esta vez habría vendido una apreciable cantidad y efectuado compras de ropa, además de provisiones. Con dos sacos harineros sobre su hombro, atados por las bocas de manera que uno le colgara por delante y el otro por la espalda, había emprendido el regreso a su

cata, cuando tuvo la desgraciada ocurrencia de pararse a mirar un corrillo de jugadores de crap a la salida del pueblo. Estuvo unos minutos observando, hasta que se decidió y apostó parte del dinero que le quedaba, poniéndolo en la banca cuando le pasaron los dados. Quiso su mal destino que hiciera varios pases y ganara un puñado de billetes, antes de perder los dados. Aquello fue motivo más que suficiente para que los hombres que apuntaban no lo dejaran seguir su camino sin antes darles el desquite. Quizás si hubiera perdido su primera banca, habría podido seguir su interrumpido viaje sin ser molestado. Al caer la noche, le exigieron que los acompañara a uno de los tantos sitios clandestinos de juego, urgiéndole además a gastar parte de sus ganancias en cerveza. Estaba ya en camino de su desgracia. Siguió jugando y con toda seguridad, le echaron a correr "las cabras" o dados arreglados, con los que le ganaron hasta el último centavo o el último peso, como expresaba el aullido. En un estéril afán de rehacerse, asumido en el frenesí del juego, vendió el saco con provisiones y quizás hasta la ropa que llevaba puesta o la argolla matrimonial, pues tenía en su dedo anular la huella de haber llevado una. Era evidente que cuando lo hubo perdido todo y se vio en el trance de regresar a su cata sin dinero, sin víveres, sin nada, donde lo esperaban su mujer y sus cuatro hijos, el infeliz se vio enfrentado a un problema de tal gravedad, que la tensión le rompió algún mecanismo en su cerebro, el que no fue ya capaz de razonar lúcidamente. Revivía tras cortos periodos el instante en que perdió su última moneda y su tremenda desesperación desembocada en el escalofriante aullido. Antes de retirarnos, presenciamos como el doctor le inyectaba una droga tranquilizante al infortunado hombre. Impresionado y conmovido por lo que había visto, me juré allí mismo no volver a jugar en mi vida. Horas más tarde, un poco más sereno y frío, juré de nuevo; jugaría, pero sin llegar a esos extremos. Hice bien porque durante la semana, mientras trabajábamos, el maestro Alfredo me dio instrucciones mediante las cuales podíamos ganar una pequeña fortuna en el renombrado garito "El Tiuque", que planeaba visitar el siguiente sábado.

Siguiendo rígidamente sus planes, el viernes por la tarde el maestro Alfredo, dispensándome un alto e inmerecido honor, me llevó

a su casa para presentarme al que hasta entonces había sido su inseparable compañero de juegos y antiguo aparcero, quien también tenía risueñas esperanzas en nuestra incursión por "El Tiuque". Era éste un anciano que vivía acompañado de una hija, en una pieza al fondo de la casa del maestro Alfredo. Charlando con este viejo zorro minero, me informé que era experto en arreglo de dados, fabricaba cabras, cargaba con plomo, cargaba dados transparente o de ámbar, reduciendo las bases de sustentación de los mismos, etc. En una palabra, era "pillo de dados" como me lo describió el maestro Alfredo. Pero en el garito "El Tiuque", tentar suerte con esas habilidades, era jugarse la vida. "¡Mi hijo que anda p'al norte...es muy habiloso" me confidenció don Anselmo, que así se llamaba nuestro hombre... "desde chiquito sabía cambiar los dados... ganamos montón de platita pu' allá"...

-¡Pero aquí no... No Anselmo... el garitero de "El Tiuque", el flaco Mitchel... es un lince pa' luquear a los que se la quieren ganar aliviaos...

-"¡No se vaya a meter en forros taita" le reconvino la hija, una robusta y hermosa morena, bajita, de pelo largo suelto a la espalda, que también lavaba oro, manejando la máquina o cuna.

El sábado, a las seis de la tarde como habíamos convenido, llegué a la casa de mi socio. Contento y esperanzado con sus proyectos, derrochó hospitalidad, haciendo que la atractiva Rosalía, la hija de Ño Anselmo, nos sirviera algunas copas de vino para hacer hora.

-¡Al principio juegan puras miserias no más...!

Consumida la tercera botella de vino, calculando que la cosa estaría ya bastante animada, emprendimos la marcha en dirección a "El tiuque". Igual que el restaurante "El Jote", que era del mismo dueño. "El Tiuque" era exteriormente un barracón de tablas machihembradas con un amplio mesón adentro, cantina bien dotada y mesas sobre piso de tierra apisonada. El personal de garzones, hombres robustos y al parecer bien alimentados, exhibían una inequívoca facha de matones y rufianes. La atención y modales estaba acorde con el aspecto de guapos a sueldo que ostentaban.

-¿Qué se van a tomar...?

Esta vez era indispensable servirse algo antes de pasar a la sala de juegos para que el personal me pudiera semblantear, a mí, que

venía por primera vez y dieran su conformidad. Había que evitar que se colara algún sapo. Ño Anselmo y el maestro Alfredo eran viejos conocidos y no necesitaban pasar por este trámite. Otorgado el pase correspondiente mediante gestos disimulados que no pude captar, franqueamos la puerta de aquel santuario del juego clandestino. Si bien la construcción exterior era de madera y los intricados pasillos que conducían a la sala también, la sala misma era de adobes asentados, buena techumbre, cielo de madera y piso de cemento, hermética, para que el bullicio no pudiera ser percibido desde afuera. El garzón que nos guiaba dio unos toques de nudillos sobre la sólida puerta y nos hizo pasar. Al abrirse una hoja, una vaharada acre y picante ofendió nuestro olfato. Espesa niebla, mezcla de humo de los cigarrillos, vaporización de sudores y polvo en suspensión se extendió por el pasillo. Los ácidos olores iban desde el tufo de cerveza a las ventosidades intestinales expelidas sin inhibiciones. Una apretada muchedumbre rodeaba y cubría materialmente la larga y enorme mesa de juego que con sus altos bordes de sólida madera, parecía un inmenso cajón con patas. Las lámparas a carburo, a la vez que iluminaban, proveían el único aroma aceptable en la variada gama de olores que inundaba el espeso ambiente.

-¡Hagan pinta...! ¡Ponerle grueso...!

Con un rastrillo de madera en alto, el popular flaco Mitchel, garitero oficial de "El Tiuque", animaba el juego. De repente alguno empujaba al centro del tapete un montón de billetes y gritaba:

-¡Llano...!

-¡Al llano voy...! Aclaraba un tirador.

-¡Cinco mil al que tira...!

-¡Pago...!

Entrechocar de huesos dentro del cubilete y la voz del flaco Mitchel cantando los puntos:

-¡Cinco y seis...! ¡Gana el tirador...!

Si iniciaba un nuevo ciclo de apuestas y recomenzaba el anzamiento de los dados. Algunos, tratando de evitar un tiro de suerte, se barajaban cubriendo el dinero con las palmas de sus manos hacia abajo y gritando:

-¡No va mi plata...! Y después del tiro. -¡Va no más...!

Tomó el cacho el maestro Alfredo, al que por ser conocido como jugador fuerte, el garitero le había hecho ceder un lugar, desalojando a un apunte que ya no tenía dinero. Pocos se hacían pinta a mi socio, tenía fama de suertudo.

-¡Ahora resulta que todos son aparceros míos...! ¿O será... miedo...?

Dijo las palabras en voz alta y paseo su mirada por el ruedo, desafiante.

-¡Pinta!

Hablando y haciendo, un conocido comerciante en casimires lanzó al tapete un paquete de billetes que puso como cabeza de la pinta, dejando un billete pequeño como cola.

-¡Al torpedo voy...! Advirtió mi socio.

Lanzó los dados y no pasó nada. Lanzó su contrincante y puso un par de ases.

-¡Pelá...! ¡Pierde el tirador...!

Al contar el dinero de la pinta, el garitero comprobó que efectivamente era un torpedo, pues el paquete contenía varios billetes grandes. Fue necesario verificar si la banca de mi socio era superior a la cantidad del torpedo para tener derecho a ganarlo. Ganó, pero de momento perdió el cacho.

Llegó mi turno de tomar el cacho y noté que por ir vestido más o menos con corrección, me dieron un trato respetuoso, confundiéndome quizás con algún empleado de la Dirección de Lavaderos.

-¡El caballero cacho en mano...! ¡Hacerle pinta...!

Todos los concurrentes querían ganarme, porque todos me hicieron pinta. Un tanto sorprendido por esta actitud, que interpreté como una subestimación de mis condiciones de jugador o de mi solvencia monetaria. Elegí la pinta que me pareció más elevada. Después vine a saber que había elegido como adversario nada menos que al dueño de casa. Gané una suma considerable sin dejar el cacho, aunque bajo el constante reproche de mi socio por no "macear".

-¡No se tire a la pura pinta...! ¡Hay que macear por fuera para aprovechar las suertes...!

Yo no conocía aún la palabra macear y, aunque comprendí que significaba apostar, me limité solamente a ganar la pinta, dejando a mi socio que jugara grueso a mis manos. Pese a las espléndidas ganancias obtenidas el maestro Alfredo se sentía defraudado. Yo había resultado un jugador muy miedoso. A las tres de la madrugada nos retiramos de esa cueva de jugadores con mucho dinero, mucha sed e impregnado de olor a tabaco u otras cosas hasta la misma piel. Ño Anselmo había perdido todo el dinero que llevaba y dos préstamos más que le había hecho mi socio. Al hombre no le había gustado mi estampa de "futre" y se había empecinado en jugar en contra cuando yo tenía el cacho. Al pasar por la cantina para salir a la calle, pagamos el valor de un saco de cervezas que dejamos para los perdedores. A varios hombres que nos seguían les ofrecimos unos pesos con la condición de escoltarnos por la oscura calle Victoria hacia la plaza. Ya no tenía que regresar a la quebrada del Llanto, el maestro había dispuesto que me acomodaran una cama de emergencia en uno de los cuartuchos de su casa. Ño Anselmo pasó a su pieza, golpeó discretamente la puerta y musitó bajito:

-¡Soy yo... Rosalía!

Pude percibir que la muchacha se levantó, le quitó el picaporte a la puerta, sin abrirla y, vuelta otra vez a la cama, anunció:

-¡Ya papá...! Está abierta...

Me dormí pensando en lo sola que se quedaba la pobre Rosalía, cuando Ño Anselmo estaba junto al tapete.

Durante esa semana de trabajo, con vistas a abandonarla, nos dedicamos a "devorar" la cata del Llanto, como se dice en el lenguaje de los lavadores. Nuestro próximo lugar de trabajo estaba ya cateado. Sería una cata antigua, trabajada por indios durante el tiempo de la colonia, ubicada en cierta parte del cerro El Chiñe, del que sólo el maestro Alfredo tenía conocimiento. Como El Chiñe quedaba más cerca del pueblo, éste me ofreció arrendarme el cuartucho que ya conocía, para que pudiera dormir bajo techo.

-Y pa' que cualquier día no le roben la ropa y la plata...

Acepté gustoso la oferta, porque en esas condiciones las perspectivas eran magníficas, dado que la Rosalía no le hacía asco a mis piropos y ahora iba a dormir a sólo siete metros de distancia de su cama. Ño Anselmo se mostraba dolido y rencoroso conmigo.

Le irritaba el hecho de que un futre que todavía no aprendía a jugar, miedoso y cobarde para hacer apuestas, sin malicia alguna, le ganara a él que era y se consideraba un maestro. Era el único que me llamaba "Tréido" en vez de "pije" como los otros. La palabra la usan los tahúres para designar a sus adversarios u oponentes y es una degeneración de la palabra traidor o algo así.

A las siete de la tarde del siguiente sábado, íbamos entrando a la sala de juego "El Tiuque", donde enseguida nos hicieron un hueco para que pudiéramos jugar cómodos. La sesión transcurrió en forma parecida a la anterior, con la sola diferencia de que en un ángulo de la mesa estaba ubicado "El Ñato", conocido matón andacollino, con su infaltable cohorte de compinches. Cuando éste tuvo el cacho, jugué resueltamente a sus manos y cubrí todas las apuestas que él no pudo copar, siguiendo las instrucciones de mi socio, "maceé" en forma temeraria y grueso. Gané con "El Ñato" y con el gesto me capté además sus simpatías. Él jugó también a mis manos cuando llegó mi turno, con lo que también ganó bastante.

Después de unas tres horas de juego, pretextando un dolor de cabeza, regresé a mi nuevo alojamiento, pensando en la Rosalía y en los momentos de placer que me esperaban, mientras el maestro Alfredo y Ño Anselmo se afiebraban aspirando la pesada atmósfera de "El Tiuque".

Entré a la casa, hice la salida al baño de reglamento antes de acostarme y aproveché para alertar a Rosalía que la visitaría en unos momentos más. Simulé acostarme lo más ruidosamente que pude y dejé pasar un espacio de tiempo bastante largo, que me pareció suficiente para que los demás durmientes reanudaran el sueño. Luego me encaminé en puntillas a la pieza de Ño Anselmo, golpeé aguardando hasta que oí la voz con sordina que me avisaba:

¡Ya... está abierta!...

Entré decidido, con los ojos acostumbrados ya a la penumbra y me dirigí hacia la cama que ocupaba mi reciente conquista, que esperaba para echarme los brazos al cuello. Una escena de final de película y las sabidas cosas que dicen todas las mujeres en las mismas circunstancias: ¿Me quieres?... No... tú no me quieres... lo que realmente deseas es reírte de mí...

-Lo que menos siento ahora, son deseos de reírme m'hijita...

-¡No mientas...! Yo sé cómo son los hombres...

Mientras me quitaba los zapatos y buscaba algo sobre qué dejar mi ropa, seguí con la charla insulsa.

-Pues si ya sabes cómo son los hombres... ¡No hay problemas!...

-¡Cínico... descarado!...No creas que soy una cualquiera...

-Como nadie me ha dicho nada... nada tengo que creer...

-Primero me tienes que prometer que nunca...

Se detuvo al sentir unos inconfundibles pasos en el pasadizo.

-¡Dios mío...!, ¡mi papá...!

Acababa de tirar mi vestón debajo del catre de fierro sobre el que dormía mi amada, cuando sonaron los golpes en la puerta. Rosalía procedió a encender lentamente la vela, bostezando en forma más ruidosa que de costumbre, para darme tiempo a esconderme bien debajo del catre y apagar algún ruido delator. Por fortuna, aún no me había desnudado completamente. Metí los calcetines en un bolsillo e introduje los pies en los zapatos, enseguida me envolví en una frazada, me tendí junto al catre y me eché a rodar hasta quedar debajo. Rosalía observó nerviosa si aún quedaba algo que delatara mi presencia, quitó el picaporte a la puerta, volvió a la cama y avisó:

-¡Ya papá... está abierta...

Entró el viejo, cogió la vela y la colocó sobre el cajón vacío que le servía de velador y empezó a desvestirse con calma. Extrajo los cigarrillos de su bolsillo y los puso a su alcance. Cuando estuvo metido entre las sábanas, encendió uno y se puso a fumar lenta y pausadamente, aspirando con deleite cada bocanada de humo.

De bruces debajo del catre, prácticamente hecho un rollo dentro de la frazada, yo transpiraba y sentía en las sienes el golpeteo de la sangre impulsada por el corazón, en tanto observaba a través de los flecos de la colcha. Ño Anselmo, de espaldas, lanzaba argollas de humo hacia el techo, aparentemente tranquilo y lejano, al paso que yo desesperado no atinaba a coordinar mis pensamientos, limitada mi acción a una espera extenuante. El viejo consumió su cigarrillo, estregó pacientemente la colilla sobre el velador y enseguida volvió a su posición de espaldas, poniendo sus manos con los dedos

entrecruzados debajo de su nuca. En esa posición, cara al cielo se enfrascó en sus pensamientos. ¿Sería posible que aquel viejo pillo no durmiera? Después de un rato larguísimo, por fin cerró los ojos, dejando la vela encendida. Atribulado me di cuenta que no se me ocurría nada para salir airoso del paso y ello aumentó mi tensión nerviosa. Empecé a forzar mi cerebro para terminar con la ridícula y comprometedora situación.

Observados a una distancia de tres centímetros, los accidentes del terreno bajo el rústico catre parecían un paisaje lunar, con grandes hondonadas, lomajes suaves y enormes canales profundos y rectos, producidos al arrastrar las patas de algún mueble. Las huellas de la escoba eran pequeñísimos potreros arados, con acequias, listos para una siembra en miniatura. En uno de esos hondos canales descubrí algo redondo, de color bermejo, enorme dentro de la mezquindad del paisajito que hacía contacto con mi nariz. Se trataba de un carozo de guinda.

Al rato de observar aquello, cansado de controlar mi respiración, sintiendo en algunas partes del cuerpo los rigores de un calambre, tuve una idea que me pareció más genial. Con extremadas precauciones tomé el cuesquito y lo puse entre el pulgar estirado y el dedo cordial doblado de mi mano derecha, como quien va a dar un papirotazo. Arrollé silenciosamente hacia abajo los dobleces de las frazadas en que estaba envuelto, para tener más libertad de movimiento, alcé mi mano y apunté. La idea era apagar la vela haciendo blanco en el pabilo y salir de la pieza aprovechando la oscuridad. Era el todo por el todo. Si fallaba y me quedaba dormido, mis ronquidos pondrían en descubierto mi presencia ante el viejo. Tenía que terminar de una vez con el suplicio. Encima de mí, sobre el somier, Rosalía no se movía ni dejaba oír su respiración. Finalmente lancé el cuesquito, poniendo en el disparo todas mis facultades. Dio felizmente en el blanco, se apagó la vela y la oscuridad inundó la habitación. Sólo un resplandor rojizo iluminaba tenuemente una silla y la camisa del viejo colgada en el respaldo, por la incandescencia del pabilo hecho brasa, que se contorsionaba como lombriz cortada por la mitad. Se produjo un silencio total, espeso, en que por razones que después comprendí, ninguno de los tres respirábamos. Abatió la

cortina de silencio el crujir escandaloso del somier del viejo, que se volteó de lado para meter su mano debajo de la almohada y extraer una caja de fósforos. Se percibió clarísimo el ruido característico de la caja llena a medias. Sacó el viejo con calma enervante un fósforo, lo frotó con fuerza contra el canto de la caja y por último con un halo diabólico de humo azul y acre olor a azufre, apareció la llama. Encendió la vela, tiró hacia atrás sus cobertores, requirió los pantalones cuidadosamente doblados sobre el espaldar del catre y sacó algo de sus bolsillos. Enseguida se acercó a la cama en que su hija fingía dormir, se agachó y rugió la ira contenida:

-¡Por esto a que no la hacís de nuevo...¡desgraciado!...

Y lanzó un puñado de billetes que me cayeron en la cara. Salí de debajo del catre, me liberé de la frazada hecha mortaja, enderezándome junto al viejo que permanecía callado y tenso. Extraje de mis bolsillos un puñado de billetes y los arrojé sobre los que él me había tirado a la cara y, con un gesto en que daba a entender claramente mi derrota, salí al patio. El aire fresco me enfrío la respiración.

Simplemente, aquel viejo tahúr había ganado su apuesta...

Primera Muerte

Autor: Antonio Avaria
Ilustración: *"collage"* de Alfonso Alcalde



No permitiré que lo conduzcan al dormitorio. No quiere ser desnudado. Desabotona el chaleco, te da el reloj con la cadenilla de oro, arranca la corbata y afloja jadeando el cuello de su camisa. Al inclinarse sobre los zapatos, el pecho cruje. Se endereza con esfuerzo, con un suspiro. Tu padre se desplomó en el lecho y dijo:

-No quiero que el niño me vea morir.

Se alzó del asiento y sonrió, anunciando que él mismo plancharía sus pantalones. Todos corrimos al cuarto de costura, a preparar las tablas a las órdenes de mamá. Entonces sus ojos se pusieron blancos, contra la lámpara del techo recién encendida. Madre extendió los brazos y lo llamó, mientras el hombre luchaba, casi inmóvil con las manos abiertas y la boca buscando aire, desencajándose.

Dice: no es nada. Una sonrisa rígida le transforma el rostro. Las comisuras de su boca tiran hacia abajo. Se dirige al dormitorio, simulando aplomo, incapaz de dominar unos pasos de muñeco llevado por hilos. Alguien alarma al médico, al cura, a los tíos. Unas sirvientas de ojos saltones acuden a acostar a los niños. Arrodillada, madre le retira los zapatos. Se ahogaba. En su mirada –vuelve a ti la cabeza –las pupilas negras desaparecen hacía las cuencas.

Las córneas blancuzcas, vagas, volteadas: así lo abandonas, aguardando en el cuarto donde las tablas ensambladas alucinan, la llegada del médico que vive a pocos metros, del cura calvo de la parroquia, de los tíos que te daban dinero, de las tías o caramelos a quienes besas con cariño y repugnancia. Te aíslas en el salón del primer piso, sin dar la luz. Empuñas el reloj y la cadena del chaleco. Tía Clementina se martiriza los pelos en el vestíbulo. No sabes si tu padre ha muerto. Tampoco quieres ir a su cuarto. Piensas que va a morir. No sientes curiosidad por verlo: antes quieres comprender.

Ayer estabas junto a él en el salón y por la puerta abierta a las terrazas pasó tu hermano menor a todo lo que daba, jugando a los caballos y padre observó a los mayores que le prestaban consuelo: "sólo tiene cinco años; no entiende, mi pobre hijo, que su abuela murió". Bajaste los ojos: tengo diez años. Empezabas a acompañarlo en viajes breves. Amabas esas salidas en tren, hacia alguna ciudad de provincia: mirar el campo a través de los vidrios, la parada en las estaciones, la grita de las vendedoras que ofrecen cucuruchos de dulces por las ventanillas y padre accedía a comprártelos, las comidas en el coche-comedor, la mantequilla en bolitas, las tostadas; tenías su promesa, para el próximo año, de navegar hasta Punta Arenas y desde la ciudad más austral del mundo hablarías a casa por teléfono y conocerías aquella famosa esquina donde todos los vientos entrechocan y los transeúntes caen de bruces, sufriendo los salivazos de ambos océanos, aferrándose al suelo, girando en torno hasta salir despedidos, como en la Rueda del Diablo.

Padre no está en su lecho. Padre está en el centro del comedor, metido en un ataúd como el de abuela. Te deslizas escaleras abajo. La ventanilla estará abierta y él adentro, fajado, horizontal.

Una caperuza de fraile le rodea el rostro, la barba dura –te gustaba rasparla– la frente amplia. Una almohadilla de terciopelo recibe su cabeza. Alguien te levanta: dejas un beso en las mejillas endurecidas. Un rictus desacostumbrado en un ángulo de la boca; padre ríe. La muerte ha puesto filos en los huesos de la frente, en el boscaje de cejas, en los grandes párpados echados, la nariz, el surco de los pómulos a la mandíbula y el mentón. Al besarlo, rozas virutas de fierro. Huele a medicinas, a pimienta, a canela. La tez donde restriegas tus mejillas ha tomado aspecto ferruginoso. Tu padre está frío, completamente ausente. Abuela estaba lívida y sus arrugas se habían alisado en el catafalco.

El ataúd sobre un túmulo cubierto con un tapete negro cuyos flecos o hilachas alcanzan el suelo. Detrás tres caballetes de tijera y una tabla para lanzar muertos al mar. Tocas con el pie otros objetos escondidos: una matriz eléctrica, un martillo, cordones aislantes de alquitrán. Cuatro candelabros altos, de fuste oscuro y brazos de plata, custodian el féretro. Has muerto, padre. A tus pies han plantado una cruz de hierro.

Había dicho: me confesaré una vez en mi vida. Cuando llega el sacerdote, ha perdido la consciencia. El cura le administra la absolución y le impone los últimos óleos.

Un susurro de latines, dos manotadas en cruz –SI VIVIS– pausa litúrgica ante el sujeto clínicamente muerto; la duda morderá las entrañas de la mujer y los hijos –per istam sanctam Unctio los aceites sagrados rebrillan sobre la piel inerte –nem indulgeat tibi Dominus quidquid deliquisti (para el señor eso es posible). Amén.

Han adosado al cajón las primeras coronas. Hay más contra las paredes, detrás de las sillas en fila y amontonándose en los rincones, con tiras violetas al cuello y tarjetas de visita cruzadas por un fajín de luto. El salón huele bien con docenas de caballeros elegantes hablando en voz tenue. El cutis espejea con el alcohol de afeitar, las narices que revientas de grasa, las camisas, las cabezas erguidas peinadas con esmero, el alfiler de corbata en algunos. Han corrido las cortinas y abierto las puertas de vidrio para pasar a las terrazas y sobre el suelo de baldosas naranja y bajo en emparrado pasean visitantes y parientes lejanos, fumando y gesticulando de a dos en dos y uno coge el brazo de su compañero y mueve pausadamente los labios y las cabezas se saludan, casi rozándose y cruzan miradas con el rabillo del ojo y en las ventanas de las casas se apretujan caras y manos de niño y más arriba los pechos de las mujeres de servicio y las parejas de caballeros se detienen y aplastan un cigarrillo y una fila de hormigas y retoman el paso y los pequeñuelos han escalado las murallas y corren por el jardín, sin prestar atención a los aspavientos rabiosos de madres y niñeras y afuera, en las aceras de tu calle, las vecinas han elegido esta hora para regar los rectángulos de césped y el árbol municipal y la carreta de las verduras se ha parado a cierta distancia, reuniendo a sirvientas y choferes que te miran negando con la cabeza.

Adentro las flores huelen familiarmente a muerto. El tufo de conciliábulo en el salón. En el centro del comedor, bajo la araña de luces, tu padre. Aquí persisten las mujeres, con rosarios, con guantes, recitando avemarías y anécdotas del difunto, frotándose la nariz con un pañuelo diminuto, recobrando ánimo cuando alguna eleva con voz tonante la salmodia, apagando sollozos y balbuceos

de discreta, SANTA MARÍA MADRE DE DIOS, con cabezas y sombreros convergiendo en herradura sobre los paños fúnebres.

Encarrujadas en sus asientos, han reducido tamaño. Frente a frente, ves llegar el peligro. Te aprietas contra sus piernas huesudas o amorcilladas, oliscando polvos sobre narices y orejas. Te dejas ir, de una en otra, refrenando náuseas, porque tu presencia las ha puesto frenéticas, ganosas de imprimir en el pobre huacho su unto de lágrimas, moco y afeites. Chorreando besos en las orejas y en el cuello, en los párpados y mejillas, te plantas delante de mamá. Ella toma tus manos.

En el piso de arriba, en la pieza grande donde padre ha muerto es el bordoneo de la tertulia, los detalles de la agonía, los problemas de la sucesión hereditaria, sugerencias asordinadas sobre deudas e hipotecas, reajuste de versiones de los hechos recientes, ataques de llanto, conferencias telefónicas, intercambio de confidencias relativas al extinto. Mojas tu cara en un grifo del jardín, porque también las plañideras se han engolfado, de a tres o cuatro a la vez, en los cuartos de baño. Bisbisean, en un tono amable cargado de reproche: "Es admirable la serenidad de Isabel. Está muy tranquila".

No faltan lágrimas de sus ojos. No tira rezos de un rosario.

He olvidado todos los dolores –sonríe, y es que padre le pide perdón por tantas noches esperándolo–, no me importan ya. Es verdad que pasé penas indecibles con esas discusiones durante las noches. Entonces, cuando la cólera ponía gruesa tu voz se agarrotaba mi cuerpo, hinchado de lágrimas que dolían y pugnaban y reventaban de mis ojos. Tus palabras terribles y crueles. Yo me desangraba. No siento los golpes, ni las explosiones de tu carácter, ni la visión de esas estrías rojas en tus ojos. Nada de eso tiene importancia. Pero ahora estás muerto y yo estoy sola. Con las manos desnudas, con los dientes, me arrancaría un brazo, o una pierna, por recobrarte. Amaste demasiado algunas cosas tontas de esta vida. Yo era una muchachuela tímida que tocaba el piano. Con el pecho temblando de ansias y príncipes y vagabundos, trepaba el banco en el patio de los chirimoyos, a echar al cielo una mirada de prisionera, a soñar tras la tapia con las gentes que llevaban la vida como un vaso colmado. Un día idéntico a otro, hasta que la tarde se ponía quieta. Me

entristecían las novelas francesas, el piano, las flores cortadas y esa trenza tan larga y tan ancha que tú enfrentaste. Casi deseaba esos temblores de tierra que sacuden a mi ciudad: la casona se llenaba de gritos de misericordia y de tías y sirvientas que pasaban ponchos y frazadas, bebidas y bocadillos y en el patio grande era el júbilo de mis veintiséis primos. Me tomaste, me hiciste mujer, me diste hijos: yo dejé de soñar. Hasta esta hora en que yaces en tu casa por última vez y sueño de nuevo. Cuando tu semilla puso morada en mi cuerpo, conocí la más bella espera. El mundo, la génesis, el misterio estaban en mí y yo asistía al milagro, yo lo era. Puedo separar cada segundo de esa espera prodigiosa, me duelen las entrañas marido. Y fuiste tan encantador, llenando mi habitación de flores y regalos. Pero he de hacerte reproche: en el Club los mozos se daban de codazos al verme llegar y una vez y otra vez volvían con el talle estirado e hipócrita, a decirme que el señor no demoraba. Podía oír el derrumbe de los dados contra la madera, los tonos de voz y risa descomedidos por el alcohol, la musiquilla de las bandejas con aperitivos, las burlas y palmotadas de tus compañeros de juego. Me humillaba el encuentro con otras mujeres que tampoco podían ocultar la razón de su presencia en esa ridícula sala de espera. La mirada triunfal de alguna que consiguiera al marido en el acto de llamarlo, oh cómo podías hacerme eso. Tengo que reprocharte los domingos en las carreras, tu pasión de la ruleta y esas odiosas partidas de póker. Cuando en mi ciudad del norte corría la voz de tu llegada, los hombres se precipitaban al club social; más tarde eran tus radiogramas pidiendo dinero a la firma, donde tenías crédito casi irrestricto, porque –es bien cierto– vendías tu solo una cuarta parte de la entera producción. Pero el vicio consumía todas las ganancias, vendía todas las casas, gastaba todas las joyas. Te fiabas para largo de tu buena suerte y también el señor dijo no va más y quedaron las fichas inmovilizadas sobre el paño, los dados en el cubilete de cuero, los naipes fajados, tu corazón detenido. Me acusabas de deleitarme en el papel de mujer mártir, porque las lágrimas –aunque te irritaban– lo conseguían todo. Algo de verdad hay en eso, pero me sirvieron para tenerte conmigo cuanto deseaba. Ayúdame, que no desespere. Adiós. Mi amor. Mira cómo todos te recuerdan; tenías en verdad muchos y muy buenos amigos.

Durante la noche han servido café, galletas y copitas de jerez. En el ritual del llanto y la imprecación, tía Clementina es incansable. Sus íntimas la consuelan sin tregua, sediento en tiempos a su contagio y la señora Berta fija el retrato del hombre vivo. Ven de reojo a la mujer sentada y pálida: sonríe vagamente a los gestos de afecto, recibe abrazos y saca de la manga un pañuelo de encaje para limpiar del rostro las lágrimas, líquidos de nariz y gotas de saliva que dejan los besos de compasión. Se insiste en la juventud de padre y en la brusquedad de su deceso. No hay quien no le viera en fecha reciente. Los caballeros sólo permanecen un instante frente al catafalco; algunos encaran el rostro rodeado de géneros. La casa sahumada, como hace dos días, por abuela. El perfume dulzón de los muertos adensando el aire.

Las empleadas de la casa se acercan por turnos, sollozantes, secándose las mejillas con el ruedo del delantal. En la cocina lloran con fuertes sorbidos nasales. Quieren mucho a padre. Siempre perdonaron sus llegadas intempestivas, con amigos, a cenar. Él traía los entremeses y las piropeaba, llenando de alegría la cocina, absorbiendo sus anhelos de mujeres frustradas, dejando una zafacoca que solo la presencia de madre serenaba. Atienden la puerta a cada momento, pues se suceden los muchachos con coronas de flores, cada una con una esquela de condolencia. Distribuidas como los regalos para los novios. Los visitantes huronean sobre las tarjetas. Qué bonita la corona que envió Carlos Alfonso. En el lugar de la lista de cheques, está la de quienes ordenaron rogativas litúrgicas y el monto, tantas misas.

"La señora no ha dormido en toda la noche". Lo dice la cocinera, recorre la casa y pronto lo repite el barrio entero. Aunque nadie lo ignoraba, resuena inesperado, como fórmula de oráculo explicándolo todo.

Al mediodía hay guirnaldas en el salón y en el vestíbulo, en el pequeño porche de lozas negras y se extiende en añillos por el jardín de entrada. Hay pétalos macerados sobre el parqué y cruces de mayo con las carnes abiertas entre risos de luto, fuertemente amarradas con alambre. Este olor dulce y pesado, que aturde el cerebro y hace que los ojos anhelen llorar. Tu padre ha muerto. Las has visto venir,

a esas coronas que vienen a buscarlo: aferradas de los microbuses con un gancho goteando su agua maloliente o colgando del brazo de mocetones que se han tomado alegremente las ventanas.

Como una fuga de ratones, de improviso se verifican desplazamientos, las escaleras crujen, el piso sufre el raspado de las suelas, de las patas de silla y las devotas disuelven el semicírculo custodiante. Madre queda sola. Tres carrozas han hecho alto frente a la casa. Dos se destinan a las flores, la tercera tiene las letras iniciales de padre, en dorado sobre negro. Te acercas a los caballos; es la señal que esperan los chicos del vecindario para zafarse. Los cocheros saludan con la fusta mientras se descuelgan varios hombrecillos de frac que cruzan la acera, con paso corto y rápido, ajustándose los guantes. Son caballerías de gran alzada y pelaje negro, cepillado con esmero, las ancas bajo soberbios gualdrapones. Piafan con violencia, exhibiendo las crines recortadas sobre la cruz y trenzadas más arriba, el correaje de las bridas que engallan, las cinchas tensas, los hierros, la espuma amarillenta que emiten al saborear la embocadura del freno. Las vecinas han atrapado a sus críos, pero las cabecitas reaparecen en las ventanas y detrás de las verjas, mientras los hombrecitos de la funeraria prenden coronas multicolores a los carros, entre las colgaduras y crespones. Las arrojan con ímpetu y gran destreza, en un juego de grandes argollas, cuando han ocupado todos los ganchos y tomado todas las molduras y florones del artesonado, se amontonan en el suelo de los vehículos. Túmulos blandos, encuadrados por cortinajes con flecos que oscilan a las ráfagas. Imprimes las yemas sobre las guarniciones, mientras tu hermano menor, retrepado en el pescante, confía alegremente al cochero su parentesco con el muerto. Por el jardín van y vienen los hombres de negro con una corona en cada brazo. También quieres cargar con una. Experimentas una sensación de adulto al desfilar frente a tus hermanas mirando derecho adelante. Antes de echar el vidrio, madre nos llama. Besamos esas mejillas duras y frías, esos párpados soldados. Madre no estalla en llanto. Durante la noche asumió la agonía y luego ha permanecido sentada junto al cadáver. Se opuso a que sacaran una mascarilla. Ve bajar el vidrio convexo. Después es el sello rotundo de la tapa, te vas, la madera oscura y frotada que echa luces, ébano funeral, hay una cruz donde estaba su rostro.

Ahora hay círculos de silencio en el piso desmantelado, aún fragante. Rodean el ataúd. En un relato acerca de un entierro en el campo, el cajón se había abierto. Eso no podía sucederle a padre. Sin embargo al torcer para entrar al vestíbulo, un bandazo contra la puerta y el tumbo sordo del cuerpo te sofocan, ahorcada la garganta de vergüenza y horror. Suplicas a Dios Padre y ayudas también, apretando la manilla de cromo, detrás de los caballeros erguidos y congestionados. Querías tocar la caja, sentir su peso aunque los músculos cedieran, trasportar al padre a la carroza tirada por seis potros enjaezados para la muerte, Claudio forma una baraja con las tarjetas que arrancara de las ofrendas. Los hombres de faldones respingados desmontan el catafalco con celeridad y acarrean los despojos: tablas, candelabros, caballetes, un tapiz, bombillas, filamentos eléctricos, una cruz en ristre.

Madre te peina con los dedos: ve con tío en el auto.

-No dejar sola a Isabel.

En la trasera de cada carro sobre un estribo se alza el más joven de los hombrecillos, esbelto y ágil como un banderillero. Las mujeres quedan en casa: En la puerta de calle, tus hermanos se pegan a las faldas de mamá; con los ojos saltones, interrogan a la caravana que parte.

Haz subido al primer automóvil, junto a tío. La mirada fija en el ataúd de padre, tapiado de flores. El itinerario por las calles y las grandes avenidas, la marcha lentísima y solemne del carruaje fúnebre, cuando las gentes se detienen y el tránsito se inmoviliza y los policías saludan y los hombres se descubren y las mujeres hacen el signo de la cruz y ruegan por tu padre. Verán las letras de su nombre entre las galas de duelo. Vas atento a esos movimientos, pero todo lo ves un poco velado y distante, dirán es el hijo que va detrás del féretro, ofuscado, entumecido ante un hecho irreal, aún no aprehendido. Y se pasa sobre el Mapocho, siempre sucio y mísero, y al fin se entra en la recta de la Avenida de la Paz, ancha y desolada, con su espantoso olor a caries y las casas feas y chatas con desconchados y los sitios llenos de mármoles y floristas y las yeserías.

En la plazuela del cementerio se pone en marcha una carroza vacía. Porque en su juventud alcanzó un grado de oficial, padre recibe honores de un batallón apostado bajo los grandes

arcos. La comitiva se detiene. Mientras los automóviles descargan y buscan estacionamiento, los empleados de la institución desprenden coronas y las echan sobre carritos como camillas de disección, de ruedas de goma. También aguarda un sacerdote de sobrepelliz blanca y estola negra. A un lado, con empaque de domingo y el viejo sombrero asido con ambas manos, serio y humilde están ellos, los de pies sólidos, los pobres. No mezclaron su olor a trabajo con las fragancias de los caballeros acicalados. Visitarán a la señora cuando estén seguros de encontrarla sola. Están las mujeres que venían los sábados a pedir ropa, con críos en brazos envueltos en paños que fueron tuyos, y los hijos crecidos, y los "hombrecitos" de distintas épocas que encerraron el piso o pintaron la verja, todos los que aún no han muerto de un golpe de navaja o de automóvil, de tuberculosis o de frío y en algún lugar de Chile están los mendigos que no se hubieran atrevido a acompañar el cortejo. Padre moderaba los humos de la vieja cocinera:

-Nadie es más que nadie.

La banda militar abre la marcha sobre la ciudad del reposo. Siguen los carros cargados de coronas con cintas moradas y gasas negras, tirados por empleados de uniforme azul lavado demasiadas veces, en tres filas. En cada carro, un cuerpo vivo; las flores respiran como una bestezuela echada. Fueron mensajeras de la naturaleza, que ahora recobran al hombre. Un operario cuida que las coronas no resbalen carro abajo, cuando la criatura se despereza. Después va padre, tendido sobre la plataforma desnuda, en medio de la calle alindada de cerezos limón. A su costado, en sacerdote enviste con oraciones del libro negro. Detrás, el hijo, el hermano, el sobrino, los amigos, todos de oscuro. Los músicos en uniforme tocan una marcha triste y monótona. Clavas los ojos en el ataúd, en el punto donde se encuentra la cabeza de padre y su cabello negro envueltos en el sudario. Un rictus en la comisura derecha le deformaba levemente el rostro, mas no había esas burbujas de color vidrio sucio que exhalaba la boca de otros difuntos. Ya en la Universidad, sobre una camilla con cuatro ruedas de goma vino el cadáver de un hombre muerto de inanición la noche anterior, el curso ocupaba el anfiteatro del Instituto Médico Legal, el cuerpo amarillo y llenos de pringue el pecho, el cuello, los

talones y en un muslo una raya de semen seco, "también en los ahorcados", explicaba el forense, es el caso que hasta en el instante final lo que es más vida en el hombre se subleva y cuando el resto del cuerpo ha claudicado, sobreviene el soplo rebelde de la carne que quiere dejar huella, que se niega a morir; la eyaculación es el último suspiro y ahora a la autopsia, ejecutada con serrucho y un gran cuchillo. LOS HUESOS HUMILLADOS SE REGOCIJARÁN EN EL SEÑOR.

Los compases de la marcha fúnebre, el rumor sigiloso de las llantas de caucho sobre el empedrado. Bajas los ojos, te esfuerzas por descubrir el surco que deja el carro, ves tus zapatos sin lustre, tus rodillas desnudas, protuberantes, las lágrimas pugnan por salir y de vez en cuando pasas el puño por el ángulo de los ojos. El pecho te duele, sobrecogido de presagios. Más allá de los bordillos de las aceras, los árboles en flor. El ministro ha entonado con persistencia la cantinela de Zacarías, Benedictus Dominus Deux Israel. Con suavidad, empieza a caer una lluvia fina, empapando el madero y las flores. El aire se enfría; los cerezos pierden su brillo rojo. Vas absorto en ti; esta llovizna, el día cerrado, la atmósfera opaca, acrecen el sentimiento de desolación. Implacable siempre, los compases de Chopin, ordenando un paso lento, isócrono, solemne. Los conductores de overol y gorras azules tuercen a la derecha. Apenas si reparas en los mausoleos con deyecciones de palomas, en el estanque oval y los grandes cubos de piedra, un ángel de alas plegadas y una náyade.

"Benedictus Dominus Deux Israel". El cortejo se detiene frente al Panteón Militar. El séquito toma posiciones en torno de la urna –donde un sol recién lavado brilla en cada grano de lluvia. Las ropas lucen más negras. La esclavina del sacerdote y los cromos absorben el resto de la luz. En el pórtico destaca una inscripción esculpida sobre una hoja de piedra: ... "Irás a pasar lista de ¡Presente! allá en el templo augusto de la historia".

–Papá, ¿qué es la historia?

Encarnizándose, en ropaje de pájaros de presa, cerrados en semicírculo te observan, aislados en el vórtice de la luz. Padre está aquí, está muerto, pero no emerge de las palabras. Los oradores borronean un retrato irreconocible. Abunda el apóstrofe, el impúdico vocativo: son los momentos cuando los circunstantes de negro se

conmueven visiblemente, te fuiste, tú, me dijiste, nos dejaste, tú te nos. Los señores que echaban miradas impacientes al reloj deslizaban furtivamente sus tarjetas en la mano de vecinos y se escurren, evitando pisar huevos, despidiéndose del amigo con una sonrisa de conejo. Va ya el ministro de Dios a iniciar el responso, cuando un caballero enfila resueltamente al promontorio que hace de tribuna, con un papel en las manos. Deseas que acaben de hablar. Quieres que el sacerdote haga algo, que rece por tu padre y lo ensalme. Por fin se adelanta y al mover los brazos en molinete –Miserere mei, Deux –un monaguillo aparece no sabes de dónde, portando sobre un paño un hisopo en un tazón y un libro delgado de alas negras.

Padre está en lo profundo. Señor, escucha su oración. Te alcanzan las salpicaduras de los asperjes. Un vientecillo esparce la salmodia del oficiante, quien asume la voz de la víctima. Líbrame Señor, de la muerte eterna en ese día tremendo cuando los cielos y la tierra se moverán y vendrás a juzgar al mundo por el fuego. Estoy sobrecogido de miedo con el pensamiento de tu juicio y de la ira que vendrá. Cuando los cielos y la tierra se moverán. Ese día es un día de ira, de calamidad y de miseria, un día espantoso y sobremanera amargo. Cuando vendrás a juzgar al mundo por el fuego, es la voz de tu padre pidiendo gracia, porque a los ojos del Dueño ningún hombre se justifica, a menos que a través del Hijo encuentre perdón de todos sus pecados, se requiere utensilios propiciatorios, ahora el incensario como un huevo de acero agujereado, con corazones adentro y el perfume que llegará a los pies del Padre Nuestro que estás en los cielos y aquí mismo.

El chicuelo responde amén. El celebrante hace la cruz con el canto de la mano derecha: "Requiescat in pace". La luz de Dios pone una moneda áurea en la cabeza tonsurada. La sentencia golpea en tus sienes y permanece largo rato, hasta después que el sacerdote se hubo retirado con un rasgueó de sotana. Resuena aún, aniquila las fibras del cerebro. Quiere decir irrevocable. Los tonos de la banda marcial desparraman la frase por el aire. Has comprendido. Por eso, cuando los operarios agarran la barra de níquel, avanzas para sentir el peso del cuerpo amado. Los hombres te dejan espacio en la cabecera, delante de todos. Por eso afincas los pies sólidamente en las losas

del suelo, pálido pero con un gesto de porfía insinuado en la boca, porque la certeza ha traído la imagen de madre y los hijos menores pegados a sus faldas. Aferras la manija, sintiendo al lado una mano gruesa y roja, hinchada de venas, caliente; te reconforta, deseas que esa fuerza no se aleje. Así, en el lecho, el calor del cuerpo de tu padre y ese olor misterioso, desvanecedor de los hombres como padre o tío, que impone dominio y da seguridad; "cuando grande" olerás así, impregnando tus ropas. Te consuela el cansancio en el brazo izquierdo, al entrar en el panteón y tomar la escalera de cemento sin pasamano, porque el edificio está sin terminar. Tu mano acurrucada en la cobija del hombronazo. Detrás, el pelotón de empleados de uniforme azul descolorido, con coronas y cruces en hombros. A boca jarro, la huesa. El nicho abierto, la lápida en el suelo, donde queda el féretro unos instantes –para que los enterradores tomen resuello –mientras el ámbito se cubre de flores. Te arrodillas junto a padre y rezas por su alma, las manos en una caricia que traspase la madera. Introducen dos rieles en la cavidad y en tres tiempos acezantes te arrebatan el cajón, que se desliza por los carriles fosa adentro, afirmado con golpes de barreta. Seis brazos levantan la lápida; la apuntaban provisionalmente con cuatro cuñas negras. Tío pone una mano sobre tu hombro, la otra sobre el hombro de Claudio.

-Yo seré ahora tu padre, hijo.

El cortejo rehace el camino en líneas disparejas, hablando del amigo. Es una satisfacción ver tan gran número de caballeros vestidos de limpio y luto, reunidos a causa de padre. Es verdad que también hablan de negocios, de cambios en el gabinete, fluctuaciones bursátiles y cosechas, pero padre de seguro está contento que así ocurra, que sus amigos y parientes vengan a despedirlo, abandonando sus oficinas por unas horas, postergando conferencias; si padre viviera y los acompañara, les haría comparsa, feliz de charlar con amigos a los que se ve muy de tarde en tarde. Tal como hacen ahora, insistiría en invitarlos a cenar o a verse en el Club para el aperitivo. Y se despiden con promesas para cualquier día de éstos, con ojos que se ponen más y más huidizos, sabiendo que no se han de encontrar hasta el próximo sepelio, donde serás tú, tal vez. Unos metros antes de alcanzar la salida, al trasponer el recinto de las tumbas, un tropel

de niños arrapiezos se precipita a los pies de señores tan elegantes. Algunos los rechazan a puntapiés, con asco o encono, otros les tiran una moneda y los expulsan con el índice, los demás se escurren a brincos, esquivando con rabia el trapo grasiento de lustrar. Tus zapatos son los únicos sucios, pero los chicuelos –descalzos, con la pelambrera de púas, que viven en los cerros pegados al cementerio– te pasan por alto.

Bajo el soportal de entrada está la administración, los almacenes de obituarios que se incendian dos veces por siglo, esa necrografía húmeda poblada de ratones donde un nonagenario acaba de registrar un nuevo nombre. Lo han copiado en la pizarra que dice RIP y Funeral De, sobre la urna con buzón. Formando fila los participantes dejan caer en la ranura las tarjetas de visita que tía Clementina agradecerá más tarde en nombre de la viuda, sobre cartulinas flamantes fileteadas de negro. Luego todos han de estrechar las manos de los deudos que bloquean la salida y mascullar, en manera precisa y lacónica, su pésame más sentido. Unos abrazan a tío Germán, quien los retiene largamente, poniendo ojos de ciruela; otros no arriesgan tanta familiaridad, pero toman la diestra de tío a dos manos y algunos, quizás estimulados por una mirada especialmente cordial del hermano muerto, se arman de coraje y lo abrazan con rapidez. Muy pocos se preocupan de ti. Pero quienes lo hacen, muy serios y dignos, sin lástima visible, sin la sonrisilla estúpida que te dan los mayores, como si fueras ya un nombre crecido y vieron en ti a la contrafigura de tu padre, ellos reciben tu gratitud, porque son los únicos en comprender que tu padre ha muerto.

Tribunal de Honor

Autor: Carlos Prats González
Ilustración: Domingo Baño



-¡Mi General, Cabo de Guardiaaa!

El repentino anuncio del joven conscripto, apostado como centinela, resonó estentóreamente en todo el ambiente del vivac y se produjo un decreciente eco por los cajones precordilleranos circundantes. Una vibrante voz de mando se oyó de inmediato y, junto con un unísono triple golpetear de fusiles, la banda del regimiento inició los sones del Himno Andino, rasgando definitivamente el silencio matinal.

El General avanzó a recibir los honores que le rendía la larga fila de soldados, uniformados con equipo completo de campaña montañés. Sus acompañantes, el mayor Ramírez y el capitán Luengo, permanecieron firmes, observando el ceremonial, junto a la guardia del vivac.

Eran ya poco más de las ocho de la mañana de ese frío día de junio de 1966 y el sol se anunciaba esquivo tras densos nubarrones, manteniendo en sombras la zona El Chacay, en el cabezal del imponente valle de La Laja. El hermoso Antuco se perfilaba, nevado, por el sureste del campamento militar y, a través del río, se destacaban las pintorescas instalaciones de la planta hidroeléctrica de El Abanico.

El mayor Ramírez contemplaba con satisfacción los rostros curtidos de las heladas y por el sol que enérgicamente se volvía al frente, en rítmica sucesión, tres pasos después de ser sobrepasados por la inspección del General. Pensaba en su libro, ya prácticamente terminado y asociaba en su mente los conceptos de la tesis sobre el desarrollo étnico chileno que, con tanta acuosidad, había desarrollado a lo largo de muchas páginas dactilografiadas, con la impresión visual que le producían esos muchachos allí alineados, hieráticamente, que tan sólo tres meses atrás se habían incorporado

l Ejército, provenientes de las más variadas fuentes; liceos, el campo, fábricas, oficinas, comercio... Enjutos, medianos de estatura, morenos y lampiños, este medio millar de jóvenes de nuestro pueblo era una expresión viva de la raza, heredera de la vitalidad exuberante del nativo y de la agresiva virilidad del conquistador; dotada de un altivo instinto guerrero, fruto de su capacidad de imaginación y de su innata reacción improvisadora. Rememoró, fugazmente, la secuencia de su obra, a la que destinara cuatro a cinco meses de nocturnas jornadas; pero que, ahora, ya casi culminada, llevaba su ánimo de orgullo ante la perspectiva halagüeña del triunfo literario que, junto con realzar su prestigio profesional, contribuiría a enaltecer la presencia del Ejército ante la ciudadanía. Era urgente la necesidad de revitalizar en la opinión pública una clara conciencia de lo profundo y trascendente de la función militar, salvaguardia invisible de nuestra democracia, de la paz social y de la soberanía nacional. Había confirmado que aun en círculos cultos existían prejuicios negativos sobre la importancia de su función en la comunidad; y el progreso de la institución estaba realmente amenazado por esta falta de definición de lo que el país vitalmente necesita que el Ejército represente en su destino. Pensaba que había sido un acierto el título que por fin escogiera –"Historial mítico del Ejército" –en armonía con la técnica adoptada, de ir engarzando, comparativamente, la proyección de la vida del Ejército en la historia nacional, con el desenvolvimiento mismo de la institución en los últimos veinte años, el mismo lapso de su militancia en ella...

-¡Buenos días, Regimientooo!

-¡Buenos días, mi Generaaal!

El mayor Ramírez se desprendió de su ensueño y prestó atención al rápido fraccionamiento de las unidades que, al trote, comenzaron a dispersarse en dirección a las laderas próximas. La revista de instrucción se iniciaría de inmediato y él –como Oficial de Operaciones de la III División del Ejército –debía asesorar a su General en la verificación del grado de eficiencia de combate logrado por la tropa. Junto con el capitán Luengo, ayudante del General, caminó rápidamente hasta el lugar de iniciación del ejercicio, sacando de su portacartas la hoja topográfica de la zona de trabajo.

En las primeras horas del día siguiente, el auto de Comando del General corría veloz por la carretera longitudinal, rumbo al norte. El mayor Ramírez, sentado a la izquierda del General, comentaba con éste las alternativas de la inspección realizada. Las impresiones del General eran de satisfacción. Las exigencias habían sido duras, tanto en la jornada diurna como en la nocturna de los ejercicios revistados; pero la tropa había actuado bien, los mandos subalternos evidenciaron expedición y el resultado del Tiro de Combate podía conceptuarse como bueno. El capitán Luengo dormitaba en el asiento delantero, junto al conductor militar.

-Oigamos las noticias, Luengo –dijo de pronto el General, consultando su reloj –Ya son las siete.

El aludido se enderezó en su asiento y sintonizó con presteza una emisora. El auto cruzaba en ese instante el puente junto al Salto del Laja. Una música estridente obligó a Luengo a cambiar el dial.

-"el accidente se produjo poco después de medianoche –decía el locutor –y al estrellarse el vehículo militar contra la baranda del puente, su pasajero, el comandante de Ejército don Manuel Espíndola Gómez, falleció instantáneamente. Según informó el Cuartel General de la III División, en Concepción, dicho jefe regresaba de Cauquenes después de haber cumplido una comisión de servicio..."

El mayor Ramírez quedó anonadado. Su cuerpo en tensión, mientras escuchaba, se relajó de improviso en el asiento y sintió que no podía pensar. Un feroz dolor al cerebro parecía que le agarrotaba los músculos del cuello.

¡Su mejor amigo, su compañero de siempre... muerto! Fue la única idea que se plasmó en su mente.

No pudo entender los agilados comentarios del General y del capitán Luengo. Este último movía con desesperación el dial buscando inútilmente más informaciones. Paulatinamente, el mayor Ramírez empezó a sentir un flujo violento de su sangre por todo su cuerpo y se sintió enardecer. Mil agujas se clavaron alternadamente por dentro de su piel, produciéndole una cruel desesperación.

-¿Es posible, es posible? –musitó. De golpe una serie de rápidas imágenes cruzaron ante sus ojos cerrados: el rostro angustiado de Elsita, la buenísima mujer de Manuel; su precipitado viaje a Santiago,

días atrás; la pesadilla de los diez mil escudos que había girado de la cuenta de su amigo; su tenebrosa odisea en el Parque Forestal, para entrevistarse con el repugnante individuo de sonrisa socarrona... De improviso, la sensación de tremenda pena que sentía, fue superpuesta por una impresión atenazante de angustia y se cubrió la cara con las manos, estrujándose crispadamente los ojos...

-Mi Mayor, lo llama mi General -dijo el Sargento, cuadrándose ante Roberto Ramírez. Éste se levantó y salió lentamente de su oficina del Cuartel General Divisionario, en Concepción. Como un autómata, bajo la escalera, en dirección a la oficina del General; su estampa ya no era la apuesta y ágil de siempre, se veía envejecido y macilento. Hacía tres noches que no dormía. El impacto de la muerte de Espíndola; sus funerales revestidos de todo el ceremonial militar de rigor; el esfuerzo constante por atenuar la congoja indescriptible de Elsita y de sus hijos; la conmoción en su propio hogar en la pérdida de un amigo tan íntimo; su tremendo desasosiego que no podía desahogar ante nadie; todo, todo lo ocurrido en los últimos días era una sobrecarga emocional que nunca había experimentado en sus cuarenta años de vida y que ya casi no podía soportar en pie.

-¡Ordene, mi General! -dijo con desgano. Y su apostura militar ante el superior carecía de la prestancia habitual.

El General guardó un momento de silencio.

-Mayor -empezó a decir mientras golpeaba suavemente el cortapapeles sobre el escritorio- hay un hecho grave que le afecta, en relación con su amigo, el comandante Espíndola. En representación de su viuda, el abogado Sepúlveda me ha informado que todo el dinero ahorrado por el Comandante está en su poder. Son diez mil escudos que le entregó hace unos quince días y usted nada ha dicho sobre el particular. ¿Qué hay al respecto?

El Mayor no respondió de inmediato. El General, entonces, se levantó y se acercó a la ventana, mirando distraídamente hacia calle O'Higgins. Ramírez se sentía muy cansado y se acercó torpemente al General. Por la calle pasaba la gente enfundada en gruesas ropas, chispeaba, y la niebla cubría el Cerro Caracol. Un grupo de estudiantes universitarios cruzaban la calzada y sus risas rebotaban como latigazos en los vidrios del ventanal.

-¿Lo sabe Elsita? -susurró.

-Sí -respondió cortante el General- y no se explica su silencio. Usted sabía muy bien que ese dinero, ahorrado con tanto sacrificio, estaba listo para realizar el sueño de Espíndola de comprarse una casa por intermedio de una asociación de ahorro y préstamo...

Ramírez, entretanto, meditaba, también él había ahorrado con mucho esfuerzo poco más de cinco mil escudos que, según lo conversado con la editorial de Santiago, le permitirían imprimir el "Historial Mítico del Ejército". Ése era su propio sueño. Su mujer lo había comprendido y estimulado, no objetándole jamás que era mucho más práctico destinar ese dinero a adquirir también una propiedad, como constantemente se lo recalcaba su amiga Elisita. La portada brillante y coloreada, que había imaginado para su obra, la veía ante sus ojos como un desmenuzado y borroso afiche, de esos que han permanecido largos años pegados en una pandereta derruida... Con voz muy débil, habló:

-Mi General, reconozco que el comandante Espíndola me entregó un cheque por diez mil escudos, que cobré en Santiago. No puedo, sin embargo, decir el destino que di al dinero. Es una cuestión de honor.

-Efectivamente, Mayor: ésta es una cuestión de honor; no sujeta al Reglamento de Disciplina ni al Código de Justicia Militar. En usted reconozco a un jefe distinguido y a un excelente Oficial de Estado Mayor; pero, lo ocurrido me impone cumplir un deber que no puedo eludir: debo someterlo a un Tribunal de Honor. Lo siento... realmente...

-"Si algún oficial, de cualquier jerarquía que sea, cometiere un acto deshonroso para sí o para la unidad, cuerpo o repartición en que sirve, podrá ser sometido a un Tribunal de Honor, para que juzgue si puede continuar en el servicio." Así legaliza el artículo 203 del Código de Justicia Militar este tribunal, que hoy constituimos, destinado a juzgar en conciencia el caso del mayor Roberto Ramírez Moreno, en virtud de lo ordenado por el Comandante en Jefe de la III División de Ejército y ante la acusación formulada en su contra por el abogado de la señora Elsa Carrasco viuda de Espíndola. ¡Secretario, lea los antecedentes!

El presidente del Tribunal, coronel Orellana, se sentó y el secretario, teniente-coronel Inzunza, procedió a leer el escrito del abogado Sepúlveda, dirigido al Comandante en Jefe de la III División de Ejército. Los otros tres vocales del tribunal, teniente-coroneles Ferrada, Garrido y Benavente, escucharon con atención.

Los antecedentes expuestos por el abogado eran precisos. En el talonario de cheques adjunto, su último talón registraba con fecha primero de junio, la suma de diez mil escudos a nombre de "R. Ramírez", quedando un saldo de 430 escudos. Se acompañaba, también, un certificado del Banco de Santiago que establecía que el cheque había sido cobrado el dos de junio, registrándose la cédula de identidad de Roberto Ramírez.

Después de una corta deliberación entre los cinco miembros del Tribunal, se acordó que era innecesario efectuar mayores diligencias previas y sólo procedía imponer, al acusado, del cargo que se le imputaba, dándole cuarenta y ocho horas para que presentara su defensa escrita.

El comandante Inzunza se sentó a la máquina de escribir a redactar el acta. Su rostro estaba contraído de sincera amargura, era amigo de Ramírez y lo admiraba por su extraordinaria calidad humana.

-¿Qué pudo ocurrir? -se preguntó, mientras mecánicamente escribía las frases rituales del encabezamiento.

Dos días después, el mayor Ramírez abría la puerta de la sala donde funcionaba el Tribunal. Los cinco vocales lo esperaban en silencio; sus rostros eran inexpresivos.

-¡Siéntese, Mayor!

La frase del coronel Orellana sonó hueca.

Ramírez ocupó la silla que le indicara el Coronel y esperó.

-Hemos analizado su breve escrito Mayor -comenzó a decir el Coronel-. En verdad, no es una defensa ni un descargo, de modo que no nos deja alternativas para agotar la investigación. Usted, reconoce haber cobrado los diez mil escudos, pero insiste en que no puede declarar qué hizo con ese dinero. Ofrece devolver cinco mil escudos a la viuda y está dispuesto a reconocer la deuda del resto, que sólo podrá reintegrar cuando logre reunir el saldo. Todo esto no basta para borrar su acto deshonroso. Bien sabe que debemos tomar

un acuerdo por votación y que tres votos en contra suya significan la declaración de que usted no puede continuar en el Ejército...

-Sí, mi Coronel; lo sé muy bien -interrumpió Ramírez, casi con mordacidad.

-¡Ramírez -intervino con vehemencia el comandante Ferrada-, su caso es muy extraño! ¿Por qué quiere tirarlo todo por la borda? ¡Usted, tiene una carrera brillante y un hogar honorable que defender! ¿Por qué tanta porfía en ocultar lo que hizo con el dinero? ¿Qué futuro tiene por delante si deja el Ejército con este baldón?

-Perdone, mi Comandante, no se trata de porfía; pero, no puedo... -empezó a decir Ramírez.

En ese instante se sintieron unos golpes discretos en la puerta de la sala. El capitán Luengo pidió permiso para entrar. Se acercó al coronel Orellana y le habló al oído. El Presidente del Tribunal hizo una mueca extraña y movió afirmativamente la cabeza, sin decir nada. Luego, volviéndose a Ramírez, le ordenó, con expresión dubitativa:

-¡Mayor, pase a la otra oficina y permanezca allí!

Ramírez se puso de pie y saludó militarmente; su rostro reflejaba sorpresa e inquietud cuando cruzaba la puerta. Los vocales miraron expectantes al Coronel. Este exclamó:

-¡El sargento Mujica pide ser escuchado por el Tribunal para informar de algo muy importante en relación con lo que investigamos!

Y volviéndose al capitán Luengo, agregó: -¡Que pase inmediatamente!

El Sargento sostenía una hoja de papel en su mano derecha. Los vocales lo observaron con curiosidad. Todos sabían que él era el dactilógrafo del Cuartel General y que había trabajado de auxiliar del extinto.

-¡Permiso mi Coronel!... -empezó a decir el sargento-. Me he permitido traer este telegrama... que acabo de encontrar en los cajones de mi comandante Espíndola, que en paz descanse, cuando estaba preparando el acta de entrega de la Sección.

Luego de un instante de vacilación, agregó con vehemencia:

-Creo que por lealtad a mi mayor Ramírez tengo la obligación de entregarlo al Tribunal.

Se acercó a la mesa y en ella depositó el papel que traía, volviendo de inmediato a adoptar la posición militar.

El coronel Orellana leyó para sí el texto del telegrama. En seguida aclaró para los demás:

-Este telegrama fue colocado en Santiago el dos de junio, a las diez y media de la noche, y dice así: "Comandante Espíndola. Cuartel General III D. E. Concepción. Pagué suma exigida. PUNTO Reglamentos en mi poder PUNTO Regreso mañana. Mayor Ramírez."

Los cuatro comandantes se miraron entre sí, con expresión de perplejidad.

-Gracias, Sargento -dijo el Coronel.

El mayor Ramírez empezó lentamente a declarar, mientras el comandante Inzunza registraba apresuradamente sus frases. Los demás miembros del Tribunal escuchaban expectantes.

-El comandante Espíndola estuvo en Santiago el 31 de mayo, para retirar del Estado Mayor del Ejército los nuevos reglamentos secretos de movilización militar. Salió a las seis de la tarde del Ministerio de Defensa y pasó a la oficina de su amigo el arquitecto Echeverría, para ver los planos de la casa que tenía proyectado construir. Salieron tarde de allí y el señor Echeverría lo invitó a comer a un restaurante de calle Catedral, pues debía tomar el tren nocturno, de regreso a Concepción, a las diez de la noche. Al salir del restaurante, ambos se encontraron con la desagradable sorpresa que la citroneta del señor Echeverría había sido abierta y, junto con sustraer algunos efectos personales del arquitecto, se habían robado el portadocumentos del comandante Espíndola, que contenía los reglamentos secretos de movilización militar y que él tuvo la debilidad de dejar en el auto. En su desesperación, el comandante optó por regresar a Concepción con el propósito de dar cuenta a mi General de lo ocurrido, mientras que el señor Echeverría hacía diligencias para ubicar a los autores del robo. El Comandante llegó en la mañana del primero de junio al Cuartel General y sólo a mí me confidenció su grave problema. Estaba a punto de informar a mi General, cuando recibió un llamado telefónico de Santiago. Un individuo anónimo le dijo que tenía el portadocumentos y que, por

los papeles que encontró en él, había identificado al Comandante como su dueño. Le agregó que él no era espía ni traidor, pero que se daba bien cuenta de la importancia de los reglamentos secretos que tenía en su poder, por lo que se los devolvería previo pago de diez mil escudos en dinero efectivo. Lo citó para encontrarse de uniforme, en el Parque Forestal esquina de Miraflores, el día dos de junio, a las nueve de la noche, y que si hacía cualquier gestión policial, los reglamentos no los recuperaría jamás y él y sus cómplices sabrían cómo sacarles provecho. El comandante Espíndola bien comprendía que su lamentable descuido lo implicaba en el delito señalado por el artículo 257 del Código de Justicia Militar, que sanciona a quien por negligencia o inobservancia de la reglamentación, de lugar a la sustracción de documentos secretos. Pero, al día siguiente, tenía que dictar una conferencia de guarnición y, dada nuestra íntima amistad, me rogó que lo remplazara en la ingrata tarea.

No vacilé en hacerlo. Pedí permiso, viajé a Santiago, cobré el dinero y a las nueve de la noche me encontré con los chantajistas en el lugar indicado. Cuatro individuos se apostaron en las cercanías para prevenir una celada policial, mientras rápidamente intercambiamos el dinero y los documentos con un sujeto siniestro, con aspecto de hampón. Cuando terminó todo, quise llamar por teléfono a Espíndola, comprendiendo su impaciencia. Me dirigí al centro y no pude ubicar un teléfono público para hablar a larga distancia. Entonces pasé al Telégrafo y le puse un telegrama "extrarrápido" que ustedes ya conocen...

Los miembros del Tribunal de Honor se miraron de reojo, interrogativamente. Ninguno habló.

El mayor Ramírez sentía que su vista se nublaba. Entre las lágrimas, que pugnaba por contener, surgía el borroso recuerdo del rostro inmóvil y azulado de su amigo muerto, enmascarado en el lúgubre rectángulo de vidrio del ataúd, que contenía su cuerpo semidestrozado. A esta imagen se superpuso, por un instante, la del rostro dolorido de Elsita, que parecía hacerle un gesto de reproche.

-Gracias, Mayor, puede retirarse -dijo el Coronel.

Los cinco vocales del tribunal de Honor se pusieron de pie mientras el Mayor salía inmediatamente de la sala.

La letra con llanto entra

Autor: Andrés Cifuentes Ramírez
Ilustración: Domingo Baño



De pie detrás del pupitre, la profesora miraba, impasible, al curso que resonaba como una colmena. Con vistazos abarcadores fue estableciendo silencio. Luego, se arrellanó en la silla. Abrió su maletín y extrajo sus lentes con montura de oro. Con un gesto parsimonioso y delicado se los acomodó en la nariz. Cruzó sobre el pecho las solapas de su abrigo de piel ocultando el fulgor de un medallón de oro. Con sus manos delicadas, donde brillaban algunos anillos, abrió el inmenso libro de clases.

Había un silencio expectante.

Carraspeado levemente, dijo con firmeza:

-Voy a revisar la tarea.

Hubo un rebullir de manos presurosas que abrían bolsones, o hurgaban debajo de los bancos sacando los cuadernos. Pronto los bancos aparecieron cubiertos de palomas con las alas extendidas.

-Acuña...

El alumno que encabeza la lista del Primer Año A de Humanidades se dirigió la profesora, llevando su cuaderno en limpio de Historia y Geografía.

(Con los codos apoyados en el banco, la barbilla en las manos empuñadas, Jorge Salazar observaba a sus compañeros. Todos procedían de las Preparatorias del mismo Liceo. Él era el único que venía de una Escuela Primaria. Desde el primer día se sintió marginado. Tenía sus grupos. Durante los recreos vagabundeaba solo por los corredores o los patios. En vano alargaba los ojos buscando un antiguo compañero entre el abigarrado y tumultuoso torbellino de muchachos. Adentro del vocerío que crecía y decrecía como el flujo y el reflujo del oleaje, disimulaba su soledad.)

-Álvarez...

-No hay cómo entender a esta vieja...Por una insignificancia
o encuentra todo malo.

(Pasaba inadvertido entre sus compañeros bien vestido y
ompuestos. El llevaba un traje desteñido y unos zapatos agrietados.
Desde la galería del cine, había visto a muchos sentados en la platea.
Engullían golosinas en todos los recreos, ya traídas de sus casas o
ompradas a Clemente, el dulcero que expendía en el Liceo. Algunos
enían a clases y volvían a casa en automóvil. La actitud de los
rofesores agravaba la situación: eran indiferentes y lejanos; lo primero
ue hacía era escribir en el pizarrón una lista interminable de útiles
ara el ramo: pasaban la materia fríamente; y hasta la próxima clase,
lgunos días después... Con esto rebasaba de amarguras su corazón.)

-Barrientos...

El aludido abandonó su banco. El que regresaba se dejó caer
n el suyo con un gesto de abatimiento.

-Puchas la solterona fregada... ¿Qué tiene de malo mi tarea...?

(Recordó que en más de una ocasión alguno de ellos lo
abía visto en la calle y no lo saludó, simulando ir distraído. Pero él
divinó la razón: iba en mangas de camisa y con una tabla al hombro...
Con sus compañeros de primaria jamás le ocurrió esto, pues todos
yudaban en los quehaceres a sus padres. Algunos vendían frutas,
tros voceaban los diarios. No había grandes gastos en útiles. El
rofesor estaba junto a ellos todos los días del año... ¡Qué diferente
ra todo! ¡Que desoladora le resultaba la vuelta diaria al Liceo! Sentía
n peso extraño en todo su ser cuando transponía la gran puerta
e entrada. Le parecía empequeñecer en ese ambiente desconocido,
río, enorme. No conocía a nadie; parecía que todos le huían. ¡Y no
ener a quién contárselo...!)

-Corvalán...

Los pasos del que volvía se cruzaron con los del que acudía
la llamada.

(Empezó a hojear distraídamente su cuaderno. No faltaba
ada. ¿Qué nota le pondrían por su primera tarea? Fue un trabajo
rduo pintar tanto mapa y subrayar tanto título. Y todo sin arrugas,
n manchas, con buena letra. Acodado en el banco, con la cara
poyada en una mano, comenzó a evocar los sucesos de la víspera.

Como siempre, se fue solo a su casa. Llegó a su calle que conocía de memoria: aquí estaba el zapatero, al frente, el almacén, más allá, el puesto de pan: más abajo, el peluquero. Sobre los techos de las casas pasaban perezosamente grandes nubes algodonadas. De los alambres de la luz colgaban osamentas de volantines. Algunos perros astrosos oliscaban un lugar donde orinar. Parados a las puerta de sus casas, o trajinando, los vecinos de siempre despersonalizados por la habitualidad. Algún borracho, arrimado a la pared, mirando con sus ojos ausentes. Entraba lentamente en un túnel flanqueado de casas blancas, amarillas, rosadas, azules; impregnado de olores domésticos, de humos de cocinas, de leche vertidas en el fuego, de pan tostándose; sonoro de ruidos de cucharillas, de tazas de platillos, de sillas, de llantos de niños y de órdenes maternales en falsete. Casi al final de la calle estaba su casa. Siempre había experimentado la rara sensación de que su casa venía a su encuentro. Y no podía pasar de largo: algo como un brazo emergía desde adentro, lo detenía y lo invitaba a entrar. Cuando estaba adentro, sentía otra emoción inexplicable, sabía con certeza si su madre estaba o no en casa. Cuando ella estaba, la sentía en toda la casa; veía las piezas inundadas de una invisible dulzura, de una dulce tibieza. Cuando ella no estaba, sentía la casa vacía; los muebles parecían opacos y mustios: había un silencio hostil en cada pieza. La casa sin su madre era como la mesa sin pan.)

-Cuevas...

La voz de la profesora la escuchó más lejana. Los pasos de sus compañeros sonaron asordinados.

(Esa tarde su madre estaba en casa. Antes de verla, se lo había dicho el alborozo de su corazón. Estaba lavando en la artesa. Sus brazos enrojecidos por la acción y las lavazas, estaban nevadas por trizadas pompas de jabón. Le metió la mano en el bolsillo del delantal. Siempre encontraba allí un trozo de azúcar, un pedazo de pan, un espejito redondo, un pañuelo. Rara vez una moneda...

Mientras bebía el té con leche, la observaba pensativamente. La recordó más joven y hermosa. Como las casas, como los muebles, como los trajes, se había ido envejeciendo y afeando. No eran los años, sino el trabajo y la pobreza. Ella lo hacía todo en la casa: cocinar,

barrer, lavar, coser, comprar... y empeñar, a veces. Era la última en acostarse, y antes de hacerlo abrigaba y persignaba a los hijos. En las mañanas, cuando los demás despertaban hacía mucho rato que su andar vigoroso y constante había resucitado a la casa. Estaban las compras hechas y el desayuno preparado. La escoba había vuelto exhausta a su rincón de la cocina.)

-Durán.

La voz de la profesora le sonó como la caída de una fruta en la tierra...

(Una tras otra fueron cayéndosele sus tapaduras de oro, luego, sus dientes. Ahora la sonrisa se sujetaba en sus colmillos. Tal vez por eso su madre reía menos ahora. Sus zapatos y sus trajes se habían deformado y desteñido con el intenso trajín. Tenía poca ropa: todo cabía colgada en nos cuantos clavos detrás de la puerta del dormitorio. Guardados con papeles en el interior estaban sus zapatos de gamuza negra. Su ropa de trajín, que era como segunda piel, era de color café. Sólo el delantal lo cambiaba con frecuencia y tenía otras tonalidades. El delantal y la escoba en las manos constituían la visión de su madre cuando la evocaba.

La madre escobillaba con ardor, la cabeza caída y los brazos sumidos en las lavazas. De vez en cuando se erguía y con el dorso de la mano se ordenaba algunos cabellos cenicientos desprendidos del moño. Jorge, observaba su rostro rubicundo y sudoroso. Amaba entrañablemente a su madre; pero era parco en caricias. Su amor lo traducía en obediencia y en algunas bromas. Nunca había podido expresarlo en arrumacos: se le deshacían las palabras en la boca, se le enredaban las caricias en las manos, y no le quedaba sino sonreírle, entre azorado y mohino. Cuando niño no le ocurría esto. Sólo después que le engruesó la voz se había tornado huraño y solitario. Su madre parecía comprenderlo, pues lo trataba como siempre: lo acariciaba con sus manos ásperas, con su voz blanda, con su sonrisa afeada por la ausencia de los dientes.)

-Fernández...

La voz le parecía una campanada distante...

(Dio el último sorbo al té con leche, lavó la taza y sacudió el hule descascarado de la mesa. Pensó un largo rato antes de hablar.

Había escasez en su casa y no se atrevía a pedir nada. Finalmente, con voz ahogada le contó a su madre que debía traer esta tarea. Para hacerla le faltaba todo: texto, cuaderno, tinta, lápices de color, etc.

Recordaba con angustia la discusión que tuvo con ella antes de persuadirlo: para obtener dinero el único medio era empeñar sus zapatos de gamuza negra. Jorge los observó con pena. Estaban casi nuevos y olían tiernamente a su madre...)

-González...

Ahora oía la voz como en sueños.

(La librería "Colón" era un local bajo y sombrío. Olía a polvo, a libro viejo, a papel impreso, a tiempo detenido. El dueño, un español paciente y silencioso, vivía sólo en la trastienda. No tenía dependientes. Solía haber una muchacha, transitoriamente. Por lo general, no había nadie tras el mostrador, y antes de llamar los muchachos hurtaban cualquier material al alcance de la mano. Era el modo de resarcirse de lo caro que cobraba. Jorge golpeó el mostrador con una moneda. Como desde adentro de un túnel apareció un hombre de edad indefinible, de estatura regular, de cara cuadrada con un lunar negro en la mejilla, de tez blanca y escaso pelo castaño. Como jamás se le vio en otro lugar que no fuera su librería, daba la impresión de que no tuviera piernas, sino que todo su ser fuera lo que emergía sobre el mostrador. Jorge le alargó la lista de útiles que necesitaba. El español recorrió el local buscando y apartando la mercadería. Desde un rincón, exclamó sin mirarlo, sino que hurgando en un estante:

-No me queda tinta azul ni negra. Tengo solamente tinta verde.

-¿Verde...?, preguntó extrañado Jorge.

-Sí. Se está usando recién. Es el color de moda para lapicero fuente.

-Pero yo escribo con lapicero de palo, rio Jorge. En fin, si no hay de otra...

En un almacén compró una vela gruesa, pues se amanecería escribiendo. Llegó a su calle a esa hora en que la tarde se entristece. Caminó lentamente para apreciar cómo anochecía. Los grillos chirriaban como si fueran los goznes enmohecidos de la abigarrada

puerta del ocaso, que se entornaba lentamente. Los murciélagos volaban en todas direcciones colgando la noche de los aleros de las casas.)

-Herrera...

La voz le sonó a golera en el cielorraso.

(Cuando todos se acostaron, desocupó la mesa, arrimó una silla y se dispuso a trabajar. Encendió la vela recién comprada: quemó la punta de la pluma nueva: abrió el libro virgen, que sonó como pan que se parte; empezó a escribir. Primero lentamente, con cuidado. En seguida, con la seguridad que da el primer intento favorable. Se detuvo a observar el hermoso color verde de la tinta. Mirando de soslayo la escritura, le pareció estar tendido en un herbazal. Los rasgos eran como los tallos tiernos del yuyo. Era una visión nueva. El ojo se dilataba frente al verde. No era el contraste violento de la tinta negra sobre el papel blanco; ni el color azul, tan común: ni el detestable violeta, que dejaba un reborde luminoso al espesarse, o amenazaba esfumarse cuando la pluma se sentía exhausta. El verde era nítido, firme, acariciante. Sonriendo, continuó escribiendo con brío. Se oía el roce de la pluma en el papel. De pronto, tuvo miedo. Estaba, demasiado sólo. Por la calle no pasaba nadie. Era la primera vez que se quedaba en pie mientras los demás dormían. Sintió que el silencio le pesaba. Miró la pieza en contorno. La luz de la vela dejaba en penumbra los rincones, donde las arañas sostenían la sombra con sus telas. En los muros desconchados negreaban algunas moscas. El cielorraso, combado a trechos. Estaba descolorido; en las junturas de las tablas aparecía ennegrecido por las deyecciones de las moscas. El mueblaje era mínimo: la larga mesa familiar, las sillas de respaldo alto, el aparador que contenía la vajilla indispensable. Todo aparecía deslustrado por el tiempo, herido por el uso. Ennegrecidos y pringosos por la frecuencia del trato manual, estaban los cajones y las portezuelas de los muebles. En las paredes colgaban litografías baratas compradas a vendedores semanales.)

-Morales...

Oyó la voz como el paso de un gato en el entablado.

(Sintió miedo. El silencio brillaba en los objetos. Desde el aparador, un tiesto lo miraba con el ojo negro de una saltadura. Los

muebles y los tiestos proyectaban en el techo y en los muros siluetas de pavorosos y trémulos contornos. Inquieto, volvió la vista a la luz. La llama de la vela se agitaba como una mariposa. En el extremo del negro pabilo fulgía una rosa ígnea. En la base de la llama se licuaba de calor la esperma. Cuando rebasaba la fuente, se vertía en largas y candentes lágrimas. Largo rato estuvo observando este espectáculo. Le sugería algo nebuloso e inefable: ¿se consumiría la vela en llanto? Sacudió su ensimismamiento y volvió al trabajo. Ya faltaba poco. Se frotó las manos; se restregó los ojos; se desperezó en su asiento y continuó.)

-Pérez...

Le pareció que una pesada gota de agua rebotaba en un tiesto repleto.

(De la pieza que daba a la calle le llegó un penetrante olor a madera. Allí estaba el taller de su padre. Era un hombre infatigable. Trabajaba todos los días y jamás lo había visto enfermo. En la durísima madera de algunas herramientas, estaba el vaciado de sus manos laboriosas y fuertes. Sus padres trabajaban abnegadamente. Había despertado a esta evidencia hacía poco; precisamente cuando ingresó en Liceo. Desde entonces había dejado de jugar y se tornó meditabundo y silencioso. Su padre le había contado las dificultades que tuvo de estudiante. De cómo las circunstancias le habían frustrado sus anhelos. Y de la fe que tenía en él, su hijo mayor. Era el alargamiento de su sangre, la esperanza renovada de la fructificación de sus sueños. Jorge sentía esa desgarradora responsabilidad y estudiaba con interés. Se daba cuenta de que en su familia él simbolizaba la esperanza.)

-Ramírez...

Oyó la voz como una lluvia lejana.

(Cuando por fin terminó, estaba helado. Le hormigueaba una pierna; tenía angarrotados los dedos de la mano derecha; le parecía tener arena dentro de los ojos. Repasó las hojas escritas; miró los mapas coloreados con esmero; cerró cuidadosamente el libro. La tarea estaba lista. Tomó la palmatoria para irse al dormitorio. En ese momento oyó la hora que daba en la Cárcel: eran doce campanadas que se desleían en el silencio de la noche. Se fue en puntillas a la

cama. Se desvistió sigilosamente y se acostó junto a su hermano menor. Cerró los ojos y el sueño lo abatió rápidamente. Soñó con una vela; una enorme y gruesa vela con una llama que iluminaba todo el cielo. Trataba de apagarla soplando con todas sus fuerzas; pero la llama era una mariposa aleteante imposible de ahuyentar. Luego se convertía en un puñalito ígneo que desgarraba las sombras. Era como una lengua voraz que se nutría de penumbra. Después se vio caminando por un campo blanco erizado de verdes tallos: era su propio cuaderno. Repentinamente, los tallos crecían, se entrecruzaban por encima de su cabeza y quedaba aprisionado en la manigua. Finalmente, los tallos lo levantaban en el aire y flotaba de espaldas, ingrávido, sumido dulcemente en un extraño fluido tibio y blando, que no sabía si era cielo o era agua. Despertó temprano. El taconeo de su madre ya había iluminado la casa. Se vistió bostezando, medio dormido todavía. Los pájaros piaban alborozamente en los árboles del patio. Hacía un poco de agradable frío. Había llegado temprano al Liceo. ¡Qué satisfacción sería llevarle a su madre, a cambio de sus zapatos, una buena nota de su primera tarea! ¡Valdría la pena haber trasnochado! Evocó su casa: vio a su madre entre los tiestos de la cocina; a su padre, curvado en el banco.)

-Salazar...

Sintió que le tocaban el brazo y escuchó, ahora, varias voces que lo nombraban. Volvió como de un sueño y vio varias caras mirándolo desde todas partes.

-Salazar... Salazar; te toca hombre, despierta. Anda adelante con tu cuaderno. ¡La vieja te va a retar...!

Despabilado, se levantó apresuradamente y caminó hacía la profesora llevando su cuaderno abierto. Cuando estuvo junto a ella percibió el agradable olor de su perfume. Era como un halo que la hacía inaccesible. Las miradas de sus compañeros lo punzaban. El cuchicheo de algunos le parecía una confabulación en su contra. Sentía la boca seca y frío en todo el cuerpo. De pronto, la profesora lo miró por encima de sus lentes; con el ceño arrugado por la sorpresa, le preguntó:

-¿Cómo se le ocurrió hacer un cuaderno en limpio con esta tinta verde...?

-No había otra, señorita... Pero revíseme el cuaderno; está la tarea completa... Jorge tragaba saliva, porque la voz le había salido como un susurro y la lengua se le había pegado al hablar.

-Soy yo quien califica las tareas. Me basta con ver la primera hoja para rechazársela. Todos sus compañeros han traído la tarea con tinta azul o negra. Y usted, por dárselas de original, la hizo con esta tinta de un color horrible, que no se usa...

Jorge miraba desconcertado y pálido a las paredes, a sus compañeros... No sabía dónde tenía las manos ni los pies. No encontró qué decir.

- Tiene un uno. Y trazó con un grueso lápiz rojo un número recio que quedó como una herida abierta en la hoja nívea. Haga su tarea de nuevo, con otra tinta, y le pongo otra nota. Y le entregó el cuaderno, sin mirarlo, impasible.

-Sánchez...

La voz de la profesora lo empujó hacía su asiento. Le temblaban las rodillas. Caminó como en sueños. Veía borrosas las caras de sus compañeros. Casi a tiendas llegó a su banco y se dejó caer. Sintió un nudo en la garganta y abrió la boca para no sofocarse. Como un trompo giraron en su memoria todos los acontecimientos de la tarde anterior. Recordó la visión de la vela lagrimeante, ahora como un obscuro presagio. De pronto, sintió sus párpados rebosantes de un líquido candente y diáfano. Silenciosamente, inclinada la cabeza sobre el banco, empezó a llorar –como una vela –gruesas y pesadas lágrimas sobre la tinta verde de su cuaderno abierto...

-Seguel...

La voz de la profesora le sonó desafinada, rota, detestable, como una campana desafinada...

A la Deriva

Autor: Jorge Edwards
Ilustración: Jimmy Scott





EN EL atardecer, don Alejandro se siente más liviano, más sereno, más en armonía consigo mismo. Abre la ventana y mira el cielo sobre los techos. El sol ha desaparecido hace un rato. La brisa fresca, entremezclada de rumores confusos, le ahuyenta de la cabeza las ideas depresivas. Don Alejandro respira con profundidad, absorto, intentando prolongar el instante agradable. Todo el día lo ha sofocado un hormigueo de vacilaciones, de preocupaciones absurdas. Los días anteriores han sido igual. En verdad, a don Alejandro le cuesta recordar una época diferente. ¿Veinte años atrás, cuando vivía su mujer y él conservaba su dinero?... Lecturas apasionadas, viajes a Europa, discusiones interminables en que se reordenaba el engranaje descompuesto del universo. Pero ese tiempo se ha extinguido sin remedio. Don Alejandro cierra los ojos, angustiado por la evocación. Después de un rato, siente frío y se retira de la ventana. Empieza a vestirse lentamente para salir.

Le gusta el momento en que la obscuridad termina por vencer al día. La agitación de la gente y del tráfico, a la salida del trabajo, y el juego de las luces artificiales, que se destacan contra la sombra azulosa. Es una de las últimas tardes de noviembre. Las luces se han encendido hace rato, pero la claridad, arriba de los edificios, parece obstinada en permanecer. Un fulgor ceniciento sobre las formas disparejas, grises.

Con esa hora crepuscular, la angustia se disuelve inexplicablemente. Como si de pronto le quitaran un peso enorme de encima. El resto de la tarde es un sueño; lo único real es ese instante de liberación, ese surgir de fuerzas frescas, que antes han permanecido agazapadas y ahora desbordan hasta su última fibra. Don Alejandro se siente joven, una vez más.

Atraviesa una parte de la Alameda con cautela, sin despegar la vista de los automóviles detenidos en la esquina, frente a la luz roja. En la explanada central, ya fuera de peligro, se abandona con delicia a su estado de ánimo. Camina con energías inusitadas, haciendo que su bastón describa en el aire figuras caprichosas. No hace frío ni calor. Todo en el conjunto nocturno, es estimulante: las luces de los edificios, los focos de los automóviles, los letreros luminosos rojos y verdes, el bullicio... Una sonrisa pugna por asomar a los labios de don Alejandro. Sin darse cuenta, agita su bastón con alocado entusiasmo.

El rabillo de su ojo capta a tres muchachas que lo miran y aparentemente se ríen de él. "¡Ríanse, nomás!", piensa don Alejandro, complacido. Vuelve la cabeza en dirección a las muchachas. Ellas siguen su camino, curvándose bajo el efecto de la risa. Una le dirige, una mirada burlona, por encima del hombro. "Debo de haber estado riéndome solo", se dice don Alejandro, sonriente, mientras el bastón en su mano derecha adopta un movimiento más lento, más indefinido. Don Alejandro se detiene, momentáneamente pensativo. Adelante, la Alameda se extiende solitaria. Hay una fea casucha de madera, construida con algún fin provisional y después olvidada. La imaginación de don Alejandro ha retenido el rostro de la muchacha que lo miró por encima del hombro; don Alejandro cree haber visto que tenía bonitas pantorrillas, y bonitas caderas. Súbitamente, da media vuelta y camina en el rumbo de las muchachas. Sus energías rebosantes se manifiestan, de nuevo, en el revoloteo del bastón y en el rostro, que apenas contiene una franca explosión de risa. Va mirando las copas de los árboles, débilmente iluminadas por la luna – cerca del tronco, los árboles concentran la oscuridad —, y tatarea despacio una canción de su juventud:

¡Y el tipitín,
Y el tipitón,
Y el piececito
Qu'es tan coquetón!

Del resto de la canción no se acuerda, pero le basta repetir esa parte, y la atmósfera peculiar de su juventud, conjurada por un sinnúmero de asociaciones, lo cala hasta los huesos. Sensaciones contrarias —arrebato, inspiración, desesperación, melancolía— luchan en su pecho, durante algunos segundos.

Don Alejandro se detiene antes de atravesar una calle. Las muchachas, que acaban de atravesar, se han distanciado un poco. Las pantorrillas de la que había mirado son, efectivamente, blancas y redondas, blancas y redondas... Don Alejandro, conmovido, alza su bastón y casi golpea la ventanilla de un automóvil que pasa. La calle, después, se despeja, vuelve a quedar sumida en el silencio, y don Alejandro atraviesa con dignidad, echando atrás la cabeza. Las muchachas, ahora, van lejos. No son más que tres bultos que emergen de la sombra al pasar bajo un farol. Don Alejandro cree ver que tuercen hacia la izquierda y que desaparecen tras de los árboles, como si fueran a cruzar la Alameda.

—¡Buenas noches, don Alejandro, muy buenas noches!

Mira de soslayo y lucha torpemente por sacarse el sombrero, esbozando un saludo. Un hombre menudo, pulcro, hace venias y sonríe melosamente, con aspecto de querer iniciar una conversación. Don Alejandro apura el paso, el tipo es un tonto que ha conocido en un club político, años atrás; de esos que andan eternamente tratando de colocarse... De modo insensible, don Alejandro se desvía hacia la senda que han seguido las muchachas. Apura el paso, esperando que el señor no insista en hablarle, y al transcurrir un rato respira con alivio.

Se encuentra en una calle tranquila, bordeada de árboles polvorientos, fantasmales. Los tacones de las tres muchachas resuenan con nitidez en la vereda, a media cuadra de distancia. Han caído en la cuenta de que él camina detrás de ellas y conversan con indiferencia, sin darse por aludidas de su proximidad. A don Alejandro lo comienza a dominar cierta conciencia del ridículo. Un impulso mecánico le impide cambiar de rumbo, así que acorta el paso y adopta una expresión ausente, desprevenida. Sus ojos pardos siguen clavados, inertes, en las pantorrillas blancas. En ese momento las muchachas cruzan el umbral de la puerta de una casa.

Don Alejandro pasa despacio junto al umbral y descubre que las muchachas ya entraron. Sigue caminando, extrañamente desorientado. El impulso voluntario continúa empujándolo, pese a que sus piernas, agotadas, se resisten a obedecer. Trata de apoyar el cuerpo en el bastón, pero ahora el bastón, en vez de revolotear ufóricamente, pesa y constituye un estorbo. Don Alejandro escucha entonces un movimiento de pies ágiles, cerca del balcón de la casa, unas risas sofocadas, y un breve chaparrón de agua rebota con fuerza contra su sombrero, salpicándole el traje. Don Alejandro, torciendo con dificultad el cuello, observa el balcón. Una figura de mujer corpulenta sale con lentitud de la penumbra, apoya dos poderosos brazos morenos en la baranda y fija en él unos ojos que lanzan destellos desafiantes. Don Alejandro, enderezando el cuello, se coloca otra vez el sombrero y reanuda su camino, paso a paso.

En la esquina se divisa una fuente de soda abierta. La calle está más animada en ese sector. Una radio chillona distribuye su música a los cuatro vientos. Don Alejandro entra a la fuente de soda y un reloj, en lo alto de un aparador desvencijado, le advierte que se ha hecho tarde. "¡Qué le vamos a hacer!", piensa, suspirando y tomando asiento junto al mesón. Se saca el sombrero y vuelve a suspirar, mientras observa el fieltro amarillento y mojado. "Mejor será que descansemos un poco". Pide un *sandwich* de queso en pan de molde y mira con aprensión las manos grasientas del mesonero, que manipulan un queso duro, sepultado en un extremo del mostrador. Don Alejandro se palpa el estómago, sintiendo de antemano los efectos del queso. A su lado hay un joven pálido, provisto de varios libros desencuadernados e inusitadamente sucios. Súbitamente poseído por una necesidad imperiosa de conversar con alguien, don Alejandro le pregunta al joven qué estudia.

—Leyes —contesta el joven, con desconfianza.

—¡Leyes! —Don Alejandro mueve la cabeza. ¡Muy bien! ¡Muy interesante! ¿Y qué le ha llamado más la atención en sus estudios?

El joven, rígido y huraño, no contesta. Don Alejandro sonríe, entonces, las opiniones del joven sobre política y éste, tras un corto titubeo, se acomoda en el asiento y manifiesta su adhesión al

socialismo y su desprecio absoluto por la clase burguesa. El joven acompaña estas palabras con una mirada de ostensible desdén. Alzando las cejas, don Alejandro guarda silencio. El vidrio del mostrador refleja la blancura impecable de su camisa. Don Alejandro no sabe qué decir sobre los burgueses. El joven ha llevado la conversación a un terreno impracticable. Cuando el joven sale, don Alejandro se despide inclinando la cabeza y sonriendo con amabilidad.

En la casa, su hermana Inés ha comido y lo espera sentada severamente en el salón, bajo una lámpara.

—Se me hizo tarde —dice don Alejandro, que camina con vacilación y lleva la mano derecha sobre el vientre. El avance accidentado del queso por el estómago marca una mueca en su rostro.

Inés mueve la cabeza, sin decir palabra, y se dirige a su habitación. "Buena cosa", murmura don Alejandro. Al entrar a su pieza, don Alejandro tararea una canción en voz baja. Está inmensamente cansado y siente en la boca el gusto rancio del *sandwich*. Debe hacer un supremo esfuerzo para sacarse los zapatos. "¡Buena cosa!". Se hunde en las sábanas frescas, apaga la luz y queda con la vista fija en el cuadrado de la ventana, bañado por la luna. El cansancio relega los sucesos del día a un olvido profundo. Un día como cualquier otro, un día entre los días. Inútil a la vez que irreemplazable, pero el vacío es mejor que el tráfago de las contrariedades cotidianas; las células adoloridas del cerebro de don Alejandro, ahora despojadas de toda idea, salvo la del cuadrado de luz lunar, se van relajando poco a poco.

El Árbol

Autor: Maria Luisa Bombal
Ilustración: Andrés Muñex



EL PIANISTA se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente, hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

"Mozart, tal vez", piensa Brígida. Como de costumbre, se ha olvidado de pedir el programa. "Mozart, tal vez, o Scarlatti..." ¡Sabía tan poca música! Y no era porque no tuviese oído ni afición. De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista, en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave de Fa, jamás. "No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de Sol". ¡La indignación de su padre! "¡A cualquiera le doy esta carga de un hombre solo con varias hijas que educar! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura".

Brígida era la menor de seis niñas, todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, llegaba tan perplejo y agotado por las cinco primeras, que prefería simplificarse el día declarándola retardada. "No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina, oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue". Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

"¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart; desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora".

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—"Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu ex marido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco".

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desatadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos obscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba, sentada al borde de la fuente? En nada. "Es tan tonta, como linda", decían. Pero, a ella nunca le importó ser tonta ni "planchar" en los bailes. Una por una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. Él la alzaba y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el pelo, ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?) como una lluvia desordenada.

"Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros".

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto.

Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y arrastrándola en un ritmo segundo por segundo más apremiante,

la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente en tanto crece la llama de las luces artificiales.

De nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos, refulgente y manso, pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón —solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado—. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado —protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde—. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado —contestaba él, y la besaba.

Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh, ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te empezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame. . .

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella, inconscientemente, durante la noche entera, perseguía el hombro de

u marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un lima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, uis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle os buenos días, por temor al collar de pájaros que se obstinaba en etenerlo fuertemente por los hombros.

"-Cinco minutos, cinco minutos, nada más. Tu estudio no va desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo, Luis".

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero —era urioso— apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba omo por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de ojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le astaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación ienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las añanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir, asta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, l árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por as paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaban en n bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía n mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso omero! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era l único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que desde un ostado de la ciudad se despeñaba directamente al río.

"—Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho ue hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, sí, estoy en el lub. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que o me esperes, Brígida".

—¡Si tuviera amigas! —suspiraba ella. Pero todo el mundo e aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero ómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente ay que empezar desde chica, ¿no es verdad?

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban todas partes, pero Luis —¿por qué no había de confesárselo a sí

misma?— se avergonzaba de ella, de su ignorancia, de su timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintiuno, como si su extrema juventud fuera en ellos una tara secreta?

Y de noche ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se había casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre. Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa, y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebato del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

— ¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. "No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar".

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella, inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño... —había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora del almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche, comía frente a su marido, sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía está enojada, Brígida? ... Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no puedo estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

...

—¿Quieres que salgamos esta noche?...

...

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

...

—¡Qué lindo traje! ¿Es nuevo?

...

—¿Es nuevo, Brígida? Contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.

En seguida, lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis que se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.

Ella se había levantado a su vez, atónita, temblando de indignación por tanta injusticia. "Y yo, y yo —murmuraba desorientada—, yo que durante casi un año... cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No

volveré a pisar nunca más esta casa..." Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fue entonces cuando alguien golpeó con los nudillos en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde fuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas del gomero como por los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie, mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. "Estudios" de Federico Chopin.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también él obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: "No, no; te quiero, Luis, te quiero", si él le hubiese dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se habían precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegara a odiarla, la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquilo y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Y del fondo de las cosas parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: "Siempre". "Nunca"...

Y así pasan las horas, los días y los años. ¡Siempre! ¡Nunca! La vida, la vida!

Al recobrarse cayó en la cuenta que su marido se había escurrido del cuarto. ¡Siempre! ¡Nunca!... Y la lluvia, secreta e igual, aún continuaba susurrando en Chopin.

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y enceguecedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el "clavel del aire" y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el tiritar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río—, y era como hundir la mirada en un agua movediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacías de todo pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara

resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana. El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido bajo la corteza del gomero sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

Melancolía de Chopin engranando un estudio tras otro, engranando una melancolía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomero permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer, sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana.

"Las raíces levantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos..."

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira? ¿La sala bruscamente iluminada, la gente que se dispersa?

No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz blanca, aterradora. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz: Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones.

Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana se abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos, en mangas de camisa, patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle; desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir.

No comprende cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor. . .

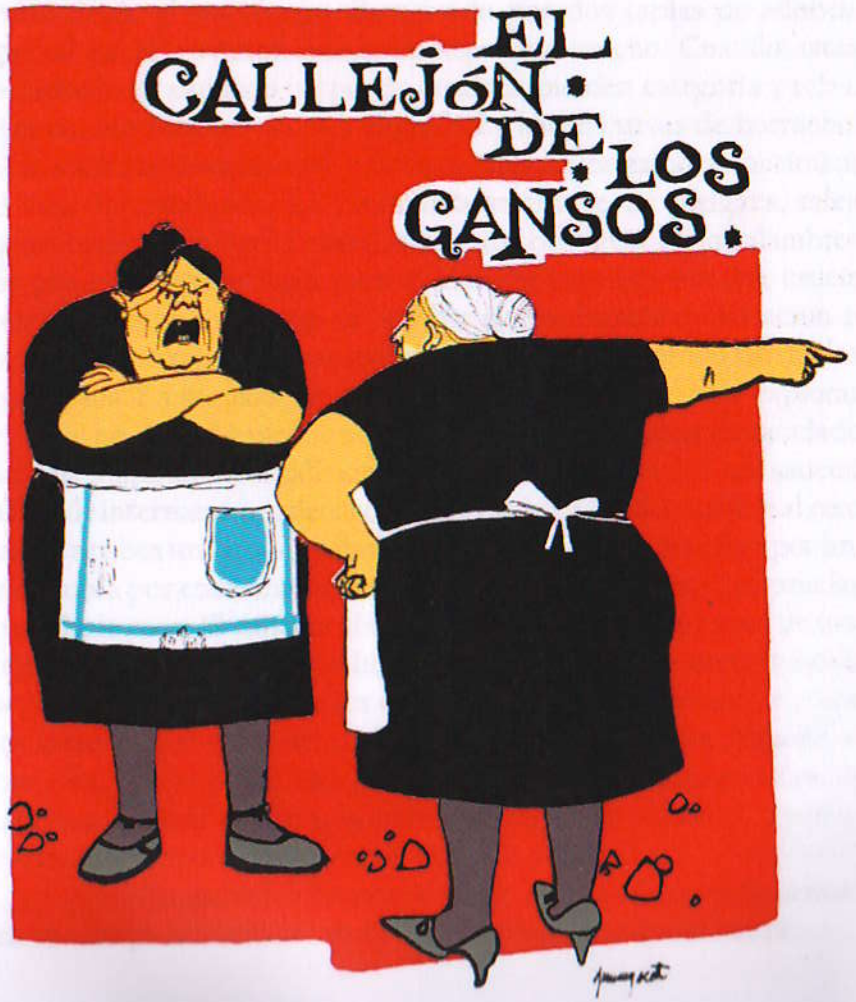
—Pero, Brígida, ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedabas? —había preguntado Luis.

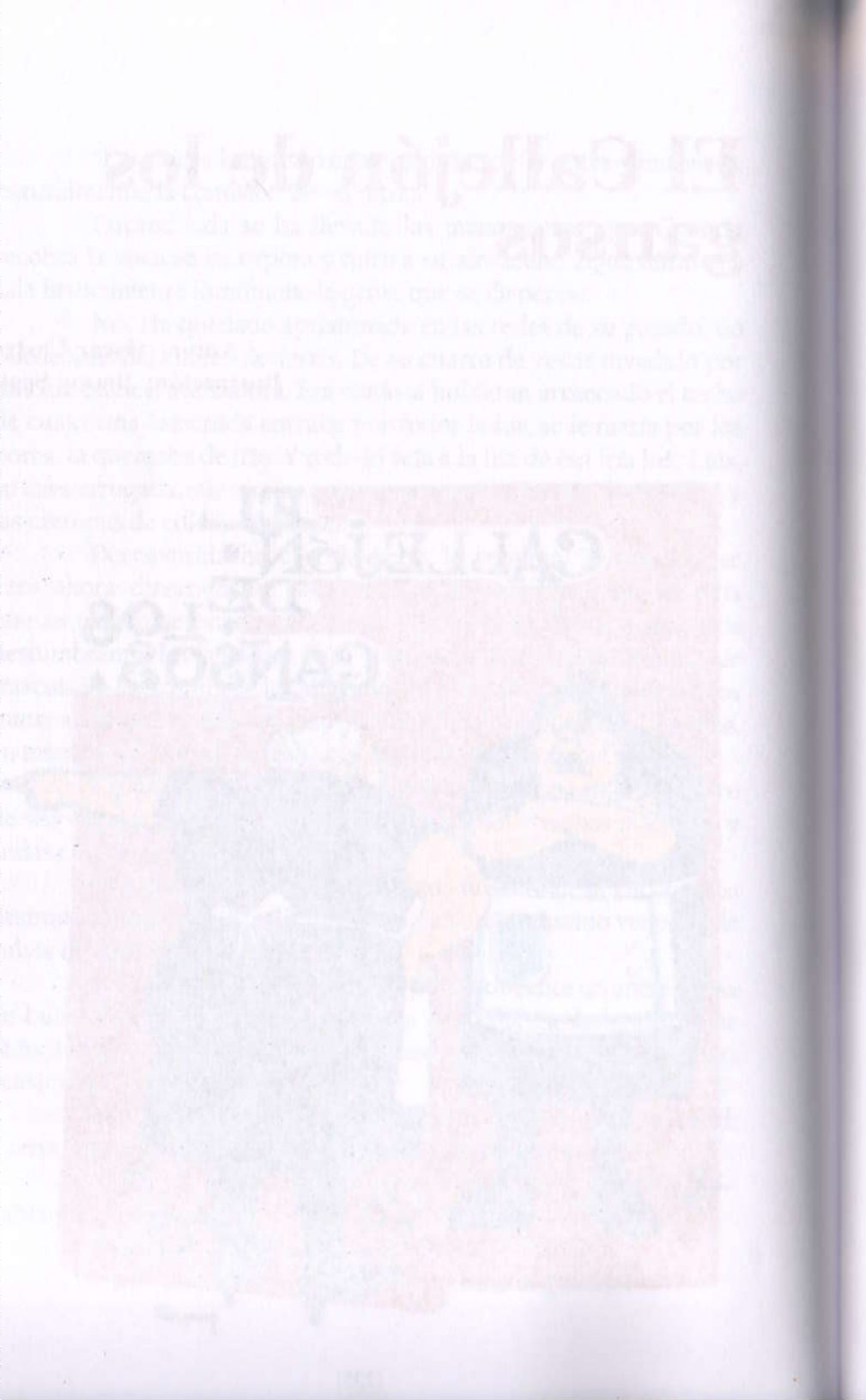
Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han cortado el gomero.

El Callejón de los gansos

Autor: Oscar Castro
Ilustración: Jimmy Scott





CALLEJÓN DE LOS GANSOS lo llamaron, y nadie sabe todavía por qué. Será porque resulta una gansada aventurarse por él. O por el desgano de sus curvas, de sus árboles y hasta de sus piedras. Parte desde el pueblucho, flanqueado por dos tapias de adobes, que, al nacer, tuvieron miedo de separarse mucho. Cuando estas paredes han caminado un par de cuadras, pierden categoría y tejas. Pierden también un poco de dignidad y hacen curvas de borracho. Más adelante desaparecen, y dos corridas de zarzamora continúan el viaje interrumpido. La zarzamora se aburre, se adelgaza, ralea lamentablemente, hasta enredar una que otra guía en los alambres de púa que siguen. Aquí para el callejón empieza una vía crucis terrible. Logra conservar su nombre por milagro, equivocación u olvido. Primero es una acequia que se desborda, formando barrizales pavorosos. En seguida, unos chanchos que se encargan de explorar el lodo, no dejando piedra por remover. Feliz de haber distanciado aquella inmundicia, el callejón se detiene a la sombra de unos sauces, antes de internarse con decisión en un estero. Sale inconocible al otro lado y titubea un rato, sin saber cuál es su rumbo. Lo descubre por fin, y curiosea por entre un montón de casas que se apartan desganadas para darle paso. El callejón abre, sin premura, el ojo nocturno de una noria, y ve que se halla en el fundo *Los Litres*. Así como antes hubo de soportar las vejaciones de los cerdos, ahora vuelve a ensuciarse con los insultos que cambian, de lado a lado, dos comadres. Aquello es tan soez, que el pobre callejón enrojece en unos pocos pedazos de ladrillos con que le han rellenado un bache. Sin embargo, como es curioso, se detiene unos trancos más allá, y escucha.

—Lo que debía hacer es echarte la boca al seno y encerrarte en tu casa pa no asustar con tu cara'e lechuza a la gente honrá.

—Eso'e gente honrá no la habís de decir por vos, seguramente, que echay a l'olla las gallinas ajenas. Ni por tu hija creo que tampoco porqu'esa, ¡psh!...

—¡Deslenguá! ¿Qué le tenís que sacar a la Vitoria? Habíay de fijate primero en la cría tuya, esa lindura'e José Manuel, que trabaja tres días y toma otros tres en la semana.

—¿Y te píe por si acaso dinero a vos pa dase gusto? ¿O tiene que tomarte parecer pa gastar lo qu'es preúto'e su trabajo?

Tras las ventanas de las casas próximas, disimulándose lo mejor que pueden, hay catorce o dieciséis orejas que disfrutan con placer de aquella audición gratuita. En apariencia, las contendoras son sólo dos; pero en realidad cada una tiene fervorosas partidarias. Es una lucha de derecha contra izquierda. Las vecinas del lado de Domitila Lucero simpatizan con Juana Carrillo, y viceversa. Debe ser porque los patios están abiertos por detrás, y desde allí se ven las bambalinas, mientras que desde el frente puede observarse sólo el decorado.

El callejón viene presenciando parecidas escenas desde hace unas semanas. Como sabe que es peligroso terciar en tales disputas, permanece neutral en apariencia; pero de vez en cuando se gasta sus bromas disimuladas. El otro día, por ejemplo, cuando el bombardeo palabreril amenazaba llegar a las vías de hecho soltó desde un recodo, como una caja de sorpresa, el coche del patrón. ¡Había que ver el desconcierto de las peleadoras! Haciendo un esfuerzo sobrehumano enmudecieron. Pero sus miradas continuaron cruzándose con furor homicida. Por un minuto los ojos fueron más elocuentes que cualquier lengua. No obstante, cuando el "jutre" les hizo una venia, ambas sacaron desde el doble fondo de su ser unas sonrisas tan beatíficas que los propios serafines habrían sentido envidia. Mas apenas el coche hubo pasado, ya estaban las miradas cruzando sus relámpagos y cada boca quería ser la primera en iniciar el tiroteo. No contaban, sin embargo, con la malicia solapada del callejón, que soltó al mayordomo detrás del amo. Ambas mujeres miraron desoladas al nuevo intruso, y se metieron echando chispas en sus respectivas viviendas. Un gato que se estaba comiendo la *color* pagó las consecuencias en casa de Domitila, y un pollo que picoteaba la ensalada, en la de Juana Carrillo.

El callejón conoce perfectamente el porqué de aquella terrible rivalidad, pero se lo calla con obstinación. Él presenció la escena ocurrida cuando Antonio, el marido de Domitila, trajo "de un ala" a Victoria, la hija, que conversaba con José Manuel, retoño de Juana, bajo unos sauces del contorno. La batahola de aquellos días fue homérica. Salieron de la casa los lloros desesperados de la muchacha y las palabras rotundas de la madre. Victoria no se vio asomar a la puerta por espacio de dos días, y al cabo de ellos apareció con un ojo morado. Pero Domitila no había concluido su obra, y aprovechó la primera ocasión para vociferar destempladamente en contra de la vecina. Esta supo corresponder a la invitación, y ahí no más comenzó la cosa. Ocasiones hubo en que las espectadoras de uno y otro bando estuvieron a punto de interceder en el pleito no para darle fin, sino para increpar a la deslenguada que tenía a mal traer a la respectiva favorita. El callejón, en tales casos, ha oprimido con oportunidad el botón de su caja de sorpresa.

Porque el callejón tiene buenas entrañas, a pesar de su aspecto repulsivo. Ahora, por ejemplo, se ha detenido para tomar el pulso a la pelea. Desde las primeras palabras le ha entrado el convencimiento de que el asunto no lleva miras de alargarse. Es que las contendoras, tras habérselo dicho todo, se repiten en forma lamentable. Por eso el callejón las abandona y continúa su trayecto, escondiéndose tras un recodo. Va distraído por entre una sonante hilera de álamos, cuando lo cogen de sorpresa dos muchachos que cambian pedradas con entusiasmo enorme. Son dos rapaces que con sus edades sumadas no alcanzan a completar dieciocho años. El uno mugriento, pelado a la de Dios es grande, con una chaqueta descomunal sobre unos pantalones que le vienen estrechos, tiene un montón de piedras a su lado, y las va lanzando con soltura y decisión. Pero el contendor—chascón, en mangas de camisa— posee dos ojos excelentes y de un salto deja sin efecto los tiros de su opositor. A su vez, amaga en forma peligrosa la posición contraria y el otro debe darse maña para que un proyectil no le rompa la cabeza...

—¡Ey va ésa, empelotao! —dice el de la chaqueta disparando un pedrusco.

—¡Y ey tenís la contestación, tiñoso! —grita el rival.

—¡Esa pa tu agüela!

—¡Y esa pa tu hermano el curao!

—¡Y esa pa la Vitoria, que tiene trato con el llavero!

—¡Y...!

La frase no alcanza a completarse, porque un impacto en plena frente ha dado en tierra con quien iba a pronunciarla.

El "hechor" aguarda un momento, con la sorpresa asomándosele por entre la mugre de la cara. Luego, al barruntar que la cosa se pone fea, echa a correr por los potreros sin volver la cabeza, tal si una "catervá" de diablos lo persiguiera.

El callejón lamenta que los hijos continúen las disputas de los padres, y luego alarga una rama de sauce al herido para que éste pueda pararse. En seguida hace sonar las aguas de una acequia regadora, invitando al rapaz a que se lave la sangre. Mientras la víctima con rabia reconcentrada en su interior, procura borrar los rastros de la agresión, masculla escalofriantes amenazas, la menor de las cuales es enterrar vivo al contendor y venir a regarlo todas las mañanas con lejía caliente.

Quisiera el callejón volverse para ver qué van a decir Juana y Domitila cuando sepan el percance; pero prefiere confiar en que el herido, por hombría, callará el origen de aquel "cototo", atribuyéndolo a un golpe casual. Y prosigue su tortuosa trayectoria por en medio de dos potreros en que el trigo maduro mueve mansamente sus oleadas aurinas. Como es despreocupado, pronto se olvida de todo, dejando que lo arrullen los cascabeles de las espigas y que las chicharras lo adormezcan con el monótono son de su chirrido. Cuadras y cuadras se deja ir, absorto en este sueño, hasta que un rumor de conversaciones viene a sacarlo de su letargo. Cerca de allí, bajo unos nogales frondosos, varios segadores, tendidos con despreocupación, se precaven de rayos solares que caen en lluvia enceguecedora sobre los campos. Han terminado de almorzar y charlan con desgano, esperando que la voz del capataz los llame de nuevo a la faena. En los nogales o sobre la hierba ponen las hoces un paréntesis. Este paréntesis separa el bochorno canicular de la frescura que bajo los árboles se disfruta.

Como la espera se hace larga, los circunstantes recurren a su habitual entretenimiento para dejarla pasar. Allí, separados uno de otro

y dándose la espalda, están Belisario y Antonio, esposos de Domitila y Juana, respectivamente. Los segadores saben que basta apretarles un botoncito para que los dos enemigos comiencen la función.

—¿Y qu'es de Juan Manuel? —pregunta de pronto uno de los malintencionados.

—Salió esta mañana—responde el padre.

—¿Pa'l Sur?—interroga maliciosamente Antonio, aludiendo al rumbo que toma el hijo de su rival cuando amanece con sed.

—¿Y qué tiene que haiga ido pa'l Sur?

—Ná; que la cabra siempre agarra pa'l monte.

—También el llavero pasó pa'l Sur endenante. ¿No lo viste?

Los espectadores ríen en silencio. Saben adónde va la intención de Belisario, pues las voces que corren dan como seguro que el llavero anda detrás de Victoria, afirmando los más atrevidos que por ahí los han visto muy solitos.

—Entonces por ey v'a trompezar con tu hijo, que ya debe tener viaje enterao y que la'stará durmiendo.

—Con plata d'él tendrá que haber sío, ¿nu'es cierto?

—O con plata que le sacó del bolsillo a los otros con el naipe.

—¿Te ganó algún cinco a vos?

—No; yo sé muy bien con quién juego.

—¿Me vay a ecir que Juan Manuel es mañoso?—dice Belisario incorporándose.

—No; mañoso no: habiloso...

—Y vos y tu mujer, las piores lenguas del jundo...

—Tu mujer ya tenía casa cuando nosotros llegamos.

—¡Tapaera!

—¡Hablaor!

La cosa habría concluido en bofetadas, de no llegar en ese instante el capataz al tranco largo de su bestia.

—¡Ya, niñitos, al trabajo!

En silencio van cogiendo sus hoces los hombres y se desparraman por el campo, con el alma regocijada por el incidente. Los dos enemigos, fieros, reconcentrados, continúan cambiando pullas a media voz, y al cortar las primeras espigas lo hacen con fruición, tal si rebanaran la garganta del otro.

—¡Dejars'e leseras, niños!—interviene, conciliador, el capataz, interponiéndose entre ellos.

Si las miradas tuvieran el poder de las balas, el colocarse en la línea de fuego le habría costado la vida al amigable mediador.

Consternado el callejón, de tanto odio como ha visto, prosigue por entre unos maizales para mirar la risa de las mazorcas y contagiarse con ella. Camina, camina entre una música de hojas removidas, bañado por el aroma jocundo de la tierra que entrega sus frutos. La maraña verde se espesa, se vuelve más fresca y forma casi un toldo por encima del callejón. De pronto, una colilla de cigarro barata que humea en el suelo delata la presencia de un hombre. El callejón entreabre las espadas del maíz y descubre allí, tendido en una acequia sin agua, al causante de todos los disgustos que ha pasado: a Juan Manuel. Está boca abajo y hace dibujos raros en la tierra con un palito. De vez en cuando aguza el oído hacia el Norte y retorna a su entretenimiento. Con caracteres toscos y deformes ha conseguido formar una palabra sobre la tierra: Bitoria. La t se apoya lastimosamente sobre la i, cuyo punto es un hoyo profundo por el cual corre una chinita.

De pronto suenan los maizales y el hombre se incorpora con rapidez. Una canción desganada, que una clara voz de mujer viene diciendo, presta frescor al mediodía. Juan Manuel sonríe y escucha. La voz viene apenas a unos pasos:

Te he querido con toda mi alma,
eres dueño de todo mi amor...

Te he querido con toda mi alma,
eres dueño de todo mi amor...

—¿Son pa mí los versos? —interroga, riendo, Juan Manuel.

—¡Tonto, que me asustaste! —replica la muchacha, deteniéndose de golpe.

Tendrá unos veinte años. Es morena, fresca, de ojos profundos y caderas armónicas. En el gesto se le ve que no aguardaba el encuentro. Por eso pregunta:

—¿Y qué'stay haciendo aquí vos?

—Esperándote.

—¿Cómo supiste. . . ?

—Oyí cuando la fiera'e tu mamá te dijo anoche que tenías qu'ir a las casas del jundo.

—¿Y no saliste a trabajar?

—Aunque me hubieran pagado en oro. Hace dos semanas que no te doy un beso.

Ha avanzado unos pasos, y sin aguardar mucho, coge a la muchacha por el talle.

—Y estay más rebonita—dice.

—Y vos más entraor...

—Te quiero.

—¿Y yo. . . ? ¡Creís que a palos van a sacarme del corazón el cariño!

—¡Así me gusta oírte!

Ambos personajes se internan lentamente por el maizal. El callejón curiosea en vano por entre las hojas. Al fin decide volverse, lleno de regocijo, para ver lo que ocurre allá en casa de las mujeres. Llega en el preciso instante en que Domitila, asomada a la ventana de su casa, vocifera:

—¡Prefiero ver a mi chiquilla con la peste ante de dásela a tu borracho!

—¡Y yo quisiera que a m'hijo me lo aplastara una carreta ante que vos jueray su suegra!

Ocultando la risa el callejón corre hacia el trigal. Allí, desde diez pasos de distancia, los padres continúan el tiroteo.

—Ante de un mes, la Vitoria'staría muerta de hambre si se casara con tu sinvergüenza.

—No quiero pensar lo que le pasaría a Juan Manuel. Por lo menos, moría de repugnancia.

El callejón levanta pícaramente un remolino de tierra, y retorna al sitio en que dejó a la pareja Aguzando el oído, alcanza a escuchar entre la espesura verde:

—Naide podrá quitarme que sea tu mujer, Juan Manuel.

Y la voz del varón.

—Y yo mejoraré la conducta pa que naide tenga que icir na de mí.

—¡Y aunque no, siempre te quiero!

—¡Palomita!

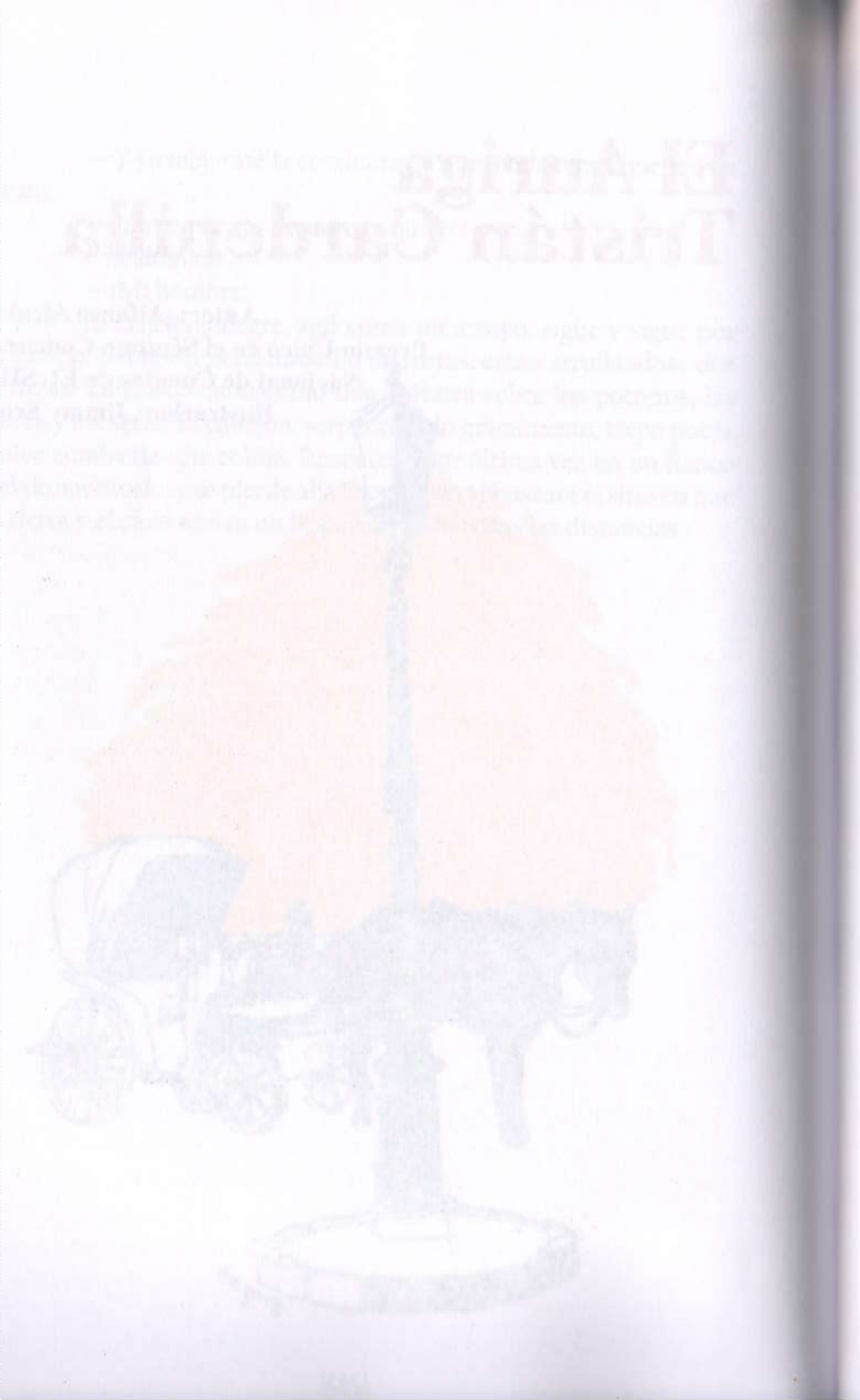
—¡Mi hombre!

El callejón, alegre, ágil como un arroyo, sigue y sigue por el campo. Sobre un peral amarillo de frutos, están arrullándose dos tórtolas. La siesta canta como una guitarra sobre los potreros, las flores y los seres. El callejón, serpenteando grácilmente, trepa por la dulce comba de una colina. Reaparece por última vez en un flanco del promontorio, y se pierde allá lejos, como si buscara el sitio en que la tierra y el cielo se dan un beso, borrando todas las distancias.

El Auriga Tristán Cardenilla

Autor: Alfonso Alcalde
Premio Único en el Séptimo Concurso Nacional de Cuentos de EL SUR
Ilustración: Jimmy Scott





Primera Parte

...Se ríe del caballo y su jinete
(Job, cap.39, ver, 18.)

¿PARA QUÉ sirven los viejos?, se preguntó, tratando de ubicar el dolor en el pie. Con la lluvia se mojaba el camastro, la silla de mimbre del dormitorio, el ropero de madera terciada, la mesa coja, las amarillentas cortinas de la pieza y la foto de su abuelo, también auriga.

Sentóse el anciano. El ruido del temporal terminó desvelándolo.

Relinchaba el caballo al fondo de la casa, mientras el hombrecito iba y venía apurando el fuego con la boca en medio de la humareda tiznando aún más el espejo roto, los zapatos destripados y su mujer, la Popea, durmiendo de bruces, sin sentir.

Después la rutina: acercarse al caballo, saludarlo con recias palmadas -crap, crap, crap-, ponerle los arneses, tomar una taza de agua caliente, salir al trote a la estación, y esperar entre el gentío y la lluvia la llegada de los trenes.

Así pasaron los años de la vida[1].

Tristán Cardenilla triste, incomprendido. El caballo, meditabundo, viejo, y la Popea, el otro miembro de la familia, durmiendo o llorando. Todo había cambiado con el correr del tiempo y hasta el pulso del auriga ya no era el mismo. Ahora tomaba las riendas en otra forma, le faltaba seguridad, energía. Y hasta el castigo al animal y el sonoro "chui- chui-chui", para que apurara el paso, era distinto. Desganado; casi sin voluntad. También el animal no tenía esa partida briosa de antaño. Ahora temblaba al frenar de golpe[2], sudando en todos los recorridos, aun en los más cortos, echando espuma por la boca.

¿Hasta cuándo resistiría?

---

[1] ... porque los cortos años se van pasando (Job. 16, 22.)
[2] ... y las rodillas trémulas, tú fortalecerás (Job. 4, 4.)

Cada nueva semana la ración era más mezquina: menos pasto y más agua. Tristán ya no lo miraba con la comprensión de antes, sino con vergüenza culpable. El caballo se daba cuenta de la situación, sin poder hacer nada por remediar este conflicto de la conciencia del auriga, que eludía toda explicación, sentado en la acera, mirando largas horas el paso de los modernos vehículos.

El auriga también estaba flaco. Comía de vez en cuando un pejerrey frito, uno solo, astillándolo fibra por fibra, como si fuera un gorrión, mojando en las noches un pedazo de pan duro con medio pato de vino[3].

-Por aquí, por aquí -gritaba haciendo sonar las manos.

Los pasajeros se sorprendían al mirar las costillas del animal[4].

-¡Estamos listos. Subirse al chicoteado!

-¿Llegaremos?

-Mire que no vamos a llegar. Flaco pero firme.

-¡Apure el machucado, iñor, antes que se haga de noche! ...

El animal se cimbraba con el paso de la carga, como si fuera a quebrarse, dejando la impresión de que iba separando enormes cantidades de agua, cortando fuego, pateando aire.

Una tarde se terminó el pasto. El auriga miró al caballo con más vergüenza que de costumbre, con ojos dóciles y rebeldes a la vez, silencioso, deshilachando una pajilla.

El caballo acusó el impacto, sintió un vacío en el estómago, tal como la necesidad de tener un dios que debe experimentar un penitente extraviado: un hueco, la dimensión espiritual, un aguijón golpeándole las tripas. La forma y el volumen del hambre.

-"Estás perdonado" -pudo haberle dicho el caballo. Y lo dijo:

-Si no hay no hay-.

Bebería más agua que de costumbre para engañar el estómago. Sacrificaría su parte hasta los extremos más inconcebibles. Eso estaba claro. Bestia y hombre como es costumbre seguirían compartiendo la misma deshonra del hambre dorados por el último sol de la tarde.

y si yo he comido sólo mi bocado (Job. 21, 17.)
sus rodillas como barras de hierro (Job. 40.18.)

En la casa, la Popea estaría vociferando porque el auriga partió sin dejarle una chaucha para el almuerzo: -"¡Con los amigotes sí que eres manirroto No te importa gastar, aunque yo ande a la huila. No tengo ni un polvito que echarme. Parezco pantruca por tu culpa, viejo inútil!"

Para evitarse estas escenas era preferible quedarse en la estación, mirar los pasajeros, esperar, recordar, dormitar.

Cuando Tristán entraba al bar a pegarse el cañonazo, el caballo prefería mirar para otro lado. Después de todo, un hombre que se siente solo, incomprendido, sin plata, tiene derecho a ponerle, pensaría el caballo. Cruzaban la ciudad a duras penas pasando por el Matadero donde un día se conocieron. El caballo ya estaba en capilla para ser sacrificado y relinchaba de pavor. Las vacas, olfateando la sangre fresca esperaban su turno con resignación. ¿Usted ha visto morir un caballo, cuando el matarife lo persigue con un chuzo y empieza a golpearlo como si quisiera enterrar un clavo en un pedazo de fierro? Observe primero, los ojos de las vacas. ¡Cuánta burla en su mirada sentenciosa!: ¡Ya te llegará el turno!", -parecen decirle al matarife- sentencia que habitualmente se cumple. En cambio, al caballo le relampaguea todo el cuerpo, tiene miedo a la muerte, se le sueltan por separado los tendones, los muñones, los huesos[5], hierve, tiene frío, ira: no conoce la resignación.

Segunda Parte

En el hambre te redimirá de la muerte.
(Job. 5, 20.)

Hace 15 años esa madrugada, el caballo me estaba esperando, y eso que no nos conocíamos.

-¿Cuánto vale el animalito? -consulté completamente hecho. Unos ñatos se acercaron como para escuchar otra vez la pregunta, sin saber que había llegado al Matadero por equivocación después de discutir con la Popea. Para variar, nos dijimos de todo. Salí de la casa y empecé a hacer las estaciones. Entraba en cada bar del camino tomándome la caña hasta que llegué al barrio Puchacay

[5] ... qué hizo que se estremeciera todos mis huesos (Job. 4, 14.)

-¿En qué va a ocupar el matungo? -preguntó alguien.
-Esa es cosa mía, contesté.
-Es un clavo. Y el caballo escuchando.
-Si quiere, lléveselo por 20 mil pesos, dijo el martillero.
-¿20 mil?
Escupí los billetes antes de empezar a contarlos.
-Me lo llevo; trato hecho, confirmé sin pedir rebaja.
Hicimos varios aros en el camino, yo empinando la caña y el
ballo muerto de la risa, entre quiñazo y quiñazo, tierno, agradecido,
oviendo la cabeza y la cola, pasándome la lengua por la cara. En
a de ésas, me puse a contar la historia alrededor de unos fudres, y
que estaban más emparafinados empezaron a llorar como niños
cos rodeando con los brazos a la bestia, hasta que llegaron los
abineros y nos dispersaron. Me sentía orgulloso del caballo,
al que si fuera hijo mío, y lo miraba de arriba abajo, como se debe
ar una casa propia que uno termina de pintar por primera vez.
caballo la revolvía raspando la tierra, cruzando las patas, ufano,
puesto a trabajar en lo que venga, incluso horas extras, pero sin
rarlas, claro está. Eso se le notaba en la cara.
Ahora era necesario preparar el terreno para evitar que
opea pusiera el grito en el cielo. ¡Ella, que era tan sacrificada y
adora y que durante tantos años había juntado la plata chaucha
re chaucha para el pie del terrenito! ¡Y yo la media embarrada que
a hacer! ¡Comprar el caballo! Ella siempre cuenta que me tiene
ima, que la manejo sin ropa y sin dientes, que ando amurrado, que
me entiende, que no tengo otra mujer, pero que ando raro, que
ablo, que tomo, tomo y tomo, que el día menos pensado me van
contrar muerto en el bar. Que no es vida la que vivimos. Y todo
porque una vez, cuando estaba haciendo méritos en el circo para
payaso, me pusieron a cuidar el león. Estaba tan flaco, el pobre,
el administrador tenía miedo de que se lo robaran. Yo me llevé el
llón a la jaula y nos pusimos a tomar a medias, y cuando amaneció
staba. A mí me echaron, cortando mi carrera profesional. Me
noralicé y nunca pude explicarme por qué el león no pegó ni un
do siquiera cuando se lo llevaron, tal vez porque era tan humilde
o yo. Era medio mongólico el animalito: quedó así después que

nos pilló un terremoto en Ñipas y le cayó una tremenda viga en la cabeza y entonces empezó a transmitir como esos boxeadores que tienen la radio mala cuando les entra gente al patio. Hablaba de puras grandezas, en el África. Y aunque le arreglaron la cabeza ya nunca fue el mismo y después le vino la amnesia y no se recordaba ni del nombre de su abuela y lo peor del caso es que decía que era gato, renegaba de su condición de león. Esto nos tenía amargados a todos, porque ya no sabíamos qué inventar para convencerlo que era bravo, y cuando lo sacaban a la pista de aserrín se lo pasaba bostezando, aullaba, piaba y el domador hacía el gran ridículo, y la gente se moría de la risa, pero el león no se daba por enterado y todos sufríamos por igual.

Anduve cesante algunos meses y cufifo. Usted sabe, en el sur no falta. La Popea me sacaba la ropa y los zapatos y con la botella de tinto, pero vacía improvisaba un guatero y después se ponía a preparar un locro falso con harto ají y su huevito caído, pero mostrando la cara larga, refunfuñando.

Así seguimos viviendo. Un día parando la olla y otro no, pidiéndole a los vecinos algún huesito sobrante, un poco de té de segunda mano, para sacarle el jugo y calentar el estómago que es lo principal, porque la mujer tiene que estar con uno en las buenas y en las malas, y si hay puras malas, ¡qué diablos! Y si se va, uno queda con más ganas de tomar, y total ¿qué saca? La Popea siempre regresaba, y entonces vamos pidiendo fiado su litrito o dos para celebrar el acontecimiento, porque llorando uno se explica mejor. La Popea juraba que me tenía mal criado con la caña, aunque yo trataba de convencerla diciéndole que tomando uno anda calientito por dentro y algo de estas brasitas le tocan a ella, que parece piedra por las noches, ya a los sesenta años.

-Aquí estoy Popeíta, dije llegando montado.
-Sí, ya lo veo, contestó, echándole una mirada al caballo.
-Es nuestro.
-¿Nuestro?
-Sí, tuyo y mío, le expliqué para consolarla.
-De tu abuela, me contestó con rabia.
-Bueno, de tu abuela, tuyo y mío.

-¿Y para qué queremos esa jiltrafa? -gritó

-Nos ayudará a trabajar.

-Si está que se cae de calambriento -protestó la vieja.

-No creas. (Traté de seguir defendiendo al caballo que se ntía harto mal por el giro que tomaba la conversación.)

-¿Cuánto te costó?

-No, si me lo regalaron.

-Sabís que más: regalado está caro.

-Popea le dije. Cuidado, que entiende.

-Ah, ¿sí? ¡Qué va a entender este tontorrón!

El caballo se rió, cómplice, encogiéndose de hombros, iñándome un ojo[6].

-No ve ¿no ve?

La Popea se anduvo asustando.

-Pero, viejo loco, dijo. Si no tenemos para comer los dos. ué le vamos a dar a este pobre animal?

No se preocupe -parecía contestar el caballo-. Ya nos eglaremos de alguna manera.

-¡Saldremos a vender el pescado a caballo!

-Torrante, ¡tenís delirio de grandeza!

-Escucha, Popea. Si andamos más rápido, más vendimos.

-Ñe, ñe, ñe, remedó ella con su boca fofa[7].

-¿Qué hacemos? -pregunté- para que nos dejaran entrar?

-Yo o el caballo -exigió la vieja.

-Ni tonto -le dije. El caballo.

-Desalmado, yo que... (etc.)

-No es para tanto, señora. Hay que marchar con el progreso.

-¿Cuánta plata te sobró, botarate?

El caballo miró para otro lado.

-Ni cinco, Popeíta.

Me tiró una botella.

Empezó a llorar:

-Bueno, por esta noche, pasen. ¡Pero que me condene si ñana no los echo a la calle!

, pregunta, si quieres a las bestias, que ellas te enseñarán (Job. 12,7.)
su boca procederán antorchas encendidas (Job. 41,19.)

-Mira cómo ando yo, escondiendo las chauchitas y el cabeza de tiuque (así me llama cariñosamente) ¡comprarse un caballo! ¿Es que tenis los alambres pelados, uiste? ¿Tenís que devolver el caballo, uiste? Un terrenito es lo que nos hace falta. Pa tener siquiera donde caernos muertos ¿Uiste?

-Ah, no, dijo el caballo con tono resuelto. Yo me voy.

-Usted se calla, le dije con voz autoritaria. A esta vieja me la conozco de memoria, agregué para confortarlo en la hora de prueba.

-Pero si vamos a pasar como el perro y el gato, yo me voy, dijo.

-Yo te aseguro que no, insistí.

-Popeíta, argumenté, una vez que el caballo quedó en el galpón destartalado.

-Tenemos que mirar el futuro con ojos realistas. Ponte que mañana no salga más la sierra y la pescada. ¿Dónde iríamos a parar? Mientras que con el caballo vamos a capitalizar algo, ahorrar no sólo unos pesos para comprarnos un terrenito, sino hasta una casa propia.

-¿Cierto?, preguntó la vieja, abriendo los ojos.

-Cierto, le contesté. Y quién te dice que el día menos pensado compramos un segundo caballo y después un tercero y terminamos poniendo una fábrica de caballos, ¿ah?

Pero la Popea no aflojó y al día siguiente se mandó a cambiar temprano.

Llegué a la playa y los pescadores al verme montado se impresionaron y tuvieron más confianza y hasta me fiaron un canasto de "mono"[8] por primera vez en la vida.

Grité como condenado por los cerros golpeando las puertas desde arriba del caballo, explicándole a cada cliente que habíamos ampliado el negocio, que estábamos dispuestos a vender a domicilio desde un pejerrey hasta una tonelada de congrio si llegaba la ocasión.

Regresé con toda la plata y se la entregué a la Popea. Se puso contenta y con unas "nylon"[9] que nos habían sobrado, empezó la fritanga. Yo fui a buscar la pitarrilla porque después de todo no hay como tomar en la casa y se armó la fiesta: el caballo mirando la tierna escena, comiendo su pescada frita que la vieja le preparó para

[8] congrio negro.
[9] Pescada añeja de color opaco.

l solo y, nosotros cacheteándonos igual que en la Biblia, cuando a sa gente buena se le terminaba el pan y llamaban al Señor y Él se lo nultiplicaba y con el pescado, igual Pascual.

La alegría duró poco. Creo que la Popea se empezó a poner elosa del caballo porque yo hablaba más con él que con ella, es ecir, con él tenía más confianza, éramos más amigos, ésa es la erdad, a pesar de la dificultad del idioma. Pero superábamos esos nconvenientes, a veces con una mirada que valía quizás por cuántas ases, con algunos gestos simples, mientras que la Popea se lo pasaba ritando, todo el día con el garabato en la boca, dale que dale[10], hasta ue tenía que aforrarle un combo y el caballo se tapaba la cara para o ser cómplice de estas trifulcas que eran el pan de todos los días. La ieja no podía ver al animalito ni en pintura y el caballo le pagaba con misma moneda haciéndole morisquetas o dándole ni que media atada al menor descuido. Hasta que la Popea pegó el grito:

-Esto se acabó –dijo-, y agarrando la olla se fue a la casa de u mamá, como siempre, jurando que no volvería nunca más.

Quedamos solos comiendo donde nos pillaba la hora hasta ue empecé a empeñar el caballo. A veces lo recuperaba, otras no. Un ompadre se compadeció y me propuso una sociedad con una victoria ue él había rematado. Sacamos la patente municipal y nos empezamos parar en la estación con el chicoteado esperando la llegada de los asajeros de los trenes. Pero algo se quebró entre el caballo y yo. uedó sentido, ya no era el mismo, no me tenía la misma confianza antes. La tristeza era sólo para él, le costaba compartirla. Bastaba irarlo para darse cuenta. Y por más que trataba de hacerme amigo nuevo, convidándole un pejerrey frito, su medio pato, él nada. Era gulloso. Y aunque nunca me lo dijo, lo que le dolió fue esas noches blanco que pasó empeñado, mientras yo andaba en las tomas.

Pero seguía entendiendo todo, o casi todo. Y cuando no día comprender algo, le hacía empeño. Todavía nos gustaba ver er la lluvia, tristes los dos, pero cada uno por su cuenta, cada uno n sus recuerdos.

Y ahora que no puedo darle de comer, pienso que hubiera lo mejor que lo mataran, pero me rebelo y no lo dejo solo y a veces

ú propia boca, y no yo te convence de maldad (Job. 18, 8.)

tengo la sensación de que juntamos las dos hambres porque así es de profunda nuestra amistad y nuestra miseria.

El caballo hace lo posible por tenerse en pie, mascando cualquier cosa: un pedazo de cáñamo, una colilla, papel de diario, sabiendo que, tarde o temprano, mejorarán las cosas, que le estamos haciendo empeño a la vida, que después de la mala viene la buena, que algún día tendremos harto pasto y su zanahoria y avena de segundo y postre, que yo descansaré con la Popea debajo de una sombra con un buen causeo y alguna otra cosita para bajar el asado de plateada con chancho en piedra.

Una tarde, trotando por la Avenida Prat, noté que el animal pisaba en falso, como si tuviera dos patas más largas o más cortas que las otras, dando bote, saltando al freno. Comprendí que se estaba muriendo, mientras se justificaba con humildad: "Hasta aquí no más llegamos, viejito".

-¿Te vas a ir, entonces?, le pregunté.

-Llegó la hora, confesó con tristeza el caballo.

-¡Qué es eso! le dije para darle ánimo.

-¿Puedo pedir algo?, consulto.

-Claro que sí.

-¿Así a lo amigo?

-A lo amigote.

-¿A lo cumpimpa?

-A lo cumpimpa, acepté, llorando.

-Es algo que no tiene importancia.

-Pide, pide lo que quieras, agregué, sonándome.

-No quiero que los niños me tiren piedras, dijo justo cuando la muerte le llegó a los ojos y se los puso duros, como de vidrio, y yo me quedé mirando en ese reflejo frio.

Había empezado a llover, lentamente, como para abrigarnos, como para protegernos, como para herirnos aún más.

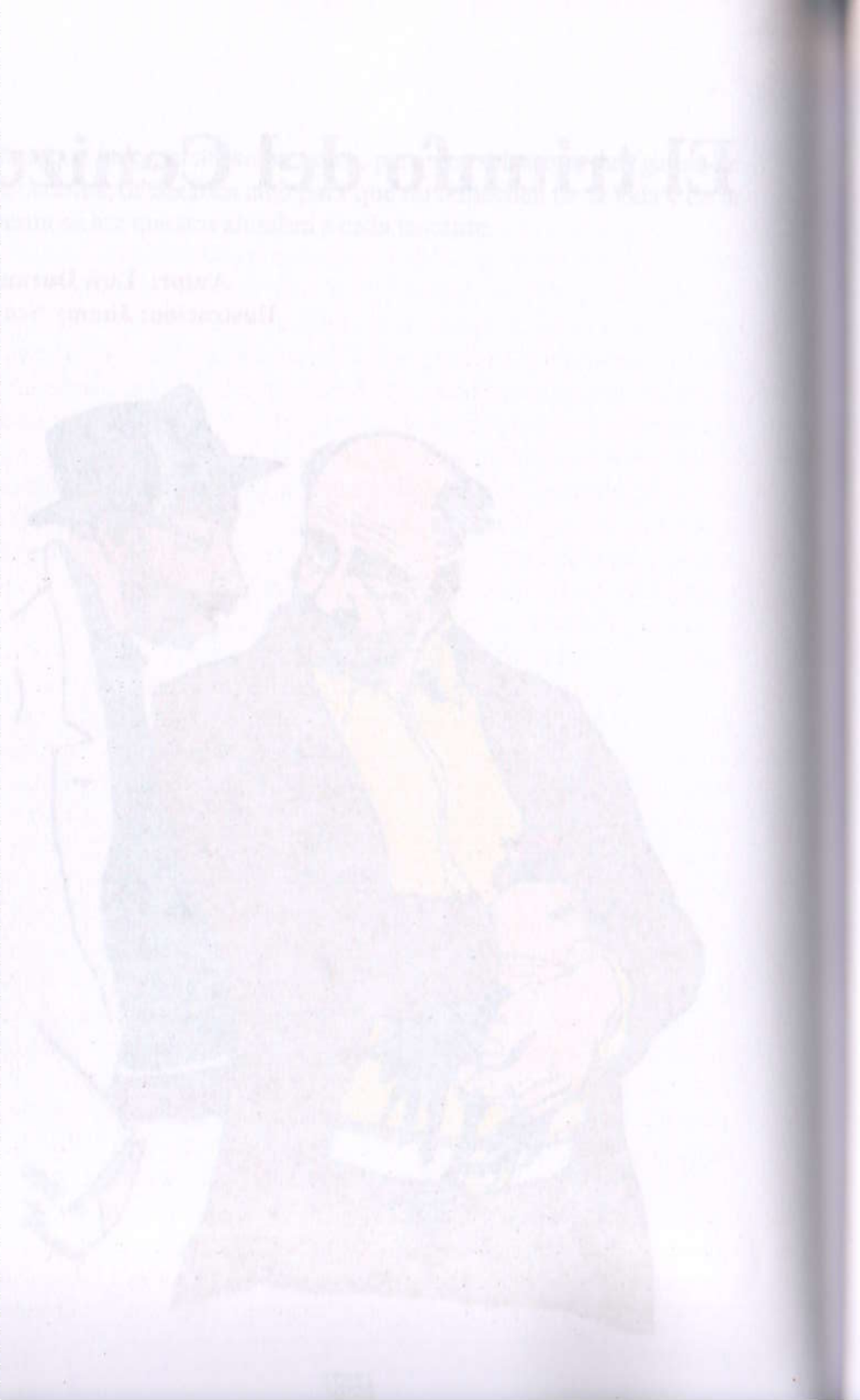
Llegó un carabinero y un fotógrafo. Busqué un bar, me despaché dos botellas al hilo, tratando de contar la historia de un caballo muerto bajo la lluvia que no interesó a nadie. Pensé, mientras miraba el temporal, que usaría corbata negra para recordar su memoria igual que esos viudos que uno ve en la calle, sin saber

ra qué lado partir, solos, solos, pero tan solos que dan ganas de
razarlos, de decirles algo para que no renieguen de la vida y de la
rmosa luz que nos alumbra a cada instante.

El triunfo del Cenizo

Autor: Luis Durand
Ilustración: Jimmy Scott





I

UNA NUBE que pasó muy baja, veló la claridad brillante de aquella media tarde de octubre. El viento agitó su sombra, que tiritó por encima de las matas de la huerta que rodeaba al pequeño galpón donde estaba la rueda y quedó como una temblorosa isla de tristeza en medio del paisaje luminoso. Desde sus jabas, y como obedeciendo a una voz de mando, los gallos lanzaron un graznido plañidero que se alargó un instante, hasta que de súbito lo cortó en seco el agudo clarinazo de otro gallo, cuyo canto se alzó recio y breve, como un toque de atención.

La nube se alejó empujada por el viento de travesía y entonces la luz del sol inundó de nuevo el galpón, bajo cuyo alero se alineaban las jaulas en donde ahora los pollos de plumaje acerado y reluciente, cacareaban jactanciosos y desafiantes. A ratos asomaban sus pequeñas cabezas por entre los barrotes de las jaulas, estrellando en ellos sus cuerpos finos y musculosos, agitados por el ansia de pelear. Aplacaban después su apremiante inquietud escarbando en el piso de las jaulas y lanzando sus cantos agudos y breves que resonaban como gritos de guerra.

Entretanto, iban llegando al local de la rueda los aficionados. Casi todos pasaban de largo, saludando al portero con una sonrisa o alguna chirigota. Eran éstos los conocidos, los viejos entusiastas y fanáticos de las "picas", aquellos que sabían por libro todas las incidencias y alternativas que podían ocurrir durante una pelea. Sólo de vez en cuando aparecía un visitante que demostraba cierta indecisión al entrar. Inmediatamente era detenido por el portero, quien, sólo después de un prolijo interrogatorio y de consultarse con el dueño de casa, le dejaba libre el paso. Adentro, y alrededor del pequeño redondel, enarenado y mullido cuidadosamente, estaban los "virtuosos" de la gallería. Era un lunes, día en que concurrían los jinetes y preparadores de los hipódromos. En este día se jugaba

grueso, dejándose para esas ocasiones los mejores gallos, y más de un "pollón" que algún experimentado en todos los secretos del reñidero traía de "tapadita" y resultaba al final un viejo y afamado peleador.

El juez de la rueda ya se hallaba instalado en su garita y había tomado la campanilla para dar comienzo al espectáculo, cuando apareció Vicho Soto, trayendo un gallo bajo el brazo. Los que estaban instalados al borde del redondel, lo saludaron con bromas afectuosas y picantes:

—¡Qué hay, Vicho, de dónde vienes saliendo! ¡Cómo decían que te habías muerto! —¿Es de la última "sacá" el pollo ése que traes?

Vicente Soto sonreía con aire esquivo, sin responder a las bromas que sus conocidos le dirigían. Era un hombre flaco y pálido, de mediana estatura. Sus ojos, de mirada penetrante y desconfiada, iban y venían de un lado a otro, como si estuviera sacando mentalmente algunas cuentas que no lograba poner en claro. De rato en rato, su mano nerviosa acariciaba suavemente la pechuga del gallo que se mantenía inmóvil y como adormecido bajo su brazo. Un hombretón moreno, con aspecto de matancero, le gritó desde un rincón:

—¿Tuavía no pía el pollito ése, Vicho?

Estalló una carcajada, que interrumpió un chusco, con acento de compasiva sorna:

—Déjenlo. Pa qué lo avergüenzan. Si se lo acaba de robar a la gallina.

Tenía fama Vicho de dar "golpes". Era uno de los más asiduos concurrentes al reñidero, aunque a veces se perdía por algún tiempo, para reaparecer después trayendo algún pollón que aún no había debutado en la arena trágica de la rueda. Lo decía con aire de inocencia, bajo la cual ocultaba su macuquería de experto en el oficio. Aseguraba con gran seriedad antes de lanzarlo al redondel:

—Casi no me atrevo a pelearlo al pollón. No tiene ni los machos duros todavía. ¡Si no sabe ni largar las patas!

Y casi siempre daba una sorpresa, pues el pollito resultaba un terrible peleador. Vicho era carretelero de oficio, pero su verdadera devoción y obligación la constituían los gallos, de los cuales nunca le faltaba una historia que contar, cuando se ponía a conversar frente a una botella de tinto. En esas ocasiones, los tragos le hacían

franquearse, y su vanidad no cedía un punto en cuanto se refería a las proezas de algún gallo famoso. Su rostro se iluminaba, dando la sensación de que era otro hombre que venía a reemplazarlo en su manera de ser habitual. El entusiasmo destellaba en sus pupilas y sus palabras adquirían acentos de pasión:

—¿El Quitasol? ¡Ah! Ese era un bandido, un asesino. Pero apuesto a que usted no sabe quién fue el que lo crió...

Fui yo, se lo digo pa que lo sepa. En mi poder ganó más de diez peleas de una hebra, y algunas sin que le volaran una pluma. Tenía que ser un don gallo el que le pusieran al frente para que le barajara los primeros chinchorrazos. Y con una puntería, ¡válgame Dios! No erraba tiro. El Quitasol fue el que le dio el bajo al famoso Vaporcito, de don Hilarión Rosales. Lo dejó tuerto de la primera embestida, y en la segunda lo hizo bailar el baile de la muerte, de una puñalada en el nervio. Y sépaselo, mi amigo, que al Vaporcito sólo le hacían pareja nada más que por verlo cómo se causiaba un pollo en la primera largá de patas. Era un cuchillero tremendo.

Empero, aquella tarde, Vicho Soto estaba más huraño y reconcentrado que de costumbre. Alguien le observó:

—Qué te pasa, Vicho? Ni que vinieras de un entierro.

El hombre movió la cabeza con hosca taciturnidad. Y sólo después de un rato replicó, rascándose la cabeza:

—Andamos mal. Tengo a la chiquilla enferma.

—¡Hombre! ¿Y qué tiene?

Su voz fue breve y helada al contestar:

—Pulmonía.

Pero en ese momento habían lanzado una pareja de gallos al redondel y el otro le contestó, ya sin interés:

—Malo. Llama a un doctor, Vicho.

Toda la atención de la concurrencia se había concentrado ahora en los gallos, que por un instante se observaron con iracunda arrogancia: la pechuga recogida y las plumas del cuello esponjadas en un iris de colores. Y luego, casi instantáneamente, la embestida impetuosa, como un relámpago de luces, que trazó un círculo en el aire, sin que los animales se encontraran. Otra vez, un breve centelleo de miradas, y como resortes que se sueltan se acometieron de nuevo,

con el pico y las patas hacia adelante, en una especie de garfio vibrante, disparado con certera velocidad. Dos terribles estocadas, simultáneas, dieron en el blanco, por ambas partes con precisión matemática. Una franja de sol les iluminó en ese momento las plumas de la cola, que relumbraron con un matiz de acero colorido. Entonces, uno de los gallos, al recibir el duro castigo, esquiva el combate y comienza a correr alrededor de la pista, perseguido de cerca por su adversario, que enardecido y jactancioso, lo asedia furiosamente.

La concurrencia, regocijada, comienza a lanzar chirigotas de uno a otro lado, alusivas al peleador en fuga, que huye enloquecido, buscando un hueco por donde salir, hasta que por último vuela hacia afuera de la rueda en medio de estrepitosos cacareos. El dueño, con la frente contraída y mordiéndose el labio, se levanta de su asiento, a tiempo que uno le grita:

—¡Qué buena voz tiene su gallo, mire!

El otro se vuelve furioso a contestarle:

—No es tan buena como la suya, pues, gracioso. El de la broma insiste:

—Lo que es bueno, es bueno, nadie lo puede negar. Traen al prófugo y, por segunda y tercera vez, se escapa con gran alboroto. Vicho Soto estira el labio y dice sentencioso a su vecino:

—No quiere decir nada eso. A veces resultan fieras después. Es que no los saben trabajar. El pollo tiene hechuras de bueno, le diré —añade en seguida, alzando la voz hacia el dueño que ha vuelto a ocupar su asiento con aire enfurruñado.

Entretanto, en la garita del juez están pesando los gallos que han de pelear en seguida. Uno de ellos es pintado, alto y enjuto, y el otro un giro de ancho pecho, que se lanza inmediatamente sobre su rival. Este salta hacia arriba, esquivándolo, y le dispara a su vez las dos patas, con tal violencia que una pequeña nube de plumas los envuelve, mientras en la cresta de ambos revienta la sangre encendida.

Es un rubí enorme, que tiembla un instante, como un raro adorno sobre sus cabezas, para derramarse en seguida, en un hondo surco encarnado, que muy pronto se espesa en sudor sangriento.

El entusiasmo hace presa de los espectadores que se agitan en sus asientos, con estridente vocerío:

—¡Voy al gallo pinto!

—¡Al gallo giro voy!

Es el grito de los entusiastas enardecidos por el espectáculo. Los apostadores, a su vez, vocean:

—¡A cómo topan pa dar!

—¡A cómo topan y a cómo dan!

Una pluma azuleja de la cola del giro relumbra en el listón del sol que cruza la arena. Se observan un instante, inmóviles, las patas en arco, temblando de coraje el cuerpo y el cuello con las plumas erizadas. Es el minuto de la belleza y de la gracia que tiene la lid. Y casi en seguida, las dos pequeñas furias se embisten con tal brío y fiereza, que sus estocadas resuenan con golpes secos, haciendo volar las plumas en el redondel, mientras la sangre vierte de las profundas heridas, escurriéndoseles por entre el plumaje, que se les pega al cuerpo quitándole su gracia movible y colorida. Son entonces dos pequeños enanillos trágicos que se buscan instintivamente, empleando todas las reservas que hay en su prodigiosa vitalidad.

Los galleros, apoyados en la baranda del redondel, no quieren perder detalle. Un viejo de barba amarillenta se vuelve hacia uno de los asistentes, que ha ido a sentarse a su lado, para decirle:

—¿Pita usted? Mire que este asiento lo tengo reservado para uno que no pite, porque soy enfermo del asma.

En ese momento, el hombretón moreno grita desde su rincón:

—¡A setenta topo!

El viejo de las barbas, olvidado de su asma, le replica prontamente:

—¡A ochenta doy, y tabla!

Entonces el hombretón moreno vuelve a insistir con voz estentórea:

—¡Topo a setenta!

—¡Bueno, pues, iñor, no es pa que grite tanto! Apoyado en la baranda, hay un gordo de ojos capotudos y rostro abotagado. Tiene el dedo índice de su mano, enorme, monstruoso. Se vuelve lentamente como abrumado por la elefantiasis de su dedo para decir con voz estropajosa:

—¡Son los gallos los que están peliando, oiga!

—Bueno, pues, mano fina...

Una risotada conmueve el estrecho redondel, donde hay olor a sangre y a tierra húmeda. El aspecto de los gallos es ahora lamentable. Sus plumas están opacas por el polvo de la arena del redondel, que se pega en la sangre que les chorrea por todo el cuerpo. El gallo giro tiene un ojo menos y su adversario la garganta rota. Se ahoga a cada rato, y se oye su doloroso jadeo. Giran, uno alrededor del otro, levantando las alas, para apoyarse como poseídos de una mortal borrachera. El gallo pinto se detiene de pronto. Sus patas comienzan a tiritar y se tambalea tratando de apoyarse en su adversario, que esconde la cabeza bajo el ala de su enemigo. Hasta que se derrumba sin tener fuerzas ni para recoger el cuello. Entonces, el giro, atontado, lo mira por el lado del ojo que le queda, con extraña insistencia.

Un resto de asombrosa vitalidad agita aún su cuerpo, con sacudidas histéricas. Diríase que de un momento a otro también se derrumbará junto a su enemigo. Mas, de pronto, su feroz instinto lo induce a emplear sus últimas energías en lo único para lo cual nació y fue criado: pelear. Da un recio picotón sobre la cabeza que yace inerte sobre la arena. Y luego otro y otro, hasta conseguir que el gallo pinto recoja el cuello y acomode lentamente su postura. La escena adquiere en estos momentos una monotonía degradante, por su crueldad inaudita.

Pero los espectadores no sienten la menor impaciencia. Sus nervios están acostumbrados a esta pequeña y brutal tragedia. Algunos han pedido una taza de té y otros una botella de cerveza que se sirven sobre la tabla del redondel. Mientras comen y beben, afirman su posición de apostadores o lanzan alguna cuchufleta al gallo que a su juicio perderá la pelea.

Y, de pronto, los combatientes, como si se sintieran aguijoneados por el vocerío de los hombres, se rehacen. Lanzan ahora sus estacazos sin precisión, dominados por una mortal fatiga. Ya no hay en ellos ni el más leve vestigio de belleza, ni de gracia. Tampoco su impetuosa acometida inicial. Son dos horribles caricaturas que se buscan penosamente, empujados por un cruel destino. Uno de ellos está ciego y el otro se ahoga con la garganta rota.

El viejo de las barbas se vuelve a su vecino para observarle:

—Hay que ver los diablos duros para darse el bajo. Pero el giro tiene ya la pelea ganada. No hay caso.

Sin embargo, su vieja experiencia de gallero empedernido falla casi en seguida, vergonzosamente, pues el gallo pinto, con esfuerzo que asombra, lanza las dos patas a su enemigo que esta vez cae fulminado. Da un salto que es una especie de histérico sacudimiento, y luego, otro, para quedar en seguida con las patas en alto, en la actitud de lanzarse a la pelea.

Entonces el vencedor se acerca y, junto a su enemigo muerto, se yergue para lanzar su canto de triunfo. Pero es sólo un ronco grito, que es más bien el ruido del aire que se escapa por las heridas de su garganta rota.

II

—¡Tila, Tila!

El hombre se había acercado al lecho de la enferma, ansiosamente. En su rostro se podía advertir la cruel angustia que lo dominaba, rayana en desesperación. Un olor a remedios y a transpiración húmeda llenaba la estrecha estancia, en donde se apretujaban las camas de sus moradores. Vicho Soto, con el gallo debajo del brazo, la llamaba en voz baja y temblona, estrangulada por la tremenda incertidumbre que significaba para él el estado de la enferma, de cuyos labios resecos y heridos por las llagas de la fiebre se escapaba un jadeo tan penoso que era casi un estertor.

—¡Tila, Tilita! ¿Qué tiene mi chiquilla querida? Óyeme, mi negrita, ganamos la pelea, la ganamos fácil, muy fácil. El Cenizo salió una fiera; tu gallo, Tila...

Las sombras habían llenado la estancia y sólo en el vano de la puerta la oscuridad se desleía en el muriente resplandor del crepúsculo que declinaba rápidamente. El hombre se quedó ensimismado en sus pensamientos torturantes, sin atinar a soltar al Cenizo, cuyo pico recio estaba teñido con la sangre de su reciente lucha. A lo lejos piteó un tren, y la lejanía apagó el alarido, saturándolo

de tristeza. Bajo una de las camas maulló el gato de la Tila, cuyos ojos brillaron después, un instante, en un rincón.

Vicho Soto no se dio cuenta de que había quedado a obscuras. Obsesionado por sus pensamientos, todo el mundo exterior desaparecía en ese instante para él. Volvía de nuevo a la rueda, para sentirse presa de una extraña angustia, desconocida en él. ¿Haría la pelea del Cenizo? Durante el duro entrenamiento a que lo sometiera, demostró ser un bravo peleador. No quería volver donde la Tila con el Cenizo convertido en harnero, pues ella también se había obsesionado con el triunfo de su pollo, que ayudó a criar y a enseñar.

Era la regalona de Vicho. Mientras los otros dos mayores se ocupaban en la venta de diarios y vivían fuera de la casa, sin importarles un ardite nada de lo que allí ocurría, Tila estaba con él, y a despecho de su madre, le acompañaba en sus ocupaciones y aficiones. Si Vicho llegaba borracho, era Tila la que iba a dejar el "Mocho" hasta el cobertizo donde alojaba, después de desengancharlo de la carretela y guardar los raídos arneses, que sólo se sujetaban al cuello del caballo a fuerza de remiendos, en los cuales también Tila intervenía, con sus doce años debiluchos y aporreados.

Jamás protestaba si Vicho la despertaba en las primeras horas de la madrugada, para ir a ayudarle a ensayar los gallos que a esa hora estaban livianos y ganosos de pelear. Tila era su hija y concentraba en su cariño cuanto de bello representaba el hogar, en su mínima atracción. Muchas noches de lluvia llegaba romanceando su borrachera, y era la chiquilla quien le sacaba el poncho estilante y le desabotonaba las polainas embarradas. Entretanto, él tartajeaba sus frases de cariño, exagerado por la borrachera.

—Yo no tengo más que un hijo. Es esta chiquilla. Mía sólo. ¡Tila! A ver, dime: ¿quién es tu padre?

La chica feliz, le echaba los brazos al cuello, para contestarle muy cerca del oído:

—Mi taitita.

—A ver, Tila, dice: ¿quién es tu madre?

Entonces la muchachita, muerta de risa, seguía dándole en gusto:

—Usté tamién, pues, taitita.

El borracho comenzaba a buscar en sus bolsillos; de pronto sacaba tortillas de rescoldo o un pequeño "pequén" todavía tibio. Otras veces una fruta o un cartucho de pastillas. En tanto mascullaba:

—Pa quién será esta tortilla... Oye, guachita mía, pa quién serán estos regalos que le trae su padre, ¿ah?

Después se dormía canturreando en voz baja. En todas sus canciones salía el nombre de la Tila, mientras ésta, por lo bajo, iba a convidarle a su madre una parte del regalo que Vicho le traía.

Y esa tarde, en la rueda, le había puesto unos tragos para darse ánimos y amansar la pena. Su cachaza habitual y su macuquería desaparecían ante el temor de perder esa pelea de la que, a su juicio, dependería en gran parte la mejoría de su hija. Tenía la convicción de ello, y de ahí su temor supersticioso de sufrir un descalabro en el debut de aquel pollo que enseñó con más preocupación e interés que a ningún otro.

Le había afilado los cachos, cuidadosamente, aceitándole la rabadilla y las patas con el fin de que no se pusiera tieso cuando la sangre y el sudor de la batalla lo empaparan. Ninguno de los recursos de su arte de viejo gallero escapó a su preocupación. Y, de pronto, como poseído por un deseo apremiante, se resolvió a concertar la riña con el Tomate, un gallo rojo y que ya llevaba cuatro peleas ganadas en muy buena forma.

Experimentó en el primer momento una angustia que le nublaba la vista. El Cenizo entró al combate con fiero empuje. Mas, en la tercera embestida, comenzó a huir alrededor del redondel, como asombrado de que aquel encuentro no fuera como los de prueba, a que estuviera acostumbrado hasta entonces, y en los que su rival tenía las estacas cubiertas para no herirlo.

El Tomate lo persiguió un momento, y, en seguida, se puso a cloquear muy ufano, escarbando la arena en medio de la rueda. El Cenizo, a su vez, picoteaba despaciosamente el suelo, sin perder de vista a su rival. Hasta que, de súbito, se lanzó a la lucha con ágil decisión. Se tiraba muy alto, como si tratara de evitar el castigo.

El "Mano Fina" observó en ese momento:

—Es buen bailarín tu gallo, Vicho.

—Abre poco hueco observó el viejo de las barbas.

—Ya abrirá —repuso Vicho. El pollo no sabe pelear, todavía.

En el fondo, comenzaba Soto a sentir una grata satisfacción. Veía que el Cenizo no olvidaba las tretas que él le enseñara, de no entregarse inmediatamente a una pelea violenta. Su cresta sólo mostraba una pequeña salpicadura de sangre, mientras su rival tenía a muchas heridas. El sol había invadido la arena y el plumaje de los peleadores refulgía con reflejos metálicos. La barra comenzaba a protestar:

—¡Hace rato que están peliando y no se han untado ni el cacho!

Vicho, en cuyos ojos despuntaba ahora una lucecita maliciosa, contestó con desgano: —¡Bah! Entonces quieren que lo mate al tiro y no los entretenga na...

Pero en ese momento el Cenizo, confiado ahora en sus fuerzas, acometió bravamente, lanzando tiros certeros que en dos ocasiones hicieron dar una voltereta al Tomate. El hombretón moreno, que no se movía de su rincón, grito:

—¡Tiene muchas patas tu gallo, Vicho!

—Tiene dos, no más...

Otro gritó recio:

—¡Voy al gallo colorado!

Retrocedía el Cenizo, lanzando sus patas como resortes, seguido por el otro que no le daba tregua un instante. De súbito, con sorpresa. En un jirón de sombra del redondel, el Cenizo había disparado en el aire sus puñales a su enemigo, que se clavó, como fulminado, sobre la arena. Un instante palpitó, como un montoncito de plumas que quisiera rizar el viento, en seguida estiró las patas salpicadas de sangre, mientras el Cenizo se erguía para entonar el canto de su primer triunfo.

Y entonces Vicho, después de coger su gallo, y guardar apresurado los billetes que apostara, había corrido hacia la casa. ¡Cómo estaría de feliz la Tila! Aquella alegría iba a contribuir a mejorarla de su terrible enfermedad.

En aquel breve instante de su adormecimiento, habían desfilado por su mente todas las incidencias de la pelea. Asimismo, las escenas familiares en compañía de su hija, de la Tila, que se

aficionaba a través de su cariño por todo lo que a su padre le gustaba. Dióse cuenta de la obscuridad que lo rodeaba y entonces prendió la vela para mirar a su hija. Ya no jadeaba. Apenas un débil soplo de vida alentaba en su cuerpo. Le tiritaba el mentón como si quisiera hablar esa imposible palabra, que la muerte le negaría terca e inexorable.

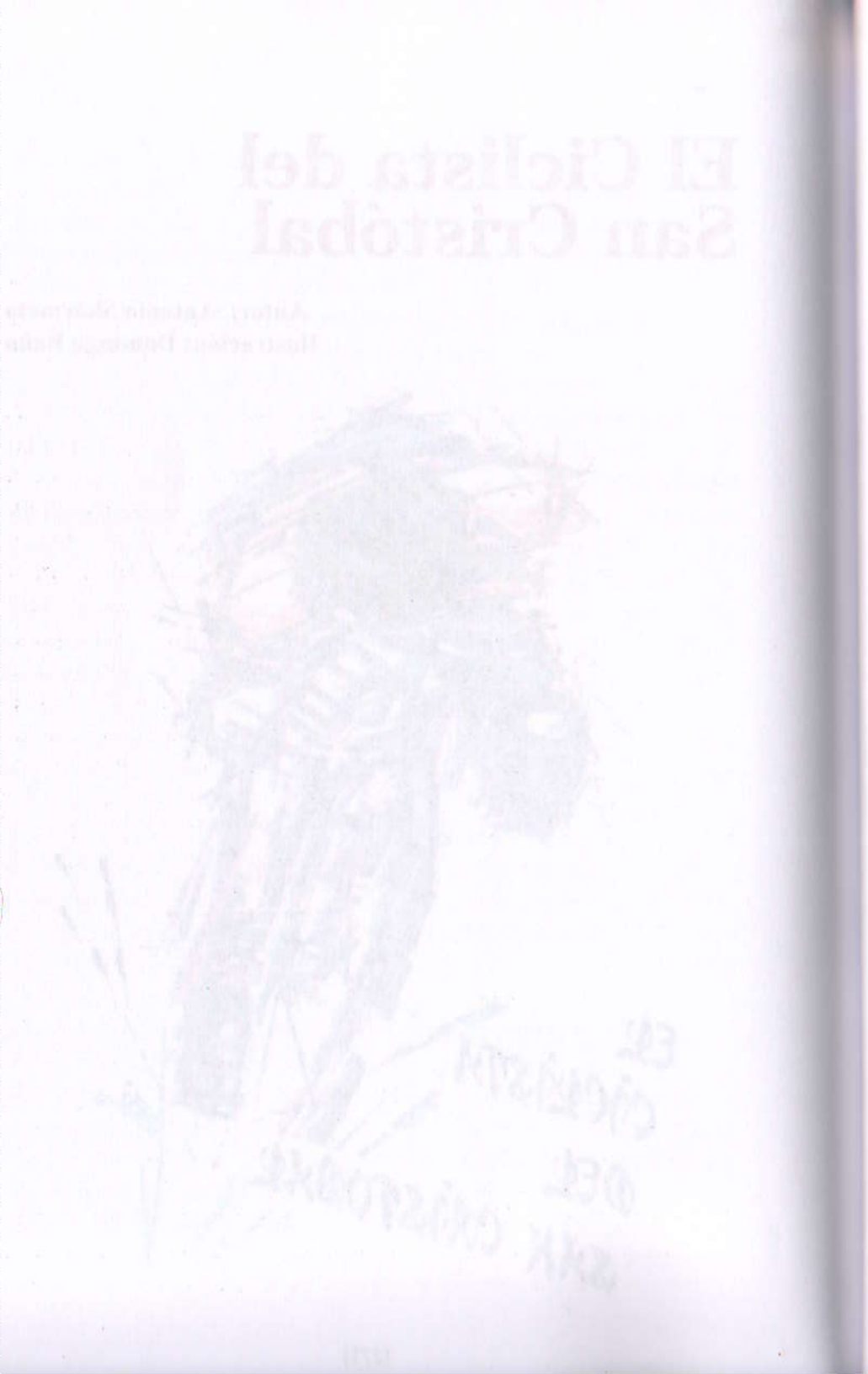
Como hipnotizado, el hombre se quedó mirándola, con la boca torcida por su dolor obscuro y amargo. No sintió llegar a su mujer que, despeinada y llorosa, venía hablando entrecortadamente con el doctor que la acompañaba. Sólo vio que el temblor de la barbilla de su hija cesaba y que su boquita exangüe quedaba con los labios abiertos, sin poder darle el beso de la despedida. Entonces un grito inmenso, de animal que recibe una profunda herida, lo abatió sobre el lecho:

—¡Tila! Mi chiquilla...

El Ciclista del San Cristóbal

Autor: Antonio Skármeta
Ilustración: Domingo Baño





"...y abatíme tanto, tanto, que fui tan alto,
tan alto, que le di a la caza alcance..."
San Juan de La Cruz

ADEMÁS era el día de mi cumpleaños. Desde el balcón de la Alameda vi cruzar parsimoniosamente el cielo ese Sputnik ruso del que hablaron tanto los periódicos y no tomé ni así tanto porque al día siguiente era la primera prueba de ascensión de la temporada y mi madre estaba enferma en una pieza que no sería más grande que un closet. No me quedaba más que pedalear en el vacío con la nuca contra las baldosas para que la carne se me endureciera firmeza y pudiera patear mañana los pedales con ese estilo mío al que le dedicaron un artículo en "Estadio". Mientras mamá levitaba por la fiebre, comencé a pasearme por los pasillos consumiendo de a migaja los queques que me había regalado la tía Margarita, apartando acuciosamente los trozos de fruta confitada con la punta de la lengua y escupiéndolos por un costado que era una inmundicia. Mi viejo salía cada cierto tiempo a probar el ponche, pero se demoraba cada vez cinco minutos en revolverlo, y suspiraba, y después le metía picotones con los dedos a las presas de duraznos que flotaban como náufragos en la mezcla de blanco barato, y pisco, y orange, y panimávida.

Los dos necesitábamos cosas que apuraran la noche y trajeran urgente la mañana. Yo me propuse suspender la gimnasia y lustrarme los zapatos; el viejo le daba vueltas al guía con la probable idea de llamar una ambulancia, y el cielo estaba despejado, y la noche muy cálida, y mamá decía entre sueños "estoy incendiándome", no tan débil como para que no la oyéramos por entre la puerta abierta.

Pero esa era una noche tiesa de mechas. No aflojaba un ápice la crestona. Pasar la vista por cada estrella era lo mismo que contar cactus en un desierto, que morderse hasta sangrar las cutículas, que leer una novela de Dostoiewski. Entonces papá entraba a la pieza y le

repetía a la oreja de mi madre los mismos argumentos inverosímiles, que la inyección le bajaría la fiebre, que ya amanecía, que el doctor iba a pasar bien temprano de mañana antes de irse de pesca a Cartagena.

Por último le argumentamos trampas a la oscuridad. Nos valimos de una cosa lechosa que tiene el cielo cuando está trasnochado y quisimos confundirla con la madrugada (si me apuraban un poco hubiera podido distinguir en pleno centro algún gallo cacareando).

Podría ser cualquier hora entre las tres y las cuatro cuando entré a la cocina a preparar el desayuno. Como si estuvieran concertados, el pitido de la tetera y los gritos de mi madre se fueron intensificando. Papá apareció en el marco de la puerta.

—No me atrevo a entrar —dijo.

Estaba gordo y pálido y la camisa le chorreaba simplemente. Alcanzamos a oír a mamá diciendo: que venga el médico.

—Dijo que pasaría a primera hora en la mañana —repitió por quinta vez mi viejo.

Yo me había quedado fascinado con los brincos que iba dando la tapa sobre las patadas del vapor.

—Va a morirse —dije.

Papá comenzó a palparse los bolsillos de todo el cuerpo. Señal que quería fumar. Ahora le costaría una barbaridad hallarlos y luego pasaría lo mismo con los fósforos y entonces yo tendría que encendérselo en el gas.

—¿Tú crees?

Abrí las cejas así tanto, y suspiré.

—Pásame que te encienda el cigarrillo.

Al aproximarme a la llama, noté confundido que el fuego no me dañaba la nariz como todas las otras veces. Extendí el cigarro a mi padre, sin dar vuelta la cabeza, y conscientemente puse el meñique sobre el pequeño manojo de fuego. Era lo mismo que nada. Pensé: se me murió este dedo o algo, pero uno no podía pensar en la muerte de un dedo sin reírse un poco, de modo que extendí toda la palma y esta vez toqué con las yemas las cañerías del gas, cada uno de sus orificios, revolviendo las raíces mismas de las llamas. Papá se paseaba entre los extremos del pasillo cuidando de echarse toda la ceniza sobre la solapa, de llenarse los bigotes de mota de tabaco.

Aproveché para llevar la cosa un poco más adelante, y puse a tostar mis muñecas, y luego los codos, y después otra vez todos los dedos. Apagué el gas, le eché un poco de escupito a las manos, que las sentía secas, y llevé hasta el comedor la cesta con pan viejo, la mermelada en tarro, un paquete flamante de mantequilla.

Cuando papá se sentó a la mesa, yo debía haberme puesto a llorar. Con el cuello torcido hundió la vista en el café amargo como si allí estuviera concentrada la resignación del planeta, y entonces dijo algo, pero no alcancé a oírlo, porque más bien parecía sostener un incrédulo diálogo con algo íntimo, un riñón por ejemplo, o un fémur. Después se metió la mano por la camisa abierta y se mesó el ensamble de pelos que le enredaban el pecho. En la mesa había una cesta de ciruelas, damascos y duraznos un poco machucados. Durante un momento las frutas permanecieron vírgenes y acunadas, y yo me puse a mirar a la pared como si me estuvieran pasando una película o algo. Por último agarré un prisco y me lo froté sobre la solapa hasta sacarle un brillo harto pasable. El viejo nada más que por contagio levantó una ciruela.

—La vieja va a morirse —dijo.

Me sobé fuertemente el cuello. Ahora estaba dándole vueltas al hecho de que no me hubiera quemado. Con la lengua le lamí los conchos al cuesco y con las manos comencé a apretar las migas sobre la mesa, y las fui arrejuntando en montoncitos, y luego las disparaba con el índice entre la taza y la panera. En el mismo instante que tiraba el cuesco contra un pómulo, y me imaginaba que tenía manso cocho en la muela poniendo cara de circunstancia, creí descubrir el sentido de por qué me había puesto incombustible, si puede decirse. La cosa no era muy clara, pero tenía la misma evidencia que hace pronosticar una lluvia cuando el queltehue se viene soplando fuerte: si mamá iba a morirse, yo también tendría que emigrar del planeta. Lo del fuego era como una sinopsis de una película de miedo, o a lo mejor era puro bla-bla mío, y lo único que pasaba era que las idas al biógrafo me habían enviciado.

Miré a papá, y cuando iba a contárselo, apretó delante de los ojos sus mofletudas palmas hasta hacer el espacio entre ellas impenetrable.

—Vivirá —dije—. Uno se asusta con la fiebre.

—Es como la defensa del cuerpo.

Carraspeé.

—Si gano la carrera tendremos plata. La podríamos meter en una clínica pasable.

—Si acaso no se muere.

Escupí sobre el hombro el cuesco lijadito de tanto meneallo. El viejo se alentó a pegarle un mordiscón a un durazno harto potable. Oímos a mamá quejarse en la pieza, esta vez sin palabras. De tres tragadas acabé con el café, casi reconfortado que me hiriera el paladar. Me eché una marraqueta al bolsillo, y al levantarme, el pelotón de migas fue a refrescarse en una especie de pocilla de vino sólo en apariencia fresca, porque desde que mamá estaba en cama las manchas en el mantelito duraban de a mes, pidiendo por lo bajo.

Adopté un tono casual para despedirme, medio agringado dijéramos.

—Me voy.

Por toda respuesta, papá torció el cuello y aquilató la noche.

—¿A qué hora es la carrera? —preguntó, sorbiendo un poco del café.

Me sentí un cerdo, y no precisamente de esos giles simpáticos que salen en las historietas.

—A las nueve. Voy a hacer un poco de precalentamiento. Saqué del bolsillo las horquetas para sujetarme las bastillas, y agarré de un tirón la bolsa con el equipo. Simultáneamente estaba tarareando un disco de los Beatles, uno de esos psicodélicos.

—Tal vez te convendría dormir un poco sugirió papá—. Hace ya dos noches que...

—Me siento bien —dije, avanzando hacia la puerta.

—Bueno, entonces.

—Que no se te enfríe el café.

Cerré la puerta tan dulcemente como si me fuera de besos con una chica, y luego le aflojé el candado a la bicicleta desprendiéndola de las barras de la baranda. Me la instalé bajo el sobaco, y sin esperar el ascensor corrí los cuatro pisos hasta la calle. Allí me quedé un minuto acariciando las llantas sin saber para dónde

emprenderla, mientras que ahora si soplaba un aire madrugado, un poco frío, lento.

La monté, y de un solo envión de los pedales resbalé por la cuneta y me fui bordeando la Alameda hasta la Plaza Bulnes, y le ajusté la redondela a la fuente de la plaza, y enseguida torcí a la izquierda hasta la boite del Negro Tobar y me ahuaché bajo el toldo a oír la música que salía del subterráneo. Lo que fregaba la cachimba era no poder fumar, no romper la imagen del atleta perfecto que nuestro entrenador nos había metido al fondo de la cabeza. A la hora que llegaba entabacado, me olía la lengua y pa' fuera se ha dicho. Pero además de todo, yo era como un extranjero en la madrugada santiaguina. Tal vez fuera el único muchacho de Santiago que tenía a su madre muriéndose, el único y absoluto gil en la galaxia que no había sabido agenciarse una chica para amenizar las noches sabatinas sin fiestas, el único y definitivo animal que lloraba cuando le contaban historias tristes. Y de pronto ubiqué el tema del cuarteto, y precisamente la trompeta de Lucho Aránguiz fraseando eso de "No puedo darte más que amor, nena, eso es todo lo que te puedo dar", y pasaron dos parejas silenciosas frente —al toldo, como cenizas que el malón del colegio habla derramado por las aceras, y había algo lúgubre e inolvidable en el susurro del grifo esquinero, y parecía surgido del mar plateado encima de la pileta el carricoche del lechero, lento a pesar del brío de sus caballos, y el viento se venía llevando envoltorios de cigarrillos, de chupetes helados, y el baterista arrastraba el tema como un largo cordel que no tiene amarrado nada en la punta shá-shá-dá-dá- y salió del subterráneo un joven ebrio a secarse las narices traspirado, los ojos patinándole, rojos de humo, el nudo de la corbata dislocado, el pelo agolpado sobre las sienes, y la orquesta le metió al tango, sophisticated, siempre el mismo, siempre uno busca lleno de esperanzas, y los edificios de la Avenida Bulnes en cualquier momento podían caerse muertos, y después el viento soplaría aún más descoyuntador, haría veletas de navío, barcazas y mástiles de los andamiajes, haría barriles de alcohol de los calefactores modernos, transformaría en gaviotas las puertas, en espuma los parquets, en peces las radios y las planchas, los lechos de los amantes se incendiarían, los trajes de gala los calzoncillos los

brazaletes serían cangrejos, y serían moluscos, y serían arenilla, y a cada rostro el huracán le daría lo suyo, la máscara al anciano, la carcajada rota al liceano, a la joven virgen el polen más dulce, todos derribados por las nubes, todos estrellados contra los planetas, ahuecándose en la muerte, y yo entre ellos pedaleando el huracán con mi bicicleta diciendo no te mueras mamá, yo cantando Lucy en el cielo y con diamantes, y los policías inútiles con sus fustas azotando potros imaginarios, a horcajadas sobre el viento, azotados por parques altos como volantines, por estatuas, y yo recitando los últimos versos aprendidos en clase de castellano, casi a desgano, dibujándole algo pornográfico al cuaderno de Aguilera, hurtándole el cocaví a Kojman, clavándole un lápiz en el trasero al Flaco Leiva, yo recitando, y el joven se apretaba el cinturón con la misma parsimonia con que un sediento de ternura abandona un lecho amante, y de pronto cantaba frívolo, distraído de la letra, como si cada canción fuera apenas un chubasco antes del sereno, y después bajaba tambaleando la escalera, y Luchito Aránguiz agarraba un solo de de uno en trompeta y comenzaba a apurarlo, y todo se hacía jazz, y cuando quise buscar un poco del aire de la madrugada que me enfriase el paladar, la garganta, la fiebre que se me rompía entre el vientre y el hígado, la cabeza se me fue contra la muralla, violenta, ruidosa, y me aturdí, y escarbé en los pantalones, y extraje la cajetilla, y fumé con ganas, con codicia, mientras me iba resbalando contra la pared hasta poner mi cuerpo contra las baldosas, y entonces crucé las palmas y me puse a dormir dedicadamente.

Me despertaron los tambores, guaripolas y clarines de algún glorioso que daba vueltas a la noria de Santiago rumbo a ninguna guerra, aunque engalanados como para una fiesta. Me bastó montarme y acelerar la bici un par de cuadras, para asistir a la resurrección de los barquilleros, de las ancianas míseras, de los vendedores de maní, de los adolescentes lampiños con camisas y botas de moda. Si el reloj de San Francisco no mentía esta vez, me quedaban justo siete minutos para llegar al punto de largada en el borde del San Cristóbal. Aunque a mi cuerpo se lo comían los calambres, no había perdido la precisión de la puntada sobre la goma de los pedales. Por lo demás había un sol de este volado y las aceras se veían casi despobladas.

Cuando crucé el Pío Nono, la cosa comenzó a animarse. Noté que los competidores que bordeaban el cerro calentando el cuerpo, me piropeaban unas miradas de reojo. Distinguí a López del Audax limpiándose las narices, a Ferruto del Green trabajando con un bombín la llanta, y a los cabros de mi equipo oyendo las instrucciones de nuestro entrenador.

Cuando me uní al grupo, me miraron con reproche pero no soltaron la pepa. Yo aproveché la coyuntura para botarme a divo.

—¿Tengo tiempo para llamar por teléfono? –dije.

El entrenador señaló el camarín.

—Vaya a vestirse.

Le pasé la máquina al utilero.

—Es urgente expliqué—. Tengo que llamar a la casa.

—¿Para qué?

Pero antes de que pudiera explicárselo, me imaginé en la fuente de soda del frente entre niños candidatos al zoológico y borrachitos pálidos marcando el número de casa para preguntarle a mi padre... ¿qué? ¿Murió la vieja? ¿Pasó el doctor por la casa? ¿Cómo sigue mamá?

—No tiene importancia —respondí—. Voy a vestirme.

Me zambullí en la carpa, y fui empiluchándome con determinación. Cuando estuve desnudo procedí a arañarme los muslos y luego las pantorrillas y los talones hasta que sentí el cuerpo respondiéndome. Comprimí minuciosamente el vientre con la banda elástica, y luego cubrí con las medias de lanilla todas las huellas granates de mis uñas. Mientras me ajustaba los pantaloncillos y apretaba con su elástico la camiseta, supe que iba a ganar la carrera. Trasnochado, con la garganta partida y la lengua amarga, con las piernas tiesas como de mula, iba a ganar la carrera. Iba a ganarla contra el entrenador, contra López, contra Ferruto, contra mis propios compañeros de equipo, contra mi padre, contra mis compañeros de colegio y mis profesores, contra mis mismos huesos, mi cabeza, mi vientre, mi disolución, contra mi muerte y la de mi madre, contra el presidente de la república, contra Rusia y Estados Unidos, contra las abejas, los peces, los pájaros, el polen de las flores, iba a ganarla contra la galaxia.

Agarré una venda elástica y fui prensándome con doble uelta el empeine, la planta y el tobillo de cada pie. Cuando los uve amarrados como un solo puñetazo, sólo los diez dedos se me somaban carnosos, agresivos, flexibles.

Salí de la carpa. "Soy un animal", pensé cuando el juez levantó a pistola, "voy a ganar esta carrera porque tengo garras y pezuñas en ada pata". Oí el pistoletazo y de dos arremetidas filudas, cortantes obre los pedales, cogí la primera cuesta puntero. En cuanto aflojó l declive, dejé no más que el sol se me fuera licuando lentamente n la nuca. No tuve necesidad de mirar muy atrás para descubrir Pizarnick del Ferroviario, pegado a mi trasera. Sentí piedad por l muchacho, por su equipo, por su entrenador que le habría dicho si toma la delantera, pégate a él hasta donde aguantes, calmadito, on seso, ¿entiendes?", porque si yo quería era capaz ahí mismo de mponer un tren que tendría al muchacho vomitando en menos de inco minutos, con los pulmones revueltos, fracasado, incrédulo. En a primera curva desapareció el sol, y alcé la cabeza hasta la virgen el cerro, y se veía dulcemente ajena, incorruptible. Decidí ser nteligente, y disminuyendo bruscamente el ritmo del pedaleo, dejé ue Pizarnick tomara la delantera. Pero el chico estaba corriendo on la biblia en el sillín: aflojó hasta ponérseme a la par, y pasó fuerte la cabeza un muchacho rubio del Stade Francais. Ladeé el cuello acia la izquierda y le sonreí a Pizarnick.

"¿Quién es?", le dije. El muchacho no me devolvió la mirada. ¿Qué?", jadeó. "¿Quién es?", repetí. "El que pasó adelante." Parecía o haberse percatado que íbamos quedando unos metros atrás. "No o conozco", dijo. ¿Viste qué máquina era?" "Una Legnano" repuse. ¿En qué piensas?" Pero esta vez no conseguí respuesta. Comprendí ue había estado todo el tiempo pensando si ahora que yo había erdido la punta, debía pegarse al nuevo líder. Si siquiera me hubiese reguntado, yo le habría prevenido; lástima que su biblia transmitía on solo una antena. Una cuesta más pronunciada, y buenas noches os pastores. Pateó y pateó hasta arrimársele al rucio, y casi con esesperación miró para atrás tanteando la distancia. Yo busqué por os costados a algún otro competidor para meterle conversa, pero staba solo a unos veinte metros de los cabecillas, y al resto de los

rivales recién se les asomaba las narices en la curvatura. Me amarré con los dedos el repiqueteo del corazón, y con una sola mano ubicada en el centro fui maniobrando la manigueta. ¡Cómo podía estar tan solo, de pronto! ¿Dónde estaban el rucio y Pizarnick? ¿Y González, y los cabros del club, y los del Audax Italiano? ¿Por qué comenzaba ahora a faltarme el aire, por qué el espacio se arrumaba sobre los techos de Santiago, aplastante? ¿Por qué el sudor hería las pestañas y se encerraba en los ojos para nublar todo? Ese corazón mío no estaba latiendo así de fuerte para meterle sangre a mis piernas, ni para arderme las orejas, ni para hacerme más duro el trasero en el sillín, y más coces los enviones. Ese corazón mío me estaba traicionando, le hacia el asco a la empinada, me estaba botando sangre por las narices, instalándome vapores en los ojos, me iba revolviendo las arterias, me rotaba en el diafragma, me dejaba perfectamente entregado a un ancla, a mi cuerpo hecho una soga, a mi falta de gracia, a mi sucumbimiento.

—¡Pizarnick! —grité—. ¡Para, carajo, que me estoy muriendo!

Pero mis palabras ondulaban entre sien y sien, entre los dientes de arriba y los de abajo, entre la saliva y las carótidas. Mis palabras eran un perfecto círculo de carne: yo jamás había dicho nada. Nunca había conversado con nadie sobre la tierra. Había estado todo el tiempo repitiendo una imagen en las vitrinas, en los espejos, en las charcas invernales, en los ojos espesos de pintura negra de las muchachas. Y tal vez ahora —pedal con pedal, pisa y pisa, revienta y revienta— le viniera entrando el mismo silencio a mamá —y yo iba subiendo y subiendo y bajando y bajando— la misma muerte azul de la asfixia —pega y pega rota y rota— la muerte de narices sucias y sonidos líquidos en la garganta —y yo torbellino serpenteo turbina engranaje corcoveo— la muerte blanca y definitiva —¡a mí nadie me revolcaba, madre!— y el jadeo de cuántos tres cuatro cinco diez ciclistas que me irían pasando, o era yo que alcanzaba a los punteros, y por un instante tuve los ojos entreabiertos sobre el abismo y debí apretar así duramente fuertemente las pestañas para que todo Santiago no se lanzase a flotar y me ahogara llevándome alto y luego me precipitara, astillándome la cabeza contra una calle empedrada, sobre basureros llenos de gatos, sobre esquinas canallas. Envenenado, con la

mano libre hundida en la boca, mordiéndome luego las muñecas, tuve el último momento de claridad: una certeza sin juicio, intraducible, cautivadora, lentamente dichosa, de que si, que muy bien, que perfectamente hermano, que este final era mío, que mi aniquilación era mía, que bastaba que yo pedaleara más fuerte y ganara esa carrera para que se la jugara a mi muerte, que hasta yo mismo podía administrar lo poco que me quedaba de cuerpo, esos dedos palpitantes de mis pies, afiebrados, finales, dedos ángeles pezuñas tentáculos, dedos garras bisturíes, dedos apocalípticos, dedos definitivos, y tirar el timón a cualquier lado, este u oeste, norte o sur, cara y sello, o nada, o tal vez permanecer siempre nortesudesteoestecarasello, moviéndome inmóvil, contundente. Entonces me llené la cara con esta mano y me abofeteé el sudor y me volé la cobardía; ríete imbécil me dije, ríete poco hombre, carcajéate porque estás solo en la punta, porque nadie mete finito como tú la pata para la curva del descenso.

Y de un último encumbramiento que me venía desde las plantas llenando de sangre linda, bulliciosa, caliente, los muslos y las caderas y el pecho y la nuca y la frente, de un coronamiento, de una agresión de mi cuerpo a Dios, de un curso irresistible, sentí que la cuesta aflojaba un segundo y abrí los ojos y se los aguanté al sol, y entonces sí las llantas se despidieron humosas y chirriantes, las cadenas cantaron, el manubrio se fue volando como una cabeza de pájaro, agudo contra el cielo, y los rayos de la rueda hacían al sol mil pedazos y los tiraban por todas partes, y entonces oí, ¡oí Dios mío!, a la gente avivándome sobre camionetas, a los muchachitos que chillaban al borde de la curva del descenso, al altoparlante dando las ubicaciones de los cinco primeros puestos; y mientras venía la caída libre, salvaje sobre el nuevo asfalto, uno de los organizadores me baldeó de pe a pa riéndose, y veinte metros adelante, chorreando, riendo, fácil, alguien me miró, una chica colorina, y dijo "mojado como un joven pollo", y ya era hora de dejarme de pamplinas, la pista se resbalaba, y era otra vez tiempo de ser inteligente, de usar el freno, de ir bailando la curva como un tango o un vals a toda orquesta.

Ahora el viento que yo iba inventando (el espacio estaba sereno y transparente) me removía la tierra de las pupilas, y casi me desnuco cuando torcí el cogote para ver quién era el segundo.

El Rucio, por supuesto. Pero a menos que tuviera pacto con el diablo podría superarme en el descenso, y nada más que por un motivo bien simple que aparece técnicamente explicado en las revistas de deportes y que puede resumiese así, yo nunca utilizaba el freno de mano, me limitaba a plantificar el zapato en las llantas cuando se esquinaban las curvas. Vuelta a vuelta, era la única fiera compacta de la ciudad con mi bicicleta. Los fierros, las latas, el cuero, el sillín, los ojos, el foco, el manubrio, eran un mismo argumento con mi lomo, mi vientre, mi rígido montón de huesos.

Atravesé la meta y me descolgué de la bici sobre la marcha. Aguanté los palmoteos en el hombro, los abrazos del entrenador, las fotos de los cabros de "Estadio", y liquidé la Coca-Cola de una zampada. Después tomé la máquina y me fui bordeando la cuneta rumbo al departamento.

Una vacilación tuve frente a la puerta, una última desconfianza, tal vez la sombra de una incertidumbre, el pensamiento de que todo hubiera sido una trampa, un truco, como si el destello de la Vía Láctea, la multiplicación del sol en las calles, el silencio, fueran la sinopsis de una película que no se daría jamás, ni en el centro, ni en los biógrafos de barrio, ni en la imaginación de ningún hombre.

Apreté el timbre, dos, tres veces, breve y dramático. Papá abrió la puerta, apenitas, como si hubiera olvidado que vivía en una ciudad donde la gente va de casa en casa golpeando portones, apretando timbres, visitándose.

—¿Mamá? —pregunté. El viejo amplió la abertura, sonriendo.

—Está bien —me pasó la mano por la espalda e indicó el dormitorio—. Entra a verla.

Carraspeé que era un escándalo y me di vuelta en la mitad del pasillo.

—¿Qué hace?

—Está almorzando —repuso papá. Avancé hasta el lecho, sigiloso, fascinado por el modo elegante en que iba echando las cucharadas de sopa entre los labios. Su piel estaba lívida y las arrugas de la frente se le habían metido un centímetro más adentro, pero cuchareaba con gracia, con ritmo, con... hambre.

Me senté en la punta del lecho, absorto.

—¿Cómo te fue? —preguntó, pellizcando una galleta de oda.

Esgrimí una sonrisa de película.

—Bien, mamá. Bien.

El chal rosado tenía un fideo cabello de ángel sobre la olapa. Me adelanté a retirarlo. Mamá me suspendió la mano en el novimiento, y me besó dulcemente la muñeca.

—¿Cómo te sientes, vieja?

Me pasó ahora la mano por la nuca, y luego me ordenó las echas sobre la frente.

—Bien, hijito. Hazle un favor a tu madre, ¿quieres?

La consulté con las cejas.

—Ve a buscar un poco de sal. Esta sopa está desabrida.

Me levanté, y antes de dirigirme al comedor, pasé por la ocina a ver a mi padre.

—¿Hablaste con ella? ¿Está animada, cierto?

Lo quedé mirando mientras me rascaba con fruición el ómulo.

—¿Sabes lo que quiere, papá? ¿Sabes lo que mandó a buscar?

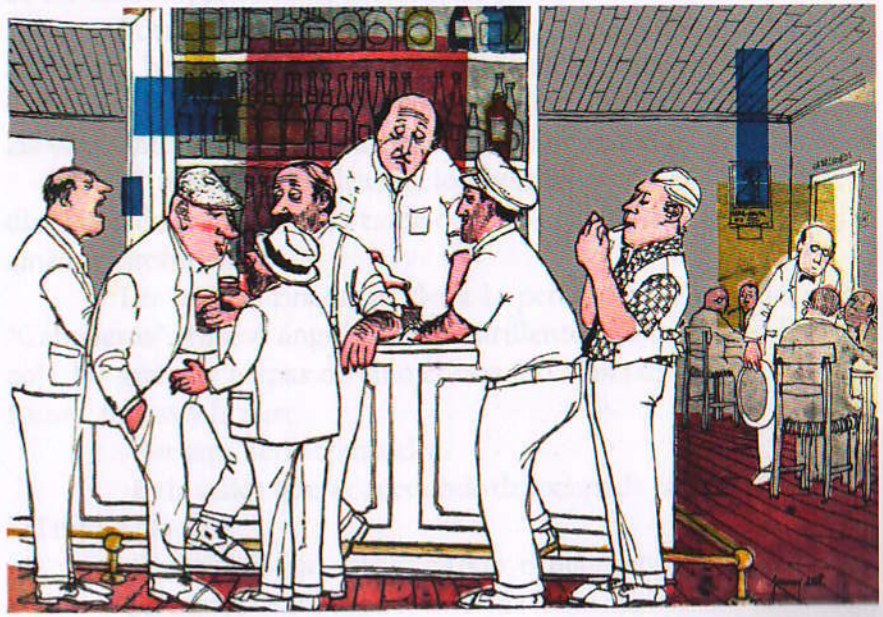
Mi viejo echó una bocanada de humo.

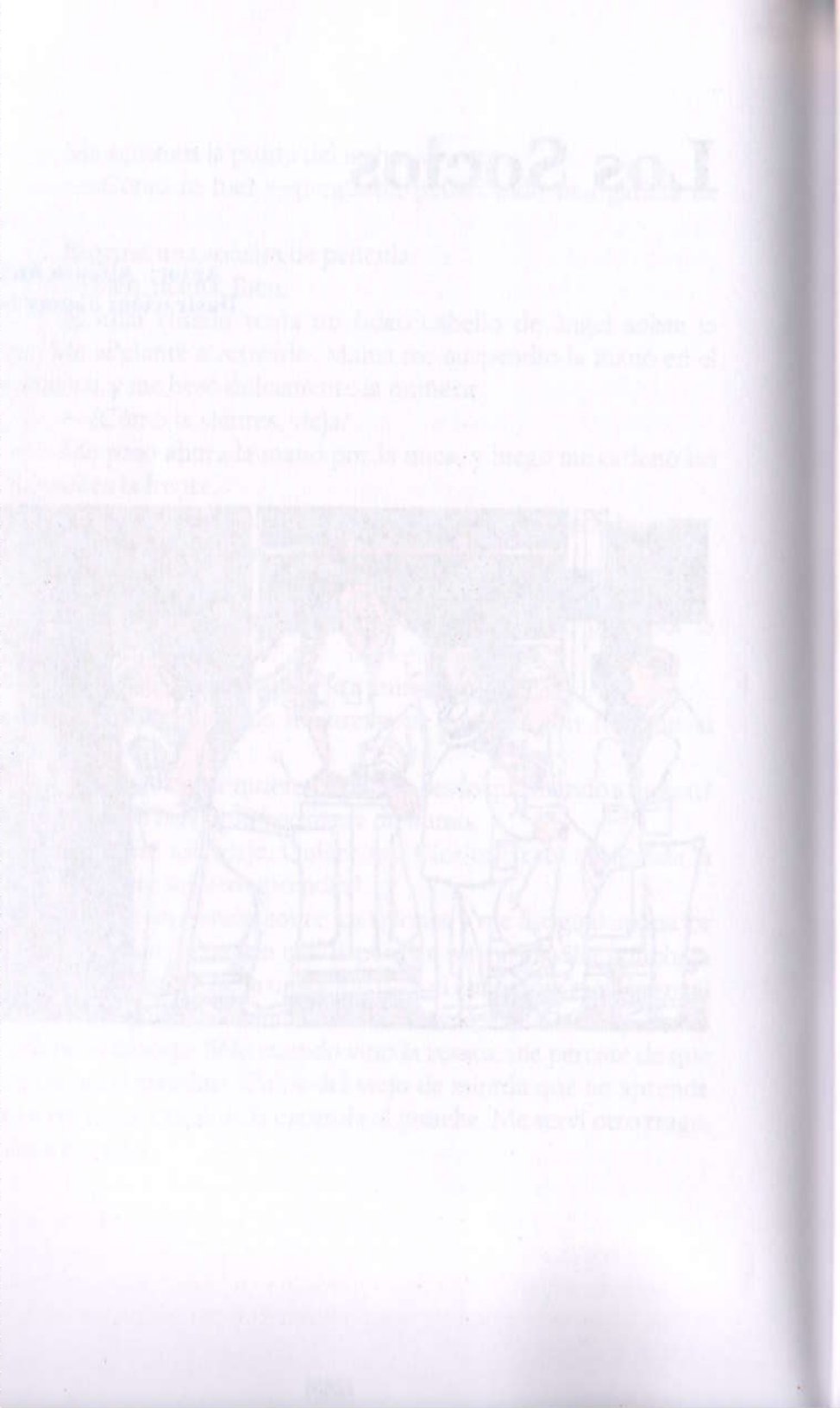
—Quiere sal, viejo. Quiere sal. Dice que está desabrida la opa, y que quiere sal, ¿comprendes?

Giré de un envión sobre los talones y me dirigí al aparador n busca del salero. Cuando me disponía a retirarlo, vi la ponchera estapada en el centro de la mesa. Sin usar el cucharón, metí hasta el ndo un vaso, y chorreándome sin lástima, me instalé el líquido en fondo de la barriga. Sólo cuando vino la resaca, me percaté de que taba un poco picadito. Culpa del viejo de mierda que no aprende unca a ponerle la tapa de la cacerola al ponche. Me serví otro trago, ué iba a hacerle.

Los Socios

Autor: Alfonso Alcalde
Ilustración: Jimmy Scott





BAR "EL BUEN PENSAMIENTO, "El Buen Pensamiento" y el tizne del hollín de la estación; Hotel "Los Placeres", los chirridos de las locomotoras, los gritos: el diario, los lustrabotas, las empanadas de los sábados, el maní de la tarde, los pasajeros, las maletas.

Entraron abriendo en dos el bodegón, el humo, las hileras azules de botellas, ocres, semiobscuro el recinto, el ruido de los dados, los rostros alargándose y acortándose, el choque de los vasos, las voces intercaladas en múltiples direcciones.

El mesón tambaleante, los borrachos en ese punto de la discusión de las cinco de la tarde cuando la justicia es ecuánime y la amistad profunda.

Les tocó el rincón, es decir la penumbra al lado del aviso: "Caballeros", en ese ángulo casi amarillento del recinto y la mesa coja, los grandes mapas de vino chorreando las tablas y las sillas de totora, toscas y firmes.

-Por aquí será, compadre.

-Es la única que va quedando desocupada -aseguró el mozo- . ¿Tinto o blanco?

-Será tinto, dijo, interrogando, el más delgado.

Un movimiento indiferente: ¡da lo mismo!

El mozo: -¿Entonces tinto?

Dejaron el paquete en una tercera silla. "¡Gol de Naval!". Las carcajadas colectivas, el turbio concho de una copa, los muros casi redondos, la espesura de la luz como si cada parroquiano la separara al caminar, al empinar el codo.

Se le marcó una vena en la mitad de la frente al mozo al abrir la botella.

Con fuerza de hombre, dijo el más alto.

-Ahora vienen a presión, se justificó el mozo.

-Pero igual lo arreglan.

-Este es "purito" (puso la botella al trasluz antes de dejarla sobre la mesa).

Pasó un tarro con las sobras del almuerzo: una mujer gorda, y luego el perro husmeando al trote y moviendo la cola alrededor de los huesos pelados, las moscas y la "mercocha".

-¡Salud, socio!

-¡Salud!

El chasquido breve y redondo como si la lengua tambaleara. Las copas quedaron vacías.

Se miraron: el más bajo, melancólico, casi 39 años, es decir 42 ó 44 bien vividos y dibujados en el rostro y 3 hileras de arrugas en la frente, de mayor a menor.

El más alto, unos 45. Pelo blanco y ralo, mandíbula saliente. Bigote firme, ojos claros y precisos.

El más bajo, meticuloso y tranquilo.

El más alto, labios gruesos, corbata a cuadros y chillona, rojos intensos, amarillos desvaídos y un caracol grasoso dibujado al medio.

El más bajo, retraído, rostro ovalado: ¿gásfiter?, ¿mecánico?

El más alto, vendedor callejero, aunque tímido, comunicativo por autodefensa, risueño y ampuloso.

Grueso era el hilo del vino llenando las copas. Copa contra copa.

Un tintinear sordo y breve diluido por los otros "Salud".

Empata el "Gente de Mar" y "ése me la va a pagar", "para eso soy su amigo, su amigo de toda la vida": "estaba acompañada cuando llegué a la pieza"...

-¿Por quién?

-¡Por usted, compadre!

-¡Por usted, socio!

-¿Y por quién más?

-¡Por el caballo!

-¡Eso mismo!

-¡Por el caballo! ...

-¡Por nuestro socio, compadre!

-¡Por el que nunca falla!

-¡Al seco, entonces!

-¡Vaquita echada!

-Hasta donde usted diga...

-¡Aquí estoy!

-A su lado...

-Bueno, ¿pero estamos tomando o conversando?

-Tomando...

-¿Entonces?

-Nada, yo sirvo no más.

Se miraron con lealtad.

El más alto era moreno del norte. Ya le había contado su historia: ahumador avecinado en el Sur. ¿Usted ha comido tritre?

El más bajo, pescador: "Hasta que llegó la ruina, la lluvia, el terremoto, el maremoto y perdí el bote, quedando con los brazos cruzados".

-El humo se le mete a uno en los ojos y en los huesos. Los niños se ríen gritando: Cara de humo, ¡cara de huuuumo!

-En cambio nosotros, los pescadores: ¡se pone la plata en la mesa y vamos pidiendo! Cuando no hay más, a patadas para afuera!

-¡Salud!

-¿Cómo dijo, compadre, que no le oí bien?

-Salud -dije.

-Y yo (ja, ja) ¿estaré enfermo?

-¿Cómo se llaman esos ñatos con el pelo blanco?

-¿Al...albinos?

-Al..."vino": ¡Salud, entonces!

Sonaron las copas y otros vasos chocaron también en el recinto. Otros sonidos subieron de volumen, como si algo se quebrara con cuidado hasta caer después en un silencio inesperado: en un abismo tal vez no muy profundo, y, de pronto, este silencio era invadido de nuevo agrupándose alrededor de aquella mesa y el nuevo ¡gooall! estridente del Naval y los comentarios:

"Largaron un gato desde la galería con un paraguas viejo: se fue de un viaje". "¿No ve que nunca habían visto un bailete?" "Lo mejor para los cortos de vista: comer maíz" "¿Ha visto alguna gallina

con anteojos?: y agarró el portafolio, iñor! El tapabarro, el espadrapo, ¿cómo se dice?"

-¡Salud, compadre!

-¿A quién le debemos el terno nuevo?

-¡Chist, al caballo!

-¿Y la casita?

-¡Al caballo! ¡No hay vuelta que darle!

-¡Estamos contentos, compadre!

-Claro, socio. Cuando vendía tritre ahumado las mujeres me espantaban las moscas, todas salían arrancando, pero ahora ...

-Yo pregunto antes de seguir tomando: ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el caballo?

-¡¡¡Quién sabe!!!

-¡Seamos sinceros!

-Yo tenía ganas de volver al norte. Tomar el cautín y salir otra vez a soldar ollas.

-El pescado da, pero hay que sacrificarse. Cuando perdí el bote quise partir... ¿y dónde que uno más valga? Sin mentirle la ola sería del porte de este bodegón. Se lo tragó todo. Yo fui a aparecer como a tres cuadras de mi casa, arriba de un árbol ¿Y el bote? ¡Nunca más se supo!

-¡Usted que la ha corrido, compadre!

-¡Dura ha sido la vida, socio! Un pescador sin bote es como un carpintero sin garlopa. Anduve tomando (aclaró los ojos con los recuerdos, luego el pelo sobre la frente, las manos levantadas como si fuera a dar un golpe).

Y uno mira el mar y el mar lo mira a uno corno si contestara:

-Y???

-Aquí estamos.

-Y... (pregunta el mar)?

-¡Nada!

Nadan los ahogados.

-Eso dicen.

-¿Y?

-Y???

¿Quién le moja la oreja al otro? ¿Quién cruza la raya? El mar es así cuando se le antoja. Vengativo, rencoroso. Hace astillas del leño caído y yo lo miraba como diciéndole:

-Me la vas a pagar.

Pero sabía que nunca iba a vengarme. ¿Con qué? Y el mar también lo sabía, por eso continuaba batiéndose tan ufano y seguro.

Nunca gana uno: siempre vence el mar.

-No nos pongamos tristes, socio.

-¿Por qué?

-El pasado, pasado.

-... ¿Y qué me dice del caballo?

-¿Oiga, quiere que le diga una cosa?

-¿Qué cosa?

-¡Socio, usted no imagina lo que quiero al caballo!

-Yo también...

-¡Esta copa la vamos a tomar de pie... por el caballo!

-¡Yo también, por él!

-¿Sabe una cosa, compadre?

-¿Qué cosa?

-¡Usted sí que es un gran artista!

-¡Bah, ya se curó mi socio!

-No, nada de cuentos; es la pura verdad!

-¡Usted no lo hace nada de mal, compadre!

-¡Pero usted nació con la gracia para hacer las cosas, socio! ¡nació artista!

-¡Menos mal que nos entendemos bien!

Eso dicen.

Mozo.

Ponga la otra.

La noche se incorporaba a las Viejas sombras llenando la ciudad de luces y nuevos rumores. Habían llegado el frío y la lluvia de esa hora en medio del chapotear de los borrachos incorporándose al mesón. Otros partían, otros venían de vuelta, tambaleantes, algunos con los ojos callados, unos pocos, vociferantes, otros descargados de la tragedia del día contada entre vaso y vaso. Un trozo de la vida en esa hilera de botellas vacías. Y los niños llorando, la sonajera de la

máquina de sumar, los discos de moda, la traición, el amor imposible o posible, el calor y el frío simultáneos, la frustración, la culpabilidad, el dolor, la sorpresa, la incomprensión, la transgresión de los sucesos y la interpretación de los códigos, los perros, las nubes bajas, la sinceridad, la honestidad en el pequeño trabajo, la justa repartición, la campana aleteando, distante y borrosa, débil, final, el sombrero entre redondo y cuadrado, el pobre paraguas, solitario. En fin.

-¿Y el caballo?

No se preocupe, socio.

-¿Nos tomamos la última y nos vamos?

-Usted dirá.

-¿Qué son cuatro botellas para dos hombres?

-Hmmm. ¿Sabe de qué me acordé?

-Cómo voy a adivinar, pues, socio.

-A propósito de las botellas, oiga. Cuando llegó el terremoto reventaron los fudres en Talcahuano.

-Reventó todo el mundo.

-Y los fudres. Se les cayó la aureola, jí. Saltaron los zunchos y empezó a correr el vino.

-¿Y usted?

-¡Ahí estaba su socio untándose los zapatos!

-¿Tomaría hasta que le dio puntada?

Las mujeres arrancaban con las guaguas gritando: "¡Se salió el mar, se salió el mar»..., esperando que el viejo mar apareciera detrás de un árbol, doblando la esquina.

-¡No era para menos, socio!

-Claro que no.

-Subimos a los cerros, y desde arriba se veían las calles de color morado, llenas de vino. Nadie quería bajar, sólo los perros.

-Se curarían con el olor.

-No, tomando, metían la lengua en las acequias y después andaban ladraban de lado, tratando de afirmarse en la pared.

¡Buái ¿no me venga a decir que se perdió vino?

Una parte. Los más jóvenes se ponían de rodillas y comenzaban a tomar con las manos, ¿no ve que era gratis? hasta escuchar el grito: "Que viene el mar, que viene el mar", y salían arrancando.

Pidieron la cuenta.

Estamos en la hora -dijo el más alto.

-Por lo que nos demoramos en vestirnos, contestó el más bajo. Había dos noches al salir a la calle. Una quedaba atrás, al abandonar el bar, oscura, bulliciosa y personal, y otra más fría y nueva.

Al fondo de la calle se levantaba la carpa del circo y las sombras de los espectadores recortándose en las escalas de las aposentadurías.

Se doblaron como para embestir la llovizna. Después escucharon los pasos del mozo:

-Señor, señor, se le olvidó este paquete...

El payaso más alto miró al payaso más bajo.

El hombre pequeño desató el nudo y en medio de la lluvia apareció el arrugado caballo de lona con sus grandes lunares azules y amarillos.

Entraron al camarín del circo sin decir una palabra.

Otras publicaciones de los autores en Editorial Escaparate:

- Fragmentos de (Ciber) Locura (2013).

- Saber, Poder, Subjetividad. Seminario Michel Foucault (2014).

- Memorias de la Locura en Movimiento En la ciudad de la Bruma (2016).

- Memorias de la Locura en Movimiento Todas íbamos a ser Locas (2018).

El texto que acá se presenta, describe y analiza el acontecimiento cultural que significaron los ocho concursos nacionales de cuentos, organizados por el diario El Sur, de la ciudad de Concepción (Chile), entre el año 1959 y el 1969. Como parte del acto investigativo, y para una mejor comprensión del fenómeno que se analiza, se presenta un conjunto de cuentos transcritos del Diario, como muestra del clima que recorre las páginas de éste y, más en general, de la cultura chilena en esa década del siglo XX.

Algunos cuentos son para promocionar los concursos sin participar directamente de ellos. Ejemplo de estos son: El Árbol (María Luisa Bombal); El triunfo del cenizo (Luis Durand); El callejón de los gansos (Oscar Castro); A la deriva (Jorge Edwards); Tierra de olvido (Francisco Coloane); más el ensayo titulado El Quijote de la ciencia ficción (Alfredo Lefebvre). Otros son los enviados a los respectivos concursos, entre estos tenemos a: Día de niebla (Cristián Huneeus); Los socios y El auriga Tristán Cardenilla (Alfonso Alcalde); El paseo (Erich Rosenrauch); La letra con sangre entra (Andrés Cifuentes); Cada 1° de noviembre (Hernán Muñoz Villegas); Caja Pagadora (Mario Muñoz Guerricabeitia); Carrusel (Hugo Correa); El fantasma del hospital regional (Osvaldo Alarcón); El accidente (Luis Alberto Carvajal); Adolescencia (Paulina Herrera del Río); Los millones del zapatero (Julio Reinoso); El ciclista del San Cristóbal (Antonio Skármeta); Tribunal de honor (Carlos Prats); Primera muerte (Antonio Avaria) y Tahúres (Alberto Carvajal).

Los Autores

ISBN 956394024-4
9 789563 940244



Pretextos de cuentos penquistas d(E)l Sur

Marcela Alexandre Moya / Cristian Cisternas Cruz
Pablo Martínez Fernández / Gloria Sepúlveda Villa
Prólogo Ph.D. Jaime Concha

EDICIONES ESCAPARATE

Marcela Alexandre Moya.
Socióloga Universidad de Concepción; Doctora © en Sociología Universidad Complutense de Madrid. Docente universitaria e investigadora.

Cristian Cisternas Cruz.
Licenciado en Educación, Mención Español Universidad de Concepción; Magister en Literaturas Hispánicas Universidad de Concepción; Doctor © en Literatura Contemporánea Universidad de Concepción. Docente universitario e investigador.

Pablo Martínez Fernández.
Licenciado en Biología y Sociólogo Universidad de Concepción; Magister en Ciencias Sociales Universidad ARCIS; DEA Teoría Sociológica Universidad Complutense de Madrid; Doctor © en Sociología y Antropología Universidad Complutense de Madrid. Docente universitario e investigador.

Gloria Sepúlveda Villa.
Profesora de Español Universidad de Concepción. Magister en Literaturas Hispánicas Universidad de Concepción; Doctora © en Literatura Contemporánea Universidad de Concepción. Poeta e Investigadora.